Las partículas elementales
Michel Houellebecq



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Este libro es, ante todo, la historia de un hombre que vivió la mayor parte de su vida en Europa Occidental, durante la segunda mitad del siglo XX. Aunque por lo general estuvo solo, mantuvo de vez en cuando relaciones con otros hombres. Vivió en tiempos de agitación y desdicha. El país que le vio nacer se inclinaba lenta pero inexorablemente hacia la zona económica de los países medio pobres; acechados a menudo por la miseria, los hombres de su generación se pasaron además la vida en medio de la soledad y la amargura. Los sentimientos de amor, ternura y fraternidad humana habían desaparecido en gran medida; en sus relaciones mutuas, sus contemporáneos casi siempre daban muestras de indiferencia, e incluso de crueldad.

En el momento de su desaparición, Michel Djerzinski era unánimemente considerado un biólogo de primer orden, y se pensaba seriamente en él para el Premio Nobel; su verdadera importancia no saldría a la luz hasta un poco más tarde.

En la época en la que vivió Djerzinski, casi todos consideraban que la filosofía estaba desprovista de cualquier importancia práctica, incluso de objeto. En realidad, la visión del mundo adoptada con mayor frecuencia en un momento dado por los miembros de una sociedad determina su economía, su política y sus costumbres.

Las mutaciones metafísicas —es decir, las transiciones radicales y globales de la visión del mundo adoptada por la mayoría— son raras en la historia de la humanidad. Como ejemplo, se puede citar la aparición del cristianismo.

En cuanto se produce una mutación metafísica, se desarrolla sin encontrar resistencia hasta sus últimas consecuencias. Barre sin ni siquiera prestarles atención los sistemas económicos y políticos, los juicios estéticos, las jerarquías sociales. No hay fuerza humana que pueda interrumpir su curso..., salvo la aparición de una nueva mutación metafísica.

No se puede decir que las mutaciones metafísicas afecten especialmente a las sociedades debilitadas, ya en declive. Cuando apareció el cristianismo, el Imperio romano estaba en la cúspide de su poder; perfectamente organizado, dominaba el universo conocido; su superioridad técnica y militar no tenía parangón; aun así, tampoco tenía la menor oportunidad. Cuando apareció la ciencia moderna, el cristianismo medieval constituía un sistema completo de comprensión del hombre y el universo; servía de base al gobierno de los pueblos, producía conocimientos y obras, decidía tanto la paz como la guerra, organizaba la producción y la distribución de los bienes; nada de todo esto iba a impedir que se viniera abajo.

Michel Djerzinski no fue ni el primero ni el principal artífice de esta tercera mutación metafísica, en muchos sentidos la más radical, que iba a inaugurar un nuevo período en la historia del mundo; pero, a causa de ciertas circunstancias muy particulares, fue mientras vivió uno de los artífices más conscientes, más lúcidos.

Hoy vivimos en un reino completamente nuevo,
Y la mezcla de circunstancias envuelve nuestros cuerpos,
Baña nuestros cuerpos, En un halo de júbilo.
Lo que los hombres de antaño presintieron a veces a través de la música,
Nosotros lo llevamos a la práctica cada día.
Lo que para ellos pertenecía al campo de lo inaccesible y de lo absoluto,
Nosotros lo consideramos algo sencillo y conocido.
Sin embargo, no despreciamos a esos hombres;
Sabemos lo que debemos a sus sueños,
Sabemos que no seríamos nada sin la mezcla de dolor y alegría que fue su historia,
Sabemos que llevaban nuestra imagen dentro cuando atravesaban el odio y el miedo, cuando chocaban en la oscuridad,
Cuando escribían, poco a poco, su historia.

Sabemos que no habrían sido, que ni siquiera podrían haber sido, sin guardar en el fondo de su corazón esa esperanza,
Ni siquiera podrían haber existido sin su sueño.
Ahora que vivimos en la luz,
Ahora que vivimos en las cercanías inmediatas de la luz
Y que la luz baña nuestros cuerpos,
Envuelve nuestros cuerpos,
En un halo de júbilo,
Ahora que nos hemos establecido en las cercanías inmediatas del río,
En tardes inagotables
Ahora que la luz en torno a nuestros cuerpos se ha vuelto palpable,
Ahora que hemos llegado a nuestro destino
Y que hemos dejado atrás el universo de la separación,
El universo mental de la separación,
Para bañarnos en la alegría inmóvil y fecunda
De una nueva ley,
Hoy,
Por primera vez,
Podemos contar el final del antiguo reino.

Primera parte

El reino perdido

1

El 1 de julio de 1998 caía en miércoles. Así que con toda lógica, aunque fuese poco habitual, Djerzinski organizó su copa de despedida un martes por la tarde. Entre las cubetas de congelación de embriones y un poco aplastado por su volumen, un refrigerador Brandt albergaba las botellas de champán; por lo general servía para conservar los productos químicos corrientes.

Cuatro botellas para quince; era un poco justo. Por lo demás, todo era un poco justo; las motivaciones que los reunían eran superficiales; una palabra torpe, una mirada de reojo y el grupo corría el riesgo de dispersarse, de que cada cual saliera corriendo hacia su coche. Estaban en una habitación climatizada del sótano, embaldosada en blanco, decorada con un poster de lagos alemanes. Nadie había propuesto que hicieran fotos. Un joven investigador llegado a principios del año, un barbudo de aspecto estúpido, se eclipsó al cabo de unos minutos con la excusa de tener problemas de garaje. Un malestar cada vez más perceptible se extendió entre los invitados; las vacaciones llegarían pronto. Algunos iban a la casa familiar, otros hacían turismo verde.

Las palabras cruzadas restallaban lentamente en el aire. Se separaron deprisa.

A las siete y media, todo había terminado. Djerzinski atravesó el aparcamiento en compañía de una colega de largo pelo negro, piel muy blanca y senos voluminosos. Era un poco mayor que él; estaba claro que le sucedería en la dirección de la unidad de investigación. La mayor parte de sus publicaciones trataban sobre el gen DAF3 de la drosofila; era soltera.

Delante de su Toyota le tendió la mano a la investigadora, sonriendo (hacía unos segundos que preveía hacer ese gesto, acompañar el apretón de una sonrisa, y se preparaba mentalmente). Las palmas se unieron, sacudiéndose con suavidad. Pensó, un poco tarde, que a ese apretón le faltaba calidez; teniendo en cuenta las circunstancias podrían haberse besado, como hacen los ministros o algunos cantantes.

Consumado el adiós, él se quedó en el coche durante cinco minutos que le parecieron largos. ¿Por qué no arrancaba ella? ¿Se masturbaba escuchando a Brahms? ¿Pensaba, por el contrario, en su carrera, en sus nuevas responsabilidades y, de ser así, se alegraba? Por fin, el Golf de la genética salió del aparcamiento; estaba solo de nuevo. El día había sido estupendo, y todavía hacía calor. En aquellas semanas de comienzos de verano, todo parecía petrificado en una radiante inmovilidad; sin embargo, Djerzinski era consciente de ello, los días ya habían empezado a acortarse.

Había trabajado en un entorno privilegiado, pensó, arrancando a su vez. A la pregunta «¿Cree que al vivir en Palaiseau disfruta de un entorno privilegiado?», el 63% de los habitantes contestaban «Sí». Era comprensible; los edificios eran bajos, separados por una extensión de césped. Varios hipermercados permitían hacer la compra con facilidad; la idea de *calidad de vida* no parecía excesiva cuando se aplicaba a Palaiseau.

Hacia París, la autopista del sur estaba desierta. Tenía la impresión de estar en una película de ciencia ficción neozelandesa que había visto en sus años de estudiante: el último hombre sobre la Tierra, tras la desaparición de cualquier tipo de vida. Algo en la atmósfera evocaba un apocalipsis seco.

Hacía unos diez años que Djerzinski vivía en la rue Frémicourt; se había acostumbrado a ella, el barrio era tranquilo. En 1993, sintió necesidad de compañía; algo que le diera la bienvenida al volver cada tarde. Eligió un canario blanco, un animal tímido. Cantaba, sobre todo por las mañanas; sin embargo, no parecía feliz; pero ¿puede ser feliz un canario? La alegría es una emoción intensa y profunda, un sentimiento exaltante de plenitud experimentado por toda la

conciencia; se puede comparar con la embriaguez, con el arrebato, con el éxtasis. Una vez sacó al pájaro de la jaula. Aterrorizado, éste se cagó en el sofá antes de lanzarse contra los hierros de la jaula, en busca de la puerta de entrada.

Volvió a intentarlo un mes más tarde. Esta vez, el pobre animal se cayó por la ventana; amortiguando lo mejor que pudo la caída, el pájaro consiguió posarse en un balcón del edificio de enfrente, cinco pisos más abajo. Michel tuvo que esperar a que volviera su ocupante, confiando ansiosamente en que no tuviera gato. Resultó que la chica era redactora de *20 Ans*, vivía sola y regresaba tarde. No tenía gato.

Había caído la noche; Michel recuperó al animalito, que temblaba de frío y de miedo, acurrucado contra la pared de hormigón. Se cruzó de nuevo con la redactora varias veces, casi siempre al sacar la basura. Ella inclinaba la cabeza, probablemente como signo de reconocimiento; él hacía lo mismo. Al fin y al cabo, el incidente le había permitido establecer una relación de vecindad; en ese sentido, estaba bien.

Por las ventanas podía ver una docena de edificios, es decir, unos trescientos apartamentos. En general, cuando volvía por la tarde, el canario empezaba a silbar y gorjear, cosa que duraba de cinco a diez minutos; después él le cambiaba el alpiste, la arenilla y el agua. Sin embargo, esa tarde le recibió el silencio. Se acercó a la jaula: el pájaro estaba muerto. Su cuerpecillo blanco, ya frío, yacía de costado sobre el fondo de arenilla.

Cenó una bandeja de lubina al hinojo de *Monoprix Gourmet*, que acompañó con un mediocre Valdepeñas. Tras alguna vacilación depositó el cadáver del pájaro en una bolsa de plástico, la lastró con una botella de cerveza y lo tiró todo al colector de basura. ¿Qué más podía hacer? ¿Decir una misa?

Nunca había sabido adonde iba a parar ese colector, con su exigua entrada (aunque suficiente para dejar pasar el cuerpo de un canario).

No obstante, soñó con gigantescos cubos de basura llenos de filtros de café, de raviolis en salsa y de órganos sexuales cortados. Gusanos gigantes, tan grandes como el pájaro y provistos de pico, atacaban su cadáver. Le arrancaban las patas, le despedazaban las tripas, le reventaban los globos oculares. Se levantó por la noche, temblando; apenas era la una y media de la madrugada. Se tomó tres sedantes. Así terminó su primera velada en libertad.

2

El 14 de diciembre de 1900, en una lectura ante la Academia de Berlín titulada «Zur Theorie des Geseztes der Energieverteilung in Normakpektrum», Max Plank introdujo por primera vez la noción de quantum de energía, que iba a tener un papel decisivo en la evolución ulterior de la física. Entre 1900 y 1920, impulsados sobre todo por Einstein y Bohr, algunos modelos más o menos ingeniosos intentaron encajar el nuevo concepto en el marco de las teorías anteriores; sólo a partir de principios de los años veinte se vio que ese marco estaba irremediablemente condenado.

Si se considera a Niels Bohr el verdadero fundador de la mecánica cuántica, no sólo es por sus descubrimientos personales, sino sobre todo por el extraordinario ambiente de creatividad, de efervescencia intelectual, de libertad de espíritu y de amistad que supo crear a su alrededor. El Instituto de Física de Copenhague, fundado por Bohr en 1919, acogió a todos los jóvenes investigadores con los que contaba la física europea. Heisenberg, Pauli o Born aprendieron allí. Un poco mayor que ellos, Bohr era capaz de dedicar horas a discutir los detalles de sus hipótesis, con una mezcla única de perspicacia filosófica, benevolencia y rigor. Preciso, incluso maníaco, no toleraba ninguna aproximación en la interpretación de los experimentos; pero tampoco ninguna idea nueva le parecía, a priori, una locura, ni consideraba intangible ningún concepto clásico. Le gustaba invitar a los estudiantes a reunirse con él en su casa de campo de Tisvilde; allí recibía a científicos de otras disciplinas, políticos, artistas; las conversaciones pasaban libremente de la física a la filosofía, de la historia al arte, de la religión a la vida cotidiana. No había ocurrido nada comparable desde los primeros tiempos del pensamiento griego. En este contexto excepcional se elaboraron, entre 1925 y 1927, los

términos esenciales de la interpretación de Copenhague, que invalidaban en gran medida las categorías anteriores de espacio, causalidad y tiempo.

Djerzinski no había conseguido, ni mucho menos, recrear un fenómeno semejante a su alrededor. El ambiente en la unidad de investigaciones que dirigía era lisa y llanamente un ambiente de oficina. Lejos de ser los Rimbaud del microscopio que a un público sentimental le gusta imaginarse, los investigadores de biología molecular son, casi siempre, técnicos honrados, carentes de genio, que leen *Le Nouvel Observateur* y sueñan con ir de vacaciones a Groenlandia. La investigación en biología molecular no necesita ninguna creatividad, ninguna invención; en realidad es una actividad casi totalmente rutinaria, que sólo exige unas razonables aptitudes intelectuales de segunda fila. La gente hace su doctorado y lee la tesis, pero lo cierto es que la enseñanza secundaria sería más que suficiente para manejar los aparatos. «Para entender lo que es el código genético», solía decir Desplechin, el director del departamento de biología del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, «para descubrir el principio de la síntesis de proteínas, sí que hace falta mojarse un poco. Ya se habrán dado cuenta de que fue Gamow, un físico, el primero en dar con la pista. Pero la descodificación del ADN, pfff... Uno descodifica y descodifica. Hace una molécula, hace otra. Introduce los datos en el ordenador, el ordenador calcula las subsecuencias. Se manda un fax a Colorado: allí hacen el gen B27 o el C33. Es como cocinar. De vez en cuando hay un insignificante progreso en el emparejamiento; en general, con eso basta para que a uno le den el Nobel. Bricolaje; una broma.»

La tarde del 1 de julio hacía un calor aplastante; era una de esas tardes que acaban mal, en las que termina estallando la tormenta y se dispersan los cuerpos desnudos. El despacho de Desplechin daba al puente de Anatole France. Al otro lado del Sena, en el puente de las Tullerías, los homosexuales paseaban al sol, discutían de dos en dos o en grupitos, compartían las toallas. Casi todos llevaban tanga. Los músculos impregnados de aceite brillaban bajo la luz; las nalgas relucían, muy bien torneadas. Algunos, sin dejar de charlar, se frotaban los órganos sexuales a través del nylon del tanga, o metían un dedo dentro revelando el vello púbico, el principio del falo. Desplechin había instalado un catalejo junto a los ventanales. Según el rumor, él también era homosexual; en realidad era sobre todo, desde hacía algunos años, un alcohólico mundano. Durante una tarde parecida, había intentado dos veces masturbarse con el ojo pegado al catalejo, enfocando pacientemente a un adolescente que se había quitado el tanga y cuya polla emprendía una emocionante ascensión en el aire. Su propio sexo se dejó caer, fláccido y arrugado, seco; Desplechin no insistió.

Djerzinski llegó a las cuatro en punto. Desplechin quería verle. Su caso le intrigaba. Desde luego, era corriente que un investigador se tomara un año sabático para trabajar con otro equipo en Noruega, en Japón, en fin, en uno de esos países siniestros donde los cuarentones se suicidan en masa. Había otros —un caso frecuente durante los «años Mitterrand», años en los que la voracidad financiera había alcanzado proporciones inauditas— que empezaban a buscar capital de riesgo y fundaban una sociedad para comercializar tal o cual molécula; de hecho, algunos habían amasado en poco tiempo una fortuna considerable, rentabilizando de la forma más mezquina los conocimientos adquiridos durante sus años de investigación desinteresada. Pero la disponibilidad de Djerzinski, sin proyecto, sin objetivo, sin el menor asomo de justificación, parecía incomprensible. A los cuarenta años era director de investigaciones, quince científicos trabajaban a sus órdenes; él sólo dependía —de un modo absolutamente teórico— de Desplechin. Su equipo obtenía excelentes resultados, estaba considerado uno de los mejores equipos europeos. En resumen, ¿qué era lo que no iba bien? Desplechin forzó el dinamismo de su voz: «¿Tiene algún proyecto?» Hubo un silencio de treinta segundos; después, Djerzinski contestó con sobriedad: «Reflexionar.» La cosa empezaba mal. Obligándose a sonar jovial, insistió: «¿A nivel personal?» Al mirar la cara seria que tenía delante, de rasgos afilados y ojos tristes, se sintió de repente abrumado de vergüenza. A nivel personal, ¿qué? Él mismo había ido a buscar a Djerzinski quince años antes a la Universidad de Orsay.

La elección había sido excelente: era un investigador preciso, riguroso, inventivo; los resultados se habían acumulado. Si el Centro Nacional de Investigaciones Científicas había logrado conservar un buen puesto en la investigación europea en biología molecular, se lo debía en gran parte a él. Había cumplido con creces su contrato.

«Por supuesto», terminó Desplechin, «mantendremos sus accesos informáticos. Dejaremos activos sus códigos de acceso a los resultados almacenados en el servidor y a la pasarela Internet del Centro por un tiempo indeterminado. Si necesita cualquier otra cosa, estoy a su disposición.»

Cuando el otro se fue, Desplechin volvió a acercarse a los ventanales. Sudaba un poco. En el muelle de enfrente, un joven moreno de tipo norteafricano se estaba quitando el pantalón corto. Aún había verdaderos problemas en biología fundamental. Los biólogos pensaban y actuaban como si las moléculas fuesen elementos materiales separados, vinculados sólo por las atracciones y repulsiones electromagnéticas; ninguno de ellos, estaba seguro, había oído hablar de la paradoja EPR, de los experimentos de Aspect; ninguno se había tomado siquiera la molestia de enterarse de los progresos realizados en física desde principios de siglo; su concepción del átomo seguía siendo, poco más o menos, la de Demócrito. Acumulaban datos pesados y repetitivos con el único objetivo de conseguir aplicaciones industriales inmediatas, sin tomar conciencia nunca de que la base conceptual de su gestión estaba minada. Djerzinski y él mismo, gracias a su formación inicial de físicos, eran probablemente los únicos en el Centro que se daban cuenta de ello: en el momento en que se abordaran realmente las bases atómicas de la vida, los fundamentos de la biología actual volarían en pedazos. Desplechin meditó sobre estos asuntos mientras la tarde caía sobre el Sena. Era incapaz de imaginar las vías que podía seguir la reflexión de Djerzinski; ni siquiera se sentía en condiciones de discutirlas con él. Se acercaba a los sesenta; a nivel intelectual, se sentía completamente quemado. Los homosexuales se habían ido, el muelle estaba vacío. No lograba acordarse de su última erección; esperaba la tormenta.

3

La tormenta estalló a eso de las nueve de la noche. Djerzinski escuchó la lluvia bebiendo a pequeños tragos un armagnac no muy caro.

Acababa de cumplir cuarenta años: ¿estaba siendo víctima de la *crisis de los cuarenta*? Teniendo en cuenta la mejora de las condiciones de vida, hoy en día la gente de cuarenta años está en plena forma, su condición física es excelente; los primeros signos que indican —tanto por el aspecto físico como por la reacción de los órganos al esfuerzo— que uno acaba de llegar a cierto nivel, que se inicia el largo descenso hacia la muerte, no suelen producirse hasta los cuarenta y cinco o incluso los cincuenta años. Además, la famosa «crisis de los cuarenta» se asocia a menudo a fenómenos sexuales, a la búsqueda súbita y frenética del cuerpo de chicas muy jóvenes. En el caso de Djerzinski, estas consideraciones estaban fuera de lugar: la polla le servía para mear, y eso era todo.

Al día siguiente se levantó a eso de las siete, sacó de su librería *La parte y el todo*, la autobiografía científica de Werner Heisenberg, y se dirigió a pie hacia el Champ de Mars. La aurora era límpida y fresca.

Tenía ese libro desde los diecisiete años. Sentado bajo un plátano en la avenida Victor–Cousin, releyó el pasaje del primer capítulo donde Heisenberg, recordando el contexto de sus años de formación, relata las circunstancias de su primer encuentro con la teoría atómica:

«Creo que debió de ocurrir en la primavera de 1920. El final de la Primera Guerra Mundial había sembrado el malestar y la confusión entre los jóvenes de nuestro país. La vieja generación, profundamente decepcionada por la derrota, había perdido el control; los jóvenes se reunían en grupos, en pequeñas o grandes comunidades, para buscar una nueva vía, o al menos para buscar una nueva brújula que les permitiera orientarse, ya que la antigua se había

roto. Una hermosa mañana de primavera emprendí una caminata con un grupo de entre diez y veinte compañeros. Si mal no recuerdo, el paseo nos llevaba a través de las colinas que bordean la orilla oeste del lago Starnberg; cada vez que había un claro entre las filas de hayas de un verde luminoso, el lago aparecía a la izquierda, debajo de nosotros, y parecía extenderse casi hasta las montañas que componían el fondo del paisaje. Curiosamente, durante este paseo tuvo lugar mi primera discusión sobre el mundo de la física atómica, una discusión que iba a ser muy significativa para mí en el curso posterior de mi carrera.»

Cerca de las once volvió a aumentar el calor. De regreso en casa, Michel se desnudó del todo antes de tumbarse. Durante las siguientes tres semanas, sus movimientos fueron muy restringidos. Podríamos imaginar que el pez, sacando de vez en cuando la cabeza del agua para boquear al aire, percibiera durante unos segundos un mundo aéreo, completamente distinto..., paradisíaco. Por supuesto, tendría que regresar enseguida a su universo de algas, donde los peces se devoran. Pero durante unos segundos habría intuido un mundo diferente, un mundo perfecto: el nuestro.

La noche del 15 de julio llamó a Bruno por teléfono. Sobre un fondo de *jazz cool*, la voz de su hermanastro emitía un mensaje que sonaba sutilmente a *segundas intenciones*. Desde luego, Bruno sí que era víctima de la *crisis de los cuarenta*. Llevaba impermeables de cuero, se dejaba crecer la barba. Para demostrar que conocía la vida, se expresaba como un personaje de serie policíaca de segunda fila; fumaba cigarrillos, desarrollaba los pectorales. Pero por lo que a él le concernía, Michel no creía en absoluto en esa explicación de la «crisis de los cuarenta». Un hombre víctima de la crisis de los cuarenta sólo quiere vivir, vivir un poco más; pide solamente una pequeña ampliación del plazo. La verdad, en su caso, es que estaba completamente harto; sencillamente, no veía el menor motivo para continuar.

Esa misma noche encontró una foto tomada en su escuela primaria de Charny; y se echó a llorar. El niño, sentado ante el pupitre, tenía un libro de clase abierto en las manos. Miraba al espectador sonriendo, lleno de alegría y valor; y este niño, por incomprensible que pareciese, era él. El niño hacía los deberes, se aprendía las lecciones con una confiada seriedad. Entraba en el mundo, descubría el mundo, y el mundo no le daba miedo, estaba dispuesto a ocupar su lugar en la sociedad de los hombres. Todo esto se podía leer en la mirada del niño. Llevaba una bata con un cuellecito.

Michel tuvo la foto durante varios días al alcance de la mano, apoyada en su lamparilla de noche. El tiempo es un misterio banal y todo estaba en orden, intentaba decirse; la mirada se apaga, la alegría y la confianza desaparecen. Tumbado sobre el colchón Bultex, se entrenaba sin éxito en la no permanencia. Una pequeña depresión redonda marcaba la frente del niño, una cicatriz de varicela; esta cicatriz había sobrevivido a los años. ¿Dónde estaba la verdad? El calor de mediodía invadía la habitación.

4

Nacido en 1882 en un pueblo del interior de Córcega, en el seno de una familia de campesinos analfabetos, Martin Ceccaldi parecía destinado a llevar la vida agrícola y pastoral, con su limitado radio de acción, que llevaron sus antepasados durante una serie indefinida de generaciones. Es una vida que desapareció hace tiempo de nuestras regiones, y cuyo análisis exhaustivo sólo ofrece, por lo tanto, un interés limitado; de vez en cuando, algunos ecologistas radicales manifiestan una nostalgia incomprensible por ella; sin embargo voy a ofrecer, para ser completo, una breve descripción sintética de ese tipo de vida: uno tiene naturaleza y aire puro, cultiva algunas parcelas (cuyo número está fijado con precisión por un estricto sistema de herencias), de vez en cuando abate un jabalí; folla como un loco, especialmente con su mujer, que da a luz *hijos*; educa a los susodichos hijos para que ocupen su lugar en el mismo ecosistema; se pone enfermo, y se acabó.

El destino singular de Martin Ceccaldi es, en realidad, perfectamente sintomático del papel de integración en la sociedad francesa y en la promoción del progreso técnico que tuvo la escuela laica durante toda la Tercera República. Su profesor comprendió con rapidez que se

enfrentaba a un alumno excepcional, dotado de un espíritu de abstracción y una inventiva formal que difícilmente encontrarían expresión en su medio de origen. Plenamente consciente de que su papel no se limitaba a proporcionar a cada ciudadano unos conocimientos elementales, sino que también era cosa suya detectar a los elementos de élite llamados a integrarse en las capas dirigentes de la República, consiguió convencer a los padres de Martin de que el destino de su hijo se hallaba forzosamente fuera de Córcega. En 1894, provisto de una beca, un joven entró como interno en el liceo Thiers de Marsella (bien descrito en los recuerdos de infancia de Marcel Pagnol, que iban a ser hasta el final la lectura favorita de Martin Ceccaldi por la excelente reconstrucción realista de los ideales fundadores de una época, a través de la trayectoria de un joven dotado que viene de un medio desfavorecido). En 1902, haciendo plenamente realidad las esperanzas que en él había depositado su antiguo profesor, le admitieron en la Escuela Politécnica.

En 1911, le destinaron al puesto que iba a decidir el resto de su vida. Se trataba de crear, sobre el conjunto del territorio argelino, una red eficaz de canalización de aguas. Se dedicó a ello durante más de veinticinco años, calculando la curvatura de los acueductos y el diámetro de las canalizaciones. En 1923 se casó con Geneviève July, una estanquera de remotos orígenes languedocianos cuya familia llevaba dos generaciones instalada en Argelia. En 1928 tuvieron una hija, Janine.

El relato de una vida humana puede ser tan largo o tan breve como uno quiera. Naturalmente se recomienda, por su extrema brevedad, la opción metafísica o trágica, que se limita al fin y al cabo a las fechas de nacimiento y muerte grabadas clásicamente en una lápida. En el caso de Martin Ceccaldi, parece oportuno invocar una dimensión histórica y social, poniendo el acento no tanto en las características personales del individuo como en la evolución de la sociedad de la cual es elemento sintomático. Arrastrados por la evolución histórica de su época y, a la vez, habiendo decidido formar parte de ella, los individuos sintomáticos llevan, por lo general, una vida simple y feliz; el relato clásico de sus vidas puede ocupar una o dos páginas. Janine Ceccaldi, por su parte, pertenecía a la desalentadora categoría de los *precursores*. Muy bien adaptados, por una parte, al modo de vida mayoritario de su época, intentando a la vez sobrepasarlo «por arriba» a base de preconizar nuevos comportamientos o de popularizar comportamientos todavía poco practicados, los precursores necesitan, por lo general, una descripción algo más larga, puesto que su recorrido suele ser más atormentado y confuso. Empero sólo tienen un papel de acelerador histórico —normalmente, acelerador de una descomposición histórica— y nunca pueden imprimir una nueva dirección a los acontecimientos; ese papel está reservado a los *revolucionarios* o a los *profetas*.

Muy pronto la hija de Martin y Geneviève Ceccaldi manifestó aptitudes intelectuales fuera de lo común, que por lo menos igualaban las de su padre, junto con los signos de un carácter muy independiente. Perdió la virginidad a la edad de trece años (cosa excepcional en su época y entorno), antes de dedicar los años de guerra (más bien tranquilos en Argelia) a asistir a los principales bailes que tenían lugar cada fin de semana, primero en Constantina y luego en Argel; todo ello sin dejar de acumular, trimestre tras trimestre, impresionantes resultados escolares. Así pues, provista de un bachillerato con mención honorífica y una experiencia sexual ya sólida, dejó a sus padres en 1945 para estudiar medicina en París.

Los años de la posguerra inmediata fueron laboriosos y violentos; el índice de producción industrial estaba en su punto más bajo, y hasta 1948 no fue abolido el racionamiento de alimentos. Sin embargo, en el seno de una encopetada franja de la población aparecían ya los primeros signos de un consumo lúdico–libidinal de masas, que venía de Estados Unidos, y que se iba a extender al resto de la población en el curso de las décadas posteriores. Como estudiante en la facultad de medicina de París, Janine Ceccaldi pudo vivir de bastante cerca los años «existencialistas», e incluso tuvo ocasión de bailar un *be–bop* en el Tabou con Jean–Paul Sartre. La obra del filósofo le impresionó poco, pero en cambio se quedó estupefacta ante la fealdad del hombre, que rozaba la minusvalía, y el incidente no tuvo consecuencias. Ella era muy hermosa, de acusado tipo mediterráneo, y tuvo numerosas aventuras antes de conocer en 1952 a Serge Clément, que estaba terminando la especialidad de cirugía.

«¿Quiere un retrato de mi padre?», solía decir Bruno años después.

«Coja un mono y déle un teléfono portátil; se hará una idea del personaje.» En aquella época, Serge Clément no tenía teléfono portátil, pero sí que era bastante peludo. En resumen, no era nada guapo; pero se desprendía de su persona una virilidad poderosa y sin complicaciones que iba a seducir a la joven interna. Además, tenía proyectos. Un viaje a Estados Unidos le había convencido de que la cirugía estética ofrecía posibilidades considerables para un facultativo ambicioso. La progresiva ampliación del mercado de la seducción, la subsecuente desintegración de la pareja tradicional, el probable despegue económico de Europa occidental; todo coincidía para prometer excelentes posibilidades de expansión en el sector, y Serge Clément tuvo el mérito de ser uno de los primeros en Europa —y desde luego el primero en Francia— que lo entendió; el problema es que carecía de los fondos necesarios para iniciar la actividad. Martin Ceccaldi, favorablemente impresionado por el espíritu emprendedor de su futuro yerno, consintió en prestarle dinero, y así pudo abrirse la primera clínica en Neuilly, en 1953. El éxito, recogido en las páginas de información de las revistas femeninas, que por entonces estaban en pleno desarrollo, fue fulminante, y en 1955 se inauguró una nueva clínica en las colinas de Cannes.

Ambos esposos formaban lo que después dio en llamarse una «pareja moderna», y Janine se quedó embarazada de su marido más bien por descuido. Decidió, sin embargo, tener al niño; pensaba que la maternidad era una de esas experiencias que una mujer debe vivir; el embarazo, por otra parte, fue bastante agradable, y Bruno nació en marzo de 1956. Los fastidiosos cuidados que reclama un niño pequeño pronto les parecieron a la pareja poco compatibles con su ideal de libertad personal, y en 1958, de común acuerdo, mandaron a Bruno con sus abuelos maternos a Argel. En ese momento, Janine estaba embarazada otra vez; pero en esta ocasión el padre era Marc Djerzinski.

Empujado por una miseria atroz que rayaba con la hambruna, Lucien Djerzinski abandonó en 1919 la cuenca minera de Katowice, donde había nacido veinte años antes, con la esperanza de encontrar trabajo en Francia. Entró como obrero en los ferrocarriles, primero en la construcción y luego en el mantenimiento de las vías, y se casó con Marie Le Roux, hija de obreros nativos de Borgoña y empleada también en los ferrocarriles. Tuvieron cuatro hijos antes de que él muriese en 1944 durante un bombardeo aliado.

El tercer hijo, Marc, tenía catorce años cuando murió su padre. Era un chico inteligente, serio, un poco triste. Gracias a un vecino, entró en 1946 como aprendiz de electricista en los estudios Pathé de Joinville. Enseguida se vio que estaba muy dotado para ese trabajo: a partir de instrucciones sumarias, preparaba excelentes fondos de iluminación antes de la llegada del operador jefe. Henri Alekan le apreciaba mucho y quería convertirlo en su ayudante, pero en 1951 decidió entrar en la ORTF, que acababa de empezar a emitir.

Cuando conoció a Janine, a principios de 1957, estaba haciendo un reportaje para la televisión sobre Saint Tropez y su ambiente. Su investigación se centraba sobre todo en el personaje de Brigitte Bardot (*Y Dios creó a la mujer*, de 1956, fue el verdadero lanzamiento de Brigitte Bardot), pero también se extendía a ciertos medios artísticos y literarios, especialmente a lo que después se llamó «la pandilla de Sagan». Este mundo, prohibido para ella a pesar de su dinero, fascinaba a Janine, y parece que realmente se enamoró de Marc. Estaba convencida de que tenía madera de gran cineasta, lo cual probablemente era verdad. Trabajando en las condiciones impuestas por el reportaje, con poco material de iluminación, componía escenas perturbadoras moviendo algunos objetos, escenas realistas, tranquilas y a la vez perfectamente desesperadas, que recordaban el trabajo de Edward Hopper. Miraba con indiferencia a las celebridades con las que se codeaba, y filmaba a Bardot o a Sagan con la misma consideración que si hubieran sido calamares o cangrejos de río. No hablaba con nadie, no simpatizaba con nadie; era realmente fascinante.

Janine se divorció de su marido en 1958, poco después de haber mandado a Bruno con sus padres. Fue un divorcio amistoso, con daños y perjuicios compartidos. Serge, generoso, le cedió su parte de la clínica de Cannes, con la que podía asegurarse un cómodo futuro. Tras instalarse con Janine en una villa de Sainte-Maxime, Marc no cambió en absoluto sus

costumbres solitarias. Ella le presionaba para que se ocupase de su carrera cinematográfica; él asentía pero no hacía nada, y se conformaba con esperar el siguiente tema de reportaje. Cuando ella organizaba una cena, lo normal era que él cenase solo y un poco antes en la cocina; después iba a dar un paseo por la orilla del mar. Volvía justo antes de que se fueran los invitados, con el pretexto de que tenía que acabar un montaje. El nacimiento de su hijo, en junio de 1958, le provocó una evidente turbación. Se pasaba minutos enteros mirando al niño, que se le parecía de un modo increíble: la misma cara de rasgos afilados, con pómulos salientes; los mismos grandes ojos verdes. Poco después, Janine empezó a engañarle. Es probable que él sufriera, pero resulta difícil saberlo, porque hablaba cada vez menos. Construía pequeños altares con guijarros, ramitas y caparazones de crustáceos; luego los fotografiaba bajo una luz rasante.

Su reportaje sobre Saint Tropez tuvo mucho éxito en el medio, pero se negó a conceder una entrevista a *Cahiers du cinéma*. Su fama aumentó todavía más con la difusión de un breve documental, muy ácido, que rodó en la primavera de 1959 sobre *Salut les copains* y el nacimiento del fenómeno yeyé. Decididamente, el cine de ficción no le interesaba, y se negó dos veces a trabajar con Godard. En la misma época, Janine empezó a frecuentar norteamericanos de paso por la Costa Azul. En Estados Unidos, en California, estaba ocurriendo algo radicalmente nuevo. En Esalen, cerca de Big Sur, se estaban creando comunidades basadas en la libertad sexual y el consumo de drogas psicodélicas que, se suponía, provocaban la ampliación del campo de conciencia. Janine se convirtió en la amante de Francesco di Meola, un norteamericano de origen italiano que conocía a Ginsberg y a Aldous Huxley, y que formaba parte de los fundadores de una de las comunidades de Esalen.

En enero de I960, Marc se fue a hacer un reportaje sobre la nueva sociedad comunista que se estaba estableciendo en la República Popular de China. Volvió a Saint-Maxime el 23 de junio, a mitad de la tarde. La casa parecía desierta. Sin embargo había una chica de unos quince años, completamente desnuda, sentada en la alfombra del salón con las piernas cruzadas. «*Gone to the beach...*», fue la contestación a sus preguntas antes de que volviera a caer en la apatía. Un hombre grande y barbudo, visiblemente borracho, roncaba atravesado en la cama de la habitación de Janine. Marc aguzó el oído; creía percibir gemidos o jadeos.

En el dormitorio del primer piso había una peste insoportable; el sol que entraba por el ventanal iluminaba con violencia las baldosas negras y blancas. Su hijo reptaba torpemente por el suelo, resbalando de vez en cuando en un charco de orina o de excrementos. Guiñaba los ojos y gemía sin parar. Al percibir una presencia humana, intentó huir. Marc lo cogió en brazos; aterrorizada, la criatura temblaba en sus manos.

Marc volvió a salir; en una tienda cercana compró un asiento para el bebé. Redactó una breve nota para Janine, subió al coche, sujetó al niño en el asiento y arrancó en dirección norte. A la altura de Valence, giró hacia el Macizo Central. Caía la noche. De vez en cuando, entre dos curvas, le echaba una mirada a su hijo, que estaba adormilado en la parte de atrás; se sentía invadido por una extraña emoción.

Desde ese día, Michel vivió con su abuela, que se había jubilado en Yonne, su región natal. Poco después su madre se fue a vivir a la comunidad de Di Meola en California. Michel no volvió a verla hasta los quince años. Tampoco volvió a ver mucho a su padre. En 1964, éste se fue a hacer un reportaje sobre el Tibet, por entonces sometido a la ocupación militar china. En una carta a su madre afirmaba estar bien y se declaraba enamorado del budismo tibetano, que China intentaba erradicar violentamente; luego dejó de haber noticias. La protesta francesa al gobierno chino no tuvo efecto, y aunque no encontraron su cuerpo, lo declararon oficialmente desaparecido un año después.

5

Estamos en el verano de 1968, y Michel tiene diez años. Desde los dos vive solo con su abuela. Viven en Charny, en Yonne, cerca de la frontera del Loiret. Por las mañanas se levanta pronto para preparar el desayuno de su abuela; se ha hecho una ficha especial donde

ha apuntado el tiempo de infusión del té y el número de rebanadas de pan con mantequilla y de otras cosas.

A menudo se queda en su habitación hasta la comida de mediodía. Lee a Julio Verne, *El perro Pif* o *El Club de los Cinco*; pero sobre todo se sumerge en su colección de Todo el Universo. Allí hablan de la resistencia de los materiales, de la forma de las nubes, del baile de las abejas. Hablan del Taj Mahal, un palacio construido por un rey muy antiguo en homenaje a su reina muerta; de la muerte de Sócrates; o de Euclides, que inventó la geometría hace tres mil años.

Por la tarde, se sienta en el jardín. Apoyado en el cerezo, en pantalón corto, siente la masa elástica de la hierba. Siente el calor del sol.

Las lechugas absorben el calor del sol; también absorben el agua, y sabe que tiene que regarlas al caer la tarde. Sigue leyendo *Todo el Universo*, o un libro de la colección *Cien preguntas sobre*; absorbe conocimientos.

También suele pasear en bicicleta por el campo. Pedalea con todas su fuerzas, llenándose los pulmones con el sabor de la eternidad. La eternidad de la infancia es breve, pero él no lo sabe todavía; el paisaje desfila ante sus ojos.

En Charny sólo queda una tienda de ultramarinos, pero la camioneta del carnicero pasa los miércoles y la del pescadero los viernes; los 28 sábados por la mañana, la abuela suele hacer bacalao en salsa. Michel está viviendo su último verano en Charny, pero todavía no lo sabe. Al principio del año, su abuela tuvo un ataque. Sus dos hijas, que viven en las afueras de París, están buscándole una casa no muy lejos de ellas. Ya no está en condiciones de vivir sola todo el año, de ocuparse del jardín.

Michel juega rara vez con los chicos de su edad, pero no se lleva mal con ellos. Lo consideran un poco aparte; tiene excelentes notas en el colegio, lo entiende todo sin esfuerzo aparente. Desde siempre es el primero en todas las materias; naturalmente, su abuela está muy orgullosa. Pero sus compañeros no le odian, ni lo tratan con crueldad; él les deja que copien sus deberes sin la menor oposición. Espera a que su vecino acabe, y luego pasa la página. A pesar de sus excelentes notas, se sienta en la última fila. Las condiciones del reinado son frágiles.

6

Una tarde de verano, mientras aún vivía en Yonne, Michel fue a correr por los prados con su prima Brigitte. Brigitte era una bonita muchacha de dieciséis años, tremendamente amable, que unos años más tarde se casaría con un espantoso imbécil. Era el verano de 1967. Ella lo cogía de las manos y le hacía girar a su alrededor; después se dejaban caer en la hierba recién cortada. El se acurrucaba contra su cálido pecho; ella llevaba una falda corta. Al día siguiente ambos estaban cubiertos de puntitos rojos y tenían picores terribles por todo el cuerpo. El *Thrombidium holosericum*, llamado también acaro, era muy común en las praderas durante el verano. Tiene unos dos milímetros de diámetro. El cuerpo es grueso, carnoso, muy abombado, rojo vivo. Planta la boca en la piel de los mamíferos, causando irritaciones insoportables. La *Linguatulia rhinaria*, o linguatula, vive en las fosas nasales y los senos frontales o maxilares del perro, a veces del hombre. El embrión es oval, con una cola trasera; la boca posee un aparato perforante. Tiene dos pares de apéndices (o muñones) con largas garras. El adulto es blanco, lanceolado, y su longitud está entre 18 y 85 milímetros. El cuerpo es aplastado, anillado, transparente, y está cubierto de espículas quitinosas.

En diciembre de 1968, la abuela se mudó para instalarse en Seine- et-Marne, cerca de sus hijas. Al principio, la vida de Michel cambió poco. Crécy-en-Brie sólo está a unos cincuenta kilómetros de París, y por entonces seguía siendo el campo. El pueblo es bonito, compuesto por casas antiguas; Corot pintó allí algunos cuadros. Un sistema de canales deriva las aguas del Grand Morin, lo que le vale a Crécy en algunos folletos el abusivo nombre de *Venecia de*

Brie. Son escasos los habitantes que trabajan en París. La mayoría son empleados de pequeñas empresas locales, o trabajan casi siempre en Meaux.

Dos meses más tarde, su abuela compró una televisión; la publicidad acababa de aparecer en la primera cadena. La noche del 21 de julio de 1969, Michel pudo seguir en directo los primeros pasos del hombre sobre la Luna. Seiscientos millones de telespectadores repartidos por la superficie del planeta asistieron al espectáculo al mismo tiempo que él. Las pocas horas que duró la retransmisión fueron probablemente el punto culminante del primer período del sueño tecnológico occidental.

A pesar de haber llegado en mitad del curso, se adaptó bien al instituto de Crécy-en-Brie, y pasó a quinto sin problemas. Todos los jueves compraba *Pif*, que acababa de renovar su fórmula. Al contrario que muchos lectores, no lo compraba por el regalo, sino por las historias completas de aventuras. A través de una sorprendente variedad de épocas y decorados, estas historias escenificaban algunos valores morales sencillos y profundos. Ragnar el Vikingo; Teddy Ted y el Apache; Rahan, el «hijo de las épocas salvajes»; Nasdine Hodja, que no hacía caso ni a visires ni a califas: todos se podrían haber reunido en torno a una misma ética. Michel tomaba conciencia de ello poco a poco, y eso le iba a marcar definitivamente. La lectura de Nietzsche sólo le provocó una breve irritación, la de Kant no hizo sino confirmar lo que ya sabía. La moral pura es única y universal. No sufre ninguna alteración en el transcurso del tiempo, ni tampoco ninguna añadidura. No depende de ningún factor histórico, económico, sociológico o cultural; no depende de nada en absoluto. No está determinada y determina. No está condicionada y condiciona. En otras palabras: es un absoluto.

Una moral observable en la práctica siempre es el resultado de mezclar en proporciones variables elementos de moral pura y otros elementos de origen más o menos oscuro, casi siempre religioso. Cuanto más importante sea la parte de elementos de moral pura, más larga y feliz será la existencia de la sociedad que se apoya en la moral considerada. Llevando la idea al extremo, una sociedad regida por los principios puros de la moral universal duraría tanto como el mundo.

Michel admiraba a todos los héroes de *Pif*, pero su favorito era, sin duda, Lobo Negro, el indio solitario, noble síntesis de las cualidades del apache, el sioux y el cheyenne. Lobo negro atravesaba eternamente las praderas, con su caballo Shinook y su lobo Toopee. No sólo actuaba, acudiendo sin vacilar en auxilio de los más débiles, sino que comentaba sin parar sus propias acciones basándose en un criterio ético trascendente, unas veces bañado en la poesía de diferentes proverbios dakotas o crees, y otras veces, con más sobriedad, en una referencia a la «ley de la pradera». Años más tarde, Michel seguía considerándolo como el tipo ideal de héroe kantiano, que siempre actuaba «como si fuera, por sus máximas, un miembro legislador en el reino universal de los fines». Algunos episodios como *El brazalete de cuero*, con el personaje conmovedor del viejo jefe cheyenne que buscaba las estrellas, superaban el marco un poco estrecho de la historia de aventuras para sumergirse en un clima puramente poético y moral.

La televisión le interesaba menos. Sin embargo seguía, con el corazón en un puño, la emisión semanal de *La vida de los animales*. Las gacelas y los gamos, esos gráciles mamíferos, se pasaban la vida aterrorizados. Los leones y las panteras vivían en un apático embrutecimiento sacudido por breves explosiones de crueldad. Mataban, despedazaban, devoraban a los animales más débiles, viejos o enfermos; después volvían a sumirse en un sueño estúpido, animado solamente por los ataques de los parásitos que los devoraban por dentro. Algunos parásitos también eran atacados por parásitos más pequeños; estos últimos eran, a su vez, caldo de cultivo para los virus. Los reptiles se deslizaban entre los árboles, clavando sus venenosos colmillos en pájaros y mamíferos; hasta que de pronto los troceaba el pico de una rapaz. La voz pomposa y estúpida de Claude Darget comentaba estas atroces imágenes con un tono injustificable de admiración. Michel temblaba indignado, y sentía que se formaba en su interior otra convicción inquebrantable: en conjunto, la naturaleza salvaje era una porquería repugnante; en conjunto, la naturaleza salvaje justificaba una destrucción total, un holocausto universal; y la misión del hombre sobre la Tierra era, probablemente, ser el artífice de ese holocausto.

El abril de 1970 apareció en *Pif* un regalo que se haría famoso: el *polvo de vida*. Cada número venía con una bolsita que contenía huevos de un minúsculo crustáceo marino, la *Artemia salina*. Desde hacía milenios, esos organismos estaban en animación suspendida. El procedimiento para reanimarlos era medianamente complejo: había que decantar el agua durante tres días, entibiarla, añadirle el contenido de la bolsa, remover suavemente. Los días siguientes había que mantener el recipiente cerca de una fuente de luz y de calor; añadir con regularidad agua a la misma temperatura para compensar la evaporación; remover con delicadeza la mezcla para oxigenarla. Pocas semanas más tarde, el tarro hervía de crustáceos translúcidos, a decir verdad un poco repugnantes, pero definitivamente vivos. No sabiendo qué hacer con ellos, Michel acabó por tirarlos al Grand Morin.

En el mismo número, la historia de aventuras en veinte páginas hacía ciertas revelaciones sobre la juventud de Rahan, sobre las circunstancias que lo habían empujado a su condición de héroe solitario en mitad de las edades prehistóricas. Siendo aún niño, una erupción volcánica había diezmado su clan. Su padre, Crao el Sabio, sólo había podido legarle en el momento de su muerte un collar de tres garras. Cada una de las garras representaba una virtud de «los–que–caminande–pie», los hombres. Una era la garra de la lealtad, otra la garra del valor; la tercera y más importante de todas era la garra de la bondad. Desde entonces Rahan llevaba el collar e intentaba ser digno de todo lo que representaba.

La casa de Crécy tenía un jardín a lo largo, con un cerezo un poco más pequeño que el de Yonne. Él seguía leyendo *Todo el Universo* y *Cien preguntas sobre*. En su duodécimo cumpleaños, su abuela le regaló una caja de *El pequeño químico*. La química era muchísimo más fascinante que la mecánica o la electricidad; más misteriosa, más variada. Los productos venían presentados en sus cajas, con colores, formas y texturas distintas, como esencias eternamente separadas. No obstante, bastaba con mezclarlos para que reaccionasen con violencia, formando compuestos radicalmente nuevos a la velocidad del relámpago.

Una tarde de julio, mientras leía en el jardín, Michel se dio cuenta de que los fundamentos químicos de la vida podrían haber sido completamente diferentes. El papel que desempeña el carbono en las moléculas de los seres vivos podrían haberlo desempeñado otras moléculas de idéntica valencia, pero de mayor peso atómico. En otro planeta, en distintas condiciones de presión y temperatura, las moléculas de la vida podrían haber sido el silicio, el azufre y el fósforo; o el germanio, el selenio y el arsénico; o el estaño, el teluro y el antimonio. No había nadie con quien pudiera discutir de verdad sobre estas cosas; cuando se lo pidió, su abuela le compró varias obras de bioquímica.

7

El primer recuerdo de Bruno databa de los cuatro años; era el recuerdo de una humillación. Entonces iba al parvulario del parque Laperlier, en Argel. Una tarde de otoño, la institutriz había explicado a los niños cómo hacer collares de hojas. Las niñas esperaban sentadas en medio de la cuesta, ya con los signos de una estúpida resignación femenina; la mayoría llevaban vestidos blancos. El suelo estaba cubierto de hojas doradas; los árboles eran sobre todo castaños y plátanos. Uno tras otro, sus compañeros terminaban el collar e iban a colgarlo al cuello de su pequeña favorita. Él no hacía progresos, las hojas se rompían, todo se destruía entre sus manos. ¿Cómo explicarles que necesitaba amor? ¿Cómo explicárselo sin el collar de hojas? Se echó a llorar de rabia; la institutriz no acudió en su ayuda. Ya había acabado todo, los niños se levantaron para salir del parque. Un poco después, el colegio cerró.

Sus abuelos vivían en un piso muy bonito, en el bulevar Edgard– Quinet. Los edificios burgueses del centro de Argel se habían construido siguiendo el modelo de los edificios haussmanianos de París. Un pasillo de veinte metros atravesaba el piso y llevaba a un salón, desde cuyo balcón se veía la ciudad blanca. Muchos años más tarde, cuando se convirtió en un cuarentón desengañado y amargado, volvía a ver esta imagen: él mismo, a los cuatro años, pedaleando en el triciclo con todas sus fuerzas a lo largo del oscuro pasillo, hasta la luminosa apertura del balcón. Probablemente conoció su mayor felicidad terrenal en esos momentos.

Su abuelo murió en 1961. En nuestros climas, un cadáver de mamífero o de pájaro atrae al principio a ciertas moscas (*Musca, Curtonevra*); en cuanto empieza la descomposición entran en juego otras especies, sobre todo las *Calliphora* y las *Lucilia*. El cadáver, bajo la acción combinada de las bacterias y de los jugos digestivos que secretan las larvas, se licúa más o menos y se convierte en escenario de fermentaciones butíricas y amoniacales. Al cabo de tres meses las moscas han terminado su obra, y las sustituye un escuadrón de coleópteros de tipo *Dermestes* y de lepidópteros *Aglossa pinguinalis*, que se alimentan principalmente de grasas. Las larvas de la *Piophila petasionis* y los coleópteros de tipo *Corynetes* aprovechan las materias proteicas en proceso de fermentación. El cadáver, descompuesto, contiene todavía algo de humedad y es presa de los acaras, que absorben las últimas sanies. Una vez seco y momificado, sigue albergando explotadores: las larvas de las atagenas y las antrenas, las orugas de la *Aglossa cuprealis* y de la *Tineola biselelia*. Son éstas las que acaban el ciclo.

Bruno volvía a ver el ataúd de su abuelo, de un hermoso y profundo color negro, con una cruz de plata. Era una imagen tranquilizadora e incluso feliz; su abuelo debía de sentirse bien en un féretro tan magnífico. Más tarde se enteró de la existencia de los ácaros y de todas esas larvas con nombre de aspirante a estrella italiana. Sin embargo, incluso en la actualidad, la imagen del ataúd de su abuelo seguía siendo una imagen feliz.

Todavía recordaba a su abuela el día que llegaron a Marsella, sentada en una caja en mitad de la cocina embaldosada. Las cucarachas corrían entre las losas. Probablemente fuera ese día cuando casi perdió la razón. En pocas semanas había vivido la agonía de su marido, la precipitada salida de Argelia, la difícil búsqueda de casa en Marsella.

Estaba en un núcleo miserable, en los barrios del noroeste. Ella nunca había pisado Francia. Y su hija la había abandonado, no había ido al entierro de su padre. Tenía que haber un error. En alguna parte tenían que haber cometido un error. Volvió a empezar, y sobrevivió cinco años. Compró muebles, instaló una cama para Bruno en el comedor, lo matriculó en la escuela primaria del barrio. Iba a buscarlo todas las tardes. Al él le daba vergüenza ver a esa viejecita rota y seca que lo cogía de la mano. Los demás tenían padres; los hijos de divorciados todavía eran poco frecuentes.

Por la noche, ella repasaba indefinidamente las etapas de una vida que acababa tan mal. El techo del apartamento era bajo, y en verano hacía un calor sofocante. Ella no solía dormirse antes del alba. Durante el día se arrastraba por el apartamento en zapatillas, hablando en voz alta sin darse cuenta, repitiendo en ocasiones cincuenta veces seguidas las mismas frases. El caso de su hija le obsesionaba. «No vino al entierro de su padre...» Iba de una habitación a la otra, a veces sosteniendo una bayeta o una cacerola cuyo uso había olvidado. «El entierro de su padre..., el entierro de su padre...» Las zapatillas resbalaban chirriando sobre las baldosas. Bruno se acurrucaba en la cama, pasmado; se daba cuenta de que todo aquello acabaría mal. A veces ella empezaba desde la mañana, todavía en bata y con los rulos puestos. «Argelia es Francia...» Después venían los chirridos. Iba y venía entre las dos habitaciones, con la mirada fija en un punto invisible. «Francia... Francia...», repetía bajando lentamente la voz.

Siempre había sido buena cocinera, y fue su última alegría. Le preparaba a Bruno opíparas comidas, como si ella presidiera una mesa de diez comensales. Pimientos en aceite, anchoas, ensalada de patatas; a veces había cinco entrantes diferentes antes del plato principal: calabacines rellenos, conejo con aceitunas, cuscas en ocasiones. Lo único que no le salía bien era la repostería; pero los días en que cobraba la pensión llevaba a casa cajas de turrón, crema de castañas, pastelillos de Aix. Poco a poco, Bruno se convirtió en un niño obeso y tímido. Ella no comía casi nada. Los domingos por la mañana se levantaba un poco más tarde; Bruno iba a su cama y se acurrucaba contra aquel cuerpo descarnado. A veces imaginaba que tenía un cuchillo y que se levantaba de noche para apuñalarla en pleno corazón; después se derrumbaba bañado en lágrimas sobre su cadáver; imaginaba que él moriría poco después.

A finales de 1966 la abuela recibió una carta de su hija, que había conseguido su dirección gracias al padre de Bruno; ambos se escribían todos los años por Navidad. Janine no se lamentaba mucho por el pasado, evocado en la siguiente frase: «Me he enterado de la muerte de papá y de tu mudanza.» Anunciaba, además, que dejaba California e iba a vivir en el sur de Francia; no daba una dirección.

Una mañana de marzo de 1967, mientras intentaba preparar buñuelos de calabacín, la anciana se tiró encima una cazuela de aceite hirviendo. Tuvo fuerzas para salir al descansillo; sus gritos alertaron a los vecinos. Por la tarde, a la salida del colegio, Bruno vio a la señora Haouzi, que vivía en el piso de arriba; ella lo llevó directamente al hospital. Le dejaron ver a su abuela unos minutos; las sábanas ocultaban las heridas. Le habían dado mucha morfina; sin embargo reconoció a Bruno y le cogió la mano; luego se llevaron al niño. Esa noche le falló el corazón.

Por segunda vez, Bruno tuvo que enfrentarse a la muerte; por segunda vez se le escapó casi por completo el sentido del acontecimiento. Años más tarde, cuando le devolvían un deber de francés o una composición de historia con buenas calificaciones, seguía diciéndose que tenía que contárselo a la abuela. De inmediato, claro, se decía que estaba muerta; pero era una idea intermitente, que en realidad no interrumpía el diálogo. Cuando ganó las oposiciones como profesor de letras modernas, comentó sus notas con ella durante mucho rato; en aquella época, no obstante, sólo creía en su abuela a rachas.

Compró dos cajas de crema de castañas para la ocasión; fue su última conversación importante. Cuando acabó sus estudios y le destinaron a su primer puesto de enseñanza, se dio cuenta de que había cambiado, que ya no conseguía entrar en contacto con ella; la imagen de su abuela desaparecía lentamente tras la pared.

Al día siguiente del entierro tuvo lugar una extraña escena. Su padre y su madre, a quienes veía por primera vez, discutieron lo que iban a hacer con él. Estaban en la habitación principal del apartamento de Marsella; Bruno los escuchaba sentado en la cama. Siempre es curioso oír a los demás hablando de nosotros, sobre todo cuando no parecen darse cuenta de nuestra presencia. Se puede empezar a perder la conciencia de uno mismo, y no es desagradable. En resumen, no sentía que aquello fuera con él. Sin embargo esta conversación iba a desempeñar un papel decisivo en su vida; después la recordó muchas veces, aunque nunca logró sentir verdadera emoción. No conseguía establecer una relación directa, una relación carnal entre sí mismo y los dos adultos que ese día, en el comedor, le impresionaron sobre todo por su altura y por lo jóvenes que parecían. Bruno tenía que empezar sexto en septiembre; decidieron encontrar un internado y que su padre se lo llevaría a París los fines de semana. Su madre intentaría llevárselo de vacaciones de vez en cuando. Bruno no tenía objeciones; aquellas dos personas no parecían directamente hostiles. De todos modos, la verdadera vida era la vida con su abuela.

8

EL ANIMAL OMEGA

Bruno está apoyado en el lavabo. Se ha quitado la chaqueta del pijama. Los pliegues de su barriguita blanca caen sobre la porcelana del lavabo. Tiene once años. Quiere lavarse los dientes, como todas las noches; espera acabar de asearse sin incidentes. Pero Wilmart se acerca, al principio solo, y empuja a Bruno en el hombro. Bruno empieza a retroceder, temblando de miedo; sabe más o menos lo que viene después. «Dejadme...», dice con voz débil.

Ahora se acerca Pelé. Es bajito, recio y tremendamente fuerte. Abofetea con violencia a Bruno, que se echa a llorar. Luego le empujan al suelo, lo cogen de los pies y empiezan a arrastrarlo. Cerca de los servicios, le arrancan el pantalón del pijama. Tiene un sexo menudo, todavía infantil, sin vello. Lo cogen de los pelos entre dos, le obligan a abrir la boca. Pelé le frota una escobilla de váter por la cara. Bruno siente el sabor de la mierda. Grita.

Brasseur se une a los otros; tiene catorce años, es el mayor de sexto. Saca la polla, que a Bruno le parece enorme y gruesa. Se coloca de pie sobre él y mea en su cara. El día antes ha obligado a Bruno a chupársela, y luego a lamerle el culo; pero esta noche no tiene ganas. «Clément, no tienes pelos en el rabo; hay que ayudarlos a crecer...» A una señal, los otros le

untan crema de afeitar en el sexo. Brasseur abre una navaja de afeitar y acerca la hoja. Bruno se caga de miedo.

Una noche de marzo de 1968, un vigilante lo encontró desnudo y cubierto de mierda, acurrucado en los servicios del fondo del patio. Le hizo ponerse un pijama y lo llevó a ver a Cohen, el vigilante general. Bruno tenía miedo de que le obligase a hablar; temía pronunciar 38 el nombre de Brasseur. Pero Cohen, aunque lo habían sacado de la cama en mitad de la noche, lo recibió con dulzura. Al contrario que los vigilantes que estaban a sus órdenes, él trataba de usted a los alumnos. Era su tercer internado, y no el más duro; sabía que las víctimas casi siempre se niegan a denunciar a sus verdugos. Lo único que podía hacer era sancionar al vigilante responsable del dormitorio de sexto. La mayoría de los padres tenían a aquellos niños abandonados; él representaba para ellos la única autoridad. Tendría que haberlos vigilado más de cerca, intervenir antes de las faltas; pero no era posible, sólo había cinco vigilantes por doscientos alumnos. Cuando Bruno se fue, preparó un café y hojeó las fichas de sexto. Sospechaba de Pelé y de Brasseur, pero no tenía ninguna prueba. Si conseguía arrinconarlos, estaba decidido a llegar a la expulsión; basta con unos cuantos elementos violentos y crueles para arrastrar a los demás a la ferocidad. A la mayoría de los chicos, sobre todo cuando forman pandillas, les gusta infligir humillaciones y torturas a los seres más débiles. Al principio de la adolescencia, sobre todo, el salvajismo alcanza proporciones inauditas. No se hacía la menor ilusión sobre el comportamiento del ser humano cuando no está sometido al control de la ley. Desde su llegada al internado de Meaux, había logrado hacerse temer. Sabía que, sin el último escudo de legalidad que él representaba, los malos tratos a chicos como Bruno no habrían tenido límite.

Bruno repitió sexto con alivio. Pelé, Brasseur y Wilmart pasaban a quinto, y estarían en un dormitorio diferente. Desgraciadamente, siguiendo las directivas del Ministerio tras los acontecimientos del 68, se decidió reducir los puestos de maestro de internado y sustituirlos por un sistema de autodisciplina; la medida estaba en el aire desde hacía tiempo, y además tenía la ventaja de reducir los gastos salariales. Desde entonces resultaba más fácil pasar de un dormitorio a otro; los de quinto tomaron por costumbre organizar razzias entre los más pequeños al menos una vez por semana; volvían del otro dormitorio con una o dos víctimas, y empezaba la sesión. A finales de diciembre, Jean-Michel Kempf, un chico delgado y tímido que había llegado a principios del año, se tiró por la ventana para escapar de sus verdugos. La caída pudo haber sido mortal; tuvo suerte de salvarse con fracturas múltiples. El tobillo estaba muy mal, costó trabajo recuperar las astillas de hueso; quedó claro que el chico se iba a quedar cojo. Cohen organizó un interrogatorio general que reforzó sus sospechas; a pesar de las negativas, expulsó a Pelé durante tres días. Prácticamente todas las sociedades animales funcionan gracias a un sistema de dominación vinculado a la fuerza relativa de sus miembros. Este sistema se caracteriza por una estricta jerarquía; el macho más fuerte del grupo se llama *animal alfa*; le sigue el segundo en fuerza, el *animal beta*, y así hasta el animal más bajo en la jerarquía, el *animal omega*. Por lo general, las posiciones jerárquicas se determinan en los rituales de combate; los animales de bajo rango intentan mejorar su posición provocando a los animales de rango superior, porque saben que en caso de victoria su situación mejorará. Un rango elevado va acompañado de ciertos privilegios: alimentarse primero, copular con las hembras del grupo. No obstante, el animal más débil puede evitar el combate adoptando una postura de *sumisión* (agacharse, presentar el ano). Bruno se hallaba en una situación menos favorable. La brutalidad y la dominación, corrientes en las sociedades animales, se ven acompañadas ya en los chimpancés (*Pan troglodytes*) por actos de crueldad gratuita hacia el animal más débil. Esta tendencia alcanza el máximo en las sociedades humanas primitivas, y entre los niños y adolescentes de las sociedades desarrolladas. Más tarde aparece la *piedad*, o identificación con el sufrimiento del prójimo; esta piedad se sistematiza rápidamente en forma de *ley moral*. En el internado del liceo de Meaux, Jean Cohen representaba la ley moral, y no tenía la menor intención de apartarse de ella. No le parecía abusiva en absoluto la utilización que los nazis habían hecho de Nietzsche; al negar la compasión, al situarse más allá de la ley

moral, al establecer el deseo y el reino del deseo, el pensamiento de Nietzsche conducía naturalmente al nazismo, en su opinión. Teniendo en cuenta su antigüedad y su nivel de diplomas, podrían haberlo nombrado director de instituto; seguía en el puesto de vigilante general por su propia voluntad. Dirigió varias cartas a la inspección académica para quejarse de la reducción de puestos de maestro de internado; las cartas no tuvieron el menor efecto. En un zoo, un canguro macho (*macropodidés*) se comportará a menudo como si la posición vertical de su guardián fuera un desafío al combate. La agresión del canguro puede evitarse si el guardián adopta una postura inclinada, característica de los canguros apacibles. Jean Cohen no tenía ninguna gana de convertirse en un canguro apacible. La maldad de Michel Brasseur, estadio evolutivo normal de un egoísmo ya presente en animales menos evolucionados, había dejado cojo para siempre a uno de sus compañeros; en chicos como Bruno, era probable que causara daños psicológicos irreversibles. Cuando llamó a Brasseur a su despacho para interrogarle lo hizo sin la menor intención de ocultarle su desprecio, ni su propósito de conseguir que lo expulsaran.

Todos los domingos por la tarde, cuando su padre lo llevaba de vuelta en el Mercedes, Bruno empezaba a temblar según se acercaban a Nanteuil–les–Meaux. La sala de visitas del liceo estaba decorada con bajorrelieves que representaban a los antiguos alumnos más célebres: Courteline y Moissan. Georges Courteline, escritor francés, es autor de relatos que presentan con ironía el absurdo de la vida burguesa y administrativa. Henri Moissan, químico francés (premio Nobel en 1906) desarrolló el uso del horno eléctrico y aisló el silicio y el flúor. Su padre siempre llegaba a tiempo para la cena de las siete. Por lo general, Bruno sólo conseguía comer a mediodía, en la comida con los semipensionistas; por la noche, sólo estaban los internos. Era mesas de ocho; los mayores ocupaban los primeros sitios. Se servían en abundancia y luego escupían en el plato para que los pequeños no pudieran tocar el resto.

Todos los domingos Bruno se preguntaba si debía hablar con su padre, y al final concluía que era imposible. Su padre pensaba que era bueno que un chico aprendiera a defenderse; y era verdad que algunos de su misma edad contestaban, se enfrentaban a los mayores, al final lograban hacerse respetar. A los cuarenta y dos años, Serge Clément era un hombre de éxito. Mientras que sus padres eran dueños de una tienda de ultramarinos en Petit–Clamart, él ya tenía tres clínicas especializadas en cirugía estética: una en Neuilly, otra en Véniset y la tercera en Suiza, cerca de Lausana. Además, cuando su mujer se fue a vivir a California, él recuperó la administración de la clínica de Cannes, enviándole la mitad de los beneficios. Hacía tiempo que había dejado de operar; pero era, como suele decirse, un *buen gestor*. No sabía muy bien cómo tratar a su hijo. Le tenía cierto cariño, a condición de que no le robara demasiado tiempo; se sentía culpable. Los fines de semana que tenía a Bruno en casa, solía abstenerse de recibir a sus amantes. Compraba platos preparados, cenaban los dos juntos; luego miraban la televisión. No sabía jugar a ningún juego. A veces Bruno se levantaba durante la noche e iba al frigorífico. Echaba cereales en un tazón, añadía leche y nata fresca; lo cubría todo con una gruesa capa de azúcar. Después se lo tomaba. Se tomaba varios tazones, hasta sentirse asqueado. Le pesaba el vientre. Eso le gustaba.

9

En lo referente a la evolución de las costumbres, 1970 fue un año marcado por la rápida expansión del consumo erótico, a pesar de las intervenciones de una censura todavía alerta. La comedia musical *Hair*, destinada a popularizar entre el gran público la «liberación sexual» de los años sesenta, tuvo mucho éxito. Los pechos desnudos se extendieron rápidamente por las playas del sur. El número de sex–shops en París pasó de tres a cuarenta y cinco en pocos meses.

En septiembre, Michel entró en cuarto y empezó a estudiar alemán como segunda lengua moderna. Fue en los cursos de alemán donde conoció a Annabelle.

En aquella época, Michel tenía ideas moderadas sobre la felicidad. En definitiva, nunca había soñado con ella. Esas ideas venían de su abuela, que se las había transmitido directamente a sus hijos. Su abuela era católica y votaba a De Gaulle; sus dos hijas se habían casado con comunistas; pero eso no cambiaba mucho las cosas. Éstas son las ideas de una generación que había conocido en la infancia las privaciones de la guerra y que tenía veinte años cuando llegó la Liberación, éste es el mundo que querían legar a sus hijos. La mujer se queda en casa y se encarga de atenderla (pero la ayudan mucho los electrodomésticos, así que puede dedicarle mucho tiempo a su familia). El hombre trabaja fuera (pero gracias a la robotización trabaja menos tiempo, y su trabajo no es tan duro). Las parejas son fieles y felices; viven en casas agradables fuera de las ciudades (los *barrios periféricos*). En sus ratos de ocio se dedican a la artesanía, la jardinería, las bellas artes. A menos que prefieran viajar, descubrir la cultura y modos de vida de otras regiones y otros países.

Jacob Wilkening había nacido en Leeuwarden, en Frisia Occidental; llegó a Francia con cuatro años, y sólo le quedaba una vaga conciencia de sus orígenes neerlandeses. En 1946, se casó con la hermana de uno de sus mejores amigos; ésta tenía diecisiete años y no había estado con ningún otro hombre. Después de trabajar durante cierto tiempo en una fábrica de microscopios, creó una empresa de óptica de precisión, que trabajaba casi siempre como subcontratista para Angénieux y Pathé. En aquella época no existía la competencia japonesa; Francia producía excelentes objetivos, algunos de los cuales rivalizaban con los Schneider y los Zeiss; la empresa iba bien. La pareja tuvo dos hijos, en el 48 y en el 51; mucho tiempo después, en el 58, llegó Annabelle.

Nacida en una familia feliz (en veinticinco años de matrimonio, sus padres no habían tenido ninguna pelea seria), Annabelle sabía que su destino sería el mismo. El verano que precedió su encuentro con Michel, empezó a pensar en ello; iba a cumplir trece años. En algún lugar del mundo había un chico que ella no conocía y que tampoco la conocía a ella, pero con quien iba a vivir. Ella intentaría hacerle feliz a él y él a ella; pero ella no sabía cómo sería él, y eso era muy inquietante. En una carta al *Journal de Mickey*, una lectora de su edad expresaba la misma preocupación. La respuesta quería ser tranquilizadora, y terminaba con estas palabras: «No te preocupes, pequeña Coralie; sabrás reconocerle.»

Empezaron a verse para hacer juntos los deberes de alemán. Michel vivía al otro lado de la calle, a menos de cincuenta metros. Pasaban juntos, cada vez más a menudo, los jueves y los domingos; él llegaba justo después de comer. «Annabelle, tu novio...», decía su hermano mayor después de echar una ojeada al jardín. Ella se ponía colorada; pero sus padres no se burlaban de ella. Annabelle se daba cuenta: Michel les gustaba.

Era un chico raro; no sabía nada de fútbol ni de música pop. No era impopular en clase, hablaba con bastante gente; pero estos contactos eran limitados. Antes de Annabelle, ningún compañero de clase había ido a su casa. Se había acostumbrado a reflexiones y ensoñaciones solitarias; poco a poco se acostumbró a la presencia de una amiga. Solían subir en bicicleta la cuesta de Voulangis; luego andaban por praderas y bosques hasta una colina desde donde se dominaba el valle de Grand Morin. Paseaban sobre la hierba, aprendiendo a conocerse.

10

TODO ES CULPA DE CAROLINE YESSAYAN

A partir de ese mismo comienzo de curso de 1970, la situación de Bruno en el internado mejoró ligeramente; entró en cuarto, empezó a formar parte de los mayores. Desde cuarto a terminal los alumnos se acostaban en los dormitorios del ala opuesta, en literas de cuatro camas. Según los chicos más violentos, él ya estaba completamente sometido y humillado; poco a poco, fueron en busca de nuevas víctimas. Este mismo año, Bruno empezó a interesarse por las chicas. Muy de vez en cuando había salidas comunes de los dos internados. Los jueves por la tarde, si hacía buen tiempo, iban a una especie de playa hecha a orillas del Marne, en las afueras de Meaux. Había un café lleno de futbolines y de flippers, aunque la

atracción principal era una pitón en una caja de cristal. A los chicos les gustaba provocarla, le daban golpecitos con el dedo en el cuerpo; las vibraciones la volvían loca de rabia, se arrojaba contra las paredes con todas sus fuerzas hasta que se derrumbaba, muerta de cansancio. Una tarde de octubre, Bruno habló con Patricia Hohweiller; ella era huérfana y no salía del internado salvo en vacaciones, que pasaba con un tío en Alsacia. Era rubia y delgada, hablaba muy deprisa, a veces su rostro cambiante se inmovilizaba en una extraña sonrisa. A la semana siguiente sufrió una tremenda impresión al verla sentada a horcajadas en las rodillas de Brasseur; él la sujetaba por la cintura y la besaba en la boca. Sin embargo, Bruno no sacó ninguna conclusión general. Si los brutos que lo habían aterrorizado durante años tenían éxito con las chicas, la única razón es que eran los únicos que se atrevían a ligar. También se dio cuenta de que Pelé, Wilmart y hasta Brasseur dejaban de pegar y humillar a los pequeños en cuanto había una chica a la vista.

A partir de cuarto, los alumnos podían inscribirse en el cineclub. Las sesiones eran los jueves por la tarde, en la sala de fiestas del internado masculino; eran sesiones mixtas. Una tarde de diciembre, Bruno se sentó junto a Caroline Yessayan para ver *Nosferatu el vampiro*. Cerca del final, después de pensárselo más de una hora, puso suavemente la mano izquierda en el muslo de su vecina. Durante unos segundos maravillosos (¿cinco?, ¿siete?, seguro que no más de diez) no ocurrió nada. Ella no se movía. Bruno sintió un calor inmenso, estaba al borde del desmayo. Luego, sin decir una palabra, sin violencia, ella le apartó la mano. Mucho más tarde, casi siempre que alguna putita se la chupaba, Bruno recordaba aquellos segundos de aterradora felicidad; también recordaba el momento en que Caroline Yessayan le había apartado suavemente la mano. Había en aquel chiquillo algo muy puro y muy dulce, anterior a cualquier sexualidad, a cualquier consumo erótico. El simple deseo de tocar un cuerpo amante, de que lo estrecharan unos brazos amantes. La ternura viene antes que la seducción, y por eso es tan difícil desesperar.

¿Por qué tocó Bruno aquella tarde el muslo de Caroline Yessayan, y no su brazo? Probablemente ella lo habría aceptado y tal vez hubiera sido el principio de una hermosa historia; justo antes, en la cola, ella le había dirigido la palabra para que a él le diese tiempo a sentarse a su lado, y había puesto la mano sobre el brazo de butaca que los separaba; y de hecho hacía tiempo que se había fijado en Bruno, que le gustaba mucho, y deseaba vivamente que aquella tarde él le cogiera la mano. Quizás porque el muslo de Caroline Yessayan estaba desnudo y él no pensó, en su ingenuidad, que pudiera estarlo en vano. A medida que Bruno se hacía mayor y recordaba con disgusto los sentimientos de su infancia, se depuraba el núcleo de su destino; todo se veía a la luz de una irremediable y fría evidencia. No hay duda de que aquella tarde de 1970, Caroline Yessayan habría sido capaz de borrar las humillaciones y la tristeza de su primera infancia; tras este primer fracaso (porque desde el momento en que ella le apartó la mano él no se atrevió a volver a dirigirle la palabra) todo fue mucho más difícil. Sin embargo, no había sido cosa de Caroline Yessayan como persona. Al contrario, Caroline Yessayan, la pequeña armenia de dulce mirada de cordera y de largos cabellos rizados y negros, a la que inextricables complicaciones familiares habían empujado al siniestro edificio del internado femenino del liceo de Meaux, era en sí misma una razón para tener esperanza en la humanidad. Si todo había caído en un vacío desolador, era por culpa de un detalle mínimo y grotesco. Treinta años más tarde, Bruno estaba convencido; dando a los elementos anecdóticos de la situación la importancia que habían tenido en realidad, la situación podía resumirse así: la culpa de todo la había tenido la minifalda de Caroline Yessayan.

Al poner la mano en el muslo de Caroline Yessayan, Bruno casi la estaba pidiendo en matrimonio. Estaba viviendo el principio de su adolescencia en un período de transición. Dejando aparte algunos precursores —de quienes sus padres eran un penoso ejemplo—, la generación anterior había establecido un vínculo excepcionalmente fuerte entre matrimonio, sexualidad y amor. El progresivo aumento de los salarios, el rápido desarrollo económico de los años cincuenta habían llevado —salvo en las clases cada vez más restringidas, para las que la noción de patrimonio tenía una importancia real— al declive del *matrimonio de conveniencia*. La Iglesia católica, que siempre había mirado con reticencias la sexualidad

fuera del matrimonio, acogió con entusiasmo esa evolución hacia el matrimonio por amor, más conforme con sus teorías («Y los creó Hombre y Mujer»), más adecuada para ser el primer paso hacia esa civilización de paz, fidelidad y amor que constituía su objetivo natural. El Partido Comunista, única fuerza espiritual capaz de enfrentarse a la Iglesia católica durante esos años, luchaba por objetivos casi idénticos. Así que los jóvenes de los años cincuenta esperaban enamorarse con una impaciencia unánime, sobre todo teniendo en cuenta que la desertización rural y la subsiguiente desaparición de las comunidades pueblerinas permitían que la elección del futuro cónyuge se llevase a cabo entre posibilidades casi ilimitadas, a la vez que le otorgaban una extrema importancia (en septiembre de 1955 se puso en marcha en Sarcelles la política de los «conjuntos urbanísticos», evidente traducción visual de una socialidad reducida al marco del núcleo familiar). Así que no es arbitrario calificar los años cincuenta y principios de los sesenta como verdadera *edad de oro del sentimiento amoroso*, que hoy todavía podemos reconstruir gracias a las canciones de Jean Ferrat o de Françoise Hardy.

Sin embargo, al mismo tiempo, el consumo libidinal de masas de origen norteamericano (las canciones de Elvis Presley, las películas de Marilyn Monroe) se extendía en Europa occidental. Con los frigoríficos y las lavadoras, acompañamiento material de la felicidad de la pareja, llegaban la radio y el tocadiscos, que iban a introducir el modelo de conducta propio del *flirt adolescente*. El conflicto ideológico, latente a todo lo largo de los años sesenta, estalló a comienzos de los setenta con *Mademoiselle Age tendre* y en *20 Ans*, cristalizándose en torno a una pregunta fundamental en aquella época: «¿Hasta dónde se puede llegar antes del matrimonio?» Durante estos mismos años, la opción hedonista–libidinal de origen norteamericano recibió un poderoso apoyo de los órganos de prensa de inspiración libertaria (el primer número de *Actuel* apareció en octubre de 1970, y el de *Charlie Hebdo* en noviembre). Si bien estas revistas se situaban, en principio, en una perspectiva política de contestación al capitalismo, estaban esencialmente de acuerdo con la industria del entretenimiento: destrucción de los valores morales judeocristianos, apología de la juventud y de la libertad individual. Atrapados entre presiones contradictorias, las revistas para chicas elaboraron un compromiso de urgencia, que se puede resumir en las siguientes líneas. Durante una primera fase (digamos entre los doce y los quince años), la chica *sale* con muchos chicos (la ambigüedad semántica del verbo *salir* reflejaba, por otra parte, una verdadera ambigüedad de comportamiento: ¿qué querría decir, exactamente, salir con un chico? ¿Se trataba de besarlo en la boca, de los placeres más profundos del *toqueteo* y el *manoseo*, de relaciones sexuales propiamente dichas? ¿Había que dejar que el chico te tocara los pechos? ¿Había que quitarse las bragas? ¿Y qué pasaba con las partes del chico?). Para Patricia Hohweiller o Caroline Yessayan no era fácil; sus revistas favoritas daban respuestas vagas y contradictorias. Durante la segunda fase (poco después del bachillerato), la misma chica sentía la necesidad de una *historia seria* (más tarde llamada big love en las revistas alemanas), y la pregunta de entonces era: «¿Debo irme a vivir con Jérémie?»; era una segunda fase, pero en principio definitiva. La extrema fragilidad de este arreglo que las revistas proponían a las chicas —de hecho se trataba de superponer, pegándolos arbitrariamente sobre dos momentos consecutivos de la vida, modelos opuestos de comportamiento— no fue evidente hasta unos años después, cuando la gente se dio cuenta de que el divorcio se había generalizado. Aun así, este esquema irreal constituyó durante algunos años, para unas chicas que de todas formas eran bastante ingenuas y estaban bastante aturdidas por la rapidez de las transformaciones que ocurrían a su alrededor, un modelo de vida creíble al que trataron de amoldarse juiciosamente.

Para Annabelle, las cosas eran muy diferentes. Por las noches, antes de dormirse, pensaba en Michel; se alegraba de volver a pensar en él cuando se despertaba. Cuando en clase le pasaba algo divertido o interesante, enseguida pensaba en contárselo a él. Los días en que, por la razón que fuese, no se habían visto, se sentía inquieta y triste. Durante las vacaciones de verano (sus padres tenían una casa en Gironde) le escribía todos los días. Incluso si no se lo confesaba con franqueza, incluso si sus cartas no eran nada apasionadas y más bien se parecían a las que le habría escrito a un hermano de su edad, incluso si el sentimiento que

impregnaba su vida recordaba a un halo de dulzura más que a una pasión devoradora, la realidad que cada día estaba más clara para ella era ésta: de buenas a primeras, sin haberlo buscado, sin ni siquiera haberlo deseado, había encontrado a su *gran amor*. El primero era el bueno, no habría otro, y no tendría ni que hacerse la pregunta. Según *Mademoiselle Age tendre*, el caso era posible; no había que hacerse ilusiones, casi nunca ocurría; pero en algunas ocasiones extremadamente raras, casi milagrosas —aunque más que probadas—, podía ocurrir. Y era lo más maravilloso que te podía suceder en la vida.

11

Michel conservaba una fotografía de esa época, tomada en el jardín de los padres de Annabelle en las vacaciones de Pascua de 1971; su padre había escondido huevos de chocolate en los bosquecillos y los macizos de flores. En la foto, Annabelle estaba en medio de un macizo de forsythias; apartaba las ramas absorta en la búsqueda, con la gravedad de la infancia. La cara se le empezaba a afinar, y ya podía adivinarse que iba a ser excepcionalmente hermosa. Bajo el suéter se le dibujaba un poco el pecho. Fue la última vez que hubo huevos de chocolate el día de Pascua; al año siguiente ya eran demasiado mayores para aquellos juegos. A partir de los trece años, bajo la influencia de la progesterona y del estradiol que secretaban los ovarios, la muchacha empezó a acumular grasa en los senos y las nalgas. En el mejor de los casos, estos órganos adquieren un aspecto lleno, armonioso y redondeado; su contemplación despierta un violento deseo en el hombre. Annabelle tenía un cuerpo muy bonito, como su madre a la misma edad. Pero el rostro de su madre había sido afable, agradable sin más. Nada hacía presagiar la dolorosa impresión de la belleza de Annabelle, y su madre empezó a tener miedo. Sin duda, los grandes ojos azules y la deslumbrante melena de cabello rubio claro venía de su padre, de la rama holandesa de la familia; pero sólo una casualidad morfogenética podía explicar la desgarradora pureza de la cara. Las chicas sin belleza son desgraciadas, porque pierden cualquier posibilidad de que las amen. A decir verdad, nadie se burla de ellas ni las trata con crueldad; pero parecen transparentes y nadie las mira al pasar. Todo el mundo se siente molesto en su presencia y prefiere ignorarlas. Por el contrario, una belleza extrema, una belleza que sobrepasa por mucho la seductora frescura habitual de las adolescentes, produce un efecto sobrenatural y parece presagiar invariablemente un destino trágico. A los quince años, Annabelle era de esas raras chicas ante las cuales se quedan parados todos los hombres, sin distinción de edad ni condición; de esas chicas cuyo simple paso a lo largo de la calle comercial de una ciudad medianamente importante acelera el ritmo cardíaco de los jóvenes y de los hombres maduros, y hace que los ancianos gruñan de nostalgia. Ella se dio cuenta muy deprisa del silencio que acompañaba cada una de sus apariciones en un café o una clase; pero necesitó años para comprender del todo los motivos. En el instituto de Crécy-en-Brie todo el mundo admitía que ella «estaba con» Michel; pero si no hubiera sido así, ningún chico se habría atrevido a intentar algo con ella. Éste es uno de los principales inconvenientes de la extrema belleza en las chicas: sólo los ligones experimentados, cínicos y sin escrúpulos se sienten a su altura; así que los seres más viles son los que suelen conseguir el tesoro de su virginidad, lo cual supone para ellas el primer grado de una irremediable derrota.

En septiembre de 1972, Michel empezó segundo en el liceo de Meaux. Annabelle entró en tercero; ella seguiría en el instituto un año más. Él volvía del liceo en tren, y cambiaba en Esbly para coger el automotor. Por lo general llegaba a Crécy en el tren de las 18.33; Annabelle le esperaba en la estación. Paseaban juntos a lo largo de los canales de la pequeña ciudad. A veces —en realidad muy pocas— iban al café. Annabelle ya sabía que un día u otro a Michel le entrarían ganas de besarla, de acariciar ese cuerpo cuya metamorfosis empezaba a sentir. Esperaba el momento sin impaciencia, pero también sin demasiado miedo; confiaba en él.

Si bien los aspectos fundamentales de la conducta sexual son innatos, la historia de los primeros años de la vida ocupa un lugar importante en los mecanismos que los desencadenan,

sobre todo en los pájaros y en los mamíferos. El contacto táctil precoz con los miembros de la especie parece vital en perros, gatos, ratas, conejillos de Indias y macacos rhésus (*Macaca mulatta*). La privación del contacto con la madre durante la infancia produce perturbaciones muy graves del comportamiento sexual en la rata macho, provocando en particular la inhibición del cortejo. Aunque su vida hubiera dependido de ello (y en gran medida dependía), Michel habría sido incapaz de besar a Annabelle. A veces, por la tarde, ella se alegraba tanto de verle bajar del tren con la carpeta en la mano que se arrojaba literalmente en sus brazos. Se quedaban abrazados unos segundos, en un estado de feliz parálisis; sólo después se dirigían la palabra.

Bruno también estaba en segundo en el liceo de Meaux, aunque en otra clase; sabía que su madre había tenido otro hijo con un padre distinto; no sabía más. Veía muy poco a su madre. Había ido dos veces de vacaciones a la villa donde vivía, en Cassis. Ella recibía a muchos jóvenes que iban de paso. Esos jóvenes eran lo que la prensa popular llamaba *hippies*. De hecho, no trabajaban; mientras estaban allí los mantenía Janine, que ahora se hacía llamar Jane. Así que vivían de los beneficios de la clínica de cirugía estética fundada por el ex marido o, al fin y al cabo, del deseo de ciertas mujeres acomodadas de luchar contra la degradación del tiempo o de corregir algunas imperfecciones naturales. Se bañaban desnudos en las calas. Bruno se negaba a quitarse el bañador. Se sentía blanquecino, minúsculo, repugnante, obeso. A veces su madre se llevaba a uno de los chicos a la cama. Ella tenía ya cuarenta y cinco años; tenía la vulva más delgada, y un poco flaccida, pero sus rasgos seguían siendo magníficos. Bruno se masturbaba tres veces al día. Las vulvas de las chicas eran accesibles, a veces estaban a menos de un metro; pero Bruno comprendía muy bien que estaban cerradas para él: los demás chicos estaban más bronceados y eran más altos, más fuertes. Muchos años después, Bruno se dio cuenta de que el universo pequeñoburgués, el universo de los empleados y los ejecutivos de nivel medio, era más tolerante, acogedor y abierto que el universo de los jóvenes marginales cuyos representantes eran, en aquella época, los *hippies*. «Si me disfrazo de ejecutivo respetable, me aceptan», solía decir Bruno. «Basta con que me compre un traje, una corbata y una camisa, 800 francos por todo en las rebajas de C&A; prácticamente basta con que aprenda a hacerme el nudo de la corbata. Cierto que el coche es un problema; en el fondo, es la única dificultad del ejecutivo de nivel medio; pero se puede hacer, uno pide un crédito, trabaja unos años y lo consigue. Sin embargo, disfrazarme de marginal no me serviría de nada: no soy ni lo bastante joven ni lo bastante guapo ni lo bastante *cool*. Se me cae el pelo, tengo tendencia a engordar, y cuanto más envejezco más sensible y angustiado me vuelvo, y más me hacen sufrir los gestos de rechazo y desprecio. En una palabra, no soy lo bastante natural, es decir, lo bastante *animal*, y eso es una tara irremediable; haga lo que haga, diga lo que diga, compre lo que compre, nunca conseguiré superar esa desventaja, porque tiene toda la fuerza de una desventaja *natural*.» Desde la primera vez que estuvo en casa de su madre, Bruno se dio cuenta de que los *hippies* nunca le aceptarían; él no era ni sería nunca un animal hermoso. Por la noche, soñaba con vulvas abiertas. Por esa misma época empezó a leer a Kafka. La primera vez sintió frío, una insidiosa helada; horas después de terminar *El proceso* todavía estaba aturdido, sin vigor.

Supo de inmediato que ese universo lento, marcado por la culpa, donde los seres se cruzaban en un vacío sideral sin que nunca pareciera posible la menor relación entre ellos, correspondía exactamente a su universo mental. El mundo era lento y frío. Sin embargo existía una cosa cálida que las mujeres tenían entre las piernas; pero él no tenía acceso a ella.

Cada vez era más evidente que Bruno iba de mal en peor, que no tenía amigos, que le aterrorizaban las chicas y que su adolescencia, en general, era un fracaso lamentable. Su padre se daba cuenta y experimentaba un creciente sentimiento de culpa. En la Navidad de 1972 exigió la presencia de su ex mujer para discutir el asunto. Al filo de la conversación surgió que el hermanastro de Bruno estaba en el mismo liceo, también en segundo (aunque en otra clase) y que Bruno y él no se conocían; aquello impresionó vivamente a su padre como símbolo de una dislocación familiar vergonzosa, de la que padre y madre eran responsables.

Se puso autoritario por primera vez y le exigió a Janine que reanudara el contacto con su segundo hijo, para salvar lo que pudiera.

Janine se hacía pocas ilusiones sobre los sentimientos de la abuela de Michel por ella; pero fue un poco peor de lo que había imaginado.

Mientras aparcaba el Porsche delante del pabellón de Crécy-en-Brie, la anciana salió con la cesta en la mano. «No puedo impedir que lo vea, es hijo suyo», dijo abruptamente. «Voy a hacer la compra, vuelvo en dos horas; y para entonces no quiero verla aquí.» Y le dio la espalda.

Michel estaba en su habitación; ella empujó la puerta y entró. Había pensado darle un beso, pero cuando esbozó el gesto, él retrocedió cosa de un metro. Al crecer, empezaba a parecerse a su padre de un modo impresionante: el mismo pelo rubio y fino, la misma cara afilada, de pómulos salientes. Ella había llevado un tocadiscos y varios álbumes de los Rolling Stones de regalo. Él lo cogió todo sin decir una palabra (se quedó con el aparato, pero destruyó los discos unos días después). Su habitación era sobria, no había ningún poster en la pared. Había un libro de matemáticas abierto encima de la mesa de trabajo. «¿Qué es eso?», preguntó ella. «Ecuaciones diferenciales», fue la reticente contestación. Ella había pensado hablarle de su vida, invitarlo en vacaciones; obviamente, no era posible. Se conformó con anunciarle la próxima visita de su hermano; él asintió. Llevaba allí casi una hora y los silencios se estaba haciendo eternos, cuando sonó en el jardín la voz de Annabelle. Michel se precipitó a la ventana y le gritó que entrase. Janine le echó una ojeada a la chica mientras ésta abría la puerta del jardín. «Qué guapa es tu novia...», dijo con una leve torsión de la boca. Michel recibió la frase como si fuera un latigazo, se le alteró la cara. Al volver al Porsche Janine se cruzó con Annabelle y la miró a los ojos; había odio en su mirada.

La abuela de Michel no sentía la menor aversión por Bruno; él también había sido víctima de aquella madre desnaturalizada, ésta era su visión de las cosas; sumaria, pero exacta al fin y al cabo. Así que Bruno se acostumbró a visitar a Michel todos los jueves por la tarde. Cogía el tren de Crécy-la-Chapelle. Si podía (y casi siempre podía) se sentaba enfrente de una chica sola. La mayoría cruzaban las piernas, llevaban una blusa transparente o algo por el estilo. En realidad no se sentaba enfrente, sino más bien en diagonal, pero casi siempre en el mismo asiento, a menos de dos metros. Se le ponía dura en cuanto veía la larga melena morena o rubia; mientras elegía un sitio entre las filas, aumentaba el dolor en sus calzoncillos. Cuando se sentaba, ya se había sacado un pañuelo del bolsillo. Bastaba con abrir una carpeta y apoyársela en los muslos; en unos instantes ya estaba hecho. A veces, si la chica descruzaba las piernas justo cuando él se sacaba la polla, ni siquiera le hacía falta tocarse; se corría de golpe al verle las bragas. El pañuelo le daba seguridad, pero solía eyacular sobre las páginas de la carpeta: sobre las ecuaciones de segundo grado, sobre la producción de carbón de la URSS. La chica seguía leyendo una revista.

Muchos años después, Bruno seguía en la duda. Aquellas cosas habían pasado; tenían relación directa con un chico tímido y obeso, cuyas fotos guardaba. Ese chico estaba relacionado con el adulto devorado por el deseo en que se había convertido. Había tenido una infancia penosa, una adolescencia atroz; a los cuarenta y dos años todavía estaba, objetivamente, lejos de la muerte. ¿Qué le quedaba por vivir? Quizá algunas mamadas por las cuales, bien lo sabía, pagaría cada vez con más facilidad. Una vida volcada hacia una meta deja poco sitio para el recuerdo. A medida que sus erecciones se volvían más difíciles y cortas, Bruno se dejaba vencer por un triste alivio. La meta principal de su vida había sido sexual; ya no podía cambiarla, lo sabía. En esto, Bruno era un buen representante de su época. Durante su adolescencia, la feroz competencia económica que había en la sociedad francesa desde hacía dos siglos se había atenuado un poco. El imaginario social admitía cada vez más que, normalmente, las condiciones económicas deben tender hacia una cierta igualdad. Tanto los políticos como los empresarios citaban con frecuencia el modelo socialdemócrata sueco. Así que Bruno no se veía muy empujado a dominar a sus contemporáneos gracias al éxito económico. A nivel profesional, su único objetivo era —muy sensatamente— identificarse con esa «gran clase media de límites poco definidos» que más tarde describió el presidente

Giscard d'Estaing. Pero el ser humano tiene tendencia a establecer jerarquías, y aspira con entusiasmo a sentirse superior a sus semejantes. Dinamarca y Suecia, cuyo igualitarismo económico servía de modelo a las democracias europeas, también dieron ejemplo de *libertad sexual*. Inesperadamente, en el seno de esa clase media a la que se sumaban poco a poco los obreros y los ejecutivos —o, para ser más exactos, entre los hijos de esa clase media— se abrió un nuevo campo para la competencia narcisista. En julio de 1972, durante su estancia en la pequeña ciudad bávara de Traunstein, cerca de la frontera austríaca, para aprender idiomas, su compañero de clase Patrick Castelli consiguió tirarse a treinta y dos tías en tres semanas. Bruno llevaba, por entonces, cero puntos. Terminó por enseñarle la polla a una vendedora de supermercado; afortunadamente, ella se echó a reír a carcajadas y no lo denunció. Como Bruno, Patrick Castelli venía de una familia burguesa y sacaba buenas notas; sus destinos económicos prometían ser semejantes. La mayoría de los recuerdos de adolescencia de Bruno eran así.

Más tarde, la globalización económica dio paso a una competencia mucho más dura, que hizo añicos los sueños de integrar al conjunto de la población en una clase media generalizada con capacidad ad55 quisitiva en constante aumento; capas sociales cada vez más amplias se hundieron en la precariedad y el desempleo. Sin embargo, la aspereza de la competencia sexual no disminuyó; todo lo contrario.

Ya hacía veinticinco años que Bruno conocía a Michel. Durante este terrible intervalo de tiempo, el primero tenía la sensación de no haber cambiado; la hipótesis de un núcleo de identidad personal, de un núcleo de características principales inamovibles, le parecía evidente. Sin embargo, largos períodos de su propia historia habían caído en un olvido definitivo. Tenía la impresión de no haber vivido meses y años enteros. No era el caso de los dos últimos años de adolescencia, llenos de recuerdos, de experiencias educativas. La memoria de una vida humana, le explicó su hermanastro mucho después, se parece a una historia coherente de Griffiths. Era una tarde de mayo y estaban en el apartamento de Michel, bebiendo Campari. Lo más normal era que hablaran sobre la actualidad política o social, rara vez recordaban el pasado; pero aquella tarde lo hicieron. —Tienes recuerdos de distintos momentos de tu vida —resumió Michel—, y estos recuerdos se presentan bajo diversos aspectos; vuelves a ver ideas, motivos o caras. A veces te acuerdas sencillamente de un nombre, como el de esa Patricia Hohweiller de la que me acabas de hablar y a la que ahora no serías capaz de reconocer. A veces te acuerdas de una cara sin poder asociarle ni siquiera un recuerdo. En el caso de Caroline Yessayan, todo lo que sabes de ella se concentra en esos pocos segundos de precisión total en los que tenías la mano en su muslo. Las historias coherentes de Griffiths se introdujeron en 1984 para reunir las medidas cuánticas en narraciones verosímiles. Una historia de Griffiths se construye a partir de una serie de medidas tomadas más o menos al azar en momentos diferentes. Cada medida expresa que una determinada cantidad física, diferente de una medida a otra, se encuentra comprendida, en un momento dado, dentro de una determinada escala de valores. Por ejemplo, en el momento t1, un electrón tiene cierta velocidad, determinada con una aproximación que depende del modo de medida; en el momento t2, el electrón está situado en cierto sector del espacio; en el momento t3, tiene cierto valor de espín. A partir de un subconjunto de medidas se puede definir una *historia*, lógicamente coherente, de la que en cambio no puede afirmarse que sea verdadera ; simplemente, puede sostenerse sin contradicción. Entre las historias del mundo que son posibles en un marco experimental determinado, algunas pueden reescribirse en la forma normalizada de Griffiths; se llaman, entonces, historias coherentes de Griffiths, y en ellas es como si el mundo se compusiera de objetos aislados, dotados de propiedades intrínsecas y estables. No obstante, el número de historias coherentes de Griffiths que pueden reescribirse a partir de una serie de medidas es, por lo general, bastante superior a 1. Tú tienes conciencia de tu yo; esta conciencia te permite emitir una hipótesis: la historia que eres capaz de reconstruir a partir de tus propios recuerdos es una historia coherente, que justifica el principio de narración unívoca. Como individuo aislado, empeñado en existir durante cierto lapso de tiempo, sometido a una ontología de objetos y propiedades, no te cabe la menor duda

sobre este punto: se te puede asociar, necesariamente, una historia coherente de Griffiths. Esta hipótesis a priori te sirve para la vida real, pero no para el mundo de los sueños.

—Me gustaría creer que el yo es una ilusión; pero eso no impide que sea una ilusión dolorosa... —dijo Bruno con suavidad; pero Michel no supo qué contestarle, no sabía nada de budismo. La conversación no era fácil; se veían, como mucho, dos veces al año. De jóvenes, habían tenido discusiones apasionantes; pero ese tiempo había pasado para siempre. En septiembre de 1973, entraron juntos en primero C; durante dos años asistieron juntos a las clases de matemáticas y física. Michel estaba muy por encima del nivel de la clase. El universo humano —empezaba a darse cuenta— era decepcionante, lleno de angustia y de amargura. Las ecuaciones matemáticas le daban una íntima y serena alegría. Avanzaba en penumbra, y de pronto encontraba una salida. Con unas cuantas fórmulas, con unas cuantas factorizaciones audaces, se elevaba a un nivel de luminosa serenidad. La primera ecuación de la demostración era la más emocionante, porque la verdad que revoloteaba a media distancia era todavía incierta; la última ecuación era la más deslumbrante, la más alegre. Ese mismo año, Annabelle empezó segundo en el liceo de Meaux. Solían reunirse los tres al acabar las clases. Luego Bruno regresaba al internado; Annabelle y Michel iban a la estación. La situación cobraba un cariz extraño y triste. A principios de 1974, Michel se dedicó a los espacios de Hilbert; después se inició en la teoría de la medida, descubrió las integrales de Riemann, de Lebesgue y de Stieltjes. Mientras tanto, Bruno leía a Kafka y se masturbaba en el tren. Una tarde de mayo, en la piscina que acababan de abrir en La Chapelle–sur–Crécy, tuvo la suerte de apartarse la toalla para enseñarles la polla a dos chicas de doce años; tuvo la suerte, sobre todo, de que ellas se dieran un codazo y se interesaran en el espectáculo; intercambió una larga mirada con una de ellas, morena y con gafas. A pesar de ser demasiado desgraciado y de estar demasiado frustrado como para interesarse de verdad por la psicología ajena, Bruno se daba cuenta de que la situación de su hermano era peor que la suya. A menudo iban juntos al café; Michel llevaba anoraks y gorros ridículos, no sabía jugar al futbolín; casi siempre era Bruno el que hablaba. Michel no se movía, hablaba cada vez menos; miraba a Annabelle con ojos atentos e inertes. Annabelle no renunciaba; para ella, el rostro de Michel se parecía al comentario de otro mundo. Por aquel entonces Annabelle leyó la *Sonata a Kreutzer*, y por un momento creyó entender a Michel a través del libro. Veinticinco años más tarde, a Bruno le parecía evidente que se habían encontrado en una situación desequilibrada, anormal, sin futuro; al considerar el pasado siempre se tiene la impresión —probablemente falsa— de un cierto determinismo.

12

RÉGIMEN TÍPICO

En las épocas revolucionarias, los que se atribuyen con tan extraño orgullo el fácil mérito de haber incitado a sus contemporáneos a las pasiones anárquicas, no se dan cuenta de que su lamentable triunfo aparente se debe, sobre todo, a una disposición espontánea, determinada por el conjunto de la situación social correspondiente.

AUGUSTE COMTE, *Curso de filosofía positiva*, Lección 48

La mitad de la década de los setenta estuvo marcada, en Francia, por el éxito escandaloso de *El fantasma del paraíso, La naranja mecánica* y *Los rompepelotas*: tres películas completamente diferentes, cuyo común éxito dejó clara la pertinencia comercial de una cultura «joven», esencialmente basada en el sexo y la violencia, que iba a seguir ganando importancia en el mercado durante las décadas posteriores. Los treintañeros enriquecidos de los años sesenta, por su parte, se vieron perfectamente reflejados en *Emmanuelle*, que se estrenó en 1974: al proponer cómo entretenerse a base de lugares exóticos y fantasías, la película de Just Jaeckin fue con toda justicia, en el seno de una cultura que seguía siendo profundamente judeocristiana, un manifiesto a favor de la civilización del ocio.

En un sentido más general, el movimiento favorable a la liberación de las costumbres contó con éxitos importantes en 1974. El 20 de marzo se inauguró en París el primer club Vitatop, que tuvo un papel pionero en el ámbito de la forma física y el culto al cuerpo. El 5 de julio se adoptó la ley sobre la mayoría de edad civil a los dieciocho años, el 11 la del divorcio por consentimiento mutuo; el adulterio desapareció del Código Penal. Finalmente, el 28 de noviembre se aprobó la ley Veil que autorizaba el aborto, gracias al apoyo de la izquierda y tras un debate tumultuoso que la mayor parte de los comentaristas calificaron de «histórico». La antropología cristiana, mayoritaria durante mucho tiempo en los países occidentales, concedía una ilimitada importancia a la vida humana, desde la concepción hasta la muerte; esta importancia se relaciona con el hecho de que los cristianos creen que en el interior del cuerpo humano hay un *alma*, en principio inmortal, y destinada a reunirse finalmente con Dios. En los siglos XIX y XX, gracias a los avances de la biología, se desarrolló poco a poco una antropología materialista, basada en presupuestos radicalmente distintos y de recomendaciones éticas mucho más modestas. Por una parte al feto, pequeño amasijo de células en estado de diferenciación progresiva, no se le atribuía existencia individual autónoma hasta que no reuniese un cierto consenso social (ausencia de taras genéticas que la anularan, acuerdo de los padres). Por otra parte el anciano, amasijo de órganos en estado de continuo desmembramiento, sólo podía valerse de su derecho a sobrevivir a condición de una coordinación suficiente de sus funciones orgánicas: se introdujo el concepto de *dignidad humana*. Los problemas éticos planteados por las edades extremas de la vida (el aborto y, algunos años más tarde, la eutanasia) constituyeron desde entonces factores de oposición insuperables entre dos visiones del mundo, dos antropologías radicalmente opuestas en el fondo.

El agnosticismo por principio de la República Francesa facilitó el triunfo hipócrita, progresivo y hasta ligeramente insidioso de la antropología materialista. Los problemas de valores de la vida humana, de los que nunca se hablaba abiertamente, siguieron dando vueltas en todas las cabezas; se puede afirmar sin la menor duda que en parte contribuyeron, en el curso de las últimas décadas de la civilización occidental, al establecimiento de un clima general depresivo e incluso masoquista.

Para Bruno, que acababa de cumplir dieciocho años, el verano de 1974 fue un período importante y hasta crucial. Muchos años después, cuando decidió consultar con un psiquiatra, tuvo que recordarlo muchas veces, modificando tal o cual detalle; el psiquiatra, de hecho, parecía apreciar muchísimo ese relato. Ésta es la versión canónica que a Bruno le gustaba contar:

«Sucedió a finales de julio. Yo había ido a pasar una semana a casa de mi madre en la Costa Azul. Siempre había mucha gente de paso.

Aquel verano ella se acostaba con un canadiense, un joven muy fuerte, un verdadero físico de carnicero. La mañana de mi regreso, me desperté muy temprano. El sol ya calentaba. Entré en su habitación: los dos estaban durmiendo. Dudé unos segundos y luego tiré de la sábana. Mi madre se movió y por un momento creí que iba a despertarse; entreabrió ligeramente los muslos. Me arrodillé delante de su vulva. Acerqué la mano a pocos centímetros, pero no me atreví a tocarla. Volví a salir para hacerme una paja. Ella recogía a muchos gatos, todos más o menos salvajes. Me acerqué a un joven gato negro que se calentaba sobre una piedra. El suelo en torno a la casa era de guijarros, muy blanco, de un blanco despiadado. El gato me miró varias veces mientras me hacía la paja, pero cerró los ojos antes de que eyaculase. Me agaché y cogí una piedra grande. El cráneo del gato estalló, los sesos salpicaron un poco. Tapé el cadáver con piedras y volví a entrar en la casa; nadie se había despertado todavía. Esa mañana mi madre me llevó a casa de mi padre, a unos cincuenta kilómetros por carretera. En el coche, por primera vez, me habló de Di Meola. Él también se había marchado de California cuatro años antes; había comprado una gran finca cerca de Avignon, en las laderas del Ventoux. En verano recibía jóvenes de todos los países de Europa y de Norteamérica. Pensaba que yo debía ir algún verano, que eso me abriría horizontes. Las enseñanzas de Di Meola se basaban en la tradición brahmánica pero, según ella, sin fanatismos ni exclusiones. También tenía en

cuenta los avances de la cibernética, de la psiconeurolingüística y de las técnicas de desprogramación concebidas en Esalen. Se trataba, sobre todo, de liberar al individuo, de liberar su potencial creativo profundo. “Sólo utilizamos el diez por ciento de nuestras neuronas.”

»“Además”, añadió Jane (estaban atravesando un bosque de pinos), “allí podrás conocer chicas de tu edad. Mientras estabas con nosotros, a todos nos ha dado la impresión de que tienes problemas sexuales.” Añadió que la forma occidental de vivir la sexualidad estaba completamente desviada y pervertida. En muchas sociedades primitivas la iniciación ocurría naturalmente, al principio de la adolescencia, bajo el control de los adultos de la tribu. “Yo soy tu madre”, precisó. No añadió que ella misma había iniciado a David, el hijo de Di Meola, en 1963. David tenía entonces trece años. La primera tarde, se había desnudado delante de él y le había animado a masturbarse. La segunda tarde, ella misma le había masturbado y se la había chupado. Al final, el tercer día, él pudo penetrarla. Para Jane era un recuerdo muy agradable; la polla del chico estaba rígida y parecía indefinidamente disponible en su rigidez, incluso después de varias eyaculaciones; no hay duda de que a partir de ese momento le dio definitivamente por los hombres jóvenes. “Sin embargo”, continuó ella, “la iniciación siempre tiene lugar fuera del sistema familiar directo. Es indispensable para poder abrirse al mundo.”» Bruno se sobresaltó, se preguntó si ella no se habría despertado esa misma mañana cuando él le estaba mirando la vulva. Las palabras de su madre, sin embargo, no eran nada sorprendentes; el tabú del incesto ya se observa en el ganso ceniciento y el mandril. El coche se acercaba a Sainte–Maxime.»

«Al llegar a casa de mi padre, continuaba Bruno, «me di cuenta de que no se encontraba muy bien. Ese verano sólo había tenido dos semanas de vacaciones. En aquella época no me daba cuenta, pero tenía problemas de dinero; por primera vez le iban mal los negocios. Pasado un tiempo me lo contó todo. Se le había escapado por completo el mercado emergente de los implantes de silicona. Para él era una moda pasajera que no iba a rebasar el mercado norteamericano. Obviamente, había sido un idiota. No hay ninguna moda venida de Estados Unidos que no haya logrado inundar Europa occidental unos años más tarde; ninguna. Uno de sus socios jóvenes aprovechó la oportunidad, se instaló por su cuenta y se llevó a gran parte de la clientela utilizando como gancho los implantes de silicona en los senos.»

Cuando hizo esta confesión, el padre de Bruno tenía setenta años, y pronto iba a morir de un ataque de cirrosis. «La historia se repite», añadía sombríamente, haciendo tintinear el hielo en el vaso. «El imbécil de Poncet (el mismo joven cirujano lleno de iniciativa que veinte años antes había sido la causa de su ruina) acaba de negarse a invertir en el alargamiento del pene. Le parece cosa de carniceros, no cree que el mercado masculino vaya a seguir la moda en Europa. El muy imbécil. Tan imbécil como yo en aquella época. ¡Si tuviera treinta años, me lanzaría de cabeza a alargar penes!» Dicho esto solía recaer en una oscura ensoñación, en los límites de la duermevela. A su edad, era normal que la conversación se estancara un poco.

En aquel julio de 1974, el padre de Bruno sólo estaba en la primera fase de su decadencia. Por las tardes se encerraba en su habitación con un montón de novelas eróticas de la colección San Antonio y una botella de bourbon. Salía a eso de las siete y calentaba un plato preparado con manos temblorosas. No había renunciado del todo a hablar con su hijo, pero no lo conseguía, de verdad que no lo conseguía. Al cabo de dos días, la atmósfera se volvió realmente oprimente. Bruno empezó a pasar las tardes enteras fuera; iba a la playa como un idiota.

Al psiquiatra le interesaba menos la continuación del relato, pero a Bruno le importaba mucho, no tenía ganas de callársela. Al fin y al cabo aquel cabrón estaba allí para escuchar, era un empleado, ¿no?

«Estaba sola», seguía Bruno, «estaba sola en la playa todas las tardes. Una pobre niñita rica, como yo; tenía diecisiete años. Era muy rechoncha, una bolita con una cara tímida, la piel muy blanca y granos. La cuarta tarde, justo la víspera del día en que me marchaba, cogí la toalla y me senté a su lado. Estaba tumbada boca abajo, se había soltado la parte de arriba del

biquini. Recuerdo que lo único que se me ocurrió decirle fue: "¿Estás de vacaciones?" Ella alzó la mirada: seguro que no esperaba nada brillante, pero tampoco algo tan estúpido. Luego nos presentamos; ella se llamaba Annick. En algún momento tenía que sentarse, y yo me preguntaba: ¿Intentará abrocharse el sujetador del bikini? ¿Se sentará enseñándome el pecho? Hizo algo a medio camino: se dio la vuelta sosteniendo las puntas del sujetador. En la posición final, las copas se quedaron un poco torcidas y no la tapaban del todo. Tenía mucho pecho; incluso lo tenía ya un poco flaccido, cosa que sin duda se agravó después. Me dije que era una chica muy valiente. Acerqué la mano y la metí por debajo de la copa, descubriendo poco a poco el seno. Ella no se movió, pero se puso un poco rígida y cerró los ojos. Yo seguí metiendo la mano; ella tenía los pezones duros. Ése sigue siendo uno de los momentos más hermosos de mi vida.

Después fue más difícil. La llevé a mi casa, y subimos directamente a mi habitación. Tenía miedo de que mi padre la viera; era un hombre que había tenido mujeres muy guapas en su vida. Pero dormía; de hecho, aquella tarde estaba completamente borracho y no se despertó hasta las diez de la noche. Cosa rara, ella no quiso que le quitara las bragas. Nunca lo había hecho, me dijo; a decir verdad, nunca había hecho nada con un chico. Pero me hizo una paja sin vacilar, con mucho entusiasmo; recuerdo que sonreía. Luego le acerqué la polla a la boca; la probó un poco, pero no le gustó demasiado. No insistí, me puse a horcajadas sobre ella. Cuando apreté el pene entre sus pechos me di cuenta de que ella era realmente feliz; dejó escapar un leve gemido. Eso me excitó muchísimo; me enderecé y le bajé las bragas. Entonces no protestó; incluso levantó las piernas para ayudarme. No era nada bonita, pero tenía un bonito coño, tan bonito como el de cualquier otra. Había cerrado los ojos. Cuando le pasé las manos por debajo de las nalgas, abrió los muslos de par en par. Eso me produjo tal efecto que eyaculé de inmediato, antes de haber podido entrar en ella. Había un poco de esperma en su vello púbico. Yo lo sentía muchísimo, pero ella me dijo que no pasaba nada, que estaba contenta.

No tuvimos mucho tiempo de hablar, ya eran las ocho y ella tenía que volver enseguida a casa de sus padres. Me dijo, no sé muy bien por qué, que era hija única. Parecía tan feliz, tan orgullosa de tener un motivo para llegar tarde a la cena, que estuve a punto de echarme a llorar. Nos besamos durante un buen rato en el jardín, delante de la casa. Al día siguiente regresé a París.»

Al final de este minirrelato, Bruno hacía una pausa. El terapeuta estornudaba con discreción y luego solía decir: «Bien.» Según el tiempo transcurrido pronunciaba una frase para continuar o se conformaba con añadir: «¿Lo dejamos aquí por hoy?», subiendo un poco en el *finale* para darle a la frase un matiz de interrogación. Mientras lo decía, sonreía con exquisita ligereza.

13

Ese mismo verano de 1974, Annabelle dejó que un chico la besara en una discoteca de Saint–Palais. Acababa de leer en *Estefanía* un reportaje sobre la amistad entre chicos y chicas. Al abordar la cuestión *del amigo de infancia*, la revista sostenía una tesis especialmente repugnante: era rarísimo que un amigo de infancia se transformara en *novio*; su destino natural era más bien convertirse en compañero, un *compañero fiel*; incluso podía servir de confidente y de apoyo durante los problemas emocionales provocados por los primeros *flirts*.

En los segundos que siguieron a ese primer beso, y a pesar de las afirmaciones de la revista, Annabelle se sintió terriblemente triste. Algo nuevo y doloroso le invadía el pecho muy deprisa. Salió del *Katmandú*, negándose a que el chico la acompañara. Mientras abría el antirrobo de la mobilette, temblaba un poco. Esa noche se había puesto su mejor vestido. La casa de su hermano sólo estaba a un kilómetro, apenas habían dado las once cuando llegó, todavía había luz en el salón; al ver la luz, se echó a llorar. Fue en estas circunstancias, una noche de julio de 1974, cuando Annabelle accedió a la conciencia dolorosa y definitiva de su *existencia individual*. La existencia individual, revelada al animal en forma de dolor físico, sólo llega en las sociedades humanas a la plena conciencia de sí misma gracias a la *mentira*, con la que se la puede confundir en la práctica. Hasta los dieciséis años, Annabelle no había

tenido secretos para sus padres; tampoco los había tenido para Michel, y ahora se daba cuenta de lo raro y valioso que eso resultaba. Esa noche, en unas pocas horas, Annabelle se dio cuenta de que la vida de los hombres es una sucesión ininterrumpida de mentiras. A la vez, se dio cuenta de su belleza.

La existencia individual y el sentimiento de libertad que va con ella constituyen el fundamento natural de la *democracia*. En un régimen democrático, las relaciones entre los individuos están reguladas normalmente por la forma del *contrato*. Cualquier contrato que exceda los derechos naturales de uno de los contratantes, o que no esté provisto de unas cláusulas de revocación claras, puede considerarse nulo.

Si bien Bruno recordaba de buena gana y en detalle el verano de 1974, era poco locuaz sobre el año escolar que lo siguió; a decir verdad, sólo le había dejado una impresión de malestar creciente. Un intervalo temporal indefinido, pero de tonos un poco glaucos. Seguía viendo con la misma frecuencia a Annabelle y a Michel, y en principio estaban muy unidos; pero ellos iban a terminar el bachillerato y el fin de curso los iba a separar inevitablemente. Michel había cambiado: escuchaba a Jimi Hendrix y se revolcaba por la moqueta, era muy intenso; mucho después que los demás, empezaba a dar evidentes señales *de adolescencia*. Annabelle y él parecían cortados, se cogían de la mano con menos facilidad. En resumen, como Bruno le dijo una vez al psiquiatra, «todo se iba a la puta mierda».

Después de la historia con Annik, cosa que tenía tendencia a adornar en sus recuerdos (prudentemente, se había prohibido llamarla), Bruno se sentía un poco más seguro de sí mismo. Ninguna otra conquista había tomado el relevo, sin embargo, y cuando intentó besar a Sylvie, una bonita morena *monísima* que estaba en la clase de Annabelle, ésta lo mandó a freír espárragos. Pero si le había gustado a una chica, podía gustarle a otras; y Michel empezó a inspirarle un vago sentimiento de protección. Al fin y al cabo era su hermano, y Bruno era dos años mayor. «Tienes que hacer algo con Annabelle», repetía. «Ella no quiere otra cosa, está enamorada de ti y es la chica más guapa del liceo.» Michel se retorcía en la silla y contestaba: «Sí.» Pasaban las semanas. Michel vacilaba de modo evidente al borde de la edad adulta. Besar a Annabelle habría sido, para los dos, el único modo de escapar, pero él no se daba cuenta; se dejaba acunar por un engañoso sentimiento de eternidad. En abril, provocó la indignación de los profesores al negarse a rellenar una hoja de inscripción para las clases preparatorias. Sin embargo estaba claro que tenía más posibilidades que nadie de entrar en una buena facultad. Faltaba mes y medio para el examen de bachillerato, y él parecía flotar cada día más. A través de las ventanas enrejadas de la clase miraba las nubes, los árboles del prado, otros alumnos; parecía que ningún incidente humano podía impresionarle de verdad.

Bruno, por su parte, había decidido inscribirse en la Facultad de Letras: empezaba a estar harto de las series de Taylor–Maclaurin, y además en la Facultad de Letras había chicas, muchas chicas. Su padre no puso la menor objeción. Como todos los viejos libertinos, se estaba volviendo sentimental, y se reprochaba amargamente haber destrozado la vida de su hijo por culpa de su egoísmo, lo cual no era del todo falso. A principios de mayo se separó de Julie, su última amante, a pesar de que era una mujer espléndida; se llamaba Julie Lamour, pero su nombre escénico era Julie Love. Era actriz en las primeras películas porno a la francesa, hoy olvidadas, que rodaron gente como Burd Tranbaree o Francis Leroi. Se parecía un poco a Janine, pero era mucho más idiota. «Estoy condenado..., condenado...», se repetía el padre de Bruno al encontrar una foto de su ex mujer cuando era joven y darse cuenta del parecido. Su amante había conocido a Deleuze en una cena en casa de Bénazéraf, y desde entonces le daba por hilar justificaciones intelectuales del porno; no había quien lo aguantara. Además le salía muy cara; en los rodajes se había acostumbrado a los Rolls alquilados, a los abrigos de pieles, a toda esa chatarra erótica que a él, con la edad, le resultaba cada vez más penosa. A finales del 74 tuvo que vender la casa de Sainte–Maxime. Unos meses después, compró un estudio para su hijo cerca de los jardines del Observatorio: un estudio muy bonito, luminoso, tranquilo, sin casas enfrente. Cuando llevó a Bruno a verlo no tenía la impresión de estar haciéndole un regalo excepcional, sino más bien de intentar, en la medida de lo posible, *reparar* algo; y de todos modos era, obviamente, una buena inversión. Mirando el espacio, se

animó un poco. «¡Podrás invitar chicas!», dijo sin darse cuenta. Al ver la cara de su hijo, se arrepintió en el acto.

Al final, Michel se inscribió en la facultad de Orsay, en la sección de matemáticas y física; lo que más le gustaba era estar cerca de una ciudad universitaria, se decía. A ninguno de los dos les sorprendió aprobar el examen. El día de los resultados los acompañó Annabelle; tenía la expresión grave, había madurado mucho en un año. Desgraciadamente, un poco más delgada y con una sonrisa más interior estaba aún más hermosa. Bruno decidió tomar la iniciativa: ya no había casa de vacaciones en Sainte-Maxime, pero podía ir a la finca de Di Meola, como había sugerido su madre; pidió a Michel y Annabelle que lo acompañaran. Se marcharon un mes después, a finales de julio.

14

VERANO DEL 75

Sus obras no les permiten reunirse con Dios, porque el espíritu de la prostitución está entre ellos, y porque no conocen al Eterno
OSEAS, 5, 4

Al bajar del autobús de Carpentras los recibió un hombre debilitado y enfermo. Hijo de un anarquista italiano emigrado a Estados Unidos en los años veinte, Francesco di Meola había *triunfado en la vida*; a nivel financiero, se entiende. Al final de la Segunda Guerra Mundial el joven italiano había entendido, como Serge Clément, que se enfrentaban a un mundo radicalmente nuevo, y que actividades consideradas durante mucho tiempo elitistas o marginales iban a tener un peso económico considerable. Mientras el padre de Bruno invertía en la cirugía estética, Di Meola se metió en la producción de discos; es cierto que algunos ganaron mucho más dinero que él, pero aun así consiguió quedarse con un buen pedazo del pastel. Cuando cumplió los cuarenta intuyó, como muchos californianos, una nueva moda, mucho más profunda que un simple movimiento pasajero, destinada a barrer el conjunto de la civilización occidental; así pudo relacionarse en su villa de Big Sur con Alian Watts, Paul Tillich, Carlos Castañeda, Abraham Maslow y Carl Rogers. Un poco más tarde tuvo también el privilegio de conocer a Aldous Huxley, el verdadero padre espiritual del movimiento. Envejecido y casi ciego, Huxley le prestó escasa atención; pero este encuentro causó en Di Meola una impresión decisiva.

Los motivos que le llevaron a marcharse de California en 1970 para comprar una propiedad en Haute-Provence no estaban muy claros, ni siquiera para él. Más tarde, casi al final, empezó a decirse que quería, por alguna oscura razón, *morir en Europa*; pero en aquel momento sólo tenía conciencia de otros motivos más superficiales. El movimiento de mayo del 68 le había impresionado, y cuando empezó el reflujo de la ola hippie en California, se dijo que quizá habría algo que hacer con la juventud europea. Jane lo animaba a ello. La juventud francesa estaba especialmente acorralada, sofocada por el collar paternalista del gaullismo; pero según ella bastaría con una chispa para que ardiera todo. Lo que más le gustaba a Francesco, desde hacía unos años, era fumar cigarrillos de marihuana con chicas muy jóvenes, atraídas por el aura espiritual del movimiento; y luego tirárselas entre mandalas y aromas de incienso. Por lo general, las chicas que aparecían en Big Sur eran pequeñas imbéciles protestantes; por lo menos la mitad eran vírgenes. A finales de los años sesenta, el flujo empezó a disminuir. Entonces se dijo que quizá ya era hora de regresar a Europa; incluso a él le parecía raro expresarlo así, después de haberse marchado de Italia cuando apenas tenía cinco años. Su padre no sólo había sido un militante revolucionario, sino también un hombre culto, enamorado del lenguaje; un esteta. Probablemente eso le había dejado algunas huellas. En el fondo, había considerado siempre un poco a los norteamericanos como unos cabrones.

Seguía siendo un hombre muy guapo, con un rostro esculpido, mate, y largos cabellos blancos ondulados y espesos; sin embargo, dentro de su cuerpo las células proliferaban como

les daba la gana; destruían el código genético de las células vecinas y secretaban toxinas. Los especialistas que había consultado se contradecían en bastantes puntos, salvo en el esencial: iba a morir pronto. El cáncer era inoperable, la metástasis seguiría ocurriendo inexorablemente. La mayor parte de los médicos se inclinaban por una agonía tranquila e incluso, con ayuda de algunos medicamentos, exenta hasta el final de sufrimiento físico; de hecho, hasta ese momento no había sentido más que un gran cansancio general. Sin embargo no lo aceptaba; ni siquiera había conseguido imaginarse aceptándolo. Para el occidental contemporáneo, incluso cuando se encuentra bien, la idea de la muerte constituye una especie de *ruido de fondo* que invade el cerebro cuando se desdibujan los proyectos y los deseos. Con la edad, la presencia del ruido aumenta; puede compararse a un zumbido sordo, a veces acompañado de un chirrido. En otras épocas el ruido de fondo lo constituía la espera del reino del Señor; hoy lo constituye la espera de la muerte. Así son las cosas.

Nunca podía olvidar que Huxley parecía indiferente ante la perspectiva de su propia muerte; pero quizás estaba atontado, o drogado. Di Meola había leído a Platón, el Bhagavad–Gita y el Tao te-king; ninguno de ellos le había causado el menor alivio. Tenía apenas sesenta años y se estaba muriendo, ahí estaban los síntomas, no podía engañarse. Hasta empezaba a perder interés en el sexo, y tomó nota de la belleza de Annabelle de un modo bastante distraído. En cuanto a los chicos, ni los miró. Llevaba mucho tiempo rodeado de jóvenes, y tal vez fuera la costumbre lo que le hizo mostrar una vaga curiosidad ante la idea de conocer a los hijos de Jane; en el fondo, estaba claro, le daba completamente igual. Los dejó en medio de la finca, diciéndoles que podían montar la tienda donde quisieran; él tenía ganas de acostarse, preferiblemente sin encontrarse con nadie. Por su físico, seguía representando de maravilla al tipo de hombre sagaz y sensual, con la mirada chispeante de ironía y hasta de sabiduría; algunas chicas especialmente idiotas habían llegado a pensar que tenía un rostro luminoso y benévolo. Él no sentía ninguna benevolencia, y además tenía la impresión de ser un actor no demasiado bueno: ¿cómo había conseguido engañar a todo el mundo? Decididamente, se decía a veces con cierta tristeza, estos jóvenes en busca de nuevos valores espirituales son unos completos imbéciles.

Segundos después de bajar del jeep, Bruno comprendió que había cometido un error. La finca descendía en una suave pendiente hacia el sur; el terreno era ligeramente ondulado y había flores y arbustos. Una cascada caía sobre una poza de agua verde y tranquila; justo al lado, tumbada en una piedra plana, una mujer desnuda se secaba al sol, mientras otra se enjabonaba antes de zambullirse. Más cerca de ellos, arrodillado en una estera, un tipo alto y barbudo meditaba o dormía. Él también estaba desnudo, y muy moreno; el largo pelo rubio claro se destacaba violentamente sobre la piel; se parecía vagamente a Kris Kristofferson. Bruno se sentía desanimado; ¿qué esperaba en realidad? Quizá aún podían marcharse, pero tenía que ser de inmediato. Echó una mirada a sus compañeros: Annabelle estaba desplegando la tienda, con una tranquilidad sorprendente; sentado en un tocón, Michel jugueteaba con el cordón de su mochila; tenía un aire completamente ausente.

El agua fluye a lo largo de la línea de menor pendiente. El comportamiento humano, determinado por principio y casi en cada uno de sus actos, sólo admite unas pocas bifurcaciones, e incluso éstas las sigue poca gente. En 1950, Francesco di Meola tuvo un hijo con una actriz italiana, una actriz de segunda que nunca pasó de los papeles de esclava egipcia; la cima de su carrera fue conseguir dos frases en *Quo vadis*? Llamaron a su hijo David. A los quince años, David soñaba con ser *rock star*. No era el único. Mucho más ricos que los banqueros o los directores generales, los *rock stars* tenían, además, una imagen rebelde. Jóvenes, guapos, famosos, deseados por todas las mujeres y envidiados por todos los hombres, las estrellas del rock constituían la cima absoluta de la jerarquía social. No había nada en la historia de la humanidad, desde la divinización de los faraones en el antiguo Egipto, que pudiera compararse al culto de la juventud europea y norteamericana por los *rock stars*. Físicamente, David lo tenía todo a su favor: era increíblemente guapo, de una belleza a

la vez animal y diabólica; una cara viril, pero de rasgos asombrosamente puros; largo pelo negro muy espeso, un poco rizado; grandes ojos de un azul profundo.

Gracias a las relaciones de su padre, David consiguió grabar un sencillo de 45 revoluciones cuando cumplió diecisiete años; fue un fracaso total. Hay que decir que salió el mismo año que *Sgt Peppers, Days of Future Passed* y otros cuantos así. Jimi Hendrix, los Rolling Stones y los Doors estaban en lo mejor de su carrera; Neil Young empezaba a grabar, y todavía contaban bastante con Brian Wilson. En aquellos años no había sitio para un bajista decente pero poco inventivo. David se empeñó, cambió de grupo cuatro veces, probó distintas fórmulas; tres años después de que su padre se marchara, él también decidió probar suerte en Europa. Encontró trabajo en un club de la Costa Azul; eso no fue un problema. Las chicas le esperaban todas las noches en el camerino; eso tampoco era un problema. Pero ninguna casa de discos prestó la menor atención a sus demos.

Cuando David conoció a Annabelle, ya se había acostado con más de quinientas mujeres; sin embargo, no podía recordar una perfección plástica semejante. Annabelle, por su parte, se sintió atraída hacia él, como todas las demás. Resistió varios días; sólo cedió una semana después de su llegada. Estaban bailando unas treinta personas en la parte trasera de la casa. La noche era estrellada y suave. Annabelle llevaba una falda blanca y una camiseta corta con un sol dibujado. David bailaba muy cerca de ella, y a veces la hacía girar en un pase de rock. Bailaban sin cansarse desde hacía más de una hora sobre un ritmo de tambor ora rápido, ora lento. Bruno estaba inmóvil contra un árbol, con el corazón en un puño, vigilante, en estado de alerta. Michel aparecía al borde del círculo de luz y luego desaparecía en la oscuridad. De repente apareció, apenas a cinco metros. Bruno vio a Annabelle dejar a los que bailaban y acercarse a él; la oyó con toda claridad preguntar: «¿No bailas?»; tenía una cara muy triste en ese momento. Michel declinó la invitación con un gesto de una increíble lentitud, como el de un animal prehistórico reanimado poco antes. Annabelle se quedó inmóvil delante de él entre cinco y diez segundos, luego se volvió y se reunió con el grupo. David la cogió por la cintura y la atrajo firmemente hacia sí. Ella le puso las manos en los hombros. Bruno miró otra vez a Michel; tuvo la impresión de que en su cara flotaba una sonrisa; bajó los ojos. Cuando volvió a mirar, Michel había desaparecido. Annabelle estaba en brazos de David; sus labios estaban muy cerca.

Tumbado en la tienda, Michel esperó la aurora. A eso del final de la noche estalló una tormenta muy violenta; le sorprendió darse cuenta de que estaba un poco asustado. Luego el cielo se calmó, y empezó a caer una lluvia lenta y regular. Las gotas golpeaban la tela con un ruido sordo, a pocos centímetros de su cara; pero él estaba a salvo del contacto. De repente tuvo el presentimiento de que su vida entera iba a parecerse a ese momento. Se movería entre las emociones humanas, y a veces estaría muy cerca de ellas; otros conocerían la felicidad o la desesperación; pero nada de eso tendría que ver jamás con él, ni podría alcanzarle. Durante la velada, Annabelle le había mirado muchas veces mientras bailaba. El quería moverse, pero no podía; sentía con toda claridad que se estaba hundiendo en un lago helado. Sin embargo, todo era excesivamente tranquilo. Se sentía separado del mundo por unos cuantos centímetros de vacío, que formaban en torno a él un caparazón o una armadura.

15

Al día siguiente, la tienda de Michel estaba vacía. Todas sus cosas habían desaparecido, pero había dejado una nota que decía simplemente: «NO OS PREOCUPÉIS.»

Bruno se marchó una semana después. Al subir al tren se dio cuenta de que no había intentado ligar, ni siquiera hablar con alguien.

A finales de agosto, Annabelle vio que se le retrasaba la regla. Se dijo que era mejor así. No hubo ningún problema: el padre de David conocía a un médico, un militante de Planificación Familiar, que operaba en Marsella. Era un tipo de unos treinta años, entusiasta, con un bigotito pelirrojo, que se llamaba Laurent. Quiso que ella le llamara por su nombre: Laurent. Le enseñó los diferentes instrumentos, le explicó los mecanismos de la aspiración y del

raspado. Le gustaba establecer un diálogo democrático con sus clientes, a las que prefería tratar como compañeras. Apoyaba desde el principio la causa de las mujeres, y según él quedaba mucho por hacer. La operación se fijó para el día siguiente; Planificación Familiar se encargaría de los gastos.

Annabelle volvió al hotel con los nervios de punta. Iba a abortar al día siguiente; dormiría otra noche en el hotel y luego volvería a su casa; así lo había decidido. Durante tres semanas había pasado la noche en la tienda de David. La primera vez le había dolido un poco, pero después había sentido placer, un gran placer; no sospechaba siquiera que el placer sexual pudiera ser tan intenso. Sin embargo, no sentía el menor afecto por aquel tipo; sabía que la sustituiría enseguida, que probablemente ya lo estaba haciendo.

Esa misma noche, durante una cena con unos amigos, Laurent habló con entusiasmo del caso de Annabelle. Dijo que habían luchado por chicas como ella; para evitar que una aventura de vacaciones estropeara la vida de una chica de apenas diecisiete años («y además guapa», estuvo a punto de añadir).

Annabelle tenía mucho miedo de volver a Crécy-en-Brie, pero no pasó nada. Era el 4 de septiembre; sus padres la felicitaron por estar tan morena. Le dijeron que Michel se había ido, que ya estaba en su habitación de la residencia universitaria de Bures–sur–Yvette; era obvio que no sospechaban nada. Annabelle fue a ver a la abuela de Michel. La anciana parecía cansada, pero la recibió bien y no puso pegas para darle la dirección de su nieto. Le había parecido un poco raro que Michel volviese antes que los demás, sí; también le había parecido raro que se fuera un mes antes del comienzo del curso universitario; pero Michel *era* un chico raro.

En medio de la gran barbarie natural, los seres humanos han conseguido a veces (pocas) crear pequeños lugares cálidos que irradian amor. Pequeños espacios cerrados, reservados, donde reinan el amor y la subjetividad.

Annabelle dedicó las dos semanas siguientes a escribirle a Michel. Fue difícil, tuvo que tachar y volver a empezar varias veces. La carta acabada tenía cuarenta páginas; por primera vez era una verdadera *carta de amor*. La echó al correo el 17 de septiembre, el día en que empezaban las clases en el liceo; luego esperó.

La Facultad de Orsay, París XI, es la única universidad en la región parisina realmente concebida según el modelo norteamericano del *campus*. Varias residencias repartidas por un parque albergan a los estudiantes del primero al tercer ciclo. Orsay no sólo es un lugar de enseñanza, sino también un centro de investigación de alto nivel en la física de las partículas elementales.

Michel tenía una habitación que hacía esquina en el cuarto y último piso del edificio 233; enseguida se sintió muy a gusto allí. Había una cama estrecha, una mesa de trabajo, estantes para los libros. La ventana daba a un césped que bajaba hasta el río; asomándose un poco, a la derecha, se veía la masa de hormigón del acelerador de partículas. En aquel momento, un mes antes del comienzo de las clases, la residencia estaba casi vacía; sólo se veían algunos estudiantes africanos, cuyo problema era sobre todo dónde meterse en agosto, cuando todas las residencias cerraban. Michel intercambiaba algunas frases con la vigilante; durante el día paseaba a orillas del río. Todavía no tenía ni idea de que iba a quedarse en aquella residencia más de ocho años.

Una mañana a eso de las once se tumbó en la hierba, rodeado de árboles indiferentes. Le asombraba sufrir tanto. Su visión del mundo, profundamente ajena a las categorías cristianas de redención y gracia, a las nociones de libertad y perdón, se estaba volviendo mecánica y despiadada. Dadas las condiciones iniciales, pensaba, y fijados los parámetros de la red de interacciones iniciales, los acontecimientos suceden en un espacio desencantado y frío; el determinismo es inexorable. Lo que ocurría tenía que ocurrir, no podía ser de otro modo; no se podía hacer responsable a nadie. Por las noches, Michel soñaba con espacios abstractos, cubiertos de nieve; su cuerpo envuelto en vendas se movía a la deriva bajo un cielo bajo, entre fábricas siderúrgicas. De día se cruzaba a veces con uno de los africanos, un chico de Mali

bajito y con la piel gris; ambos se saludaban con una inclinación de la cabeza. El restaurante universitario todavía no estaba abierto; Michel compraba latas de atún en el Continent de Courcelles-sur-Yvette y volvía a la residencia. Caía la noche. Caminaba por pasillos vacíos.

Hacia mitad de octubre Annabelle le escribió otra carta, más breve que la anterior. Mientras tanto había telefoneado a Bruno, que tampoco había tenido noticias; sólo sabía que Michel llamaba con regularidad a su abuela, pero que probablemente no iría a verla hasta Navidad.

Una tarde de noviembre, al salir de unas prácticas de análisis, Michel encontró un mensaje en el casillero de la residencia. «Llama a tu tía Marie–Thérèse. URGENTE.» Hacía dos años que no veía mucho a su tía Marie–Thérèse y a su prima Brigitte. Llamó enseguida. Su abuela había tenido otro ataque, la habían llevado al hospital de Meaux.

Era grave, probablemente muy grave. La aorta estaba débil y podía fallarle el corazón. Cruzó Meaux a pie, caminó a lo largo del liceo; eran cerca de las diez. En ese momento, en el aula de clase, Annabelle estudiaba un texto de Epicuro; un pensador luminoso, moderno, griego y, para decirlo todo, un poco coñazo. El cielo estaba oscuro, el agua del Marne bajaba tumultuosa y sucia. Michel encontró sin dificultades el complejo clínico Saint-Antoine, un edificio ultramoderno de hierro y acero que habían inaugurado el año anterior. La tía Marie-Thérèse y la prima Brigitte le esperaban en el descansillo del séptimo piso; era obvio que habían llorado. «No sé si deberías verla...», dijo Marie-Thérèse. Él no contestó. Iba a vivir lo que hubiera que vivir.

Era una habitación de vigilancia intensiva, y su abuela estaba sola. La sábana, de un blanco cegador, dejaba destapados los brazos y los hombros; le fue difícil apartar los ojos de aquella carne desnuda, arrugada, blancuzca, terriblemente vieja. Los brazos sondados estaban sujetos al borde de la cama con unas muñequeras. Un tubo acanalado le entraba por la garganta. Los cables pasaban bajo la sábana e iban hasta los aparatos de registro. Le habían quitado el camisón; no le habían dejado recogerse el moño, como todas las mañanas desde hacía años. Con el largo pelo gris suelto, ya no era para nada su abuela; era una pobre criatura de carne, muy joven y muy vieja a la vez, abandonada en manos de la medicina. Michel le cogió la mano; sólo lograba reconocer esa mano. Él le cogía la mano a menudo hasta hacía muy poco, con más de diecisiete años. No abrió los ojos; pero quizá, a pesar de todo, reconoció el contacto. Él no apretó muy fuerte, simplemente le sostuvo la mano, como solía hacer; realmente esperaba que ella reconociera el contacto.

Esta mujer había tenido una infancia terrible, trabajando en una granja desde los siete años entre semibrutos alcohólicos. Su adolescencia fue demasiado breve para que pudiera acordarse. Tras la muerte de su marido trabajó en una fábrica para sacar adelante a sus cuatro hijos; en pleno invierno iba a buscar agua al patio para que toda la familia se lavara. Con más de sesenta años, recién jubilada, accedió a ocuparse otra vez de un niño, el hijo de su hijo. A él tampoco le había faltado de nada, ni ropa, ni buenas comidas los domingos, ni amor. Ella le había dado todo eso. Un examen mínimamente exhaustivo de la humanidad debe tener en cuenta necesariamente este tipo de fenómenos. En la historia siempre han existido seres humanos así. Seres humanos que trabajaron toda su vida, y que trabajaron mucho, sólo por amor y entrega; que dieron literalmente su vida a los demás con un espíritu de amor y de entrega; que sin embargo no lo consideraban un sacrificio; que en realidad no concebían otro modo de vida más que el de dar su vida a los demás con un espíritu de entrega y de amor. En la práctica, estos seres humanos casi siempre han sido mujeres.

Michel se quedó en la sala un cuarto de hora, sin soltar la mano de su abuela; luego apareció un interno para avisarle de que tenía que irse porque allí iba a molestar. Quizá se podía hacer algo; no una operación, eso era imposible; pero quizá algo, alguna cosa, no estaba todo perdido.

Durante el viaje de regreso nadie dijo una palabra; Marie–Thérèse conducía maquinalmente el Renault 16. Comieron sin hablar mucho, recordando de vez en cuando alguna anécdota. Marie–Thérèse servía, necesitaba moverse; de vez en cuando se quedaba parada, lloraba un poco y luego volvía a la cocina.

Annabelle había visto cómo se marchaba la ambulancia, y vio volver el Renault 16. A eso de la una de la madrugada se levantó y se vistió; sus padres ya estaban dormidos. Caminó hasta la verja de la entrada de Michel. Todas las luces estaban encendidas, quizás él estuviera en el salón; pero a través de las cortinas era imposible ver algo. Caía una lluvia fina. Pasaron unos diez minutos. Annabelle sabía que podía llamar a la puerta y ver a Michel; también podía no hacer nada. No sabía exactamente que estaba viviendo la experiencia concreta de la *libertad*; en cualquier caso era horrible, y tras esos diez minutos nunca volvió a ser del todo la misma. Muchos años más tarde, Michel propuso una breve teoría de la libertad humana basada en una analogía con la conducta del helio superfluido. Los intercambios de electrones entre las neuronas y las sinapsis dentro del cerebro, fenómenos atómicos discretos, están sometidos en principio a la imprevisibilidad cuántica; sin embargo, el gran número de neuronas, por anulación estadística de las diferencias elementales, hace que el comportamiento humano (tanto a grandes rasgos como en detalle) esté tan rigurosamente determinado como cualquier otro sistema natural. No obstante, en ciertas circunstancias extremadamente raras (los cristianos hablan de *intervención de la gracia*) una nueva onda de coherencia surge y se propaga dentro del cerebro; aparece un comportamiento nuevo, de forma temporal o definitiva, regido por un sistema completamente distinto de osciladores armónicos; entonces podemos observar lo que hemos dado en llamar *acto libre*.

Aquella noche no ocurrió nada semejante, y Annabelle volvió a casa de sus padres. Se sentía mucho más vieja. Tendrían que pasar veinticinco años antes de que Michel y ella volvieran a verse.

El teléfono sonó cerca de las tres; la enfermera parecía sinceramente entristecida. Se había hecho todo lo posible; pero en el fondo no se podía hacer casi nada. El corazón era demasiado viejo, eso era todo. Por lo menos no había sufrido, eso podía asegurarlo. Pero también había que decir que se había acabado.

Michel se fue a su habitación dando pasitos cortos, de veinte centímetros como máximo. Brigitte intentó levantarse, Marie-Thérèse la detuvo con un gesto. Pasaron unos dos minutos y luego oyeron una especie de maullido o de aullido que venía de la habitación. Esta vez Brigitte salió corriendo. Michel estaba doblado sobre sí mismo a los pies de la cama. Tenía los ojos ligeramente fuera de las órbitas. Su cara no reflejaba nada parecido a la pena ni a ningún otro sentimiento humano. La invadía un terror animal y abyecto.

Segunda parte

Momentos extraños

1

Bruno perdió el control del coche poco después de pasar Poitiers. El Peugeot 305 derrapó en mitad de la calzada, chocó levemente con la barrera de seguridad y se quedó parado después de girar como un trompo. «¡Mierda, me cago en la puta!», juró en voz baja. Un Jaguar que se acercaba a 220 kilómetros por hora frenó brutalmente, estuvo a punto de golpear la otra barrera de seguridad y siguió su camino con un concierto de bocinazos. Bruno salió y agitó el puño en su dirección. «¡Cabrón, cabrón de mierda!», aulló. Luego dio media vuelta y continuó el viaje.

El Espacio de Recambio fue creado en 1975 por un grupo de antiguos militantes del 68 (a decir verdad ninguno había hecho nada en el 68; digamos que tenían *espíritu* del 68) en un amplio terreno plantado de pinos que pertenecía a los padres de uno de ellos, un poco al sur de Cholet. El proyecto, impregnado de los ideales libertarios de moda a principios de los años setenta, consistía en poner en práctica una utopía concreta, es decir, un lugar donde uno se esforzaría en vivir «aquí y ahora» según los principios de la autogestión, el respeto a la libertad individual y la democracia directa. Sin embargo, el Espacio no era una comunidad nueva; se trataba, de manera más modesta, de crear un lugar de vacaciones, es decir, un lugar donde los simpatizantes de la iniciativa tendrían ocasión durante los meses de verano de enfrentarse de forma concreta a la aplicación de los principios propuestos; se trataba también de provocar sinergias, encuentros creativos, todo con un espíritu humanista y republicano; se trataba, según las palabras de uno de los fundadores, de «mojar bien».

Bruno dejó la autopista en la salida de Cholet-Sur y recorrió una decena de kilómetros por una carretera costera. El mapa no estaba muy claro y tenía demasiado calor. Vio el letrero casi por casualidad, o esa impresión le dio. En letras multicolores sobre fondo blanco, anunciaba: «ESPACIO DE RECAMBIO»; debajo, en un letrero más pequeño, estaba caligrafiado en letras rojas lo que parecía ser la divisa del lugar: « La libertad de los demás extiende la mía hasta el infinito » (Michel Bakunin). A la derecha, un camino debía de bajar hasta el mar; dos adolescentes arrastraban un pato de plástico. No llevaban nada debajo de la camiseta, las muy guarras. Bruno las siguió con la mirada; le dolía la polla. Una camiseta mojada ya es algo, se dijo sombríamente. Ellas torcieron a un lado en ese momento: por lo visto iban al otro camping.

Aparcó el 305 y se dirigió hacia una pequeña caseta de madera con un letrero encima que decía «BIENVENIDO». Dentro había una mujer de unos sesenta años con las piernas cruzadas a lo árabe. Sus pechos delgados y arrugados sobresalían débilmente de una túnica de algodón; Bruno sintió pena por ella. La mujer sonrió con una amabilidad un poco rígida. «Bienvenido al Espacio...», dijo por fin. Luego sonrió otra vez, de oreja a oreja. ¿Sería idiota? «¿Tienes la reserva?» Bruno sacó los papeles de su bolsa de mano. «Perfecto», articuló la vieja con la misma sonrisa de retrasada.

La circulación de vehículos estaba prohibida dentro del camping; decidió proceder en dos tiempos. Primero buscar un sitio para montar la tienda, y luego ir a por las cosas. Justo antes de irse había comprado una tienda iglú en La Samaritaine (fabricada en China popular, 2–3 personas, 449 francos).

Lo primero que vio Bruno al llegar al prado fue la pirámide. Veinte metros de base por veinte metros de altura: era perfectamente equilátera. Todas las paredes eran de vidrio, divididas en paneles por una celosía de madera oscura. Algunos paneles reflejaban vivamente los rayos del sol poniente; otros dejaban ver la estructura interna: niveles y tabiques de la misma madera oscura. El conjunto quería evocar un árbol y lo conseguía bastante bien: el tronco estaba

representado por un gran cilindro que atravesaba la pirámide y debía de albergar la escalera principal. La gente salía del edificio, sola o en pequeños grupos; unos vestidos, otros desnudos. Bajo el sol poniente, que hacía resplandecer la hierba, aquello parecía una película de ciencia ficción. Bruno observó la escena durante dos o tres minutos; después volvió a coger la tienda debajo del brazo y empezó a subir la primera colina.

El lugar abarcaba varias colinas arboladas, con el suelo cubierto de agujas de pino y salpicadas por algunos claros; había aseos colectivos aquí y allá; las fronteras del camping no estaban delimitadas. Bruno sudaba un poco, tenía gases; era evidente que había comido demasiado en el área de servicio. Le costaba trabajo pensar con claridad; sin embargo, era consciente de que la elección del sitio podía resultar un elemento decisivo para el éxito de su estancia.

En ese momento de sus reflexiones vio una cuerda tendida entre dos árboles. Había braguitas secándose, suavemente agitadas por la brisa de la tarde. Tal vez fuera una idea, se dijo; la gente habla con sus vecinos de camping; no es que siempre terminen follando, pero por lo menos hablan, y como principio no está mal. Dejó la tienda en el suelo y empezó a estudiar las instrucciones de montaje. La traducción francesa era lamentable, y la inglesa no era mucho mejor; suponía que los otros idiomas europeos estarían igual. Mierda de chinitos. Pero ¿qué quería decir «suban las semirrígidas a fin de concretar la bóveda»?

Estaba mirando los esquemas con creciente desesperación cuando una especie de squaw apareció a su derecha, vestida con una minifalda de cuero; sus grandes senos se balanceaban en el crepúsculo. «¿Acabas de llegar?», dijo la aparición. «¿Necesitas ayuda para montar la tienda?» «Todo va bien...», contestó él con voz estrangulada, «todo va bien, gracias. Muy amable...», añadió en un susurro. Olía la trampa. Y en efecto, segundos más tarde se oyeron gritos en el wigwam de al lado (¿dónde habrían comprado aquello? ¿Lo habrían hecho ellos?). La squaw entró corriendo y volvió a salir con dos críos minúsculos, uno en cada cadera, y empezó a acunarlos blandamente. Los gritos subieron de tono. El hombre de la squaw llegó trotando, polla al viento. Era un barbudo bastante musculoso, de unos cincuenta años y largo pelo gris. Cogió a uno de los chiquillos y empezó a hacerle carantoñas; era repugnante. Bruno se apartó unos metros; se había sonrojado. Con monstruos semejantes, la noche en blanco estaba asegurada. La muy vaca estaba con la lactancia, era obvio; a pesar de todo, bonitos pechos.

Bruno empezó a andar hacia un lado, alejándose con disimulo del wigwam; pero no quería alejarse demasiado de las braguitas. Eran objetos delicados, todo encajes y transparencias; no creía que fueran de 85 la squaw. Eligió un sitio entre dos tiendas canadienses (¿serían primas?, ¿hermanas?, ¿compañeras de liceo?) y se puso manos a la obra.

Cuando terminó casi había caído la noche. Bajó a buscar sus maletas a la última luz de la tarde. Se cruzó con mucha gente en el camino: parejas, personas solas; bastantes mujeres solas de unos cuarenta años. Cada tanto había un cartel clavado a un árbol que decía «RESPETO MUTUO»; Bruno se acercó a uno de ellos. Bajo el cartel había una pequeña cesta llena hasta el borde de preservativos. Al pie del árbol había una papelera de plástico blanco. Apretó el pedal y encendió la linterna; sobre todo había latas de cerveza, pero también algunos preservativos usados. Buena señal, se dijo Bruno. Parece que aquí las cosas salen bien.

Volver a subir fue terrible; las maletas le cortaban las manos, estaba sin aliento; tuvo que detenerse a media cuesta. Otras personas andaban por el camping, los haces de las linternas de bolsillo se cruzaban en la oscuridad. Más allá se veía la carretera de la costa y aún había mucho tráfico; había una noche topless en el Dynasty, en la carretera de Saint-Georges, pero no le quedaban fuerzas para ir allí, ni a cualquier otro sitio. Bruno se quedó así una media hora. Miro los faros entre los árboles, se decía; así es mi vida.

Al volver a la tienda se sirvió un whisky y se hizo una paja tranquila hojeando *Swing Magazine*, «el derecho al placer»; había comprado el último número en un área de servicio cerca de Angers. En realidad no tenía ninguna intención de contestar anuncios; no se sentía capaz de *sexo en grupo* o una ducha de esperma. Las mujeres que accedían a ver a un hombre

a solas preferían normalmente a los negros, y de todos modos exigían unas medidas mínimas que él estaba lejos de alcanzar. Número tras número tenía que resignarse: para meterse en la red porno, la tenía demasiado pequeña.

Sin embargo, en general no estaba descontento de su físico. Los implantes capilares habían arraigado, había dado con un médico competente. Iba con regularidad al gimnasio y francamente, para sus cuarenta y dos años, no estaba tan mal. Se echó el segundo whisky, eyaculó sobre la revista y se durmió casi aliviado.

2

TRECE HORAS DE VUELO

Muy pronto, el Espacio de Recambio se enfrentó a un problema de envejecimiento. Los ideales fundadores les parecían caducos a los jóvenes de los años ochenta. Dejando aparte los talleres de teatro improvisado y de masaje californiano, el Espacio era sobre todo y en el fondo un camping; desde el punto de vista de la comodidad del alojamiento o de la calidad de la restauración, no podía rivalizar con los centros de vacaciones institucionales. Además, cierta cultura anarquista propia del lugar dificultaba el control preciso de los accesos y los pagos; cada vez era más difícil encontrar el equilibrio financiero, precario desde el principio.

La primera medida, que los fundadores adoptaron por unanimidad, consistió en establecer tarifas que favorecían claramente a los jóvenes; pero se reveló insuficiente. A principios del ejercicio de 1984, durante la asamblea general anual, Frédéric Le Dantec propuso el cambio que iba a llevar la prosperidad al lugar. La empresa, según su análisis, era el nuevo espacio para la aventura en los años ochenta. Todos habían adquirido una valiosa experiencia en las técnicas y terapias de la psicología humanista (*gestalt, rebirth, do in*, andar sobre brasas, análisis transaccional, meditación zen, psiconeurolingüística...). ¿Por qué no reinvertir estas competencias en la elaboración de un programa de cursillos para empresas? Tras un acalorado debate, se aprobó el proyecto. Entonces se empezó a construir la pirámide, así como unos cincuenta bungalows, con comodidades limitadas pero aceptables, para recibir a los cursillistas. A la vez, se envió a los directores de recursos humanos de distintas grandes firmas un mailing intensivo pero selectivo. Algunos socios, cuya posición política era muy de izquierdas, llevaron muy mal esta transición. Hubo una breve lucha interna por el poder, y la asociación según la ley 1901 que administraba el lugar fue disuelta y sustituida por una sociedad limitada en la que Frédéric Dantec era el principal accionista. Al fin y al cabo sus padres eran los propietarios del terreno, y la Caja de Ahorros de Maine-et-Loire parecía dispuesta a apoyar el proyecto.

Cinco años después, el Espacio ya tenía un buen catálogo de referencias (Banca Nacional, IBM, Ministerio de Trabajo, Transportes Públicos, Bouygues). Durante todo el año se organizaban cursos inter o intraempresariales, y la actividad «lugar de vacaciones», que más que nada seguía funcionando por nostalgia, sólo representaba el 5% de la cifra anual de facturación.

Bruno se despertó con un fuerte dolor de cabeza y sin excesivas ilusiones. Había oído hablar del sitio a una secretaria que volvía de hacer un cursillo de «Desarrollo personal y pensamiento positivo» a cinco mil francos por día. Había pedido el folleto de vacaciones de verano: simpático, asociativo, libertario, el tipo estaba claro. Sin embargo, le había llamado la atención una nota estadística a pie de página: el verano anterior, en julio y agosto, había ido al Espacio un 63% de mujeres. Prácticamente dos mujeres por tío; era un porcentaje de excepción. Decidió de inmediato ir una semana en julio a ver qué pasaba; además, el camping era más barato que los clubes de vacaciones. Claro, se imaginaba el tipo de mujeres: ex izquierdistas flipadas, seguramente seropositivas. Pero bueno, con dos mujeres por hombre tenía una oportunidad; si se las arreglaba bien, a lo mejor podía tirarse dos.

Sexualmente, el año había empezado bien. La llegada de las chicas de los países del Este había provocado una caída de precios, y ya no había problemas para encontrar una relajación

personal a 200 francos en lugar de los 400 de unos meses antes. Desgraciadamente, en abril había tenido que hacerle importantes reparaciones al coche, y además tenía deudas. El banco empezó a apretarle y él tuvo que ponerse límites.

Se apoyó en un codo y se echó el primer whisky. El *Swing Magazine* seguía abierto en la misma página; un tipo que no se había quitado los calcetines estiraba el sexo hacia el objetivo con visible esfuerzo: se llamaba Hervé.

No es lo mío, se repitió Bruno, no es lo mío. Se puso un bañador antes de ir al bloque de aseos. Al fin y al cabo, se decía esperanzado, la squaw de ayer, por ejemplo, era relativamente follable. Tetas grandes y un poco flaccidas; era incluso ideal para una buena cubana; y hacía tres años que no le habían hecho una. Sin embargo, le encantaban las cubanas; pero a las putas, por lo general, no les gustan. ¿Es que les irrita recibir el esperma en la cara? ¿Acaso hace falta más tiempo y dedicación que para el francés? El caso es que la cubana no era corriente; no aparecía en las facturas, así que no estaba contemplada y por lo tanto era difícil de conseguir. Para las chicas, se trataba de una cosa privada. Sólo lo privado, vale. Más de una vez, en busca de una cubana, Bruno había tenido que conformarse con una simple paja o un francés. Que a veces estaba bien, por otra parte; pero aun así la oferta de cubanas era decididamente insuficiente; eso pensaba Bruno.

En este punto de sus reflexiones, llegó al espacio corporal n.° 8. Más o menos resignado a la idea de cruzarse con viejos pellejos, se llevó el susto de su vida cuando vio a las adolescentes. Eran cuatro, de entre quince y diecisiete años, y estaban junto a las duchas, justo enfrente de la fila de lavabos. Dos de ellas esperaban, sólo con la braga del traje de baño; las otras dos se retorcían como anguilas, charlaban, se tiraban agua, daban gritos: estaban completamente desnudas. El espectáculo era de una gracia y un erotismo sin límites; él no se merecía aquello. Se le había puesto dura; se sacó el pene con una mano y se pegó al soporte del lavabo, intentando usar un palillo dental. Se lo clavó en una encía y se lo sacó de la boca lleno de sangre. La punta del pene estaba caliente, hinchada, y la recorrían unos hormigueos terribles; empezaba a formarse una gota.

Una de las chicas, morena y grácil, salió del agua y cogió una toalla; se aporreó con ella los jóvenes pechos, contenta. Una pelirroja se quitó la braga y tomó el relevo en la ducha; tenía los pelos del coño de un rubio dorado. Bruno lanzó un suave gemido y sintió vértigo. Mentalmente se vio en movimiento. Tenía derecho a quitarse el bañador e ir a esperar junto a las duchas. Tenía derecho a esperar para darse una ducha. Se veía con la polla dura delante de ellas; se imaginaba diciendo una frase del tipo: «¿Está caliente el agua?» Las dos duchas estaban separadas por unos cincuenta centímetros; si se duchaba al lado de la pequeña pelirroja, puede que ella le rozara la polla sin querer. La idea le provocó un mareo todavía más fuerte; se aferró al lavabo. En ese momento, entraron dos chicos por la derecha con unas risas excesivamente ruidosas; llevaban pantalones cortos de color negro con rayas fluorescentes. A Bruno se le puso floja en el acto; la guardó en el bañador y se concentró en el aseo dental.

Más tarde, todavía bajo la impresión del encuentro, fue a las mesas del desayuno. Se sentó apartado y no habló con nadie; mientras masticaba sus cereales vitaminados pensaba en el vampirismo de la búsqueda sexual, en su aspecto fáustico. Es un error hablar de homosexuales, pensaba Bruno, por ejemplo. Él casi nunca había conocido homosexuales; por el contrario, conocía a muchos *pederastas*. Algunos pederastas —afortunadamente no demasiados— prefieren a los niños; éstos acaban en la cárcel con penas que no pueden reducirse, y no se habla más de ellos. No obstante, la mayoría de los pederastas prefieren a los jóvenes de entre quince y veinticinco años; más allá, para ellos, sólo hay culos viejos y reventados. Mirad a dos pederastas juntos, solía decir Bruno, miradlos con atención: a veces hay simpatía, incluso afecto mutuo, pero ¿se desean? Ni hablar. En cuanto pasa un culito redondo de quince a veinticinco años, se desgarran como dos viejas panteras para poseer ese culito redondo. Eso pensaba Bruno.

Como en muchos otros casos, los supuestos homosexuales habían desempeñado un papel de modelos para el resto de la sociedad, seguía pensando Bruno. Él mismo, por ejemplo, tenía

cuarenta y dos años; ¿es que eso le hacía desear a las mujeres de su edad? De ninguna manera. Por el contrario, aún era capaz de ir hasta el fin del mundo por el coñito de una chiquilla envuelto en una minifalda. Bueno, por lo menos hasta Bangkok. Seguían siendo trece horas de vuelo.

3

Los cuerpos jóvenes son los que despiertan, en el fondo, el deseo sexual, y la progresiva entrada de las chicas muy jóvenes en el campo de la seducción no fue más que un retorno a lo normal, un retorno a la verdad del deseo semejante a ese retorno a los precios reales que sigue a un recalentamiento bursátil anormal. No obstante, las mujeres que tenían veinte años en torno a «la época del 68» se encontraron, al llegar a los cuarenta, en una enojosa situación. Por lo general divorciadas, casi nunca podían contar con esa conyugalidad —cálida o miserable— cuya desaparición habían acelerado todo lo posible. Formaban parte de una generación que había proclamado la superioridad de la juventud sobre la edad madura —la primera generación que lo había hecho hasta ese extremo—, y no era de extrañar que la generación que venía detrás las despreciara. El culto al cuerpo que habían contribuido tanto a establecer las llevaba, a medida que se marchitaban, a experimentar una repugnancia cada vez más viva hacia sí mismas; una repugnancia semejante a la que leían en las miradas ajenas.

Los hombres de su edad se encontraban, *grosso modo*, en la misma situación; pero el destino común no engendraba la menor solidaridad: al llegar a los cuarenta, los hombres solían seguir buscando chicas jóvenes; a veces con cierto éxito, al menos para los que se habían metido con habilidad en el juego social y habían logrado cierta posición intelectual, financiera o en los medios de comunicación; para las mujeres, en casi todos los casos, los años de la madurez estuvieron marcados por el fracaso, la masturbación y la vergüenza.

Lugar privilegiado de la libertad sexual y la expresión del deseo, el Espacio de Recambio debía convertirse, más que cualquier otro, en un lugar de depresión y amargura. ¡Adiós a los cuerpos abrazados en el claro bajo la luna llena! ¡Adiós a las fiestas casi dionisíacas de los cuerpos untados de aceite bajo el sol de mediodía! Así chocheaban los cuarentones mirándose la polla hecha polvo y los michelines.

En 1987 hicieron su aparición en el Espacio los primeros talleres de inspiración semirreligiosa. Por supuesto, el cristianismo estaba excluido; aunque —para seres que, en el fondo, eran débiles de espíritu— una mística exótica lo bastante imprecisa podía casar con el culto al cuerpo que seguían pregonando contra toda lógica. Los talleres de masaje sensitivo o de liberación de la orgona continuaron, desde luego; pero surgió un interés cada vez más vivo por la astrología, el tarot egipcio, la meditación sobre los chakras, las energías sutiles. Hubo «encuentros con el Ángel»; la gente aprendió a sentir la vibración de los cristales. En 1991 el chamanismo siberiano hizo una entrada espectacular: la prolongada estancia iniciática en una *sweat lodge* alimentada por las brasas sagradas provocó la muerte de uno de los participantes a causa de una parada cardíaca. El tantra —que reunía el frotamiento sexual, una espiritualidad difusa y un profundo egoísmo— tuvo un éxito especialmente notable. En unos años, el Espacio —como tantos otros lugares en Francia o en Europa occidental— se convirtió en un centro *New Age* relativamente concurrido, a la vez que conservaba un carácter hedonista y libertario «años setenta» que aseguraba su originalidad en el mercado.

Tras el desayuno, Bruno volvió a su tienda, dudó si masturbarse o no (el recuerdo de las adolescentes estaba fresco), y al final no lo hizo. Aquellas enloquecedoras jovencitas debían de ser hijas de las sesentayochistas que andaban, en filas más apretadas, por el perímetro del camping. Así que algunas de aquellas viejas putas habían logrado reproducirse a pesar de todo. El hecho sumió a Bruno en pensamientos vagos, pero desagradables. Abrió de un tirón la cremallera del iglú; el cielo estaba azul. Algunas nubéculas flotaban entre los pinos, como salpicaduras de esperma; el día iba a ser radiante. Consultó el programa de la semana: había elegido la opción número 1, *Creatividad y relajación*. Por la mañana había tres talleres opcionales: mimo y psicodrama, acuarela y escritura. Psicodrama no, gracias. Ya lo había

hecho un fin de semana en un castillo cerca de Chantilly: ayudantes de sociología cincuentonas rodaban sobre el suelo del gimnasio pidiendo ositos de peluche a sus papás; mejor evitarlo. La acuarela sonaba tentadora, pero era al aire libre: ¿valía la pena sentarse entre agujas de pino, insectos y todos esos problemas para pintar garabatos?

La monitora del taller de escritura era una morena de pelo largo, con la boca grande y pintada de carmín (de esas que suelen llamarse «boca de mamada»); llevaba una túnica y un pantalón tubo de color negro. Hermosa, de primera. De todas formas una vieja puta, pensó Bruno sentándose en cualquier parte entre el vago círculo de los participantes. A su derecha, una mujer gorda de cabellos grises, gafas gruesas y cara horriblemente terrosa resoplaba ruidosamente. Apestaba a vino; y eso que sólo eran las diez y media.

«Para celebrar nuestra presencia», empezó la monitora, «para saludar a la Tierra y las cinco direcciones, vamos a comenzar el taller con un movimiento de hatha-yoga que se llama *saludo al sol*. Siguió la descripción de una postura incomprensible; la borracha de al lado eructó por primera vez. «Estás cansada, Jacqueline...», dijo la monitora; «No hagas el ejercicio si no lo sientes. Túmbate; el grupo hará lo mismo después.»

Hubo que tumbarse, sí, mientras la profesora kármica recitaba un discurso calmante y vacío, a la manera de Contrexéville: «Estáis entrando en unas aguas puras y maravillosas. El agua os baña las piernas, el vientre. Dais gracias a vuestra madre Tierra. Abrazáis con confianza a vuestra madre Tierra. Sentid vuestro deseo. Os dais las gracias a vosotros mismos por permitiros ese deseo», etc. Tumbado en el mugriento tatami, a Bruno le castañeteaban los dientes de irritación; la borracha eructaba cada dos por tres. Entre eructo y eructo espiraba con grandes «Aaaaaaah» para materializar su estado de relajación. La colgada kármica seguía con su numerito, recordando las fuerzas telúricas que irradian el vientre y el sexo. Después de recorrer los cuatro elementos, satisfecha de su actuación, concluyó con estas frases: «Ahora habéis atravesado la barrera de la mente racional; habéis establecido contacto con vuestros niveles más profundos. Os pido que os abráis al espacio ilimitado de la creación.» ¡Pelo de cojón!, pensó Bruno con rabia, levantándose con esfuerzo. Entonces vino la *secuencia de escritura*, seguida de una presentación general y una lectura de textos. En aquel taller sólo había una tía pasable; una pelirroja en vaqueros y camiseta, no muy mal hecha, que se llamaba Emma y era la autora de un poema completamente estúpido que hablaba de corderos lunares. En general todos rebosaban gratitud y alegría por el contacto recuperado, o sea, con nuestra madre Tierra y nuestro padre Sol. Llegó el turno de Bruno. Con voz lúgubre, leyó su breve texto:

Los taxis son unos pederastas
no se paran aunque uno reviente.

«Sientes eso», dijo la monitora, «porque no te has librado de tus malas energías. Te siento lleno de niveles profundos. Podemos ayudarte, aquí y ahora. Vamos a levantarnos y a centrarnos otra vez en el grupo.»

Se pusieron de pie, formaron un círculo cogidos de la mano. Bruno le dio la mano de mala gana a la borracha de la derecha, y a un viejo barbudo asqueroso que se parecía a Cavanna a la izquierda. Concentrada, tranquila a pesar de todo, la profesora de yoga exhaló un prolongado «¡Om!». Y todos empezaron a hacer «¡Om!» como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Valientemente, Bruno intentaba integrarse en el ritmo sonoro de la demostración cuando de pronto se sintió desequilibrado por el lado derecho. La borracha, hipnotizada, se estaba derrumbando como un saco. Le soltó la mano, a pesar de todo no pudo evitar la caída, y se encontró de rodillas delante de la vieja, que se había quedado tumbada boca arriba y pataleando sobre el tatami. La monitora se interrumpió un instante para confirmar con calma: «Sí, Jacqueline, haces bien en tumbarte si lo sientes.» Aquellas dos parecían conocerse bien.

La segunda secuencia de escritura fue un poco mejor; inspirado por una visión fugitiva de la mañana, Bruno logró inventar el siguiente poema:

Me bronceo el rabo
(¡pelo en el rabo!)
frente a las olas
(¡pelo en la cola!)

Encuentro a Dios
en el solarium,
tiene bonitos ojos
y come manzanas.

¿De dónde viene?
(¡pelo en el pene!)
de los cielos
(¡pelos en la pilila!)

«Tiene mucho humor...», comentó la monitora con una ligera reprobación. «Una mística...», aventuró la borracha. «Más bien una mística del vacío...» ¿Qué iba a ser de él? ¿Hasta cuándo iba a soportar aquello? ¿Valía la pena? Bruno se lo preguntaba con sinceridad. Cuando acabó el taller, se precipitó a su tienda sin hablar siquiera con la pelirroja; necesitaba un whisky antes de comer. Cerca de la tienda se encontró con una de las adolescentes a las que había visto en la ducha; con un gracioso gesto, que le levantaba los senos, estaba recogiendo las braguitas de encaje que había puesto a secar el día anterior. Bruno se sentía a punto de estallar y llenar el camping de filamentos grasos. ¿Qué había cambiado en realidad desde su propia adolescencia? Tenía los mismos deseos, y era consciente de que lo más probable era que no pudiera satisfacerlos. En un mundo que sólo respeta a la juventud, los seres son *devorados* poco a poco. A la hora de comer, se fijó en una católica. No era difícil darse cuenta, llevaba una gran cruz de hierro colgada del cuello; además tenía esas bolsas debajo de los ojos que dan profundidad a la mirada y suelen delatar a la católica, incluso a la mística (a veces también a la alcohólica, sí). Largo pelo negro, piel muy blanca, un poco delgada pero no estaba mal. Frente a ella se sentaba una chica con el pelo de un rubio rojizo, del tipo suizo–californiano; metro ochenta por lo menos, cuerpo perfecto, aspecto de salud a prueba de bombas. Era la responsable del taller tantra. En realidad había nacido en Créteil y se llamaba Brigitte Martin. Se había operado el pecho en California, donde también se había iniciado en la mística oriental y había cambiado de nombre. Al volver a Créteil, empezó a dirigir un taller tantra en Flanades con el nombre de Shanti Martin; la católica parecía admirarla muchísimo. Al principio Bruno pudo meter baza en la conversación, que iba de dietética natural; se había documentado sobre el germen de trigo. Pero pronto se internaron en temas religiosos, y Bruno no podía seguirlas. ¿Podía Jesús compararse a Krishna? Y si no, ¿a quién? ¿Era mejor Rintintín que Rusty? Aunque católica, a la católica no le gustaba el Papa. Con su mentalidad de la Edad 95 Media, Juan Pablo II estaba frenando el desarrollo espiritual de Occidente; ésta era su tesis. «Es verdad», asintió Bruno, «es un cenizo.» La expresión, poco conocida, despertó el interés de las otras dos. «Y el Dalai Lama sabe mover las orejas...», concluyó tristemente, mientras terminaba el filete de soja.

La católica se levantó con brío sin haber tomado café. No quería llegar tarde a su taller de desarrollo personal, *Las reglas del sí, sí*. «¡Ah, sí, el sí, sí es fantástico!», dijo la falsa suiza con entusiasmo, levantándose a su vez. «Gracias por la charla...», dijo la católica, mirándolo con una bonita sonrisa. Así que no se las había arreglado tan mal. Mientras cruzaba el camping, Bruno pensaba: «Hablar con tías tiradas es como mear en una taza llena de colillas o como cagar en una taza llena de compresas; las cosas no entran y empiezan a apestar.» El espacio separa las pieles. Las palabras atraviesan elásticamente el espacio, el espacio entre las pieles. No escuchadas, desprovistas de eco, como suspendidas tontamente en el aire, sus palabras empezaban a pudrirse y apestar, era indiscutible. La palabra, que crea una relación, también puede separar.

Cuando llegó a la piscina se instaló en una tumbona. Las adolescentes se meneaban sin parar con el único objetivo de que los chicos las tirasen al agua. El sol estaba en el cenit; cuerpos desnudos y relucientes se cruzaban en torno a la superficie azul. Sin hacer caso, Bruno se sumió en la lectura de *Los seis compañeros y el hombre del guante*, probablemente la obra maestra de Paul-Jacques Bronzon, reeditado hacía poco en la Biblioteca Verde. Bajo aquel sol casi intolerable, estaba bien volver a encontrarse entre las brumas lionesas, ante la tranquilizadora presencia del valiente perro Kapi.

El programa de la tarde le dejaba elegir entre *sensitive gestaltmassage*, liberación de la voz y *rebirth* en agua caliente. A priori, el masaje parecía más *hot*. Tuvo un atisbo de liberación de la voz al dirigirse al taller de masaje; eran unos diez, muy excitados, saltando por todas partes al ritmo que marcaba la tantrista, chillando como gallinas asustadas.

En la cima de la colina había un amplio círculo de mesas de tratamiento, cubiertas con toallas de baño. Los participantes estaban desnudos. En el centro del círculo el monitor del taller, un hombre moreno y bajito que bizqueaba un poco, hizo una breve introducción histórica al *sensitive gestaltmassage*: surgido de los trabajos de Fritz Perls sobre el *gestaltmassage* o «masaje californiano», había integrado poco a poco algunos hallazgos del masaje sensitivo hasta llegar a ser —al menos ésa era su opinión— el método de masaje más completo. Sabía que algunos, en el Espacio, no compartían este punto de vista, pero no quería entrar en polémicas. Sea como fuere, y con eso terminaba, había masajes y masajes; de hecho, podía decirse que no hay dos masajes idénticos. Acabados los preámbulos la emprendió con la demostración, haciendo que una de las participantes se tumbara. «Sentir las tensiones del compañero...», dijo acariciándole los hombros; su polla se balanceaba a unos centímetros del largo pelo rubio de la chica. «Unificar, siempre unificar...», continuó, echándole aceite en los pechos. «Respetar la integridad del sistema corporal...»: sus manos bajaban vientre abajo; la chica había cerrado los ojos y abría las piernas con evidente placer.

«Bien», terminó, «ahora van a trabajar de dos en dos. Muévanse, encuéntrense; tómense el tiempo necesario para encontrarse.» Hipnotizado por la escena anterior Bruno reaccionó tarde, y era en aquel momento cuando todo estaba en juego. Se trataba de acercarse tranquilamente a la compañera deseada, detenerse ante ella sonriendo y preguntarle con calma: «¿Quieres trabajar conmigo?» Los demás parecían saberse la lección, y en treinta segundos ya se habían emparejado. Bruno echó una mirada de pánico a su alrededor y se encontró frente a un hombre no muy alto, moreno, recio, peludo, con el pene grueso. No se había dado cuenta, pero sólo había cinco chicas para siete tíos.

A Dios gracias, el otro no parecía marica. Obviamente furioso se tumbó boca abajo sin decir una palabra, apoyó la cabeza en los brazos cruzados y esperó. «Sentir las tensiones..., respetar la integridad del esquema corporal...» Bruno echaba aceite sin lograr pasar de las rodillas; el tipo estaba quieto como un tronco. Tenía vello hasta en el culo. El aceite empezaba a gotear en la toalla, debía de tener las pantorrillas completamente empapadas. Bruno levantó la cabeza. Muy cerca tenía dos hombres tumbados boca arriba. Al de la izquierda le estaban masajeando los pectorales, los pechos de la chica se columpiaban con suavidad, él tenía la nariz a la altura de su coño. Amplias nubes de sintetizador escapaban a la atmósfera desde el radiocassette del monitor; el cielo era de un azul absoluto. En torno a él, las pollas relucientes de aceite de masaje se erguían despacio a la luz del día. Todo aquello era atrozmente *real*. No podía seguir. Al otro extremo del círculo, el monitor daba consejos a una pareja. Bruno cogió deprisa su mochila y bajó hacia la piscina. Allí era la hora punta. Tendidas en el césped, las mujeres desnudas charlaban, leían o simplemente tomaban el sol. ¿Dónde iba a meterse? Con la toalla en la mano, empezó a andar sin rumbo por el césped; en cierto modo, titubeaba entre las vaginas. Empezaba a decirse que había que tomar una decisión cuando vio a la católica hablando con un moreno rechoncho, animado, con el pelo negro y rizado y los ojos risueños. Bruno le hizo un vago saludo, que ella no vio, y se dejó caer al lado. Un tipo saludó al moreno al pasar: «¡Hola, Karim!» El agitó la mano en respuesta, sin dejar de hablar. Ella le escuchaba en silencio, tumbada boca arriba. Tenía un monte muy bonito y abombado entre los muslos delgados, con el vello maravillosamente rizado y negro. Mientras hablaba, Karim se frotaba

suavemente los cojones. Bruno apoyó la cabeza en el suelo y se concentró en el vello púbico de la católica, a un metro de él: era un mundo lleno de dulzura. Se durmió como un tronco.

El 14 de diciembre de 1967, la Asamblea Nacional aprobó en primera ronda la ley Neuwirth sobre la legalización de los anticonceptivos; aunque todavía no estaba subvencionada por la Seguridad Social, la píldora podía venderse libremente en las farmacias. A partir de aquel momento, amplias capas de población tuvieron acceso a la *liberación sexual*, hasta entonces reservada a las clases directivas, los profesionales liberales y los artistas, así como a algunos empresarios. Es chocante comprobar que a veces se ha presentado la *liberación sexual* como si fuera un sueño comunitario, cuando en realidad se trataba de un nuevo escalón en la progresiva escalada histórica del individualismo. Como indica la bonita palabra francesa ménage, la pareja y la familia eran el último islote de comunismo primitivo en el seno de la sociedad liberal. La liberación sexual provocó la destrucción de esas comunidades intermediarias, las últimas que separaban al individuo del mercado. Este proceso de destrucción continúa en la actualidad.

Después de la cena, la tripulación del Espacio de Recambio solía organizar *veladas bailables*. A priori sorprendente en un lugar tan abierto a la nueva espiritualidad, esta elección confirmaba claramente la supremacía del baile como modo de encuentro sexual en una sociedad no comunista. Las sociedades primitivas, observaba Frédéric Le Dantec, también basaban sus fiestas en el baile, incluso llevado al trance. Así 98 que en el césped central se había instalado un bar y un equipo de sonido; y la gente se meneaba hasta horas avanzadas bajo la luna. Para Bruno, era una segunda oportunidad. A decir verdad, las adolescentes del camping iban poco a aquellas veladas. Preferían las discotecas de la zona (el *Bilboquet*, el *Dynasty*, el *2001*, llegado el caso el *Piratas*), que ofrecían noches temáticas de espuma, de striptease masculino o de estrellas del cine X. Sólo se quedaban en el Espacio dos o tres chicos de humor soñador y polla pequeña. Por otra parte, éstos se conformaban con quedarse en su tienda arañando con descuido una guitarra desafinada, mientras que los demás los despreciaban de la forma más objetiva. Bruno se sentía cerca de esos jóvenes; pero fuera como fuese, a falta de adolescentes a las que de todos modos era casi imposible atrapar, y para decirlo con las palabras de un lector de *Newlook* que había conocido en el área de servicio de Angers-Nord, habría «clavado el dardo en cualquier trozo de grasa». Alimentando esta esperanza, con un pantalón blanco y un polo azul marino, se dirigió a las once al origen del ruido.

Echó una ojeada en semicírculo a la multitud que bailaba y al primero que vio fue a Karim. Olvidando a la católica, concentraba sus esfuerzos en una deslumbrante rosacruz. Ésta y su marido habían llegado por la tarde: altos, serios y delgados, parecían de origen alsaciano. Tenían una tienda inmensa y complicada, llena de tejadillos y ganchos, que el marido había tardado cuatro horas en montar. A la caída de la tarde, había hablado con Bruno sobre las maravillas ocultas de los rosacruces. Le brillaba la mirada tras las gafitas redondas; era el típico fanático. Bruno lo había oído como el que oye llover. Según el tipo, el movimiento había nacido en Alemania; desde luego, se inspiraba en ciertas obras de alquimia, pero también había que relacionarlo con la mística renana. Cosa de pederastas y nazis, estaba claro. «Métete la cruz en el culo, tío...», pensó distraídamente Bruno, mirando con el rabillo del ojo la grupa de su mujer, muy guapa, que estaba arrodillada delante del camping gas. «Y remátalo con la rosa...», concluyó para sus adentros cuando ella se levantó, con los pechos al aire, para decirle a su marido que fuera a cambiar al niño.

El caso es que estaba bailando con Karim. Hacían una pareja rara; él medía quince centímetros menos que ella y parecía taimado y malicioso junto a la gran bollera germana. Sonreía y hablaba sin parar mientras bailaba, a riesgo de perder de vista su objetivo inicial de ligar; aun así, parecía que las cosas iban bien: ella también sonreía, lo miraba con una curiosidad casi fascinada, una vez incluso se echó a reír a carcajadas. Al otro extremo del césped, su marido le explicaba a un nuevo adepto en potencia los orígenes del movimiento, en 1530, en un land de la Baja Sajonia. Su hijo de tres años, un insoportable mocoso rubio, aullaba a intervalos regulares que quería irse a la cama. En resumen, Bruno estaba asistiendo

otra vez a una auténtica escena de *vida real*. Cerca de Bruno, dos individuos delgaduchos con pinta de curas comentaban la actuación del ligón. «Es entusiasta, ¿lo entiendes?», decía uno. «En teoría le sobra mujer, no es tan guapo, tiene barriga, incluso es más bajo que ella. Pero el cabrón es entusiasta, ésa es la diferencia.» El otro asentía con cara lúgubre, haciendo rodar entre los dedos un rosario imaginario. Mientras terminaba su vodka con naranja, Bruno se dio cuenta de que Karim había conseguido llevar a la rosacruz a una pendiente boscosa. Le había pasado un brazo por los hombros y, sin dejar de hablar, le estaba metiendo la otra mano por debajo de la falda. «Así que la puta nazi sabe abrirse de piernas...», pensó Bruno alejándose de los que bailaban. Justo antes de salir del círculo iluminado, tuvo una visión fugitiva de la católica: una especie de monitor de esquí le estaba sobando el culo. En la tienda le quedaba una lata de raviolis.

Antes de acostarse, por un reflejo de pura desesperación, llamó a su contestador. Había un mensaje. «Supongo que estás de vacaciones...», decía la voz tranquila de Michel. «Llámame cuando vuelvas. Yo también estoy de vacaciones, y muy largas.»

4

Camina, llega a la frontera. Las rapaces revolotean en torno a un centro invisible, probablemente carroña. Los músculos de sus muslos responden con elasticidad a los desniveles del terreno. Una estepa amarillenta cubre las colinas; hacia el este, la vista se extiende hasta el infinito. No ha comido desde la víspera; ya no tiene miedo.

Se despierta vestido y atravesado en la cama. Delante de la entrada de servicio del Monoprix hay un camión descargando mercancías. Son las siete de la mañana, un poco pasadas.

Desde hacía años, Michel llevaba una vida puramente intelectual. Los sentimientos que constituyen la existencia humana no era su tema de observación; los conocía mal. La vida cotidiana podía organizarse con perfecta precisión; las cajeras del supermercado respondían a su breve saludo. Hacía diez años que vivía en el edificio, y había habido mucho movimiento. A veces se formaba una pareja. Entonces observaba la mudanza; los amigos transportaban cajas y lámparas por la escalera. Eran jóvenes y a veces se reían. A menudo (pero no siempre), cuando se separaban, los dos se mudaban a la vez. Entonces se quedaba un apartamento libre. ¿Qué pensar? ¿Cómo interpretar todos aquellos comportamientos? Era difícil.

Él sólo quería amar; al menos no pedía nada. Nada concreto. La vida, pensaba Michel, tenía que ser algo sencillo; algo que pudiera vivirse como un conjunto de pequeños ritos, indefinidamente repetidos. Ritos al fin y al cabo un poco estúpidos, pero en los que, en el fondo, se pudiera creer. Una vida sin apuestas y sin dramas. Pero la vida de los hombres no estaba organizada así. A veces salía, observaba a los adolescentes y los edificios. Una cosa era segura: nadie sabía ya cómo vivir. Bueno, estaba exagerando: algunos parecían movilizados, como si los arrastrara una causa; su vida parecía cargada de sentido. Los militantes de *Act Up*, por ejemplo, creían importante que pusieran ciertos anuncios en la tele que otros consideraban pornográficos, en los que se veían diversas prácticas homosexuales filmadas en primer plano. Por lo general, su vida parecía agradable y activa, salpicada de acontecimientos variados. Tenían muchos amantes, se daban por el culo en los *backrooms*. A veces los preservativos resbalaban o se rompían. Entonces se morían de sida; pero también esa muerte tenía un sentido militante y digno. Por otra parte la televisión, sobre todo el primer canal, daba una lección permanente de dignidad. De adolescente, Michel creía que el sufrimiento otorgaba al hombre una dignidad adicional. Ahora tenía que reconocer que estaba equivocado. Lo que otorgaba al hombre una dignidad adicional era la televisión.

A pesar de la constante y pura alegría que le procuraba la televisión, le parecía justo salir. Además, tenía que hacer las compras. Sin referencias concretas el hombre se dispersa y no da de sí.

La mañana del 9 de julio (Santa Amandina) observó que ya habían puesto cuadernos, carpetas y carteras en los estantes del Monoprix. El lema publicitario de la operación, «Vuelta al colegio sin romperse la cabeza», sólo era, a sus ojos, convincente a medias. ¿Qué eran la enseñanza y el saber sino un interminable *romperse la cabeza*?

Al día siguiente, encontró en el buzón el catálogo de otoño–invierno de Las Tres Suizas. El volumen, en cartoné, no llevaba dirección; ¿lo habría dejado un repartidor? Hacía mucho tiempo que era cliente y estaba acostumbrado a aquellas pequeñas atenciones, testimonios de fidelidad recíproca. Obviamente, la estación avanzaba, se preparaban las estrategias comerciales de otoño; sin embargo, el cielo seguía siendo espléndido, a fin de cuentas sólo estaban a comienzos de julio.

Cuando era más joven, Michel leyó distintas novelas sobre el tema del absurdo, de la desesperación existencial, de la inmóvil vacuidad de los días; esta literatura extremista no le había convencido del todo. En aquella época, veía a Bruno con frecuencia. Bruno soñaba con ser escritor; emborronaba páginas y se masturbaba mucho; le había descubierto a Beckett. Beckett era, probablemente, lo que se suele llamar un *gran escritor*: sin embargo, Michel no había podido acabar ninguno de sus libros. Era a finales de los años setenta; Bruno y él tenían veinte años y ya se sentían viejos. La cosa iba a seguir: se sentirían cada vez más viejos, y se avergonzarían de ello. Su época estaba a punto de lograr una transformación inaudita: ahogar el sentimiento trágico de la muerte en la sensación más general e insulsa del envejecimiento. Veinte años después, Bruno seguía sin pensar de verdad en la muerte, y empezaba a dudar de que algún día fuera a hacerlo. Hasta el final querría vivir, estaría en la vida hasta el final, hasta el final lucharía con los incidentes y desgracias de la vida concreta y del debilitamiento del cuerpo. Hasta el último momento pediría un poco más de plazo, un pequeño suplemento de existencia. Hasta el último momento buscaría, sobre todo, un último instante de placer, un capricho más. Por inútil que sea a largo plazo, una felación bien hecha era un verdadero placer; mientras pasaba las páginas de lencería (*¡Sensual! la cintura de avispa*). Michel pensaba que negarlo sería poco razonable.

Él se masturbaba poco; las fantasías que le habían asaltado cuando era un joven investigador a través de las conexiones al Minitel, e incluso de las mujeres reales (a menudo agentes comerciales de los grandes laboratorios farmacéuticos) habían desaparecido poco a poco. Ahora controlaba apaciblemente el declive de la virilidad gracias a algunas pajas anodinas, para las que bastaba su catálogo de Las Tres Suizas acompañado, alguna que otra vez, de un cd–rom erótico a 79 francos. Sabía que Bruno, por el contrario, derrochaba su madurez en pos de inciertas Lolitas de grandes pechos, culo bien redondo y boca sensual; menos mal que tenía estatuto de funcionario. Pero no vivía en un mundo absurdo: vivía en un mundo melodramático compuesto de tías buenas y de callos, de *tíos top* y de pedorros; así era el mundo en que vivía Bruno. Por su parte, Michel vivía en un mundo preciso, históricamente débil, pero que seguía el ritmo de ciertas ceremonias comerciales: el torneo de Roland Garros, Navidad, el 31 de diciembre, la cita bianual con los catálogos de Las Tres Suizas. Si hubiera sido homosexual, podría haber tomado parte en la carrera del Sidatón, o en la marcha del *Gay Pride*. Si hubiera sido libertino, se habría entusiasmado con la Feria del Erotismo. Como era un poco más deportivo, en aquel momento seguía una etapa pirenaica del Tour de Francia. Aunque era un consumidor neutro, se alegraba cuando había una quincena italiana en el Monoprix del barrio. Todo eso estaba bien organizado, organizado de forma humana; con todo eso se podía ser un poco feliz; de haber querido algo más, Michel no habría sabido cómo arreglárselas.

La mañana del 15 de julio, encontró en la basura de la entrada un folleto cristiano. Diversas historias convergían hacia un final idéntico y dichoso: el encuentro con Cristo resucitado. Se distrajo un rato con la historia de una chica («Isabelle estaba en estado de shock, porque estaba en juego su curso universitario»), tuvo que reconocer que se sentía más cerca de la historia de Pavel («Para Pavel, oficial del ejército checo, dirigir una estación antimisiles era el apogeo de su carrera militar»). Michel podía trasladar literalmente a su propio caso la siguiente observación: «Como técnico especializado, formado en una prestigiosa academia,

Pavel habría tenido que apreciar la existencia. Pero era desgraciado, y no dejaba de buscar una razón para vivir.»

Por su parte, el catálogo de Las Tres Suizas parecía hacer una lectura más histórica del malestar europeo. Implícita desde las primeras páginas, la conciencia de un cambio próximo en la civilización encontraba su formulación definitiva en la página 17; Michel meditó durante muchas horas sobre el mensaje contenido en las dos frases que definían el tema de la colección: «El optimismo, la generosidad, la complicidad y la armonía hacen que el mundo avance. EL FUTURO SERÁ FEMENINO.»

En las noticias de las ocho, Bruno Masure anunció que una sonda norteamericana acababa de detectar huellas de vida fósil en Marte. Se trataba de formas bacterianas, seguramente de arqueobacterias metánicas. Así que en un planeta cercano a la Tierra unas macromoléculas biológicas habían sido capaces de organizarse, de elaborar vagas estructuras autorreproductoras compuestas de un núcleo primitivo y de una membrana poco conocida; después todo se había detenido por culpa, sin duda, de un cambio climático: la reproducción se había vuelto cada vez más difícil y al final se había interrumpido del todo. La historia de la vida en Marte era modesta. Sin embargo (y Bruno Masure no parecía darse cuenta en absoluto), este brevísimo relato sobre un fracaso más bien soso contradecía violentamente todas las construcciones míticas o religiosas con las que suele deleitarse la humanidad. No había un acto único, grandioso y creador; no había pueblo elegido, ni siquiera especie o planeta elegidos. En el universo había, un poco por todas partes, tentativas inciertas y en general poco convincentes. Además, todo era de una irritante monotonía. El ADN de las bacterias marcianas parecía ser idéntico al ADN de las bacterias terrestres. Este hecho, más que cualquier otro, le sumió en una ligera tristeza, que en sí ya era un signo depresivo. Un investigador en su estado normal, un investigador en condiciones tendría que haberse alegrado de esa coincidencia, ver en ella la promesa de síntesis unificadoras. Si el ADN era idéntico en todas partes debía de haber razones, razones profundas relacionadas con la estructura molecular de los péptidos, o quizá con las condiciones topológicas de la autorreproducción. Tenía que ser posible descubrir esas razones profundas; cuando era más joven, según recordaba, esa perspectiva le habría llenado de entusiasmo.

Cuando conoció a Desplechin, en 1982, Michel estaba acabando su tesis de tercer ciclo en la Universidad de Orsay. Tenía que participar en los maravillosos experimentos de Alain Aspect sobre la inseparabilidad del comportamiento de dos fotones emitidos sucesivamente por un mismo átomo de calcio; era el investigador más joven del equipo.

Precisos, rigurosos, documentados a la perfección, los experimentos de Aspect tuvieron una considerable repercusión en la comunidad científica: por primera vez, según la opinión general, se podían refutar completamente las objeciones de Einstein, Podolsky y Rosen en 1935 al formalismo cuántico. Los resultados violaban las desigualdades de Bell, derivadas a partir de las hipótesis de Einstein, y concordaban perfectamente con las predicciones de la teoría de los cuantos. Sólo quedaban dos hipótesis. O bien las propiedades ocultas que determinan la conducta de las partículas no son locales, es decir, que las partículas pueden ejercer una sobre otra una influencia instantánea a una distancia arbitraria, o bien hay que renunciar al concepto de partícula elemental que posee propiedades intrínsecas en ausencia de cualquier observación. En este caso había que enfrentarse a un profundo vacío ontológico; a menos que uno adoptara un positivismo radical y se conformase con desarrollar el formalismo matemático predictivo de lo observable, renunciando definitivamente a la idea de realidad subyacente. Desde luego, la mayor parte de los investigadores se inclinaron por esta última opción.

El primer informe detallado sobre los experimentos de Aspect apareció en el número 48 de la *Physical Review*, con el título: «*Experimental realization of Einstein-Podolsky-Rosen* Gedan-experiment: *a new violation of Bell's inequalities*». Djerzinski era coautor del artículo. Unos días más tarde, recibió la visita de Desplechin. Con cuarenta y tres años, éste dirigía entonces el Instituto de Biología Molecular del Centro Nacional de Investigaciones Científicas en Gif-sur-Yvette. Era cada vez más consciente de que se les estaba escapando algo fundamental en

el mecanismo de mutación de los genes; y que probablemente ese algo tenía que ver con fenómenos más profundos que ocurrían a nivel atómico.

Su primera entrevista tuvo lugar en la habitación de Michel en la residencia universitaria. A Desplechin no le sorprendió la tristeza y la austeridad de la decoración: esperaba algo así. La conversación se prolongó hasta la madrugada. La existencia de una lista finita de elementos químicos fundamentales, recordó Desplechin, era lo que había desencadenado las primeras reflexiones de Niels Bohr, en torno a 1910. Lo normal era que una teoría planetaria del átomo basada en los campos electromagnéticos y gravitacionales llevase a infinitas soluciones, a infinitos cuerpos químicos posibles. Sin embargo, todo el universo estaba compuesto a partir de un centenar de elementos; esta lista era rígida e inamovible. Semejante situación, continuó Desplechin, profundamente anormal con relación a las teorías electromagnéticas clásicas y las ecuaciones de Maxwell, iba a acabar desembocando en el desarrollo de la mecánica cuántica. La biología, en su opinión, se encontraba actualmente en una situación parecida. Según él, la existencia en todo el reino animal y vegetal de macromoléculas idénticas, de ultraestructuras celulares invariables, no podía explicarse gracias a los principios de la química clásica. De una manera o de otra, aún imposible de dilucidar, el nivel cuántico tenía que intervenir directamente en la regulación de los fenómenos biológicos. Ahí había todo un campo de investigación, absolutamente nuevo.

Esa primera noche, a Desplechin le impresionaron la mentalidad abierta y la tranquilidad de su joven interlocutor. Lo invitó a cenar a su casa, rue de l'Ecole Polytechnique, el siguiente sábado. También estaría presente uno de sus colegas, un bioquímico autor de trabajos sobre las ARN transcriptasas.

Al llegar a casa de Desplechin, Michel tuvo la sensación de encontrarse en el decorado de una película. Muebles de madera clara, baldosines, kilims afganos, reproducciones de Matisse... Hasta entonces sólo había sospechado la existencia de ese medio acomodado, culto, de gustos seguros y refinados; ahora podía imaginarse el resto, la propiedad familiar en Bretaña, quizá una pequeña granja en Lubéron. «Y añora los quintetos de Bartok...», pensó furtivamente probando los entremeses. Cenaron con champán; el postre, cariota con fruta roja, llegó acompañado de un excelente rosado semiseco. Fue entonces cuando Desplechin le explicó su proyecto. Podía conseguir la creación de un puesto eventual en su unidad de investigación de Gif; Michel tendría que adquirir algunas nociones adicionales de bioquímica, pero eso no le ocuparía demasiado tiempo. El supervisaría la preparación de su tesis doctoral; con ella, podría pedir un puesto definitivo.

Michel miró una estatuilla jmer en el centro de la repisa de la chimenea; de líneas muy puras, representaba a Buda en actitud de tomar por testigo a la Tierra. Se aclaró la garganta y aceptó la proposición.

El extraordinario progreso de los aparatos y técnicas de medición radiactiva permitió, durante el siguiente decenio, acumular un número considerable de resultados. Sin embargo, Djerzinski pensaba ahora que en cuanto a las cuestiones teóricas que Desplechin había mencionado en su primer encuentro, no habían avanzado ni un palmo.

En mitad de la noche volvieron a intrigarle las bacterias marcianas; encontró unas quince entradas en Internet, la mayoría de universidades norteamericanas. Se había encontrado adenina, guanina, timina y citosina en proporciones normales. Un poco por no tener otra cosa que hacer se conectó a la página de Ann Arbor; había una comunicación sobre el envejecimiento. Alicia Marcia–Coelho había subrayado la pérdida de secuencias de código de ADN en la división repetida de los fibroblastos de los músculos lisos; eso tampoco era una sorpresa. Conocía a la tal Alicia: lo había desvirgado diez años antes tras una cena demasiado bien regada durante un congreso de genética en Baltimore. Estaba tan borracha que había sido incapaz de ayudarle a quitarle el sujetador. Había sido un momento laborioso, incluso algo penoso; mientras él luchaba con los corchetes, ella le contó que acababa de separarse de su marido. Después, todo había ido con normalidad; le sorprendió tener una erección y hasta eyacular en la vagina de la investigadora sin sentir el más mínimo placer.

5

Muchos de los veraneantes que solían ir al Espacio de Recambio estaban como Bruno, en la cuarentena; muchos trabajaban, como él, en el sector social o educativo, y un estatuto de funcionarios los protegía de la pobreza. Prácticamente, todos podían considerarse *de izquierdas*; casi todos vivían solos, por lo general después de un divorcio. En resumen, Bruno era bastante representativo del lugar y al cabo de unos días se dio cuenta de que empezaba a sentirse un poco menos mal que de costumbre. Insoportables durante el desayuno, las putas místicas se volvían mujeres a la hora del aperitivo, compitiendo sin esperanzas con otras mujeres más jóvenes. La muerte iguala a todo el mundo. El miércoles por la tarde conoció a Catherine, una ex feminista cincuentona que había formado parte de «las ambiguas». Era morena, de pelo muy rizado, y tenía la tez mate; a los veinte años tenía que haber sido muy atractiva. El pecho le aguantaba bien pero tenía un culo enorme, como Bruno comprobó en la piscina. Se había reciclado a base de simbolismo egipcio, tarot solar, etc. Bruno se bajó el bañador mientras ella hablaba del dios Anubis; pensaba que ella no le daría demasiada importancia a una erección, y que tal vez se hicieran amigos. Desgraciadamente, la erección no llegó. Ella tenía bultos de grasa en los muslos, que mantuvo apretados; se separaron con bastante frialdad.

La misma tarde, poco antes de la cena, un tipo llamado Pierre-Louis le dirigió la palabra. Se presentó como profesor de matemáticas; y era perfectamente típico. Bruno lo había visto dos días antes durante una velada creativa; había hecho un número sobre una demostración aritmética que giraba sobre sí misma, el género cómico del absurdo, nada divertido. Escribía a toda velocidad en una pizarra blanca, haciendo de vez en cuando una pausa brusca; entonces la meditación le arrugaba el cráneo calvo; arqueaba las cejas con una mímica que quería resultar divertida; se quedaba quieto unos segundos con el lápiz en la mano y luego empezaba otra vez a escribir y a farfullar sin parar. Cuando terminó el número, cinco o seis personas aplaudieron, más bien por compasión. Él enrojeció violentamente; y así acabó todo.

Durante los días que siguieron, Bruno lo evitó muchas veces. Por lo general, él llevaba un sombrero de playa. Era más bien delgado y muy alto, un metro noventa por lo menos; pero tenía un poco de barriga, y su barriga era un espectáculo curioso cuando avanzaba por el trampolín. Tendría unos cuarenta y cinco años.

Esa tarde, una vez más, Bruno desapareció rápidamente, aprovechando que el muy imbécil se había puesto a improvisar danzas africanas con los demás, y bajó la cuesta hacia el restaurante comunitario. Había un sitio libre al lado de la ex feminista, que estaba sentada frente a una compañera simbolista. Apenas había probado su guiso de tofu cuando Pierre–Louis apareció al otro lado de la fila de mesas; su cara brilló de alegría al ver un sitio libre enfrente de Bruno. Empezó a hablar antes de que Bruno lo notara; cierto que farfullaba mucho, y que las dos colgadas de al lado cacareaban del modo más estridente. Que si la reencarnación de Osiris, que si las marionetas egipcias..., no le prestaban la menor atención. En un momento dado, Bruno se dio cuenta de que el otro payaso le estaba hablando de sus actividades profesionales. «Oh, no es gran cosa...», contestó él vagamente; habría hablado de todo menos de la educación nacional. Aquella cena estaba empezando a ponerle de los nervios; se levantó para ir a fumarse un cigarrillo. Desgraciadamente, en ese momento las dos colgadas se levantaron de la mesa meneando mucho el culo, sin mirarlos siquiera; es probable que eso desencadenara el incidente.

Bruno estaba a unos diez metros de la mesa cuando oyó un violento silbido, o más bien un chirrido, algo sobreagudo, inhumano de verdad. Se dio la vuelta: Pierre–Louis estaba de color escarlata y apretaba los puños. Se subió a la mesa de un salto, sin tomar impulso, con los pies juntos. Volvió a respirar, y dejó de oírse el silbido que le salía del pecho. Luego empezó a andar de un lado a otro de la mesa aporreándose el cráneo con grandes puñetazos; los platos y los vasos bailaban a su pies; daba patadas en todas direcciones repitiendo a gritos: «¡No pueden, no pueden tratarme así!» Por una vez, no farfullaba. Hicieron falta cinco personas para dominarlo. Esa misma noche lo admitieron en el hospital psiquiátrico de Angulema.

Bruno se despertó sobresaltado a eso de las tres y salió de la tienda; estaba empapado en sudor. El camping estaba en calma, había luna llena; se oía el monótono canto de las ranas de campo. Esperó la hora del desayuno al borde de la piscina. Justo antes del alba tuvo un poco de frío. Los talleres matinales empezaban a las diez. Cerca de las diez y cuarto, se dirigió a la pirámide. Vaciló ante la puerta del taller de escritura; luego bajó un piso. Durante unos veinte segundos intentó descifrar el programa del taller de acuarela, y luego volvió a subir varios escalones. La escalera se componía de rampas rectas, separadas a media altura por estrechos segmentos curvados. Dentro de cada segmento los escalones se hacían más anchos, y luego disminuían otra vez. En el punto central de la curva, había un escalón más ancho que los demás. Se sentó en él. Se apoyó contra la pared. Empezó a sentirse bien.

Así había pasado Bruno sus escasos momentos de felicidad durante los años de liceo, sentado en un escalón entre dos pisos, poco después de que empezaran las clases. Apoyado tranquilamente contra la pared, a la misma distancia de los dos descansillos, con los ojos entrecerrados o abiertos de par en par, esperaba. Claro, podía venir alguien; entonces tendría que levantarse, coger su carpeta e ir deprisa al aula donde la clase ya había empezado. Pero no solía aparecer nadie; todo estaba tan tranquilo; entonces, con suavidad y de un modo casi furtivo, con pequeños y breves aletazos, sobre el embaldosado gris de los escalones (ya no estaba en la clase de historia, todavía no estaba en la clase de física) su espíritu rozaba la felicidad.

Ahora, desde luego, las circunstancias eran diferentes: había elegido ir a aquel sitio, participar en la vida del centro de vacaciones. En el piso de arriba, había un grupo de escritura; justo debajo, un taller de acuarela; más abajo debía de haber masaje, o respiración holotrópica; todavía más abajo se había vuelto a reunir, obviamente, el grupo de danzas africanas. Por todas partes había seres humanos que vivían, respiraban, intentaban disfrutar o mejorar sus capacidades personales. En todos los pisos había seres humanos que hacían progresos (o lo intentaban) en su integración social, sexual, profesional o cósmica. «Trabajaban sobre sí mismos», para decirlo con la expresión que más se usaba. Él empezaba a tener un poco de sueño; ya no pedía nada, ya no buscaba nada, ya no estaba en ningún sitio; despacio y paso a paso su espíritu ascendía al reino del no ser, al puro éxtasis de la no presencia en el mundo. Por primera vez desde que tenía trece años, Bruno se sintió casi feliz.

¿PODRÍA INDICARME DÓNDE ESTÁN LAS PRINCIPALES CONFITERÍAS?

Volvió a su tienda y durmió tres horas. Cuando despertó volvía a encontrarse en plena forma, y tenía una erección. La frustración sexual crea en el hombre una angustia que se manifiesta en una crispación violenta, localizada a nivel del estómago; el esperma parece subir hacia el bajo vientre y lanzar tentáculos hacia el pecho. El órgano mismo está dolorido, siempre caliente, y rezuma un poco. No se había masturbado desde el domingo; puede que fuera un error. Según el último mito de Occidente, el sexo era para practicarlo; algo posible, algo que había que hacer. Se puso un bañador, metió unos preservativos en la mochila con un gesto que le arrancó una carcajada. Durante años había llevado preservativos encima a todas horas, y nunca le habían servido de nada; las putas siempre tenían.

La playa estaba llena de horteras en bermudas y pijitas en tanga; era muy tranquilizador. Compró una bolsa de patatas fritas y caminó entre los veraneantes hasta que le echó el ojo a una chica de unos veinte años con las tetas soberbias, redondas, firmes, altas, con grandes aureolas color caramelo. «Hola...», dijo. Hizo una pausa; la chica frunció el ceño, preocupada. «Hola...», continuó. «¿Podría indicarme dónde están las principales confiterías?» «¿Qué?», contestó ella, enderezándose sobre un codo. Bruno se dio cuenta de que llevaba un walkman; desanduvo lo andado agitando el brazo a lo Peter Falk en *Columbo*. Inútil insistir: demasiado complicado, demasiado *segundas intenciones*.

Mientras se acercaba en línea oblicua al mar, se esforzaba por recordar la imagen de los pechos de la chica. De pronto, justo delante de él, tres adolescentes surgieron de las olas; como máximo, tendrían catorce años. Vio sus toallas, extendió la suya a pocos metros; ellas no le prestaron la menor atención. Bruno se quitó deprisa la camiseta, se la echó sobre las

ingles, se volvió de costado y se sacó el pene. Con una coordinación perfecta, las chiquillas se bajaron el traje de baño para broncearse el pecho. Sin haber tenido tiempo de tocarse, Bruno se corrió violentamente en la camiseta. Dejó escapar un gemido, se derrumbó en la arena. Ya estaba hecho.

RITOS PRIMITIVOS A LA HORA DEL APERITIVO

El aperitivo, momento de convivencia del día en el Espacio de Recambio, estaba amenizado con un poco de música. Esa tarde, tres tipos tocaban el tam tam para unos cincuenta espacianos que se meneaban agitando los brazos en todas direcciones. De hecho se trataba de danzas de la cosecha, que ya se habían practicado en algunos talleres de danzas africanas; casi siempre, al cabo de unas horas, algunos participantes caían o fingían caer en un estado de *trance*. En sentido literario o caduco, el trance designa una inquietud muy profunda, el miedo ante la idea de un peligro inminente. «Prefiero echar la llave por debajo de la puerta antes que seguir viviendo trances semejantes» (Emile Zola). Bruno le ofreció un vaso de vino de Charentes a la católica. «¿Cómo te llamas?», preguntó. «Sophie», contestó ella. «¿No bailas?», preguntó él. «No», contestó ella. «Las danzas africanas no son mis favoritas, son demasiado...» ¿Demasiado qué? El comprendía su problema. ¿Demasiado primitivas? Claro que no. ¿Demasiado rítmicas? Eso estaba al límite del racismo. Era obvio que no se podía decir nada sobre esa chorrada de las danzas africanas. Pobre Sophie, que intentaba hacerlo lo mejor posible. Tenía una cara bonita, con su pelo negro, sus ojos azules y su piel tan blanca. Debía de tener unos pechos pequeños, pero muy sensibles. Debía de ser bretona. «¿Eres bretona?», preguntó. «¡Sí, de Saint Brieuc!», contestó ella alegremente. «Pero adoro los bailes brasileños...», añadió, evidentemente para hacerse perdonar por no apreciar las danzas africanas. Eso bastó para exasperar a Bruno. Empezaba a estar harto de aquella estúpida manía pro brasileña. ¿Por qué Brasil? Por lo que él sabía, Brasil era un país de mierda, poblado de brutos fanáticos del fútbol y las carreras de coches. La violencia, la corrupción y la miseria llegaban al cielo. Si había un país odioso era precisa y específicamente Brasil. «¡Sophie!», exclamó Bruno con arrebato. «Podría irme de vacaciones a Brasil. Conduciría entre las favelas. En un minibús blindado. Observaría a los pequeños asesinos de ocho años que sueñan con llegar a jefes; a las pequeñas putas que mueren de sida a los trece años. No tendría miedo, porque el blindaje me protegería. Eso, por las mañanas; por las tardes iría a la playa entre riquísimos traficantes de droga y chulos de putas. En medio de esa vida desordenada, en medio de tanta urgencia, olvidaría la melancolía del hombre occidental. Sophie, tienes razón: al volver voy a pedir información en una agencia de Nouvelles Frontières.»

Sophie se lo quedó mirando con cara pensativa y un pliegue de preocupación en la frente. «Tienes que haber sufrido mucho...», dijo al final, con tristeza.

«Sophie», volvió a exclamar Bruno, «¿sabes lo que Nietzsche escribió sobre Shakespeare? "¡Lo que ese hombre tuvo que sufrir para tener tal necesidad de hacer el bufón!" Shakespeare siempre me ha parecido un autor sobrevalorado; pero desde luego era un bufón notable.» Se interrumpió y se dio cuenta con asombro de que estaba empezando a sufrir de verdad. Las mujeres, a veces, eran tan amables..., contestaban a la agresividad con comprensión, al cinismo con dulzura. ¿Qué hombre se portaría así? «Sophie, tengo ganas de comerte el coño...», dijo con emoción; pero esta vez ella no le oyó. Se había vuelto hacia el monitor de esquí que le sobaba el culo tres días antes y había entablado conversación con él. Bruno se quedó desconcertado unos segundos; luego cruzó de nuevo el césped, en dirección al aparcamiento. El centro Leclerc de Cholet estaba abierto hasta las diez de la noche. Mientras conducía pensaba que, según Aristóteles, las mujeres bajitas pertenecen a una especie distinta al resto de la humanidad. «Un hombre pequeño me sigue pareciendo un hombre, pero una mujer pequeña parece pertenecer a una nueva especie de criaturas.» ¿Cómo explicar esta extraña afirmación, que contrastaba tan vivamente con el sentido común habitual del estagirita? Compró whisky, raviolis en lata y galletas de jengibre. Cuando regresó ya era de noche. Al pasar delante del jacuzzi oyó susurros, una risa ahogada. Se detuvo con la bolsa de

Leclerc en la mano y miró entre las ramas. Parecía haber dos o tres parejas: ya no hacían ruido, sólo se oía el leve borboteo del agua. La luna salió de entre las nubes. En ese mismo instante llegó otra pareja y empezó a desnudarse. Otra vez se oyeron susurros. Bruno dejó la bolsa en el suelo, se sacó el pene y empezó a masturbarse. Eyaculó enseguida, en el momento en que la mujer se metía en el agua caliente. Ya era viernes por la noche; tenía que prolongar la estancia una semana. Iba a organizarse, a encontrar una chica, a hablar con la gente.

6

La noche del viernes al sábado durmió mal y tuvo un sueño horrible. Se veía encarnado en un joven cerdo con las carnes cebadas y lisas. Lo arrastraban con sus compañeros porcinos por un túnel enorme y oscuro de paredes oxidadas, en forma de vórtice. La corriente acuática que lo llevaba era débil, a veces conseguía poner las patas en el suelo; después llegaba una ola más fuerte y lo empujaba algunos metros. De cuando en cuando distinguía las carnes blancuzcas de uno de sus compañeros, arrastrado con brutalidad hacia abajo. Luchaban a oscuras y en silencio; el único sonido eran los breves chirridos de sus pezuñas contra las paredes metálicas. Pero al descender empezó a oír un sordo rumor de máquinas que venía del fondo del túnel. Empezaba a darse cuenta de que la corriente los arrastraba hacia unas turbinas con enormes y afiladas hélices.

Después su cabeza cortada yacía en un prado; varios metros por encima se veía la entrada del vórtice. El cráneo había sido cortado en dos en vertical; pero la parte intacta seguía estando consciente sobre la hierba. Sabía que las hormigas se meterían poco a poco en la materia cervical al descubierto para devorar las neuronas; entonces se sumiría en una definitiva inconsciencia. Por el momento, su único ojo observaba el horizonte. La hierba parecía extenderse hasta el infinito. Inmensas ruedas dentadas giraban al revés bajo un cielo de platino. Quizá se encontraba en el fin de los tiempos; por lo menos, el mundo que había conocido había llegado a su fin.

En el desayuno conoció a una especie de sesentayochista bretón que dirigía el taller de acuarela. Se llamaba Yves Le Dantec, era hermano del actual director del lugar, se contaba entre los primeros socios fundadores. Con su chaquetón indio, su larga barba gris y su collar de cuentas de madera, era la viva imagen de una amable y pasmada prehistoria. Ahora, pasados los cincuenta y cinco, el viejo despojo llevaba una vida tranquila. Se levantaba al amanecer, paseaba por las colinas, observaba a los pájaros. Luego se sentaba delante de un tazón de café con coñac y se liaba un cigarrillo en medio de la agitación humana. El taller de acuarela no empezaba hasta la diez, tenía tiempo para charlar.

—Como viejo espaciano —Bruno rió para establecer una complicidad, por falsa que fuera— te acordarás de los primeros tiempos, de la liberación sexual, de los años setenta...

—¡Y una mierda de liberación! —gruñó el ancestro—. Siempre ha habido tías que van a una cama redonda a posar. Y siempre ha habido tíos que se la sacuden. No hay nada nuevo, hombre.

—Pero he oído decir que el sida ha cambiado las cosas... —insistió Bruno.

—Es verdad que para los hombres era más sencillo —reconoció el acuarelista aclarándose la voz—. A veces había bocas y vaginas abiertas, uno podía entrar de buenas a primeras, sin presentarse. Pero hacía falta una cama redonda de verdad, y ahí había selección a la entrada; por lo general la gente acudía en parejas. Y a veces he visto a mujeres abiertas, mojadas de arriba abajo, que se pasaban la noche haciéndose pajas; nadie iba a metérsela, hombre. Ni siquiera para darles ese gusto, era tremendo; había que tenerla mínimamente dura.

—En resumen —interrumpió Bruno, pensativo—, que nunca ha habido comunismo sexual; sólo un sistema de seducción ampliado.

—Eso sí —concluyó el viejo mamarracho—, siempre ha habido seducción.

Todo aquello no era muy alentador. Pero era sábado, y seguro que había llegado gente nueva. Bruno decidió relajarse, tomarse las cosas como vinieran, *rock'n roll*; con lo cual el día pasó sin incidentes, incluso sin el menor acontecimiento. A eso de las once de la noche volvió a acercarse al jacuzzi. Por encima del ahogado borboteo del agua subía un débil vapor,

atravesado por la luz de la luna llena. Se acercó más, en silencio. La bañera medía unos tres metros de diámetro. Había una pareja abrazada en el borde opuesto; la mujer parecía estar a horcajadas sobre el hombre. «Estoy en mi derecho...», pensó Bruno con rabia. Se quitó la ropa a toda prisa y se metió en el jacuzzi. El aire nocturno era fresco; en contraste, el agua estaba deliciosamente caliente. Encima del estanque, las ramas de pino entrelazadas dejaban ver las estrellas; Bruno se relajó un poco. La pareja no le prestaba ninguna atención: la chica seguía moviéndose encima del tipo, y estaba empezando a gemir. No podía verle la cara. El hombre también empezó a respirar ruidosamente. Los movimientos de la chica se hicieron más rápidos; se echó hacia atrás un momento, la luna iluminó fugazmente sus pechos; la masa de cabellos oscuros le ocultaba el rostro. Luego se pegó a su compañero, rodeándolo con los brazos; él respiró todavía más fuerte, dio un largo gruñido y se calló.

Se quedaron abrazados dos minutos; luego el hombre se levantó y salió del agua. Antes de vestirse, se quitó un preservativo del sexo. Bruno vio, con sorpresa, que la mujer no se movía. Los pasos del hombre se alejaron y volvió el silencio. Ella estiró las piernas en el agua. Bruno hizo lo mismo. Un pie le tocó el muslo, rozó el pene. Con un ligero chapoteo, ella se separó del borde y se acercó a él. Ahora las nubes velaban la luna; la mujer estaba a cincuenta centímetros, pero todavía no podía distinguir sus rasgos. Un brazo le rodeó la cadera, el otro los hombros. Bruno se apretó contra ella, con la cara a la altura de su pecho; tenía los senos pequeños y firmes. Soltó el borde y se abandonó al abrazo. Sintió que ella volvía al centro del jacuzzi y que luego empezaba a girar lentamente sobre sí misma. Los músculos del cuello de Bruno se relajaron de golpe; tenía la cabeza muy pesada. El rumor del agua, débil en la superficie, se transformaba unos centímetros más abajo en un poderoso rugido submarino. Las estrellas giraban suavemente sobre su rostro. Se relajó en los brazos de la mujer, su sexo erecto emergió a la superficie. Ella movió un poco las manos, él apenas sentía la caricia, estaba en un estado de ingravidez total. El largo pelo le rozó el vientre, y luego la lengua de la chica tocó la punta del glande. Todo el cuerpo de Bruno se estremeció de felicidad. Ella cerró los labios y despacio, muy despacio, se lo metió en la boca. Él cerró los ojos; le recorrían escalofríos de éxtasis. El gruñido submarino era infinitamente tranquilizador. Cuando los labios de la chica llegaron a la base del pene, él empezó a sentir las contracciones de su garganta. Aumentaron las ondas de placer en su cuerpo, al mismo tiempo se sentía acunado por las corrientes submarinas; de pronto sintió mucho calor. Ella contraía suavemente las paredes de la garganta, y toda la energía de Bruno fluyó de golpe a su sexo. Se corrió con un alarido; nunca había experimentado tanto placer.

7

CONVERSACIÓN DE CARAVANA

La caravana de Christiane estaba a unos cincuenta metros de la tienda de Bruno. Ella encendió la luz al entrar, sacó una botella de Bushmills y llenó dos vasos. Era delgada, más baja que Bruno, y debía de haber sido muy bonita; pero los rasgos de su cara delicada estaban marchitos y tenía algunas rojeces. Sólo la melena seguía siendo espléndida, sedosa y negra. La mirada de sus ojos azules era dulce, un poco triste. Tendría unos cuarenta años.

—A veces me da por ahí, follo con todo el mundo —dijo ella—. Sólo pido un preservativo en la penetración.

Se humedeció los labios, bebió un trago. Bruno la miró; sólo se había vestido de cintura para arriba, con una camiseta de chándal gris. Su monte de Venus tenía una bonita curva; desgraciadamente, los labios mayores colgaban un poco.

—Me gustaría hacerte disfrutar a ti también —dijo.

—Tómatelo con calma. Bébete la copa. Puedes dormir aquí, hay sitio... —Ella señaló la cama doble.

Hablaron del precio del alquiler de las caravanas. Christiane no podía dormir en una tienda, tenía un problema de espalda. «Bastante grave», dijo. —La mayoría de los hombres prefieren la mamada —continuó—. La penetración les molesta, tienen problemas de erección. Pero

cuando los chupas se vuelven como niños pequeños. Tengo la impresión de que el feminismo los ha marcado mucho, más de lo que les gustaría confesar.

—Hay cosas peores que el feminismo... —dijo Bruno con voz sombría. Vació la mitad de su copa antes de decidirse a continuar—. ¿Conoces el Espacio desde hace mucho tiempo?

—Prácticamente desde el principio. Dejé de venir mientras estuve casada; ahora vengo dos o tres semanas cada año. Al principio era más bien un lugar alternativo, de *nueva izquierda*; ahora se ha vuelto *New Age*; las cosas no han cambiado tanto. En los años setenta ya había interés por las místicas orientales; hoy sigue habiendo un jacuzzi y masajes. Es un sitio agradable, aunque un poco triste; aquí dentro hay mucha menos violencia que fuera. El ambiente religioso disimula un poco la brutalidad de los ligues. Pero aquí hay mujeres que sufren. Los hombres que envejecen solos son mucho menos dignos de compasión que las mujeres en la misma situación. Ellos beben vino malo, se quedan dormidos, les apesta el aliento; se despiertan y empiezan otra vez; y se mueren bastante deprisa. Las mujeres toman calmantes, hacen yoga, van a ver a un psicólogo; viven muchos años y sufren mucho. Tienen el cuerpo débil y estropeado; lo saben y sufren por ello. Pero siguen adelante, porque no logran renunciar a ser amadas. Son víctimas de esta ilusión hasta el final. A partir de cierta edad, una mujer siempre tiene la posibilidad de frotarse contra una polla; pero ya no tiene la menor posibilidad de ser amada. Los hombres son así, eso es todo.

—Christiane —dijo Bruno con dulzura—, estás exagerando... Por ejemplo, ahora tengo ganas de darte placer.

—Te creo. Tengo la impresión de que eres un hombre bastante amable. Egoísta y amable.

Se quitó la camiseta, se tendió en la cama, se puso una almohada bajo las nalgas y abrió las piernas. Bruno le lamió al principio, bastante rato, el contorno del coño, y luego excitó el clítoris a lametazos pequeños y rápidos. Christiane dejó escapar un hondo suspiro. «Méteme el dedo...», pidió. Bruno obedeció y siguió lamiendo a Christiane mientras le acariciaba los senos. Sintió que se le endurecían los pezones, levantó la cabeza. «Sigue, por favor...», dijo ella. Él apoyó la cabeza con más comodidad y le acarició el clítoris con el índice. Los labios menores empezaban a hincharse. Lleno de alegría, los lamió con avidez. Christiane gimió. Por un momento, Bruno volvió a ver la vulva delgada y arrugada de su madre; luego el recuerdo desapareció, y siguió frotando el clítoris cada vez más deprisa sin dejar de lamer los labios con grandes y amistosos lengüetazos. Ella jadeaba cada vez más fuerte; le había salido una mancha roja en el vientre. Estaba muy húmeda, agradablemente salada. Bruno hizo una breve pausa, le metió un dedo en el ano y otro en la vagina, y volvió a lamerle el clítoris con la punta de la lengua, muy deprisa. Ella se corrió despacio, con largos estremecimientos. Él se quedó quieto, con la cara contra la vulva húmeda, y tendió las manos hacia ella; sintió los dedos de Christiane apretar los suyos. «Gracias», dijo ella. Luego se levantó, se puso la camiseta y volvió a llenar los vasos.

—Ha sido estupendo hace un rato, en el jacuzzi... —dijo Bruno—. No dijimos nada; cuando sentí tu boca, todavía no te había visto la cara. No había ningún elemento de seducción, fue algo muy puro.

—Todo es cosa de los corpúsculos de Krause... —Christiane sonrió—. Tienes que perdonarme, soy profesora de ciencias naturales. —Bebió un trago de Bushmills—. El tallo del clítoris, la corona y el surco del glande están cubiertos de corpúsculos de Krause, llenos de terminaciones nerviosas. Al acariciarlos se desencadena en el cerebro una fuerte liberación de endorfinas. Todos los hombres y todas las mujeres tienen el clítoris y el glande cubiertos de corpúsculos de Krause; casi en idéntico número, hasta ahí es muy igualitario; pero hay otra cosa, tú lo sabes. Yo estaba muy enamorada de mi marido. Le acariciaba y le lamía el sexo con veneración; me encantaba sentirlo dentro de mí. Estaba orgullosa de provocar sus erecciones; llevaba todo el tiempo en la cartera una foto de su sexo duro; para mí era como una imagen piadosa, darle placer era mi mayor alegría. Al final me dejó por una más joven. Ya me he dado cuenta hace un momento de que mi coño no te atraía mucho; ya es un poco el coño de una vieja. Con la edad, la pérdida de colágeno y la fragmentación de la elastina en la mitosis hacen que los tejidos pierdan de manera progresiva la firmeza y la elasticidad. A los

veinte años yo tenía una vulva muy bonita; ahora, me doy perfecta cuenta de que los labios están un poco descolgados.»

Bruno terminó su bebida; no encontraba absolutamente nada que decir. Se acostaron poco después. Él rodeó con un brazo la cintura de Christiane, y los dos se durmieron.

8

Bruno fue el primero en despertarse. Un pájaro cantaba entre los árboles, muy alto. Christiane se había destapado por la noche. Tenía un culo muy bonito, todavía muy redondo y muy excitante. Se acordó de una frase de *La sirenita*; en su casa tenía un viejo disco de 45 revoluciones con la *Canción de los marineros* interpretada por los hermanos Jacques. Era cuando ella ya había pasado todas las pruebas: había renunciado a su voz, a su país natal, a su bonita cola de sirena; todo eso con la esperanza de convertirse en una mujer de verdad, por amor al príncipe. La tempestad la había empujado a una playa en mitad de la noche; allí bebió el elixir de la bruja. Se sintió como si la cortaran en dos, el dolor era tan terrible que perdió el conocimiento. Después venían unos acordes musicales muy diferentes, que parecían anunciar un paisaje nuevo; luego, la narradora decía la frase que a Bruno le había impresionado tanto: *«Cuando se despertó, el sol brillaba y el príncipe estaba a su lado.»*

Volvió a pensar en la conversación de la víspera con Christiane, y se dijo que tal vez llegara a amar sus labios un poco descolgados, pero suaves. Como cada mañana al despertarse y como les ocurría a la mayoría de los hombres, tenía una erección. En la penumbra del amanecer, en medio de la masa espesa y desgreñada de pelo negro, el rostro de Christiane parecía muy pálido. Ella entreabrió los ojos en el momento en que él la penetró. Pareció un poco sorprendida, pero abrió las piernas. Empezó a moverse dentro de ella pero se dio cuenta de que estaba cada vez más flaccido. Sintió una gran tristeza, mezclada con preocupación y vergüenza. «¿Prefieres que me ponga un preservativo?», preguntó. «Sí, por favor. Están en la bolsa de aseo, ahí al lado.» Abrió el envoltorio; eran Durex Técnica. Por supuesto, en cuanto se puso el condón se quedó completamente blando. «Lo siento», dijo. «Lo siento muchísimo.» «No pasa nada», contestó ella, «ven a acostarte.» Desde luego, el sida había sido una verdadera bendición para los hombres de su generación. A veces bastaba con sacar la funda para que se les pusiera floja. «Nunca he conseguido acostumbrarme...» Cumplida esta pequeña ceremonia, habiendo salvado el honor de su virilidad, podían volver a acostarse, acurrucarse contra el cuerpo de su mujer, dormir en paz.

Tras el desayuno bajaron la colina, caminaron a lo largo de la pirámide. No había nadie junto a la piscina. Se tumbaron en la soleada pradera; Christiane le quitó las bermudas y empezó a masturbarle. Lo hacía muy suavemente, con mucha sensibilidad. Más tarde, cuando gracias a ella entraron en la red de *parejas libertinas*, Bruno se daría cuenta de lo raro que era encontrar algo así. La mayoría de las mujeres lo hacen con brutalidad, sin el menor matiz. Aprietan demasiado fuerte, sacuden la polla con un frenesí estúpido, puede que para imitar a las actrices de cine porno. Tal vez en la pantalla fuese espectacular, pero el resultado táctil era un desastre, incluso francamente doloroso. Por el contrario, Christiane acariciaba despacio, se humedecía los dedos, recorría con suavidad las zonas sensibles. Una mujer con una túnica india pasó junto a ellos y se sentó al borde del agua. Bruno inspiró profundamente y aguantó para no correrse. Christiane le sonrió; el sol empezaba a calentar. Se dio cuenta de que su segunda semana en el Espacio iba a ser muy dulce. A lo mejor hasta volvían a verse y envejecían juntos. De vez en cuando ella le daría un instante de felicidad física, los dos vivirían el debilitamiento del deseo; luego se acabaría todo, serían viejos; para ellos se habría terminado la comedia del amor físico.

Mientras Christiane se duchaba, Bruno estudió la fórmula de cuidados cosméticos «protección juventud con microcápsulas» que había comprado la víspera en el centro Leclerc. Mientras que la caja exterior subrayaba sobre todo la novedad del concepto «microcápsula», las instrucciones de empleo, más exhaustivas, distinguían tres tipos de acción: filtro de los rayos solares nocivos, difusión a lo largo de todo el día de los principios hidratantes activos,

eliminación de los radicales libres. La llegada de Catherine, la ex feminista del tarot egipcio, interrumpió su lectura. Venía, y no lo ocultó, de un taller de desarrollo personal, *Baile su trabajo*. Se trataba de encontrar una vocación a través de una serie de juegos simbólicos; estos juegos permitían que se manifestase poco a poco el «héroe interior» de los participantes. Tras la primera jornada, parecía que Catherine era un poco bruja, pero también un poco leona; eso debería orientarla a un puesto de responsabilidad en un área de ventas.

—Hmmm... —dijo Bruno.

En ese momento volvió Christiane, con una toalla en torno a la cintura. Catherine se interrumpió con evidente crispación. Pretextó un taller de *Meditación zen y tango argentino* y se batió en retirada a toda prisa.

—Yo creía que estabas haciendo *Tantra y contabilidad*... —le dijo Christiane mientras se perdía de vista.

—¿La conoces?

—Oh, sí, hace veinte años que conozco a esa petarda. Ella también viene desde el principio, casi desde que fundaron el Espacio.

Sacudió la cabeza y se puso la toalla a modo de turbante. Volvieron a subir juntos. A Bruno, de repente, le entraron ganas de cogerla de la mano. Lo hizo.

—Nunca he entendido a las feministas... —dijo Christiane a media cuesta—. Se pasaban la vida hablando de fregar los platos y compartir las tareas; lo de fregar los platos las obsesionaba literalmente. A veces decían un par de frases sobre cocinar o pasar el aspirador; pero su gran tema de conversación eran los platos por fregar. En pocos años conseguían transformar a los tíos que tenían al lado en neuróticos impotentes y gruñones. Y en ese momento, era matemático, empezaban a tener nostalgia de la virilidad. Al final plantaban a sus hombres para que las follara un macho latino de lo más ridículo. Siempre me ha asombrado la atracción de las intelectuales por los hijos de puta, los brutos y los cabrones. Así que se tiraban dos o tres, a veces más si la tía era muy follable, luego se quedaban preñadas y les daba por la repostería casera con las fichas de cocina de *Marie-Claire*. He visto el mismo guión repetirse docenas de veces.

—Cosas del pasado... —dijo Bruno, conciliador.

Pasaron la tarde en la piscina. Frente a ellos, al otro lado del agua, las adolescentes daban saltitos y se rifaban a manotazos el walkman. «Son monísimas, ¿verdad?», observó Christiane. «La rubia de las tetas pequeñas es un encanto...» Luego se tumbó en la toalla de baño. «Pásame la crema...»

Christiane no iba a ningún taller. Incluso sentía cierto asco por aquellas actividades esquizofrénicas, según dijo. —Puede que sea un poco dura —continuó—, pero conozco a esas libertarias que ya han cumplido los cuarenta, soy casi de la misma quinta. Envejecen solas y tienen la vagina prácticamente muerta. Pregúntales un poco y verás que no creen para nada en esos cuentos de chakras, cristales y vibraciones luminosas. Intentan creer, a veces les dura dos horas; el tiempo que dura el taller. Sienten la presencia del Ángel y la flor interior que se abre en su vientre; luego el taller se acaba y se ven otra vez solas, viejas y feas. Tienen crisis de llanto. ¿No te has dado cuenta? Aquí hay muchas crisis de llanto, sobre todo después de los talleres zen. La verdad es que no tienen elección, porque además tienen problemas de dinero. Casi siempre han ido a un psicoanalista, y eso las ha dejado secas. Los mantras y el tarot son una chorrada, pero salen más baratos que un psicoanálisis.

—Sí, eso y el dentista... —dijo Bruno con vaguedad. Colocó la cabeza entre los muslos de ella y sintió que iba a dormirse enseguida.

Por la noche, volvieron al jacuzzi; él le pidió que no le hiciera nada. Al regresar a la caravana hicieron el amor. «Déjalo...», dijo Christiane cuando él alargó la mano hacia los preservativos. Al penetrarla, se dio cuenta de lo feliz que ella se sentía. Una de las características más sorprendentes del amor físico es la sensación de intimidad que procura, al menos cuando va acompañado de un mínimo de simpatía mutua. Ya en los primeros minutos se pasa del *usted* al *tú*, y parece que la amante, incluso si la hemos conocido la noche anterior, tiene derecho a ciertas confidencias que no le haríamos a ninguna otra persona. Esa noche, Bruno le contó a

Christiane cosas que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Michel, y mucho menos a su psiquiatra. Le habló de su infancia, de la muerte de su abuela y de las humillaciones en el internado masculino. Le habló de su adolescencia y de las masturbaciones en el tren, a unos metros de las chicas; le habló de los veranos en casa de su padre. Christiane escuchaba acariciándole el pelo.

Pasaron la semana juntos, y la víspera de la partida de Bruno cenaron en una marisquería en Saint-Georges-de-Didonne. Había una atmósfera tranquila y cálida, la llama de las velas que iluminaba la mesa casi no temblaba. Dominaban el estuario del Gironde, y a lo lejos se distinguía el cabo de Grave.

—Ahora que veo la luna brillando en el mar —dijo Bruno—, me doy cuenta con una claridad poco corriente de que no tenemos nada, pero nada que ver con esa gente.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí, tengo que pasar quince días con mi hijo. Tendría que haberme ido la semana pasada, pero ya no lo puedo retrasar más. Su madre coge el avión pasado mañana, tiene las fechas reservadas.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Doce.

Christiane se quedó pensativa y bebió un trago de Muscadet. Llevaba un vestido largo, se había maquillado y parecía una chiquilla. Los pechos se adivinaban a través del encaje del escote; la luz de las velas encendía llamitas en sus ojos. —Creo que me he enamorado un poco... —dijo. Bruno esperaba sin atreverse a hacer un gesto, en una perfecta inmovilidad—. Vivo en Noyon. Las cosas iban más o menos bien con mi hijo hasta que cumplió los trece. Tal vez echaba de menos a su padre, pero no sé... ¿Crees que los niños necesitan de verdad a un padre? Lo cierto es que él no necesitaba para nada a su hijo. Al principio lo veía un poco, iban al cine o al McDonald’s; siempre volvían temprano a casa. Y luego cada vez lo veía menos: cuando se fue al sur a vivir con su nueva novia, desapareció por completo. Así que de hecho lo he educado yo sola, y quizá me ha faltado autoridad. Hace dos años empezó a salir con malas compañías. Noyon es una ciudad violenta, aunque le sorprenda a mucha gente. Hay muchos negros y árabes, el Frente Nacional consiguió el cuarenta por ciento de los votos en las últimas elecciones. Vivo en un chalet en la periferia: me han arrancado la puerta del buzón y no puedo dejar nada en el sótano. Paso miedo a menudo; a veces se oyen disparos. Al volver del liceo me atrinchero en casa, nunca salgo por la noche. De vez en cuando hago un poco de Minitel rosa, y eso es todo. Mi hijo vuelve tarde, o no vuelve. No me atrevo a decirle nada; tengo miedo de que me pegue.

—¿Estás lejos de París?

Ella sonrió. —En absoluto; es en Oise, a poco más de ochenta kilómetros... —Se quedó callada y sonrió de nuevo; en ese momento, tenía la cara llena de dulzura y de esperanza—. Me gustaba la vida. La amaba. Tenía un temperamento sensible y cariñoso, siempre me ha encantado hacer el amor. Algo salió mal; no entiendo muy bien qué, pero algo salió mal en mi vida.

Bruno ya había desmontado la tienda y guardado sus cosas en el coche; pasó la última noche en la caravana. Por la mañana intentó penetrar a Christiane, pero esta vez no pudo: estaba emocionado y nervioso. «Córrete sobre mí», dijo ella. Se frotó el semen por la cara y los pechos. «Ven a verme», añadió cuando él salía por la puerta. Bruno lo prometió. Era sábado, 1 de agosto.

9

Al contrario de lo que solía hacer, Bruno eligió carreteras secundarias. Se detuvo un rato antes de llegar a Parthenay. Necesitaba pensar; sí, pero en el fondo, ¿en qué? Había pasado en medio de un paisaje aburrido y tranquilo, cerca de un canal de aguas casi muertas. Allí crecían o tal vez se pudrían (era difícil decirlo) unas plantas acuáticas. Vagos chirridos en el aire rompían el silencio; debía de haber insectos. Se tumbó en la pendiente de hierba, se dio cuenta

de que había una corriente acuática muy débil: el canal fluía lentamente hacia el sur. No se veía ninguna rana.

En octubre de 1975, justo antes de entrar en la facultad, Bruno se instaló en el estudio que le había comprado su padre; tenía la impresión de que para él iba a dar comienzo una nueva vida. Muy pronto tuvo que desengañarse. Sí que en Censier había chicas, y muchas, matriculadas en Letras; pero todas parecían comprometidas, o quizá no tenían ganas de comprometerse con él. Iba a todas las clases y a las prácticas para establecer algún contacto, así que no tardó en convertirse en un buen alumno. Las veía en la cafetería, las oía charlar: ellas salían, quedaban con amigos, se invitaban a fiestas. Bruno empezó a comer. Pronto se fijó un recorrido alimenticio que bajaba por el bulevar Saint–Michel. Primero un perrito caliente en el puesto de la esquina con la rue Gay Lussac; un poco más abajo seguía una pizza, o un bocadillo griego. En el MacDonald's de la esquina con el bulevar Saint Germain engullía varias hamburguesas con queso, con Coca–Cola y batidos de plátano; después bajaba dando tumbos la rue de la Harpe para terminar en las confiterías tunecinas. A volver a casa se paraba en el *Latin*, que daba dos películas porno en el mismo programa. A veces se quedaba media hora delante del cine, haciendo como que estudiaba los recorridos del autobús, con la esperanza, una y otra vez frustrada, de ver entrar a una mujer o a una pareja. De todas formas, casi siempre terminaba por entrar; se sentía mejor en cuanto estaba en la sala, la acomodadora era de una discreción perfecta. Los hombres siempre se sentaban alejados entre sí, dejando varios asientos de distancia. Bruno se masturbaba tranquilamente viendo *Enfermeras lúbricas, La autoestopista que no llevaba bragas, La profesora que se abría de piernas, Las mamonas*, y tantas otras. La salida era el único momento delicado: el cine daba directamente al bulevar Saint–Michel, y podía darse de narices con una chica de la facultad. Por lo general esperaba a que un tipo se levantara y salía pisándole los talones; le parecía menos humillante ir al cine porno con algún amigo. Solía regresar a medianoche y leía a Chateaubriand o a Rousseau.

Una o dos veces por semana Bruno decidía cambiar de vida, tomar una dirección radicalmente distinta. Lo hacía así: primero se desnudaba por completo y se miraba al espejo; tenía que llegar al extremo del menosprecio, contemplar largo rato el horror de su vientre hinchado, de sus mofletes, de su culo caído. Luego apagaba todas las luces. Juntaba los pies, cruzaba las manos sobre el pecho, inclinaba ligeramente la cabeza para concentrarse mejor. Entonces hacía una inspiración lenta, profunda, hinchando al máximo su asquerosa barriga; luego espiraba, también muy despacio, pronunciando mentalmente un número. Todos los números eran importantes, no podía perder la concentración; pero los más importantes eran el cuatro, el ocho y por supuesto el último, el dieciséis. Cuando se irguiese tras contar hasta dieciséis, espirando con toda su alma, sería un hombre completamente nuevo, dispuesto a vivir de una vez, a entrar en la corriente de la existencia. Ya no tendría ni miedo ni vergüenza; comería con normalidad, se comportaría normalmente con las chicas. «Hoy es el primer día del resto de tu vida.»

Esta pequeña ceremonia no tenía el menor efecto sobre su timidez, pero a veces era bastante eficaz contra la bulimia; en ocasiones tardaba dos días en recaer. Él atribuía el fracaso a una falta de concentración y luego, casi de inmediato, volvía a creérselo. Era joven todavía.

Una tarde, al salir de la confitería tunecina, tropezó con Annick. No la había vuelto a ver desde su breve encuentro en el verano de 1974. Estaba todavía más fea, y era casi obesa. La gafas cuadradas de montura negra y gruesos cristales reducían aún más sus ojos oscuros, subrayando la blancura enfermiza de la piel. Tomaron un café juntos, hubo un momento de incomodidad bastante evidente. Ella también estudiaba Letras, en la Sorbona; tenía una habitación justo al lado, que daba al bulevar Saint–Michel. Al despedirse, le dio a Bruno su número de teléfono.

Volvió a verla varias veces en el transcurso de las semanas siguientes. Demasiado humillada por su aspecto físico, ella se negaba a desnudarse; pero la primera noche le preguntó a Bruno si quería que se la chupara. No habló de su cuerpo, su argumento era que no tomaba la píldora. «Te lo aseguro, prefiero...» Nunca salía, se quedaba en su cuarto todas las noches. Se preparaba infusiones, trataba de seguir un régimen; pero nada funcionaba. Bruno intentó quitarle los pantalones varias veces, pero ella se acurrucaba, le rechazaba sin decir una

palabra, con violencia. Él acababa cediendo y se sacaba el pene. Ella lo chupaba deprisa, con demasiada fuerza; él eyaculaba en su boca. A veces hablaban de sus estudios, pero no mucho; él solía irse bastante pronto. La verdad es que no era nada bonita, y le habría costado un mundo imaginarse con ella en la calle, en un restaurante, en la cola de un cine. De modo que se atiborraba de dulces tunecinos, hasta las náuseas; subía a su casa, se dejaba mamar y volvía a irse. Probablemente era mejor así.

La noche de la muerte de Annick hacía muy buen tiempo. Estaban sólo a finales de marzo, pero era una noche de primavera. Bruno compró en su confitería habitual un gran barquillo relleno de almendras y luego bajó hasta los muelles del Sena. El sonido de los altavoces de un bateau-mouche llenaba el aire y reverberaba contra los muros de Notre-Dame. Se comió hasta la última miga del pegajoso dulce cubierto de miel, y luego sintió, por enésima vez, un profundo asco de sí mismo. Se dijo que a lo mejor era una buena idea intentarlo allí mismo, en el corazón de París, en medio del mundo y del prójimo. Cerró los ojos, juntó los talones, cruzó las manos sobre el pecho. Despacio, con determinación, en un estado de total concentración, empezó a contar. Cuando llegó al mágico dieciséis abrió los ojos y se enderezó. El bateau–mouche había desaparecido, el muelle estaba desierto. La temperatura seguía siendo muy suave.

Delante del edificio de Annick había una pequeña multitud que dos policías intentaban contener. Se acercó. El cuerpo de la chica estaba aplastado en el suelo, extrañamente retorcido. Los brazos rotos parecían dos apéndices en torno al cráneo, un charco de sangre rodeaba lo que quedaba del rostro; antes del impacto, en un último reflejo de protección, debía de haberse tapado la cabeza con los brazos. «Ha saltado desde el séptimo piso. Ha muerto en el acto...», dijo una mujer cerca de él con una curiosa satisfacción. En ese momento llegó la ambulancia; bajaron dos hombres con una camilla. Mientras la levantaban Bruno vio el cráneo reventado y volvió la cabeza. La ambulancia se marchó con un estrépito de sirenas. Y así terminó el primer amor de Bruno.

El verano del 76 fue, probablemente, el período más horrible de su vida; acababa de cumplir veinte años. Hacía un calor espantoso; la temperatura no bajaba por las noches; desde este punto de vista, el verano del 76 fue histórico. Las chicas llevaban vestidos cortos y transparentes y el sudor se los pegaba a la piel. Bruno andaba sin parar durante días enteros, con los ojos desorbitados de deseo. Se levantaba por la noche, cruzaba París a pie, se detenía en las terrazas de los cafés, acechaba a la entrada de las discotecas. No sabía bailar. La tenía dura a todas horas. Tenía la sensación de llevar entre las piernas un trozo de carne supurante y putrefacto, devorado por los gusanos. Intentó varias veces hablar con algunas chicas en la calle, y sólo obtuvo humillaciones por respuesta. Por las noches se miraba al espejo. El pelo, pegado al cráneo de tanto sudar, empezaba a ralear por delante; los pliegues de la barriga se veían a través de la camiseta. Empezó a ir a sex–shops y peep–shows, sin otro resultado que la exacerbación de sus pesares. Por primera vez recurrió a la prostitución.

Bruno se dijo que entre 1974 y 1975 se había producido un cambio definitivo en la sociedad occidental. Seguía tumbado en la hierba junto al canal; su cazadora de lona, enrollada bajo la cabeza, le servía de almohada. Arrancó una brizna de hierba, palpó la húmeda rugosidad. Durante esos mismos años en los que él intentaba acceder a la vida sin éxito, las sociedades occidentales resbalaban hacia una zona oscura. En aquel verano de 1976 ya era evidente que todo aquello iba a acabar muy mal. La violencia física, la manifestación más perfecta de la individuación, iba a reaparecer en Occidente a consecuencia del deseo.

10

JULIÁN Y ALDOUS

Cuando hay que modificar o renovar la doctrina fundamental, las generaciones sacrificadas en las que se opera la transformación siguen siendo esencialmente ajenas a ella, y a menudo directamente hostiles.
AUGUSTE COMTE, *Llamamiento a Los conservadores*

Cerca de mediodía, Bruno volvió a subir al coche y se dirigió al centro de Parthenay. Después de sopesarlo, decidió coger la autopista. Llamó a su hermano desde una cabina. Michel descolgó de inmediato. Volvía a París y le gustaría verlo esa misma noche. Al día siguiente no iba a poder, tenía a su hijo. Pero esa noche sí, y le parecía importante. Michel manifestó poca emoción. «Si quieres...», dijo después de un largo silencio. Como a la mayoría de la gente, le parecía odiosa esa tendencia a la atomización social descrita por los sociólogos y los comentaristas. Como a la mayoría de la gente, le parecía deseable mantener algunas relaciones familiares, aunque fuese al precio de unas pocas molestias. Así que durante años se obligó a pasar la Navidad con su tía Marie–Thérèse, que envejecía con su marido, amable y casi sordo, en un chalet de Raincy. Su tío seguía votando al Partido Comunista y se negaba a ir a la Misa de Gallo; todos los años había una *bronca*. Michel escuchaba al anciano hablar de la emancipación de los trabajadores bebiendo infusiones de genciana; de vez en cuando, gritaba una banalidad a guisa de respuesta. Luego llegaban los demás; también su prima Brigitte. Brigitte le caía muy bien, le habría gustado verla feliz; pero con un marido tan imbécil la cosa era muy difícil. Era visitador médico de Bayer y engañaba a su mujer tanto como podía; como era guapo y viajaba mucho, podía bastante. Brigitte tenía la cara un poco más chupada cada año.
Michel renunció a la visita anual en 1990; pero todavía quedaba Bruno. Las relaciones familiares duran algunos años, a veces algunos decenios, de hecho duran mucho más tiempo que las demás; y al final también mueren.

Bruno llegó a eso de las nueve; había bebido un poco y tenía ganas de abordar temas teóricos. —Siempre me ha sorprendido —empezó sin sentarse siquiera— la extraordinaria precisión de las predicciones que hizo Huxley en *Un mundo feliz*. Es alucinante pensar que ese libro fue escrito en 1932. Desde entonces, la sociedad occidental no ha hecho otra cosa que acercarse a ese modelo. Un control cada vez más exacto de la procreación, que cualquier día acabará estando completamente disociada del sexo, mientras que la reproducción de la especie humana tendrá lugar en un laboratorio, en condiciones de seguridad y fiabilidad genética totales. Por lo tanto, desaparecerán las relaciones familiares, las nociones de paternidad y de filiación. Gracias a los avances farmacéuticos, se eliminarán las diferencias entre las distintas edades de la vida. En el mundo que describió Huxley, los hombres de sesenta años tienen el mismo aspecto físico, los mismos deseos, y llevan a cabo las mismas actividades que los hombres de veinte años. Después, cuando ya no es posible luchar contra el envejecimiento, uno desaparece gracias a una eutanasia libremente consentida; con mucha discreción, muy deprisa, sin dramas. La sociedad que describe *Brave New World* es una sociedad feliz, de la que han desaparecido la tragedia y los sentimientos violentos. Hay total libertad sexual, no hay ningún obstáculo para la alegría y el placer. Quedan algunos breves momentos de depresión, de tristeza y de duda; pero se pueden tratar fácilmente con ayuda de fármacos; la química de los antidepresivos y de los ansiolíticos ha hecho considerables progresos. «Un centímetro cúbico cura diez sentimientos.» Es exactamente el mundo al que aspiramos actualmente, el mundo en el cual desearíamos vivir.
»Sé muy bien —continuó Bruno haciendo un gesto con la mano como para barrer una objeción que Michel no había hecho— que el universo de Huxley se suele describir como una pesadilla totalitaria, que se intenta hacer pasar ese libro por una denuncia virulenta; pura y simple hipocresía. En todos los aspectos, control genético, libertad sexual, lucha contra el envejecimiento, cultura del ocio, *Brave New World* es para nosotros un paraíso, es exactamente el mundo que estamos intentando alcanzar, hasta ahora sin éxito. Actualmente sólo hay una cosa que choca un poco con nuestro sistema de valores igualitario, o más bien meritocrático, y es la división de la sociedad en castas, dedicadas a tareas diferentes siguiendo

su naturaleza genética. Pero ése es precisamente el único punto sobre el que Huxley fue un mal profeta; justamente el único punto que ha llegado a ser más o menos inútil, con el desarrollo de la robotización y del maquinismo. No cabe duda de que Aldous Huxley era muy mal escritor, de que sus frases son pesadas y no tienen gracia, de que sus personajes son insípidos y mecánicos. Pero tuvo una intuición fundamental: que la evolución de las sociedades humanas estaba desde hacía muchos siglos, y lo estaría cada vez más, en manos de la evolución científica y tecnológica, exclusivamente. Puede que le faltara sutileza, psicología, estilo; todo eso pesa poco al lado de la exactitud de su intuición primera. Y fue el primer escritor, incluidos los escritores de ciencia ficción, en entender que el papel principal, después de la física, lo iba a desempeñar la biología.»

Bruno se interrumpió, y entonces se dio cuenta de que su hermano había adelgazado un poco; parecía cansado, preocupado, hasta distraído. De hecho, hacía unos días que no le apetecía hacer la compra. Al contrario que en años anteriores, quedaban muchos mendigos y vendedores de periódicos delante del Monoprix; sin embargo estaban en pleno verano, una estación en la que la pobreza es menos opresiva. ¿Qué iba a ser cuando estallara una guerra?, se preguntaba Michel, mirando desde la ventana los movimientos lentos de los mendigos. ¿Cuándo estallaría una guerra, y qué pasaría en septiembre? Bruno se sirvió otro vaso de vino; empezaba a tener hambre, y se sorprendió un poco cuando su hermano le contestó, con voz cansada:

—Huxley pertenecía a una gran familia de biólogos ingleses. Su abuelo era amigo de Darwin, escribió mucho para defender las tesis evolucionistas. Su padre y su hermano Julián también eran reputados biólogos. Es una tradición inglesa: intelectuales pragmáticos, liberales y escépticos; muy diferente del Siglo de las Luces en Francia, basado mucho más en la observación, en el método experimental. Durante toda su juventud, Huxley tuvo la oportunidad de ver a los economistas, juristas y sobre todo científicos que su padre invitaba a la casa. Entre los escritores de su generación, era sin duda el único capaz de presentir los avances que iba a hacer la biología. Pero todo habría ido mucho más deprisa sin el nazismo. La ideología nazi contribuyó en gran medida a desacreditar las ideas de eugenismo y perfeccionamiento de la raza; hicieron falta años para recuperarlas. —Michel se levantó, sacó de la librería un volumen titulado *Lo que me atrevo a pensar*—. Lo escribió Julián Huxley, el hermano mayor de Aldous, y apareció en 1931, un año antes que *Un mundo feliz*. En él están esbozadas todas las ideas sobre el control genético y el perfeccionamiento de las especies, incluida la humana, que su hermano desarrolla en la novela. Todo está presentado sin ambigüedad, como una meta deseable hacia la que deberíamos tender.

Michel volvió a sentarse y se secó la frente. —Después de la guerra —continuó—, en 1946, Julián Huxley fue nombrado director general de la UNESCO, que acababa de crearse. Ese mismo año su hermano publicó *Regreso a un mundo feliz*, donde intenta presentar su primer libro como una denuncia, una sátira. Unos años más tarde, Aldous Huxley se convirtió en el principal aval teórico del movimiento hippie. Siempre había sido partidario de la completa libertad sexual, y había desempeñado un papel pionero en la utilización de drogas psicodélicas. Todos los fundadores de Esalen lo conocían, y estaban influidos por sus ideas. Después, la *New Age* recogió todos los temas fundadores de Esalen. En realidad, Aldous Huxley es uno de los pensadores más influyentes del siglo.

Fueron a cenar al restaurante de la esquina, que ofrecía una fondue china para dos personas por 270 francos. Michel llevaba tres días sin salir. «Hoy no he comido», dijo con cierta sorpresa; seguía teniendo el libro en la mano.

—Huxley publicó *La isla* en 1962; fue su último libro —continuó mientras removía el arroz viscoso—. Sitúa la acción en una isla paradisíaca; probablemente la vegetación y los paisajes se inspiran en Sri Lanka. En esa isla se ha desarrollado una civilización original, apartada de las grandes rutas comerciales del siglo XX, muy avanzada a nivel tecnológico y a la vez respetuosa con la naturaleza; pacífica, completamente liberada de las neurosis familiares y las inhibiciones judeocristianas. La desnudez es algo natural; el amor y la voluptuosidad se practican con toda libertad. Es un libro mediocre pero fácil de leer; tuvo una gran influencia

sobre los *hippies* y, a través de éstos, sobre los adeptos a la *New Age*. Si te fijas un poco, la armoniosa comunidad descrita en La isla tiene muchos puntos en común con la de *Un mundo feliz*. De hecho no parece que el propio Huxley, que probablemente ya estaba gaga, se diera cuenta de la semejanza, pero la sociedad descrita en *La isla* está tan cerca de *Un mundo feliz* como la sociedad hippie libertaria de la sociedad liberal burguesa, o más bien de su variante socialdemócrata sueca.

Se interrumpió, mojó una gamba en la salsa picante, soltó otra vez los palillos.

—Aldous Huxley era un optimista, como su hermano... —dijo con una especie de disgusto—. La mutación metafísica que originó el materialismo y la ciencia moderna tuvo dos grandes consecuencias: el racionalismo y el individualismo. El error de Huxley fue evaluar mal la relación de fuerzas entre ambas consecuencias. Más concretamente, su error fue subestimar el aumento del individualismo producido por la conciencia creciente de la muerte. Del individualismo surgen la libertad, el sentimiento del yo, la necesidad de distinguirse y superar a los demás. En una sociedad racional como la que describe *Un mundo feliz*, la lucha puede atenuarse. La competencia económica, metáfora del dominio del espacio, no tiene razón de ser en una sociedad rica, que controla los flujos económicos. La competencia sexual, metáfora del dominio del tiempo mediante la procreación, no tiene razón de ser en una sociedad en la que el sexo y la procreación están perfectamente separados; pero Huxley olvida tener en cuenta el individualismo. No supo comprender que el sexo, una vez disociado de la procreación, subsiste no ya como principio de placer, sino como principio de diferenciación narcisista; lo mismo ocurre con el deseo de riquezas. ¿Por qué el modelo socialdemócrata sueco no ha logrado nunca sustituir al modelo liberal? ¿Por qué nunca se ha aplicado al ámbito de la satisfacción sexual? Porque la mutación metafísica operada por la ciencia moderna conlleva la individuación, la vanidad, el odio y el deseo. En sí, el deseo, al contrario que el placer, es fuente de sufrimiento, odio e infelicidad. Esto lo sabían y enseñaban todos los filósofos: no sólo los budistas o los cristianos, sino todos los filósofos dignos de tal nombre. La solución de los utopistas, de Platón a Huxley pasando por Fourier, consiste en extinguir el deseo y el sufrimiento que provoca preconizando su inmediata satisfacción. En el extremo opuesto, la sociedad erótico–publicitaria en la que vivimos se empeña en organizar el deseo, en aumentar el deseo en proporciones inauditas, mientras mantiene la satisfacción en el ámbito de lo privado. Para que la sociedad funcione, para que continúe la competencia, el deseo tiene que crecer, extenderse y devorar la vida de los hombres. Michel se secó la frente, agotado; no había tocado su plato.

—Hay factores de corrección, pequeños factores humanistas... —dijo Bruno con suavidad—. En fin, cosas que permiten olvidar la muerte. En *Un mundo feliz* son ansiolíticos y antidepresivos; en La isla se trata más bien de meditación, drogas psicodélicas y algunos vagos elementos de espiritualidad hindú. En la práctica, la gente de hoy en día intenta mezclar un poco las dos cosas.

—Julián Huxley también aborda las cuestiones religiosas en *Lo que me atrevo a pensar*; les dedica toda la segunda mitad del libro —replicó Michel con creciente disgusto—. Es perfectamente consciente de que el progreso de la ciencia y del materialismo ha minado las bases de todas las religiones tradicionales; también es consciente de que ninguna sociedad puede sobrevivir sin religión. Durante más de cien páginas intenta fundar las bases de una religión compatible con el estado de las ciencias. No se puede decir que el resultado sea muy convincente; tampoco puede decirse que la evolución de nuestras sociedades haya ido tanto en ese sentido. En realidad, ya que la evidencia de la muerte material acaba con cualquier esperanza de fusión, es imposible que la vanidad y la crueldad dejen de extenderse. La única compensación —concluyó de forma extraña— es que lo mismo ocurre con el amor.

11

Tras la visita de Bruno, Michel se quedó en la cama dos semanas enteras. De hecho, ¿cómo iba a sobrevivir una sociedad sin religión?, se preguntaba. Ya era difícil para un solo individuo. Durante muchos días contempló el radiador que estaba a la izquierda de la cama.

En invierno las tuberías se llenaban de agua caliente, era un mecanismo útil e ingenioso; pero ¿cuánto tiempo podría resistir la sociedad occidental sin alguna religión? De niño, le gustaba regar las plantas del huerto. Guardaba una pequeña foto cuadrada, en blanco y negro, en la que sostenía la regadera bajo la mirada vigilante de su abuela; tendría unos seis años. Luego le empezó a gustar hacer la compra; tenía permiso para comprarse alguna golosina con las vueltas del pan. Después iba a la granja a por leche; columpiaba en la mano el cacharro de aluminio lleno de leche aún tibia y tenía un poco de miedo, ya de noche, al recorrer el camino bordeado de zarzas. Ahora, cada viaje al supermercado era un calvario para él. Sin embargo, los productos cambiaban, y aparecían sin parar nuevas líneas de congelados para solteros. Hacía poco, en el estante de las carnes del Monoprix, había visto por primera vez filetes de avestruz.

Para que la reproducción sea posible, los dos bastoncillos que forman la molécula de ADN se separan y atraen, cada cual por su lado, nucleótidos adicionales. La separación es un momento peligroso, en el que pueden ocasionarse fácilmente mutaciones incontrolables y a menudo nefastas. Los efectos de estimulación intelectual del ayuno son reales, y tras la primera semana Michel intuyó que sería imposible una reproducción perfecta mientras la molécula de ADN tuviera forma de hélice. Para obtener réplicas no degradadas en una serie indefinida de generaciones celulares, probablemente haría falta que la estructura que guarda la información genética tuviese una topología compacta, como la de una cinta de Moebius o la de un toro matemático.

De niño no podía soportar la degradación natural de los objetos, la fractura, la usura. Conservó durante años, reparándolos una y otra vez, uniéndolos con celofán, los dos pedazos de una regla de plástico blanco rota. Con el vendaje de celofán la regla ya no era recta, ni siquiera podía cumplir su función de regla y servir para trazar líneas; sin embargo, no la tiró. Volvía a romperse y la arreglaba, añadía otra venda de celofán, la guardaba de nuevo en la cartera.

Unos de los rasgos geniales de Djerzinski, escribió Frédéric Hubczejak muchos años después, fue saber superar su intuición primera, según la cual la reproducción sexuada era, en sí misma, una fuente de mutaciones deletéreas. Desde hacía miles de años, observaba Hubczejak, todas las culturas humanas estaban marcadas por la idea, más o menos formulada, de que hay una relación indisociable entre el sexo y la muerte; si un investigador hubiera establecido ese vínculo con argumentos irrefutables basados en la biología molecular, tendría que haberse detenido ahí y considerar terminada la tarea. Djerzinski, sin embargo, intuyó que había que ir más allá del marco de la reproducción sexual para examinar las condiciones topológicas generales de la división celular.

Desde el primer año que pasó en la escuela primaria de Charny, a Michel le había impresionado la crueldad de los chicos. Cierto que eran hijos de campesinos, y por tanto animalitos todavía muy cerca de la naturaleza. Pero era asombrosa la instintiva alegría con la que pinchaban a los sapos con la punta del compás o de la pluma; la tinta violeta se difundía bajo la piel del desgraciado animal, que expiraba despacio, por asfixia. Ellos hacían corro, observaban su agonía con los ojos brillantes. Otro de sus juegos favoritos era cortar las antenas de los caracoles con las tijeras de clase. La sensibilidad del caracol se concentra en las antenas, que acaban en unos pequeños ojos. Privado de ellas, el caracol ya no es otra cosa que una masa blanda, sufriente y desamparada. Michel comprendió rápidamente que le interesaba marcar distancias con aquellos jóvenes brutos; por el contrario, no había mucho que temer de las chicas, que eran seres más dulces. Esta primera impresión sobre el mundo se vio reforzada por *La vida de los animales*, que ponían en la tele todos los miércoles por la tarde. En medio de esa enorme porquería, de esa carnicería permanente que era la naturaleza animal, el amor maternal —o el instinto de protección; en fin, cualquier cosa que insensiblemente y paso a paso llevaba al amor maternal— representaba la única sombra de devoción o altruismo. La hembra del calamar, una cosita patética de veinte centímetros de largo, atacaba sin vacilar a cualquier buceador que se acercase a sus huevos.

Treinta años más tarde, se veía obligado una vez más a llegar a la misma conclusión: no cabía duda de que las mujeres eran mejores que los hombres. Eran más dulces, más amables, más cariñosas, más compasivas; menos inclinadas a la violencia, al egoísmo, a la autoafirmación, a la crueldad. Además eran más razonables, más inteligentes y más trabajadoras.

En el fondo, se preguntaba Michel observando los movimientos del sol sobre las cortinas, ¿para qué servían los hombres? Puede que en épocas anteriores, cuando había muchos osos, la virilidad desempeñara un papel específico e insustituible; pero hacía siglos que los hombres, evidentemente, ya no servían para casi nada. A veces mataban el aburrimiento jugando partidos de tenis, cosa que era un mal menor; pero a veces les parecía útil *hacer avanzar la historia*, es decir, provocar revoluciones y guerras, esencialmente. Además del absurdo sufrimiento que causaban, las revoluciones y las guerras destruían lo mejor del pasado, obligando siempre a hacer tabla rasa para volver a edificar. Si no se inscribía en el curso regular de un avance progresivo, la evolución humana cobraba un cariz caótico, desestructurado, irregular y violento. Los hombres, con su amor por el riesgo y el juego, su grotesca vanidad, su irresponsabilidad, su violencia innata, eran directamente responsables de todo eso. Desde todos los puntos de vista, un mundo compuesto sólo de mujeres sería infinitamente superior; evolucionaría más despacio pero con regularidad, sin retrocesos ni nefastas reincriminaciones, hacia un estado de felicidad común.

El 15 de agosto por la mañana volvió a levantarse y salió con la esperanza de que no hubiera nadie en la calle, lo cual era prácticamente el caso. Tomó algunas notas que volvió a encontrar unos diez años más tarde, cuando redactó su texto más importante, *Prolegómenos a la duplicación perfecta*.

Al mismo tiempo, Bruno volvía a llevar a su hijo con su ex mujer; se sentía agotado y desesperado. Anne regresaba de un viaje de Nouvelles Frontières a la Isla de Pascua o a la costa de Guinea, ya no se acordaba bien; probablemente había hecho algunas amigas y había intercambiado direcciones; las vería unas cuantas veces antes de cansarse; pero no habría conocido a ningún hombre; Bruno tenía la impresión de que había renunciado por completo a los hombres. Ella lo llevaría aparte dos minutos, querría saber «cómo había ido todo». Él contestaría «Bien» con un tono tranquilo y seguro de sí mismo, como les gusta a las mujeres; pero añadiría, con un matiz de humor: «Aunque Victor ha visto mucha televisión.» Se sentiría incómodo muy deprisa; Anne no soportaba que fumaran en su casa desde que ella lo había dejado. Su apartamento estaba decorado con gusto. Él tendría remordimientos al despedirse, se preguntaría una vez más qué había que hacer para que las cosas fueran diferentes; besaría deprisa a Victor y luego se iría. Y las vacaciones con su hijo habrían terminado.

En realidad, aquellas dos semanas habían sido un calvario. Tumbado en el colchón con una botella de bourbon al alcance de la mano, Bruno escuchaba los ruidos que su hijo hacía en la habitación de al lado; el ruido de la cadena cuando terminaba de orinar; el silbido del mando a distancia. Igual que su hermanastro en ese mismo momento, y sin saberlo, contemplaba estúpidamente durante horas las tuberías del radiador. Victor dormía en el sofá–cama del salón; veía la televisión quince horas al día. Por la mañana, cuando Bruno se despertaba, la televisión ya estaba encendida para ver los dibujos animados de la cadena M6. Victor se ponía auriculares para escucharlos. No era violento, no intentaba ser desagradable, pero él y su padre ya no tenían absolutamente nada que decirse. Bruno calentaba un plato precocinado dos veces al día; comían frente a frente, casi sin decir una palabra.

¿Cómo habían llegado las cosas a ese punto? Hacía unos meses que Victor había cumplido trece años. Unos años atrás hacía dibujos y se los enseñaba a su padre. Copiaba los personajes de los cómics de Marvel —Fatalis, Fantastik, el Faraón del Futuro— y los colocaba en situaciones inéditas. A veces jugaban una partida de Mil Kilómetros, o iban al museo del Louvre un domingo por la mañana. Cuando tenía diez años, para el cumpleaños de Bruno, Victor había escrito en una hoja de papel Cansón, con grandes letras de todos los colores: TE QUIERO, PAPÁ. Ahora se había acabado. Se había acabado de verdad. Y Bruno sabía que las cosas iban a empeorar; que de la recíproca indiferencia pasarían poco a poco al odio. En dos años como máximo, su hijo intentaría salir con chicas de su edad; Bruno también desearía a

esas chicas de quince años. Se acercaban al estado de rivalidad natural en los hombres. Como animales luchando en la misma jaula, que era el tiempo.

Al regresar a su casa, Bruno compró dos botellas de licor de anís en una tienda árabe; luego, antes de emborracharse hasta caerse, llamó a su hermano para verlo al día siguiente. Cuando llegó a casa de Michel éste estaba devorando rodajas de salchichón italiano acompañadas de grandes vasos de vino; tenía un hambre devoradora y repentina tras su período de ayuno. «Sírvete, sírvete...», dijo vagamente. A Bruno le dio la impresión de que apenas le oía. Era como hablar con un psiquiatra o con una pared. No obstante, habló.

—Durante muchos años mi hijo me ha estado pidiendo amor; yo estaba deprimido, descontento con mi vida, y lo rechacé pensando que un día me encontraría mejor. No sabía que esos años iban a ser tan cortos. Entre los siete y los doce años el niño es un ser maravilloso, amable, razonable y abierto. Vive lleno de alegría y tiene un juicio perfecto. Está lleno de amor, y se conforma con el amor que quieran darle. Y después todo se echa a perder. Irremediablemente, todo se echa a perder.

Michel se comió las dos últimas rodajas de salchichón y se sirvió otro vaso de vino. Le temblaban muchísimo las manos. Bruno continuó:

—Es difícil imaginar algo más estúpido, agresivo, insoportable y rencoroso que un preadolescente, sobre todo cuando está con otros chicos de su edad. El preadolescente es un monstruo mezclado con un imbécil, de un conformismo casi increíble; parece la cristalización súbita y maléfica (e imprevisible, si pensamos en el niño) de lo peor del hombre. ¿Cómo se puede dudar, después de eso, que la sexualidad es una fuerza absolutamente dañina? ¿Y cómo aguanta la gente vivir bajo el mismo techo que un préadolescente? Mi tesis es que sólo lo consiguen porque su vida está completamente vacía; pero mi vida también está vacía y no lo he conseguido. De todas formas todo el mundo miente, y miente de la manera más grotesca. Estamos divorciados, pero seguimos siendo buenos amigos. Veo a mi hijo un fin de semana de cada dos; menuda mierda. En realidad los hombres no han tenido nunca el menor interés por sus hijos, nunca han sentido amor por ellos, y además los hombres son incapaces de amar, es un sentimiento que les resulta completamente ajeno. Lo único que conocen es el deseo, el deseo sexual en estado bruto y la competición entre machos; y luego, en otra época y dentro del matrimonio, podían llegar a sentir cierto agradecimiento por su compañera cuando les daba hijos, llevaba bien la casa, era buena cocinera y buena amante; entonces les agradaba compartir la cama con ella. Quizá no era lo que las mujeres deseaban, quizá había un malentendido, pero podía ser un sentimiento muy fuerte, e incluso si se excitaban, por otra parte cada vez menos, tirándose a una nena de vez en cuando, ya no podían vivir, literalmente, sin su mujer; cuando ella desaparecía empezaban a beber y se morían en unos pocos meses. Los hijos, por su parte, servían para transmitir una condición, unas reglas y un patrimonio. Esto era así, claro, en las clases feudales, pero también entre los comerciantes, los campesinos, los artesanos; de hecho, en todas las clases sociales. Ahora nada de eso existe: soy un empleado, vivo en régimen de alquiler, no tengo nada que dejarle a mi hijo. No tengo un oficio que enseñarle, no tengo ni idea de lo que hará en la vida; de todos modos, las reglas que yo conozco no valdrán para él, vivirá en otro universo. Aceptar la ideología del cambio continuo es aceptar que la vida de un hombre se reduzca estrictamente a su existencia individual, y que las generaciones pasadas y futuras ya no tengan ninguna importancia para él. Así vivimos, y actualmente tener un hijo ya no tiene sentido para un hombre. El caso de las mujeres es diferente, porque siguen necesitando alguien a quien amar; cosa que nunca ha sido y nunca será el caso de los hombres. Es falso pretender que los hombres también necesitan cuidar a un bebé, jugar con sus hijos, hacerles mimos. Por mucho que lo repitan desde hace años, sigue siendo falso. En cuanto un hombre se divorcia, tan pronto como se rompe el entorno familiar, las relaciones con los hijos pierden todo su sentido. El hijo es la trampa que se cierra, el enemigo al que hay que seguir manteniendo y que nos va a sobrevivir.

Michel se levantó y fue a la cocina a buscar un vaso de agua. Veía ruedas de colores que giraban en el aire a media altura y empezaba a tener ganas de vomitar. Lo primero era detener

el temblor de las manos. Bruno tenía razón, el amor paterno era una ficción, una mentira. Una mentira es útil cuando permite transformar la realidad, pensó; pero cuando la transformación fracasa sólo queda la mentira, la amargura y la conciencia de la mentira.

Volvió a la habitación. Bruno estaba encogido en el sofá y se movía tanto como un muerto. Caía la noche entre los edificios; después de otro día sofocante, la temperatura volvía a ser soportable. Michel se fijó de repente en la jaula vacía en la que su canario había vivido varios años; tendría que tirarla, no tenía intenciones de comprar otro.

Pensó fugazmente en su vecina de enfrente, la redactora de *20 Ans*; hacía meses que no la había visto, probablemente se había mudado. Se obligó a concentrar la atención en sus manos, comprobó que el temblor había disminuido un poco. Bruno seguía inmóvil; el silencio entre ambos duró todavía algunos minutos.

12

—Conocí a Anne en 1981 —continuó Bruno con un suspiro—. No era muy guapa, pero yo estaba harto de hacerme pajas. Lo que sí estaba bien es que tenía mucho pecho. Siempre me han gustado los pechos grandes... —Otra vez dejó escapar un largo suspiro—. Mi pija protestante de pechos grandes... —Para asombro de Michel, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Luego se le descolgó el pecho y nuestro matrimonio se fue al carajo. Le jodí la vida. Es algo que no puedo olvidar:

le jodí la vida a esa mujer. ¿Te queda vino?

Michel fue a la cocina a por una botella. Todo aquello era un poco excepcional; sabía que Bruno había consultado a un psiquiatra, y que lo había dejado. En realidad, uno siempre intenta aliviar el sufrimiento. Mientras el sufrimiento que produce una confesión parece menor, uno habla; luego se calla, renuncia, se queda solo. Si Bruno necesitaba volver sobre el fracaso de su vida, probablemente era porque esperaba algo, un nuevo comienzo; tal vez era una buena señal.

—No es que fuera fea —siguió Bruno—, pero tenía una cara corriente, sin gracia. Nunca tuvo esa elegancia, esa luz que a veces irradia la cara de algunas chicas. Tenía las piernas un poco gruesas y no era cuestión de hacer que se pusiera minifaldas; pero le enseñé a ponerse unas camisetas muy cortas, sin sujetador; es muy excitante ver unos pechos grandes desde arriba. A ella le daba un poco de corte, pero al final accedía; no sabía nada de erotismo ni de lencería, no tenía ninguna experiencia. Bueno, no paro de hablarte de ella, pero tú la conoces, ¿no?

—Fui a tu boda...

—Es verdad —recordó Bruno con una estupefacción cercana al pasmo—. Recuerdo que me sorprendió que aparecieras. Creía que ya no querías saber nada de mí.

—Ya no quería saber nada de ti.

Michel volvió a pensar en aquel momento y se preguntó qué le habría empujado a asistir a aquella siniestra ceremonia. Volvió a ver el templo de Neuilly; la sala casi desnuda, de una austeridad deprimente, que una congregación rica pero sin ostentación llenaba hasta más de la mitad; el padre de la novia era un hombre de finanzas. «Eran de izquierdas», dijo Bruno, «*además, todo el mundo era de izquierdas en aquella época*. Les parecía lo más normal del mundo que viviera con su hija antes de la boda; nos casamos porque ella estaba embarazada; en fin, lo de siempre.» Michel se acordó de las palabras del pastor, que resonaban con frialdad en la fría sala: hablaba de Cristo, Dios y hombre verdadero, de la nueva alianza del Eterno y su pueblo; en fin, le costaba entender de qué hablaba en realidad. Al cabo de tres cuartos de hora, se sentía muy cerca de la somnolencia; despertó bruscamente al oír esta fórmula: «Que el Dios de Israel, que se compadeció de dos niños solos, os bendiga.» Al principio le costó comprenderlo: ¿es que eran judíos? Le hizo falta todo un minuto para darse cuenta de que en realidad se trataba del *mismo* Dios. El pastor seguía su verborrea, cada vez con mayor convicción: «Amar a tu esposa es amarte a ti mismo. Ningún hombre ha odiado jamás su propia carne; al contrario, la alimenta y la cuida, como hace Cristo por la Iglesia; porque

somos miembros de un mismo cuerpo, estamos hechos de su carne y de su sangre. Por eso el hombre abandonará a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos serán una sola carne. Y digo que éste es un gran misterio, comparable al de Cristo y la Iglesia.» Desde luego, la fórmula daba en el blanco: «*ambos serán una sola carne*». Michel pensó en ello bastante rato y le echó una ojeada a Anne; tranquila y concentrada, parecía contener la respiración; estaba casi guapa. Probablemente estimulado por la cita de San Pablo, el pastor continuaba con creciente energía: «Señor, mira con bondad a tu sierva: en el momento de unirse a su esposo en matrimonio, pide tu protección. Haz que sea en Cristo una esposa fiel y casta, y que siempre siga el ejemplo de las mujeres santas: que sea amable con su esposo como Raquel, sabia como Rebeca, fiel como Sara. Que conserve la fe y respete los mandamientos; que, unida a su esposo, evite las malas relaciones; que su reserva despierte aprecio, que su pudor inspire respeto, que sea instruida en los caminos de Dios. Que tenga una maternidad fecunda, que los dos vean a los hijos de sus hijos hasta la tercera o la cuarta generación. Que tengan una vejez feliz, y que conozcan el descanso de los elegidos en el Reino de los Cielos. En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, amén.» Michel se abrió camino entre la gente para acercarse al altar, provocando miradas irritadas. Se detuvo a tres filas de distancia y observó el intercambio de anillos. El pastor cogió las manos de los esposos en sus manos, con la cabeza baja, en un estado de concentración impresionante; había un completo silencio en el templo. Luego alzó la cabeza y en voz alta, enérgica y desesperada a la vez, con una pasmosa intensidad expresiva, exclamó con violencia: «¡Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre!»

Más tarde, Michel se acercó al pastor mientras éste recogía sus utensilios. «Me ha interesado mucho lo que ha dicho hace un momento...» El hombre de Dios sonrió cortésmente. Michel empezó a hablar entonces de los experimentos de Aspect y de la paradoja EPR: si se reúnen dos partículas, forman en adelante un todo inseparable. «Creo que eso se relaciona estrechamente con lo de una sola carne.» La sonrisa del pastor se crispó un poco. «Quiero decir», continuó Michel, animándose, «en el plano ontológico; se les puede asociar un vector de estado único en un espacio de Hilbert. ¿Comprende lo que quiero decir?» «Claro, claro...», murmuró el servidor de Cristo mirando a su alrededor. «Discúlpeme», dijo con brusquedad antes de dirigirse hacia el padre de la novia. Se dieron un largo apretón de manos, se abrazaron. «Una ceremonia muy hermosa, magnífica...», dijo el financiero con emoción.

—No te quedaste a la fiesta... —recordó Bruno—. Fue un poco incómodo, era mi propia boda y no conocía a nadie. Mi padre llegó muy tarde, pero por lo menos llegó; iba mal afeitado, llevaba la corbata torcida y tenía toda la pinta de un libertino viejo y destrozado. Estoy seguro de que los padres de Anne habrían preferido otro partido, pero bueno, eran burgueses protestantes de izquierdas, y a pesar de todo sentían cierto respeto por la enseñanza. Y además yo era agregado, y ella no. Lo terrible es que su hermana pequeña era muy guapa. Se le parecía bastante, y también tenía mucho pecho; pero en lugar de una cara corriente, la tenía maravillosa. Eran cambios mínimos, un detalle, la disposición de los rasgos. Es duro...

Volvió a suspirar y se llenó otra vez el vaso.

—Me dieron el primer destino en septiembre del 84, en el liceo Carnot, en Dijon. Anne estaba embarazada de seis meses. Eramos profesores, una pareja de profesores; sólo nos quedaba llevar una vida normal.

«Alquilamos un apartamento en la rue Vannerie, a dos pasos del liceo. “No son los precios de París”, decía la chica de la agencia. “Tampoco es la vida de París, pero ya verán lo alegre que es en verano, hay turistas y muchos jóvenes que vienen al festival del música barroca.» ¿Música barroca?...

«Enseguida comprendí que estaba condenado. Que no fuera “la vida de París” me importaba un bledo, en París siempre había sido desgraciado. Pero deseaba a todas las mujeres, salvo a la mía. En Dijon, como en todas las ciudades de provincias, hay montones de tías, es mucho peor que en París. En aquellos años la moda se estaba poniendo cada vez más sexy. Era insoportable ver a todas esas chicas con sus caritas, sus falditas y sus risitas. Las veía en clase, las veía a mediodía en el *Penalty*, el bar que había al lado del liceo: ellas charlaban con los

chicos y yo volvía a comer con mi mujer. Las volvía a ver los sábados por la tarde en las calles comerciales, comprando trapos y discos. Yo iba con Anne, que miraba la ropa de bebé; el embarazo iba bien y era tremendamente feliz. Dormía mucho, comía todo lo que quería; ya no hacíamos el amor, pero creo que ni siquiera se daba cuenta. Se había hecho amiga de algunas otras mujeres en las clases de preparación al parto; era sociable, sociable y simpática, era fácil vivir con ella. Cuando me enteré de que esperaba un niño, sufrí una terrible impresión. Era lo peor; iba a tener que pasar por lo peor. Tendría que haberme sentido feliz; sólo tenía veintiocho años y ya me sentía muerto.

«Victor nació en diciembre; me acuerdo del bautismo en la iglesia Saint–Michel, que me trastornó. "Los bautizados se convierten en piedras vivas para levantar un edificio espiritual, para un santo sacerdocio", dijo el cura. Victor estaba todo rojo y arrugado, embutido en un vestidito de encaje blanco. Era un bautismo colectivo, como en la Iglesia primitiva, y había una decena de familias. "El bautismo incorpora a la Iglesia", dijo el cura, "nos hace miembros del cuerpo de Cristo." Anne lo tenía en brazos, pesaba cuatro kilos. Era muy serio, no lloró ni una sola vez. "¿No somos, por eso mismo, miembros los unos de los otros?", dijo el cura. Los padres nos miramos, hubo una especie de duda. Luego el cura vertió tres veces el agua bautismal sobre la cabeza de mi hijo; y luego le ungió con el santo crisma. Ese aceite perfumado, consagrado por el obispo, simbolizaba el don del Espíritu Santo, dijo el cura. Entonces se dirigió directamente a mi hijo. "Victor, ahora eres cristiano. Por esta unción del Espíritu Santo te has incorporado a Cristo. Ahora formas parte de su misión profética, sacerdotal y real." Eso me impresionó tanto que me inscribí en un grupo de *Fe y Vida* que se reunía todos los miércoles. Había una joven coreana muy bonita, y enseguida me la quise tirar. Era delicado, ella sabía que estaba casado. Anne invitó al grupo a nuestra casa un sábado, la coreana se sentó en el sofá, llevaba una falda corta; me pasé toda la tarde mirándole las piernas, pero nadie se dio cuenta de nada.

»En las vacaciones de febrero, Anne se fue con Victor a casa de sus padres; yo me quedé solo en Dijon. Hice un nuevo intento de convertirme en católico; tumbado en el colchón, leía *El misterio de los Santos Inocentes* y bebía licor de anís. Péguy es fantástico, realmente maravilloso; pero acabó por deprimirme del todo. Todas esas historias sobre el pecado y el perdón de los pecados, y Dios que se alegra más del regreso de un pecador que de la salvación de mil justos... Me habría gustado ser un pecador, pero no lo conseguía. Tenía la sensación de que me habían robado la juventud. Lo único que quería es que las chicas de labios carnosos me chuparan la polla. Había muchas chicas de labios carnosos en las discotecas, y durante la ausencia de Anne fui varias veces al *Slow Rock* y a *L'Enfer*, pero ellas salían con otros y chupaban pollas que no eran la mía; y yo, sencillamente, ya no podía soportarlo. Fue el momento de la explosión del Minitel rosa, la cosa despertaba un auténtico frenesí, yo estuve conectado noches enteras. Victor dormía en nuestra habitación, no daba problemas, las noches eran tranquilas. Tuve mucho miedo cuando llegó la primera factura de teléfono, la saqué del buzón y la abrí camino del liceo: catorce mil francos. Por suerte tenía una libreta de ahorros de mis años de estudiante y lo transferí todo a nuestra cuenta; Anne no se enteró de nada.

»La posibilidad de vivir empieza en la mirada del otro. Poco a poco me di cuenta de que mis colegas, los profesores del liceo Carnot, me miraban sin odio ni acrimonia. No intentaban competir conmigo; estábamos comprometidos en la misma tarea, yo era uno de los suyos. Ellos me enseñaron el sentido corriente de las cosas. Me saqué el carnet de conducir y empecé a interesarme por los catálogos de la CAMIF. Al llegar la primavera, pasamos muchas tardes en el césped de los Guilmard. Vivían en una casa bastante fea en Fontaine–les–Dijon, pero tenían un jardín grande con árboles, muy agradable. Guilmard era profesor de matemáticas, teníamos casi las mismas clases. Era alto, delgado, encorvado, con el pelo rubio rojizo y un bigote caído; se parecía un poco a un contable alemán. Preparaba la barbacoa con su mujer. Caía la tarde, hablábamos de vacaciones, estábamos un poco achispados; solíamos ser cuatro o cinco parejas de profesores. La mujer de Guilmard era enfermera, tenía fama de ser superguarra; de hecho, cuando se sentaba en el césped se veía que no llevaba nada debajo de la falda. Pasaban las vacaciones en Cap d'Agde, en la zona naturista. Creo que también iban a una sauna para parejas en la place Bossuet; por lo menos, eso oí decir. Nunca me atreví a

decírselo a Anne, pero me caían simpáticos, tenían un lado socialdemócrata, nada que ver con los *hippies* que andaban con nuestra madre en los años setenta. Guilmard era buen profesor, nunca dudaba en quedarse después de clase para ayudar a un alumno con problemas. Creo que también hacía donaciones para los minusválidos.

Bruno se calló bruscamente. Al cabo de unos minutos Michel se levantó, abrió la puerta del balcón y salió a respirar el aire nocturno.

La mayoría de la gente que conocía había llevado una vida semejante a la de Bruno. Dejando aparte ciertos sectores de muy alto nivel, como la publicidad o la moda, es relativamente fácil que a uno lo acepten físicamente en el sector profesional, los *dress codes* son limitados e implícitos. Después de unos años de trabajo el deseo sexual desaparece, la gente se concentra en la gastronomía y el vino; algunos de sus colegas, mucho más jóvenes que él, ya habían empezado a formar una bodega. No era el caso de Bruno, que no había dicho nada sobre el vino, un Vieuz Papes a 11,95 francos. Medio olvidando la presencia de su hermano, Michel se apoyó en la barandilla y echó una ojeada a los edificios. Ya había caído la noche; casi todas las luces estaban apagadas. Era la última noche del fin de semana del 15 de agosto. Volvió junto a Bruno, se sentó a su lado; sus rodillas se rozaban. ¿Se podía considerar a Bruno como un individuo? La putrefacción de sus órganos era cosa suya, iba a conocer la decadencia física y la muerte a título personal. Por otra parte, su visión hedonista de la vida, los campos de fuerzas que estructuraban su conciencia y sus deseos pertenecían al conjunto de su generación. Al igual que la instalación de una preparación experimental y la elección de uno o más factores observables permiten asignar a un sistema atómico un comportamiento determinado —ya sea corpuscular, ya sea ondulatorio—, Bruno podía aparecer como individuo, pero desde otro punto de vista sólo era el elemento pasivo del desarrollo de un movimiento histórico. Sus motivaciones, sus valores, sus deseos: nada de eso lo distinguía, por poco que fuese, de sus contemporáneos. Por lo general, la primera reacción de un animal frustrado es intentar alcanzar su objetivo con más fuerza que antes. Por ejemplo, una gallina hambrienta (*Gallus domesticus*) a la que un cercado de alambre le impide llegar a la comida, hará unos esfuerzos cada vez más frenéticos para atravesar el cercado. Sin embargo otro comportamiento, sin objetivo aparente, sustituirá poco a poco al primero. Las palomas (*Columba livia*) picotean el suelo sin parar cuando no pueden conseguir el codiciado alimento, aunque en el suelo no haya nada comestible. Y no sólo picotean de ese modo indiscriminado, sino que a menudo se alisan las plumas; esa conducta tan fuera de lugar, frecuente en las situaciones que implican frustración o conflicto, se llama *conducta sustitutiva*. A principios de 1986, poco después de cumplir treinta años, Bruno empezó a escribir.

13

«Ninguna mutación metafísica», anotó Djerzinski muchos años más tarde, «llega a producirse sin haber sido anunciada, preparada y facilitada por un conjunto de cambios menores, que en el momento de su coyuntura histórica a menudo pasan desapercibidos. Personalmente, me considero uno de esos cambios menores.»

Mientras erró en vida entre los seres humanos europeos, Djerzinski fue un incomprendido. Una idea que se desarrolla en ausencia de un interlocutor efectivo, subraya Hubczejak en su introducción a las *Clifden Notes*, puede a veces evitar las trampas de la idiosincrasia y el delirio; pero no hay precedentes en la elección del discurso refutable para expresarla. Podría añadirse que Djerzinski se consideró, ante todo y hasta el final, un científico; creía que su contribución esencial a la evolución humana la constituían sus publicaciones de biofísica, sometidas del modo más clásico a los criterios habituales de autoconsistencia y de refutabilidad. Los elementos más filosóficos contenidos en sus últimos escritos sólo le parecían proposiciones aventuradas, incluso un poco locas, más justificables por motivaciones puramente personales que por cualquier iniciativa lógica.

Tenía un poco de sueño; la luna se deslizaba sobre la ciudad dormida. A una palabra suya, lo sabía, Bruno se levantaría, se pondría el chaquetón y desaparecería en el ascensor; siempre había taxis en La Motte–Piquet. Al considerar los acontecimientos presentes de nuestra vida, oscilamos constantemente entre la fe en el azar y la evidencia del determinismo. Sin embargo, cuando se trata del pasado, no tenemos la menor duda: nos parece obvio que todo ha ocurrido del modo en que, efectivamente, tenía que ocurrir. Djerzinski ya había superado en gran medida esta ilusión perceptiva, relacionada con una ontología de objetos y de propiedades, solidaria del postulado de objetividad fuerte; y sin duda por eso no pronunció las palabras, sencillas y corrientes, que habrían puesto punto final a la confesión de aquella criatura lacrimosa y destrozada, a la que le unía el vínculo de un origen genético compartido a medias, y que esa noche, tumbado en el sofá, había excedido por mucho los límites de la decencia que requería, implícitamente, una conversación humana. A Michel no le guiaban ni la compasión ni el respeto, pero tenía una intuición débil e indiscutible: aquella vez, a través de la patética y tortuosa narración de Bruno, iba a perfilarse un mensaje; se dirían ciertas palabras, y esas palabras tendrían —por primera vez— un sentido definitivo. Se levantó y se metió en el cuarto de baño. Con mucha discreción, sin hacer el menor ruido, vomitó. Luego se echó un poco de agua en la cara y volvió al salón.

—Tú no eres humano —dijo Bruno en voz baja, alzando los ojos hacia él—. Lo sentí desde el principio, al ver cómo te portabas con Annabelle. Pero eres el interlocutor que la vida me ha dado. Supongo que no te sorprendió, en aquella época, recibir mis textos sobre Juan Pablo II.

—Todas las civilizaciones —contestó Michel con tristeza— han tenido que afrontar la necesidad de justificar el sacrificio de los padres. Teniendo en cuenta las circunstancias históricas, no tenías elección.

—¡Yo admiraba de verdad a Juan Pablo II! —protestó Bruno—. Me acuerdo muy bien, fue en 1986. En esos mismos años empezaron Canal + y la cadena M6, se lanzó *Globe*, se inauguraron los *Restos du coeur*. Juan Pablo II era el único, el único que entendía lo que estaba ocurriendo en Occidente. Me quedé estupefacto cuando a los del grupo *Fe y Vida* de Dijon les sentó mal mi texto; ellos criticaban la posición del Papa sobre el aborto, los preservativos, todas esas chorradas. Bueno, es verdad que yo tampoco hacía muchos esfuerzos para entenderlos. Recuerdo que las reuniones se hacían en casa de una pareja, por turno; llevábamos ensalada mixta, taboulé y un pastel. Yo me pasaba el rato sonriendo como un idiota, asintiendo con la cabeza, terminando las botellas de vino; no escuchaba absolutamente nada de lo que se decía. Anne, por el contrario, era muy entusiasta, y se apuntó a un grupo de alfabetización. Esas noches yo ponía un somnífero en el biberón de Victor y me la sacudía conectado al Minitel rosa; pero nunca conseguí conocer personalmente a nadie.

»Para el cumpleaños de Anne, en abril, compré un corsé de lamé plateado. Protestó un poco, y luego accedió a ponérselo. Mientras ella intentaba abrocharse el cacharro, yo terminé el champán. Después oí su voz, débil y un poco trémula: “Ya estoy...” Al entrar en el dormitorio, me di cuenta de que aquello no tenía remedio. Los muslos le colgaban por culpa de la presión del liguero; los pechos no habían resistido la lactancia. Le habría hecho falta una liposucción, inyecciones de silicona, todo un taller de reparaciones..., y eso nunca lo aceptaría. Le pasé un dedo bajo la braga con los ojos cerrados; estaba completamente flaccido. En ese momento, Victor empezó a gritar de rabia en la habitación de al lado: gritos largos, estridentes, insoportables. Ella se puso una bata de baño y salió corriendo. Cuando volvió, le pedí que me la chupara. Lo hacía mal, notaba los dientes; pero cerré los ojos e imaginé la boca de una de las chicas de mi clase de segundo, que era de Ghana. Gracias a la imagen de su lengua rosa y un poco áspera conseguí correrme en la boca de mi mujer. No tenía intención de tener más hijos. Al día siguiente escribí el texto sobre la familia, el que publicaron.

—Todavía lo tengo... —intervino Michel. Se levantó, buscó la revista en la librería. Bruno la hojeó con cierta sorpresa y encontró la página.

Quedan algunas familias

(chispas de fe entre los ateos,
chispas de amor en el fondo de la náusea),
no se sabe cómo
esas chispas brillan.

Esclavos de organizaciones incomprensibles
en el trabajo,
nuestra única posibilidad de realización y de vida es el sexo
(aunque sólo en el caso de aquellos a los que el sexo les está permitido,
sólo en el caso de aquellos para los que el sexo es posible.)

El matrimonio y la fidelidad nos roban actualmente cualquier posibilidad de existencia,
no vamos a encontrar en un despacho o una clase esa fuerza interior que necesita el juego, la luz y el baile;
por eso intentamos ser fieles a nuestro destino a través de amores cada vez más difíciles,
intentamos vender un cuerpo cada vez más agotada, reticente, indócil,
y desaparecemos
en la sombra de la tristeza
hasta la verdadera desesperación,

Bajamos por el solitario camino hasta el lugar en que todo está oscuro,
sin niños ni mujeres,
entramos en el lago
en mitad de la noche
(y está tan fría el agua sobre nuestros viejos cuerpos).

Cuando acabó de escribir este texto, Bruno cayó en una especie de coma etílico. Lo despertaron, dos horas después, los gritos de su hijo. Entre los dos y los cuatro años, los niños empiezan a tener una conciencia del yo cada vez más acusada, lo cual les provoca crisis de megalomanía egocéntrica. Su objetivo, entonces, es transformar a los personajes de su entorno social (por lo general compuesto por sus padres) en otros tantos esclavos sometidos al menor de sus deseos; su egoísmo no tiene límites; ésa es la consecuencia de la existencia individual. Bruno se levantó de la moqueta del salón; los gritos iban en aumento, traslucían una loca rabia. Aplastó dos pastillas de Lexomil en un poco de papilla y se dirigió a la habitación de Victor. El crío se había cagado. ¿Qué coño estaba haciendo Anne? Esas clases de alfabetización para negros terminaban cada vez más tarde. Cogió el pañal manchado y lo dejó caer en el parquet; la peste era insoportable. El niño se tragó la mezcla sin problemas y se quedó rígido, como si lo hubieran dejado seco de un golpe. Bruno se puso el chaquetón y se fue al *Madison*, un bar de encuentros en la rue Chaudronnerie. Pagó con tarjeta tres mil francos por una botella de Dom Pérignon e invitó a una rubia muy guapa; ésta le hizo una larga paja en uno de los apartados del piso de arriba, deteniendo de vez en cuando la crecida del deseo. Se llamaba Hélène, había nacido en la región y estudiaba turismo; tenía diecinueve años. Cuando la penetró, ella contrajo la vagina: fueron por lo menos diez minutos de felicidad total. Bruno la besó en los labios al despedirse, e insistió en darle una propina: le quedaban trescientos francos en efectivo.

A la semana siguiente se decidió a enseñarle sus textos a un colega, un profesor de letras de unos cincuenta años, marxista, muy fino, que tenía fama de homosexual. Fajardie se mostró agradablemente sorprendido. «Una influencia de Claudel..., o quizá más bien de Péguy, el Péguy del verso libre... Pero es original, y eso es algo que ya no se ve mucho.» No tenía ninguna duda sobre lo que había que hacer: «*L'Infini*. Ahí es donde se cuece la literatura de hoy. Tiene que enviarle sus textos a Sollers.» Un poco sorprendido, Bruno pidió que le repitiera el nombre; se dio cuenta de que lo había confundido con una marca de colchones; y luego envió los textos. Tres semanas después llamó a Denoël; para gran sorpresa suya, Sollers se puso al teléfono y le propuso una cita. Bruno no tenía clases los miércoles, era fácil ir y

volver en el día. En el tren intentó leer *Una curiosa soledad*, renunció bastante pronto; consiguió leer unas páginas de *Mujeres*, sobre todo los pasajes subidos de tono. Habían quedado en un café de la rue de l'Université. El editor llegó con diez minutos de retraso, blandiendo la boquilla que le haría famoso. «¿Vive en provincias? Eso es malo. Tiene que venir a París enseguida. Tiene usted talento.» Le anunció a Bruno que iba a publicar el texto sobre Juan Pablo II en el siguiente número de *L'Infini*. Bruno se quedó de piedra; no sabía que Sollers estaba en plena fase «contrarreforma católica», y multiplicaba las declaraciones entusiastas sobre el Papa. «¡Péguy es alucinante!», dijo el editor con ímpetu. «¡Y Sade! ¡Sade! ¡Sobre todo, lea a Sade!...»

—Mi texto sobre las familias...

—Sí, también está muy bien. Es bueno que sea usted reaccionario.

Todos los grandes escritores son reaccionarios Balzac, Flaubert, Baudelaire, Dostoievski, todos reaccionarios. Pero también hay que follar, ¿eh? Hay que desmelenarse. Es importante.

Sollers se despidió de Bruno al cabo de cinco minutos, dejándolo en un estado de ligera embriaguez narcisista. Durante el trayecto de regreso se fue calmando poco a poco. Phillipe Sollers parecía ser un escritor conocido; sin embargo, y *Femmes* lo dejaba muy claro, sólo lograba tirarse a las viejas putas de los medios culturales; las nenas, obviamente, preferían a los cantantes. Puestas así las cosas, ¿para qué publicar poemas ridículos en una revista de mierda?

—De todos modos —continuó Bruno—, compré cinco ejemplares de *L'Infini* cuando aparecieron los poemas. Por suerte, no publicaron el texto sobre Juan Pablo II. Era malo con ganas... ¿Te queda vino?

—Justo una botella. —Michel fue a la cocina y cogió la sexta y última botella de la caja de Vieux Papes; empezaba a sentirse cansado de verdad. —Tú trabajas mañana, ¿no? —le preguntó a su hermano. Bruno no reaccionó. Contemplaba un punto muy definido del parquet; pero en ese punto del parquet no había nada, nada bien definido; sólo algunas manchas de mugre. Pero se reanimó al oír que Michel descorchaba la botella y tendió el vaso. Bebió despacio, a pequeños tragos; su mirada, después de pasearse a la deriva, flotaba ahora a la altura del radiador; no parecía en absoluto dispuesto a continuar. Michel vaciló y luego encendió el televisor: había un programa sobre conejos. Quitó el sonido. A lo mejor eran liebres; los confundía. Le sorprendió volver a oír la voz de Bruno.

—Estaba intentando recordar cuánto tiempo me quedé en Dijon. ¿Cuatro años? ¿Cinco? En cuanto uno entra en el mundo del trabajo, todos los años se parecen. Los únicos acontecimientos que quedan por vivir son médicos... y ver cómo crecen los hijos. Victor crecía; me llamaba «papá».

De repente empezó a llorar. Acurrucado en el sofá, dejaba escapar grandes sollozos y sorbía por la nariz. Michel miró su reloj; eran un poco más de las cuatro. En la pantalla, un gato salvaje llevaba el cadáver de un conejo entre las fauces.

Bruno sacó un pañuelo de papel y se secó el rabillo de los ojos. Las lágrimas seguían rodándole por la cara. Pensaba en su hijo. Pobre Victor, que dibujaba a los de Strange y le quería. Él le había dado tan pocos momentos de felicidad, tan pocos momentos de amor... y ahora iba a cumplir quince años, y se había acabado para él el tiempo de la felicidad.

—A Anne le habría gustado tener más hijos; en el fondo, la vida de madre en el hogar le iba de maravilla. Fui yo quien la empujó a volver a la región parisina, a pedir un puesto. Claro, no se atrevió a negarse: la realización de las mujeres pasa por la vida profesional, eso es lo que todo el mundo creía o fingía creer en aquella época; y ella se empeñaba, sobre todas las cosas, en pensar lo mismo que todo el mundo. Yo era perfectamente consciente de que en el fondo volvíamos a París para poder divorciarnos sin problemas. En provincias, pese a todo, la gente se ve y se habla; y yo no quería que mi divorcio suscitara comentarios, por benévolos o aprobadores que fueran. El verano del 89 pasamos las últimas vacaciones juntos, en el Club Méditerranée. Me acuerdo de los ridículos juegos que organizaban a la hora del aperitivo y de las horas que pasaba en la playa mirando a las tías; Anne charlaba con las demás madres de familia. Si se tumbaba boca abajo, se le veía la celulitis; si se tumbaba boca arriba, se le veían las estrías. Estábamos en Marruecos, los árabes eran desagradables y agresivos, el sol

calentaba demasiado. No valía la pena acabar con un cáncer de piel por pasarme las tarde haciéndome pajas en la cabaña. Victor aprovechó la estancia, se lo pasó muy bien en el Mini Club... —A Bruno se le volvió a quebrar la voz—.

Yo era un hijo de puta, y lo sabía. Lo normal es que los padres se sacrifiquen. Yo no conseguía soportar que se acabara mi juventud, no podía soportar la idea de que mi hijo iba a crecer, iba a ser joven por mí, y que a lo mejor iba a tener éxito en la vida cuando la mía era un fracaso. Quería volver a ser una persona.

—Una mónada... —dijo Michel en voz baja.

Bruno no contestó y terminó su vaso. —La botella está vacía —dijo con voz un poco extraviada. Se levantó y se puso el chaquetón. Michel lo acompañó hasta la puerta—. Quiero a mi hijo. Si tuviera un accidente, si le pasara algo malo, no podría soportarlo. Quiero a ese niño más que a nada en el mundo. Pero nunca he conseguido aceptar su existencia. Michel asintió. Bruno se dirigió al ascensor.

Michel volvió hasta su mesa de trabajo y escribió en una hoja de papel: «Apuntar algo sobre la sangre»; luego se acostó; quería pensar, pero se durmió casi enseguida. Unos días más tarde encontró la hoja, escribió justo encima «La ley de la sangre», y se quedó perplejo durante más de diez minutos.

14

El 1 de septiembre por la mañana, Bruno fue a la Gare du Nord a esperar a Christiane. Ella había ido en autobús de Noyon a Amiens, y luego en un tren directo hasta París. Hacía un día maravilloso; el tren llegó a las 11.37. Ella llevaba un vestido largo, salpicado de florecillas, con los puños de encaje. Él la estrechó en sus brazos. A los dos les latía muy deprisa el corazón.

Comieron en un restaurante indio, y luego fueron a casa de Bruno para hacer el amor. El había encerado el parquet, había puesto flores en los jarrones; las sábanas estaban limpias y olían bien. Logró penetrarla durante mucho tiempo, esperar su orgasmo; el sol entraba por el intersticio de las cortinas y hacía brillar su melena negra, en la que se veían algunos reflejos grises. Ella tuvo un primer orgasmo, y casi enseguida otro: violentas contracciones le recorrieron la vagina; en ese momento, Bruno eyaculó. Inmediatamente después se apretó contra ella y ambos se durmieron.

Cuando despertaron, el sol descendía entre los edificios; eran casi las siete. Bruno abrió una botella de vino blanco. Nunca le había contado a nadie los años que siguieron a su regreso de Dijon. Iba a hacerlo ahora.

—En el curso de 1989, a Anne le dieron un puesto en el liceo Condorcet. Alquilamos un apartamento en la rue Rodier, tres habitaciones, bastante oscuro. Victor iba al parvulario y yo tenía los días libres. Entonces empecé a ir de putas. Había varios salones de masaje tailandés en el barrio: el *New Bangkok*, el *Lotus d'or*, el *Maï Lin*; las chicas eran amables y sonrientes, y la cosa funcionaba. En la misma época empecé a consultar a un psiquiatra; ya no lo recuerdo muy bien, creo que llevaba barba..., pero a lo mejor lo confundo con alguien que vi en una película. Empecé a contarle mi adolescencia; también le hablaba mucho de los salones de masaje; me daba cuenta de que él me despreciaba, y eso me sentaba bien. De todos modos, cambié en enero. El nuevo no estaba mal, tenía la consulta cerca de Strasbourg-Saint-Denis, al salir podía darme una vuelta por los peep-shows. Se llamaba Azoulay, siempre tenía *París Match* en la sala de espera; en resumen, daba la impresión de ser buen médico. Mi caso no le interesaba mucho, pero no se lo reprocho: es verdad que era tremendamente banal, yo era sólo un imbécil frustrado que estaba envejeciendo y ya no deseaba a su mujer. Por la misma época, le citaron como experto en el proceso de un grupo de adolescentes satanistas que habían cortado en pedazos a una retrasada mental y luego la habían devorado: para eso hacían falta más cojones. Al final de cada sesión me aconsejaba que hiciera deporte, estaba obsesionado con eso; hay que decir que él empezaba a tener un poco de barriga. Bueno, las sesiones eran

agradables, pero un poco sosas; lo único que le reanimaba era el tema de las relaciones con mis padres. A principios de febrero tuve una anécdota interesante que contarle. Ocurrió en la sala de espera del *Maï Lin*; al entrar me senté al lado de un tipo cuya cara me recordaba algo; pero muy vagamente, era justo una impresión borrosa. Luego le hicieron pasar, y yo entré justo después. Las cabinas de masaje estaban separadas por una cortina de plástico; sólo había dos, así que no tenía más remedio que estar al lado del tipo. Cuando la chica empezó a frotarme el bajo vientre con el pecho untado de jabón, tuve una iluminación: el tipo de la cabina de al lado, al que le estaban haciendo un *body body*, era mi padre. Había envejecido, parecía un jubilado de verdad, pero era él, no cabía la menor duda. En ese momento le oí correrse con un ruidito de vesícula que se vacía. Cuando yo me corrí, esperé unos minutos antes de vestirme; no tenía ganas de encontrármelo en la entrada. Pero el día que le conté la historia al psiquiatra, cuando regresé a casa, llamé al viejo por teléfono. Pareció sorprendido de oírme, y más bien contento. Sí, se había jubilado, había vendido todas sus acciones en la clínica de Cannes; en los últimos años había perdido bastante dinero, pero no le iba tan mal, otros estaban peor que él. Dijimos que nos veríamos uno de aquellos días; pero no pudimos hacerlo enseguida.

»A primeros de marzo, me llamaron de la inspección académica. A una profesora le habían dado la baja por maternidad antes de la fecha prevista, había un puesto libre hasta el final del año escolar, era en el liceo de Meaux. Dudé un poco, tenía muy malos recuerdos de Meaux; lo pensé tres horas, y luego me di cuenta de que me daba igual. Puede que la vejez sea eso; las reacciones emocionales se embotan, hay pocos rencores y pocas alegrías; uno se preocupa sobre todo por el funcionamiento de sus órganos, por su precario equilibrio. Lo primero que me sorprendió al bajar del tren, y luego al atravesar la ciudad, fueron su pequeñez y su fealdad..., su absoluta falta de interés. De niño, cuando llegaba a Meaux los domingos por la tarde, tenía la impresión de entrar en un inmenso infierno. Pero no, aquello era un infierno muy pequeñito que carecía del menor rasgo distintivo. Las casas, las calles..., todo aquello no me recordaba nada; incluso habían modernizado el liceo. Visité los edificios del internado, cerrado y transformado en museo de historia local. En aquellas salas otros chicos me habían pegado y humillado; habían disfrutado escupiéndome y meándose encima de mí; me habían metido la cabeza en una taza llena de mierda; pero no sentía ninguna emoción, más bien una ligera tristeza..., una tristeza muy, muy general. “Ni siquiera Dios puede hacer que lo que una vez fue deje de ser”, afirma en alguna parte no sé qué autor católico; pero al ver lo que quedaba de mi infancia en Meaux, la cosa no parecía tan difícil.

»Paseé por la ciudad durante varias horas; incluso volví al Bar de la Plage. Me acordaba de Caroline Yessayan, de Patricia Hohweiller; pero la verdad es que nunca las había olvidado; no había nada en las calles que me las recordara de un modo especial. Me crucé con muchos jóvenes, muchos inmigrantes; sobre todo negros, muchos más que cuando yo era adolescente; aquello sí era un cambio. Luego me presenté en el liceo. Al director le pareció divertido que yo fuera un antiguo alumno, quiso buscar mi expediente, pero yo me puse a hablar de otra cosa y conseguí evitarlo. Tenía tres clases: una de segundo, una de primero A y otra de primero S. La peor, me di cuenta enseguida, iba a ser la de primero A: había tres tíos y treinta chicas. Treinta chicas de dieciséis años. Rubias, morenas, pelirrojas. Francesas, magrebíes, asiáticas..., todas deliciosas, todas deseables. Y todas follaban, era evidente, follaban, cambiaban de chico, disfrutaban de su juventud; yo pasaba todos los días por delante de la máquina de preservativos y ellas no se cortaban, los compraban delante de mí.

»Lo que lo desencadenó todo es que yo empecé a decirme que a lo mejor tenía una oportunidad. Tenía que haber muchas hijas de divorciados, encontraría una que estuviera buscando una figura paterna. Podía funcionar, estaba seguro de que podía funcionar. Pero hacía falta un padre viril, protector, de hombros anchos. Me dejé crecer la barba y me matriculé en el Gymnase Club. La barba sólo fue un éxito a medias, no crecía espesa y me daba un aspecto sospechoso, a lo Salman Rushdie; por el contrario, los músculos respondían bien, en pocas semanas desarrollé deltoides y pectorales de lo más decentes. El problema, el nuevo problema, era mi pene. Ahora parecerá una locura, pero en los años setenta nadie se preocupaba realmente por el tamaño del sexo masculino; durante la adolescencia tuve todos

los complejos físicos posibles menos ése. No sé quién empezó a hablar del tema, seguramente los pederastas; bueno, las novelas policíacas norteamericanas también abordan el tema; por el contrario, está totalmente ausente en Sartre. Sea como fuere, en las duchas del Gymnase Club me di cuenta de que tenía la polla muy pequeña. Lo comprobé en casa: 12 centímetros, todo lo más 13 o 14 estirando al máximo el centímetro de pliegue en la base de la polla. Había descubierto una nueva fuente de angustias; y ahí no había nada que hacer, era una desventaja radical, definitiva. Fue entonces cuando empecé a odiar a los negros. Bueno, no había muchos en el liceo; la mayoría iban al liceo técnico Pierre-de- Courbetin, el mismo sitio donde el ilustre Defrance hacía striptease filosófico y lamía culos a favor de los jóvenes. En mi clase de primero A había sólo uno, un tipo macizo al que llamaban Ben. Siempre llevaba gorra y zapatillas Nike, y estoy seguro de que tenía una polla enorme. Obviamente, todas las chicas caían de rodillas ante aquel zambo; y yo intentando que estudiaran a Mallarmé; no tenía sentido. Así debería acabar la civilización occidental, me decía con amargura: prosternándose otra vez delante de las grandes pollas, como el babuino *hamadryas*. Adopté la costumbre de ir a clase sin calzoncillos. El negro salía justo con la que yo habría elegido: monísima, muy rubia, cara infantil, preciosos pechos de manzana. Llegaban a clase cogidos de la mano. Durante los ejercicios, yo siempre cerraba las ventanas; las chicas tenían calor, se quitaban los suéters, la camiseta se les pegaba al pecho; yo me hacía pajas parapetado detrás de mi mesa. Todavía recuerdo el día en que les di para comentar una frase de *El mundo de Guermantes*:

"La pureza de una sangre por la que desde hacía generaciones sólo corría lo más grande de la historia de Francia había despojado su manera de ser de todo lo que las gentes del pueblo llaman 'maneras', otorgándole la más perfecta sencillez. »

»Yo miraba a Ben: se rascaba la cabeza, se rascaba los cojones, masticaba chicle. ¿Qué demonios podía entender aquel mono enorme? ¿Y qué demonios podían entender todos los demás? Hasta a mí empezaba a costarme trabajo entender qué quería decir Proust exactamente. Esas decenas de páginas sobre la pureza de la sangre, la nobleza del genio en relación con la nobleza de la raza, el medio específico de los grandes profesores de medicina..., todo aquello me parecía una verdadera cagada. Era evidente que vivíamos en un mundo simplificado. La duquesa de Guermantes tenía mucha menos pasta que Snoop Doggy Dog; Snoop Doggy Dog tenía menos *pasta* que Bill Gates, pero las chicas se *mojaban* más por él. Dos parámetros, eso era todo. Claro, se podía escribir una novela proustiana jet set donde se enfrentaran la fama y la riqueza, que pusiera en escena los contrastes entre la celebridad de masas y una celebridad más confidencial, para uso y disfrute de los happy few ; pero no tendría el menor interés. La fama cultural sólo era un mediocre sucedáneo de la verdadera gloria, la gloria en los medios de comunicación; y ésta, vinculada a la industria del entretenimiento, acumulaba más dinero que cualquier otra actividad humana. ¿Qué eran un banquero, un ministro o un empresario frente a un actor de cine o una *rock star*? Financiera y sexualmente, y desde todos los puntos de vista, cero. Las estrategias de distinción que Proust había descrito con tanta sutileza no tenían ningún sentido en la actualidad. Si considerábamos al hombre como animal jerárquico, como animal constructor de jerarquías, existía la misma relación entre la sociedad contemporánea y el siglo XVIII que entre la torre GAN y el Petit Trianon. Proust era radicalmente europeo; uno de los últimos europeos, junto con Thomas Mann; lo que escribía ya no tenía la más mínima relación con ninguna realidad. La frase sobre la duquesa de Guermantes seguía siendo magnífica, por supuesto. Pero todo aquello empezaba a ser un poco deprimente, y terminé por echar mano de Baudelaire. La angustia, la muerte, la vergüenza, la embriaguez, la nostalgia, la infancia perdida..., sólo temas indiscutibles, sólidos. Aun así, era raro. La primavera, el calor, todas aquellas niñas excitantes, y yo leyendo:

Ten juicio, Dolor mío, guárdate más sereno,
reclamabas la Noche; hela aquí que desciende:
un aire oscuro envuelve la ciudad
llevando paz a unos, a otros inquietud.

Mientras de los mortales la vil plebe
que espolea el Placer, verdugo sin piedad,
va a por remordimientos a la fiesta servil,
dame la mano, Dolor, ven a mi lado...

«Hice una pausa. A ellas les impresionaba este poema, lo sentía, había un silencio mortal. Era la última hora de clase; en media hora tenía que coger el tren para después encontrarme con mi mujer. De repente, desde el fondo del aula, la voz de Ben: "¡Jo, tienes el instinto de muerte metido en la cabeza, tío!..." Había hablado en voz alta pero en realidad no era una insolencia, el tono era hasta un poco admirativo. Nunca entendí si se dirigía a Baudelaire o a mí; en el fondo, como *comentario de texto*, no estaba tan mal. Aun así, yo tenía que intervenir. Simplemente dije: "Salga." No se movió. Esperé treinta segundos, sudando de nervios, y vi que se acercaba el momento en que ya no podría hablar; pero tuve fuerzas para repetir: "Salga." El se levantó, recogió sus cosas muy despacio y avanzó hacia mí. En cualquier confrontación violenta hay una especie de instante de gracia, un segundo mágico en el que se equilibran las fuerzas en suspenso. Él se detuvo a mi altura, me llevaba más de una cabeza, creí que iba a darme una hostia, pero al final sólo fue hacia la puerta. La victoria era mía. Una pequeña victoria: volvió a clase al día siguiente. Parecía haber comprendido algo, haber pillado alguna mirada mía, porque empezó a manosear a su novia durante las clases. Le subía la falda, ponía la mano lo más arriba posible, casi al comienzo del muslo; luego me miraba sonriendo, muy *cool*. Yo deseaba a aquella chica de un modo terrible. Me pasé el fin de semana redactando un panfleto racista, en un estado de erección casi constante; el lunes llamé a *L'Infini*. Esta vez, Sollers me recibió en su despacho. Era vivaracho, malicioso, como en la tele; incluso más que en la tele. »—Es usted racista de verdad, se ve, le sienta bien, es bueno. ¡Bum, bum! —Hizo un gesto muy gracioso con la mano, sacó una página, había señalado un párrafo—. "*Envidiamos y admiramos a los negros porque queremos seguir su ejemplo y convertirnos en animales, animales con una gran polla y un diminuto cerebro de reptil junto a la polla.*" —Sacudió la hoja con jovialidad—. Es fuerte, ágil, muy cortesano. Tiene usted talento. A veces cae en lo fácil, me gusta menos el subtítulo Uno no nace racista, llega a serlo. El rodeo, la segunda intención, siempre son un poco... Hmm... —Se le oscureció la cara, pero hizo una pirueta con la boquilla y volvió a sonreír. Un verdadero payaso; y de lo más amable—. Además, no hay demasiadas influencias, nada que sea aplastante. ¡Por ejemplo, no es usted antisemita! —Señaló otro párrafo—. "*Los judíos son los únicos a los que les da lo mismo no ser negros, porque hace tiempo que eligieron el camino de la inteligencia, la culpabilidad y la vergüenza. No hay nada en la cultura occidental que pueda igualar, ni siquiera de lejos, lo que los judíos han logrado hacer partiendo de la culpabilidad y de la vergüenza; y por eso los negros los odian más que a nadie*." —Se hundió en el asiento con cara de felicidad y cruzó los brazos detrás de la cabeza; por un momento creí que iba a poner los pies sobre la mesa, pero no lo hizo. Volvió a inclinarse hacia mí, no podía estarse quieto—.

¿Qué hacemos entonces?

»—No sé, podría publicarme el texto.

»—¡Vaya, vaya! —Se partió de risa como si yo hubiera hecho una buena payasada—. ¿Publicarlo en *L'Infini*? Mi querido amigo, no se da usted cuenta... Ya no estamos en los tiempos de Céline, ¿sabe? Ahora ya nadie escribe lo que le da la gana sobre ciertos temas..., un texto así podría traerme muchas complicaciones. ¿Cree que no tengo ya bastantes problemas? ¿Cree que puedo hacer lo que quiera porque estoy en Gallimard? Me vigilan, ¿sabe? Esperan que meta la pata. No, no, esto va a ser muy difícil. ¿Qué más tiene?

«Pareció sorprenderle de verdad que yo no hubiera llevado otro texto. Sentía muchísimo decepcionarle, me habría gustado ser su *querido amigo* y que me llevara a bailar, que me invitara a whiskies en el Pont–Royal. Al salir, en la acera, tuve un momento de intensa desesperación. Pasaban mujeres por el bulevar Saint–Germain, la tarde era cálida y comprendí que nunca llegaría a ser escritor; también comprendí que me importaba tres leches. Pero, entonces, ¿qué? El sexo ya me costaba la mitad del sueldo, era incomprensible que Anne

todavía no se hubiera dado cuenta de nada. Podía inscribirme en el Frente Nacional, pero ¿para qué iba a comer choucroute con unos imbéciles? De todos modos las mujeres de derechas no existen, y follan con paracaidistas. El texto era absurdo, lo tiré en la primera papelera que encontré. Tenía que conservar mi postura de «izquierda humanista», era mi única oportunidad, tenía la íntima certeza. Me senté en la terraza del Escurial. Tenía el pene caliente, dolorido, hinchado. Me tomé dos cervezas y luego volví andando a casa. Al cruzar el Sena, me acordé de Adjila. Era una magrebí de mi clase de segundo, muy guapa, muy elegante. Buena alumna, seria, adelantada un año. Tenía una cara inteligente y dulce, nada burlona; quería sacar buenas notas, era evidente. Esas chicas viven a menudo entre brutos y asesinos, basta con ser un poco amable con ellas. Empecé a creérmelo otra vez. Estuve hablando con ella durante las dos semanas siguientes, la sacaba a la pizarra. Ella respondía a mis miradas, no parecía ver nada raro. Tenía que darme prisa, ya estábamos a principios de junio. Cuando volvía a sentarse, veía su culito de molde embutido en los vaqueros. Me gustaba tanto que dejé a las putas. Imaginaba mi polla penetrando en la suavidad de su larga melena negra; incluso me hice una paja sobre uno de sus trabajos.

»El viernes 11 de junio llegó con una faldita negra; las clases acababan a las seis. Ella estaba sentada en la primera fila. Cuando cruzó las piernas debajo de la mesa, me faltó un pelo para desmayarme. Ella estaba al lado de una rubia gorda que se fue en cuanto sonó el timbre. Me levanté y puse la mano sobre su carpeta. Ella se quedó sentada, no parecía tener la menor prisa. Salieron todos los alumnos y el aula se quedó en silencio. Yo tenía su carpeta en la mano, hasta podía leer algunas palabras: "*Remember*... el infierno..." Me senté a su lado, volví a dejar la carpeta en la mesa, pero no conseguí hablarle. Estuvimos así, en silencio, durante un minuto por lo menos. Varias veces miré sus grandes ojos negros; pero también veía sus menores gestos, la más mínima palpitación de sus pechos. Estaba medio vuelta hacia mí y entreabrió las piernas. No recuerdo haber hecho el siguiente gesto, tengo la impresión de que fue un acto semivoluntario. Un instante después, sentí su muslo bajo la palma de mi mano izquierda, las imágenes se confundieron, volví a ver a Caroline Yessayan y casi me muero de vergüenza. El mismo error, exactamente el mismo error al cabo de veinte años. Como con Caroline Yessayan veinte años antes, pasaron unos segundos antes de que ella hiciera algo; se había sonrojado un poco. Luego, con mucha suavidad, me apartó la mano; pero no se levantó, no hizo el menor movimiento para irse. A través de la ventana enrejada vi a una chica atravesar el patio y apresurarse hacia la estación. Con la mano derecha, me bajé la cremallera de la bragueta. Ella abrió los ojos de par en par y me miró el sexo. De sus ojos emanaban vibraciones cálidas, me podría haber corrido sólo con la fuerza de su mirada, y a la vez era consciente de que ella tenía que esbozar algún gesto para convertirse en cómplice. Mi mano derecha se acercó a la suya, pero no pudo llegar hasta el final: con un gesto implorante, me cogí el pene y se lo ofrecí. Ella estalló en carcajadas; creo que yo también me reí, a la vez que empezaba a masturbarme. Seguí riendo y sacudiéndomela mientras ella recogía sus cosas y se levantaba para irse. En el umbral de la puerta se volvió para mirarme por última vez; yo eyaculé y no vi nada más. Sólo oí el ruido de la puerta al cerrarse, de sus pasos que se alejaban. Estaba atontado, como bajo el efecto de un gigantesco golpe de gong. Aun así, logré llamar a Azoulay desde la estación. No recuerdo en absoluto el regreso en tren, el viaje en metro; me recibió a las ocho. Yo no podía dejar de temblar; él me puso una inyección calmante de inmediato.

»Pasé tres noches en Sainte–Anne, después me transfirieron a una clínica psiquiátrica del Ministerio de Educación, en Verrières–le–Buisson. Azoulay estaba visiblemente preocupado; aquel año, los periodistas empezaban a hablar mucho de la pedofilia, parecía que se habían pasado la contraseña: "Hay que presionar a los pedófilos, Emile." Todo por odio a los viejos, por odio y asco de la vejez; y se estaba convirtiendo en una causa nacional. La chica tenía quince años, yo era profesor, había abusado de mi autoridad sobre ella; y además era magrebí. En resumen, el expediente ideal para una expulsión seguida de linchamiento. Al cabo de quince días, Azoulay empezó a relajarse un poco; estábamos llegando al fin de curso y era obvio que la chica no había dicho nada. El informe iba a ser más clásico. Un profesor depresivo, un poco suicida, que necesita reconstruir su psique... Lo sorprendente de la historia

es que el liceo de Meaux no era especialmente *duro*; pero él arguyó traumas de la primera infancia reavivados por el regreso al liceo; en fin, que se las arregló muy bien.

»Me quedé en la clínica un poco más de seis meses; mi padre fue a verme varias veces; tenía un aspecto cada vez más benévolo y cansado. Yo estaba tan atiborrado de neurolépticos que no sentía el menor deseo sexual; pero de vez en cuando las enfermeras me cogían en brazos. Me apretaba contra ellas y me quedaba quieto uno o dos minutos; luego volvía a tumbarme. Eso me sentaba tan bien que el psiquiatra jefe les había aconsejado que aceptaran si no tenían mayores inconvenientes. Sospechaba que Azoulay no se lo había contado todo; pero tenía muchos casos más graves, esquizofrénicos y pacientes con delirios peligrosos, y poco tiempo para ocuparse de mí; yo tenía un médico de cabecera; para él eso era lo fundamental.

»Ya no era cuestión de seguir en la enseñanza, claro, pero a principios de 1991 el Ministerio de Educación me colocó en la comisión de programas de francés. Perdía las horas lectivas y las vacaciones escolares, pero el sueldo se mantenía. Poco después me divorcié de Anne. Nos pusimos de acuerdo en una fórmula típica para la pensión alimenticia y la custodia alternada; de todos modos los abogados no te dejan elección, es casi un contrato tipo. Éramos los primeros de la cola, el juez leía a toda velocidad, y todo el divorcio duró menos de un cuarto de hora. Salimos juntos a la escalinata del Palacio de Justicia, era un poco más de mediodía. Estábamos a principios de marzo, yo acababa de cumplir treinta y cinco años; sabía que la primera parte de mi vida había terminado.

Bruno se interrumpió. Ya era completamente de noche; ni él ni Christiane se habían vestido. Él alzó la mirada hacia ella. Ella hizo entonces algo sorprendente: se acercó, le pasó los brazos en torno al cuello y le besó en ambas mejillas.

—Los años siguientes fueron parecidos —continuó Bruno en voz baja—. Me hice un implante de pelo; salió bien, el cirujano era amigo de mi padre. Seguí yendo al Gymnase Club. En vacaciones probé con Nouvelles Frontières, otra vez el Club Méditerranée y otros clubs de vacaciones. Tuve algunas aventuras, bueno, muy pocas; en conjunto, las mujeres de mi edad no tienen muchas ganas de follar. Claro que fingen lo contrario, y es cierto que a veces les gustaría volver a sentir una emoción, una pasión, un deseo; pero yo no estaba en condiciones de provocar nada de eso. Nunca había conocido a una mujer como tú.

Ni siquiera creía que una mujer como tú pudiera existir.

—Hace falta... —dijo ella con voz un poco alterada—, hace falta un poco de generosidad, hace falta que alguien dé el primer paso. De haber sido yo esa magrebí, no sé cómo habría reaccionado. Pero estoy segura de que en ti ya había algo conmovedor. Creo, bueno, me parece que habría accedido a complacerte. —Se tumbó de nuevo, puso la cabeza entre los muslos de Bruno, le lamió un poco el glande—. Me gustaría comer algo... —dijo de pronto—. Son las dos de la madrugada, pero en París es posible, ¿no?

—Claro.

—¿Te la chupo ahora o prefieres que te haga una paja en el taxi?

—No, ahora.

15

LA HIPÓTESIS MACMILLAN

Encontraron un taxi, fueron a Les Halles y cenaron en una cervecería abierta toda la noche. De entrante, Bruno pidió pinchos de arenque. Se dijo que desde ese momento podía pasar cualquier cosa; pero enseguida se dio cuenta de que estaba exagerando. Sí, su cerebro hervía de posibilidades: podía identificarse con una rata de campo, un salero o un campo de energía; en la práctica, no obstante, su cuerpo seguía un proceso de lenta destrucción; y lo mismo pasaba con el cuerpo de Christiane. A pesar del regreso alternativo de las noches, habría una conciencia individual hasta el final en sus cuerpos separados. En cualquier caso, los pinchos de arenque no eran una solución; pero tampoco una lubina al hinojo habría arreglado nada. Christiane guardaba un silencio perplejo y más bien misterioso. Compartieron una choucroute

royal con salchichas artesanas de Montbéliard. En el estado de agradable relajación del hombre al que acaban de mamársela con afecto y voluptuosidad, Bruno tuvo un rápido recuerdo para sus preocupaciones profesionales, que podían resumirse así: ¿qué importancia hay que darle a Paul Valéry en las clases de francés de la rama de ciencias? Cuando terminó la choucroute, y después de pedir queso de Munster, se sintió bastante inclinado a contestar: «Ninguna.»

—No sirvo para nada —dijo Bruno con resignación—. Soy incapaz hasta de criar cerdos. No tengo ni idea de cómo se hacen las salchichas, los tenedores o los teléfonos portátiles. Soy incapaz de producir cualquiera de los objetos que me rodean, los que uso o los que me como; ni siquiera soy capaz de entender su proceso de producción.

Si la industria se bloqueara, si desaparecieran los ingenieros y los técnicos especializados, yo sería incapaz de volver a poner en marcha una sola rueda. Estoy fuera del complejo económico–industrial, y ni siquiera podría asegurar mi propia supervivencia: no sabría alimentarme, vestirme o protegerme de la intemperie; mis competencias técnicas son ligeramente inferiores a las del hombre de Neardenthal. Dependo por completo de la sociedad que me rodea, pero yo soy para ella poco menos que inútil; todo lo que sé hacer es producir dudosos comentarios sobre objetos culturales anticuados. Sin embargo gano un sueldo, incluso un buen sueldo, muy superior a la media. La mayor parte de la gente que me rodea está en el mismo caso. En el fondo, la única persona útil que conozco es mi hermano.

—¿Qué ha hecho de extraordinario?

Bruno lo pensó; le dio unas cuantas vueltas al queso en el plato en busca de una respuesta que pudiera impresionarla.

—Ha creado vacas nuevas. Bueno, es un ejemplo, pero sé que sus trabajos han permitido el nacimiento de vacas genéticamente modificadas, con una producción de leche mejorada y una calidad nutritiva superior. Ha cambiado el mundo. Yo no he hecho nada, no he creado nada; no le he aportado al mundo absolutamente nada.

—Pero no has hecho daño... —El rostro de Christiane se ensombreció; terminó rápidamente su helado. En julio de 1976 había pasado quince días en la propiedad de Di Meola en las colinas de Ventoux, la misma a la que Bruno había ido el año anterior con Annabelle y Michel. Cuando le contó a Bruno ese verano, los dos se quedaron maravillados por la coincidencia; inmediatamente después, ella sintió una intensa amargura. Pensó que si se hubieran conocido en 1976, cuando él tenía veinte años y ella dieciséis, su vida podría haber sido completamente diferente. Ésta fue la primera señal que la avisó de que se estaba enamorando.

—Es una coincidencia —continuó Christiane—, pero en el fondo no es pasmosa. Los idiotas de mis padres formaban parte de ese medio libertario y un poco beatnik de los años cincuenta con el que solía andar tu madre. Hasta es posible que se conozcan, pero no tengo ningunas ganas de averiguarlo. Desprecio a esa gente, incluso la odio. Representan el mal, trajeron el mal, y hablo con conocimiento de causa. Me acuerdo muy bien de ese verano del 76. Di Meola murió quince días después de mi llegada; tenía un cáncer generalizado, y parecía que ya nada le interesaba de verdad. Aun así intentó ligar conmigo, yo estaba bastante bien entonces; pero no insistió, creo que estaba empezando a sufrir físicamente. Llevaba veinte años haciéndose pasar por un viejo sabio y hablando de la iniciación espiritual, etc., para tirarse a las chicas. Hay que reconocer que interpretó el papel hasta el final. Quince días después de que yo llegara tomó veneno, algo muy suave, que hacía efecto en varias horas; luego recibió a todos los que estaban en la propiedad y le dedicó unos minutos a cada uno, tipo «muerte de Sócrates», ¿sabes? Habló de Platón, de las Upanishads, de Lao–Tse, en fin, del circo de siempre. También habló mucho de Aldous Huxley, recordaba cómo se conocieron, las cosas que se habían dicho; puede que lo adornara un poco, pero el hombre se estaba muriendo. Cuando me llegó el turno estaba bastante impresionada, pero él sólo me pidió que me desabrochara la blusa. Me miró el pecho; luego intentó decir algo pero yo no lo entendí bien, ya le costaba trabajo hablar. De pronto se enderezó en el sillón y tendió las manos hacia mí. Le dejé hacer. Apoyó un momento la cabeza entre mis pechos y luego se

dejó caer otra vez en el sillón. Le temblaban mucho las manos. Me hizo una señal con la cabeza para que me fuera. Yo no vi en su mirada ninguna iniciación espiritual, ninguna sabiduría; sólo vi miedo.

»Murió al caer la noche. Había pedido que hicieran una pira funeraria en lo alto de la colina. Todos recogimos leña, y empezó la ceremonia. David prendió fuego a la pira de su padre, tenía un resplandor extraño en los ojos. Yo no sabía nada de él, salvo que era músico de rock; iba con unos tipos bastante inquietantes, unos motoristas norteamericanos tatuados y vestidos de cuero. Yo estaba con una amiga, y cuando se hacía de noche no nos sentíamos muy tranquilas.

«Varios hombres que tocaban el tam tam se sentaron delante del fuego y empezaron a golpear con un ritmo grave. Los participantes empezaron a bailar, el fuego calentaba mucho, y como de costumbre la gente empezó a quitarse la ropa. En principio, para una cremación hacen falta incienso y sándalo. Nosotros sólo habíamos recogido leña caída, probablemente mezclada con hierbas locales, tomillo, romero, ajedrea; de hecho, al cabo de media hora, olía exactamente igual que una barbacoa. Fue un amigo de David el que lo dijo, un tipo grueso con chaleco de cuero y el pelo largo, grasiento; le faltaban varios dientes delanteros. Otro, que iba de hippie, explicó que en muchas tribus primitivas comerse al jefe desaparecido era un rito de unión de la mayor importancia. El desdentado inclinó la cabeza y empezó a reírse; David se acercó y empezó a discutir con ellos; estaba desnudo, y a la luz de las llamas tenía un cuerpo magnífico; creo que hacía musculación. Sentí que las cosas podían degenerar gravemente y fui a acostarme a toda velocidad.

»Poco después estalló una tormenta. No sé por qué me levanté y regresé a la pira. Todavía había unos treinta, bailando desnudos bajo la lluvia. Un tipo me cogió brutalmente por los hombros y me arrastró hasta la hoguera para obligarme a mirar lo que quedaba del cuerpo.

Se veía el cráneo, las órbitas. La carne no se había consumido del todo y estaba medio mezclada con la tierra, formando una especie de montoncito de lodo. Empecé a gritar, el tipo me soltó, logré escaparme. Mi amiga y yo nos fuimos al día siguiente. Nunca he vuelto a oír hablar de aquella gente.

—¿No leíste el artículo en *París Match*?

—No... —Christiane hizo un gesto de sorpresa. Bruno se interrumpió y pidió dos cafés antes de seguir. A lo largo de los años había desarrollado un concepto de la vida cínico y violento, típicamente masculino. El universo era un campo vallado, un hormiguero bestial; estaba rodeado por un horizonte cerrado y duro, perfectamente visible, pero inaccesible: la ley moral. Sin embargo, está escrito que el amor contiene y ejecuta la ley. Christiane le miraba con atención y ternura; tenía los ojos un poco cansados.

—Es una historia tan asquerosa —continuó Bruno con hastío— que me sorprende que los periodistas no hablaran más del asunto. Pasó hace cinco años, el proceso fue en Los Ángeles, las sectas satanistas todavía eran algo nuevo en Europa. David di Meola era uno de los doce inculpados; reconocí el nombre enseguida; era uno de los dos únicos que habían conseguido escapar de la policía. Según el artículo, era probable que se hubiera refugiado en Brasil. Los cargos que pesaban sobre él eran abrumadores. Habían encontrado en su domicilio un centenar de videocasetes de asesinatos y torturas, clasificadas y etiquetadas con todo cuidado; en algunas de ellas aparecía a cara descubierta. El vídeo que le proyectaron a la audiencia grababa el suplicio de una anciana, Mary Mac Nallahan, y de su nieta, un bebé. Di Meola desmembraba al bebé delante de su abuela con ayuda de unas pinzas cortantes, después le arrancaba un ojo a la anciana con los dedos y se masturbaba en la órbita sangrante; a la vez accionaba un mando a distancia y hacía zoom para tomar un primer plano del rostro. Ella estaba agachada, unos brazaletes de metal la mantenían inmóvil contra la pared de un local que parecía un garaje. Al final de la grabación, estaba tendida sobre sus propios excrementos; el vídeo duraba más de tres cuartos de hora, pero sólo la policía lo vio entero; los jurados pidieron que detuvieran la proyección al cabo de diez minutos.

»El artículo que apareció en *Match* era, en gran parte, la traducción de una entrevista que Daniel Macmillan, procurador del estado de California, le había concedido a *Newsweek*.

Según él no se trataba solamente de juzgar a un grupo de hombres, sino al conjunto de la sociedad; este asunto le parecía sintomático de la decadencia sociológica y moral en la que se estaba hundiendo la sociedad norteamericana desde finales de los años cincuenta. El juez le había rogado varias veces que se atuviese al marco de los hechos en cuestión; el paralelismo que Macmillan establecía con el caso Manson le parecía fuera de lugar, más aún porque Di Meola era el único de los acusados de quien podía establecerse una vaga filiación con el movimiento beatnik o hippie.

»Al año siguiente, Macmillan publicó un libro titulado *From Lust to Murder: a Generation*, que en francés se tradujo con el título, bastante estúpido, de *Génération meurtre*. El libro me sorprendió; esperaba las divagaciones habituales de los fundamentalistas religiosos sobre el regreso del Anticristo y el restablecimiento de la oración en los colegios. Pero era un libro preciso, bien documentado, que analizaba muchos casos en detalle; Macmillan se había interesado especialmente por David, reconstruía toda su biografía, llevaba a cabo un minucioso trabajo de investigación.

»Inmediatamente después de la muerte de su padre, en septiembre de 1976, David vendió la propiedad y las treinta hectáreas de terreno para comprar pisos en edificios antiguos de París; se quedó con un gran estudio en la rue Visconti y transformó el resto para alquilarlo. Tabicó pisos antiguos, unió a veces las habitaciones de servicio; instaló cocinas americanas y duchas. Cuando todo estuvo terminado, tenía veinte miniestudios que podían garantizarle unas cómodas rentas. Todavía no había renunciado a meterse en el mundo del rock, y se dijo que tal vez en París tuviera una oportunidad; pero ya tenía veintiséis años. Antes de hacer la ronda de los estudios de grabación, decidió quitarse dos años. Era muy fácil; bastaba contestar cuando le preguntaban su edad: “Veinticuatro”. Por descontado, nadie lo comprobaba. Mucho tiempo antes que él, a Brian Jones se le había ocurrido la misma idea. Según uno de los testimonios recogidos por Macmillan, una noche, en una *party* en Cannes, David se cruzó con Mick Jagger y dio un salto hacia atrás de dos metros, como si hubiera visto una víbora. Mick Jagger *era* la estrella más grande del mundo; rico, adulado y cínico, era todo lo que David soñaba ser. Y resultaba tan fascinante porque *era* el mal, lo simbolizaba a la perfección; y lo que las masas adulan por encima de todas las cosas es la imagen del mal impune. Mick Jagger había tenido un día un problema de poder, un problema de ego en el grupo, precisamente con Brian Jones; pero todo se había arreglado gracias a la piscina. Ésta no era la versión oficial, claro, pero David *sabía* que Mick Jagger había empujado a Brian Jones a la piscina; podía imaginarlo mientras lo hacía; y así, con este primer crimen, se había convertido en el líder del grupo de rock más famoso del mundo. David estaba convencido de que lo más grande del mundo se construye siempre sobre un crimen; y a finales del 76 se sentía dispuesto a empujar a tanta gente como hiciera falta a otras tantas piscinas; pero en el curso de los años que siguieron sólo logró participar en algunos discos como bajista adicional; y ninguno de esos discos tuvo el menor éxito. Por el contrario, seguía gustando mucho a las mujeres. Sus exigencias eróticas aumentaron, y se aficionó a acostarse con dos chicas a la vez, a ser posible una morena y una rubia. La mayoría aceptaban, porque realmente era muy guapo; tenía una belleza poderosa y viril, casi animal. Estaba orgulloso de su largo y grueso falo, de sus grandes y vellosos testículos. Iba perdiendo interés por la penetración, pero le seguía gustando ver a las chicas arrodillarse para chuparle la polla.

»A comienzos de 1981, un californiano de paso en París le dijo que estaba buscando grupos para hacer un CD de heavy metal en homenaje a Charles Manson. Decidió probar suerte una vez más. Vendió todos los estudios, cuyo precio ya se había cuadruplicado, y se fue a vivir a Los Angeles. Para entonces ya tenía treinta y un años, oficialmente veintinueve; seguían siendo demasiados. Antes de presentarse a los productores norteamericanos, decidió quitarse otros tres años. Físicamente, era perfectamente posible echarle veintiséis.

»La producción se alargaba; desde la prisión, Manson exigía derechos exorbitantes. David empezó a hacer jogging y a frecuentar círculos satanistas. California siempre ha sido un lugar favorito de las sectas dedicadas al culto a Satán, desde las primeras: la *First Church of Satan*, que Anton La Vey fundó en Los Angeles en 1966, y la *Process Church of the Final Judgement*, que se instaló en 1957 en San Francisco, en el distrito de Haight Ashbury. Estos

grupos seguían existiendo, y David entró en contacto con ellos; por lo general sólo organizaban orgías rituales, a veces algunos sacrificios de animales; pero a través de ellos David accedió a círculos mucho más cerrados y duros. Sobre todo conoció a John di Giorno, un cirujano que organizaba *fiestas abortivas*. Tras la operación, trituraba y amasaba el feto y lo mezclaba con masa de pan para repartirlo entre los participantes. David se dio cuenta muy pronto de que los satanistas más avanzados no creían para nada en Satán. Eran, como él, materialistas absolutos, y renunciaban enseguida a todo el ceremonial, un poco kitsch, de los pentáculos, las velas y las largas túnicas negras; un decorado que servía, sobre todo, para que los recién llegados superasen sus inhibiciones morales. En 1983 fue admitido en su primer crimen ritual, un bebé portorriqueño. Mientras él castraba al niño con un cuchillo de sierra, John di Giorno le arrancó los globos oculares y se los comió.

En aquel momento, David casi había renunciado a ser una *rock star*, incluso si a veces le daba un horrible vuelco el corazón cuando veía a Mick Jagger en la MTV. De todos modos, el proyecto *Tribute to Charles Manson* había fracasado, e incluso si confesaba veintiocho años lo cierto es que tenía cinco más, y que realmente empezaba a sentirse demasiado viejo. Por aquel entonces, en sus fantasías de dominación todopoderosa, solía identificarse con Napoleón. Admiraba a ese hombre que había bañado en sangre y fuego a Europa, que había llevado a la muerte a cientos de miles de seres humanos sin poner como excusa una ideología, una creencia, una convicción cualquiera. Al contrario que Hitler o Stalin, Napoleón sólo creía en sí mismo, había establecido una separación radical entre su persona y el resto del mundo, y consideraba a los demás meros instrumentos al servicio de su voluntad de dominio. Recordando sus lejanos orígenes genoveses, David imaginaba que tenía un lazo de parentesco con ese dictador que se paseaba al alba por los campos de batalla, contemplaba los miles de cuerpos mutilados y destripados, y observaba con negligencia: “Bah..., una noche de París repoblará todo eso.»

»Con el paso de los meses, David y algunos otros participantes iban cada vez más lejos en la crueldad y el horror. A veces se tapaban la cara con máscaras y filmaban sus carnicerías; uno de los participantes era productor en la industria del vídeo y podía hacer copias. Una buena *snuff movie* podía venderse por muchísimo dinero, en torno a veinte mil dólares la copia. Una noche, invitado a una orgía en casa de un amigo abogado, reconoció una de sus películas en el televisor de uno de los dormitorios. En esa grabación, hecha un mes antes, seccionaba un pene con una cortadora. Muy excitado, cogió a una chica de unos doce años, amiga de la hija del propietario, y la sujetó delante de su asiento. La niña se defendió un poco, y luego empezó a chupársela. En la pantalla, él rozaba suavemente con la cortadora los muslos de un hombre de unos cuarenta años; el tipo estaba atado con los brazos en cruz y daba alaridos de terror. David se corrió en la boca de la niña cuando la hoja de la cortadora le seccionó el sexo; agarró a la chica del pelo y la obligó a girar la cabeza con brutalidad para que viera el largo plano fijo sobre el muñón que meaba sangre.

»Los testimonios sobre David terminaban ahí. La policía había interceptado por casualidad el máster de un vídeo de tortura, pero lo más probable es que alguien hubiera avisado a David; en cualquier caso, había conseguido huir a tiempo. Daniel Macmillan llegaba entonces a su tesis. Lo que establecía claramente en su libro es que los supuestos satanistas no creían ni en Dios ni en Satán ni en ninguna potencia supraterrestre; la blasfemia, en sus ceremonias, no era más que un condimento erótico menor, del que todo el mundo se cansaba pronto. De hecho, como su maestro el marqués de Sade, todos eran materialistas absolutos, enamorados del placer en pos de sensaciones nerviosas cada vez más violentas. Según Daniel Macmillan, la progresiva destrucción de los valores morales en los años sesenta, setenta, ochenta y noventa era un proceso lógico e inexorable. Después de agotar los placeres sexuales, era normal que los individuos liberados de las obligaciones morales ordinarias se entregasen a los placeres, más intensos, de la crueldad; Sade había seguido una trayectoria análoga dos siglos antes. En ese sentido, los serial killers de los años noventa eran los hijos bastardos de los *hippies* de los años sesenta; y sus antepasados comunes eran ciertos artistas vieneses de los años cincuenta. So capa de acciones artísticas, Nitsch, Muehl o Schwarzkogler organizaron masacres de

animales en público; ante un público de cretinos arrancaron y descuartizaron órganos y vísceras, hundieron las manos en la carne y la sangre, llevaron el sufrimiento de animales inocentes hasta sus últimos límites, mientras un comparsa fotografiaba o filmaba la carnicería para exponer los documentos obtenidos en una galería de arte. Esta voluntad dionisíaca de liberación de la bestialidad y del mal, iniciada por los accionistas vieneses, volvía a verse a lo largo de todos los decenios posteriores. Según Daniel Macmillan, la regresión de las sociedades occidentales desde 1945 no era otra cosa que un retorno al culto brutal de la fuerza, un rechazo a las reglas seculares lentamente erigidas en nombre de la moral y del derecho. Accionistas vieneses, beatniks, *hippies* y asesinos en serie tenían en común ser unos libertarios integrales, que predicaban la afirmación integral de los derechos del individuo frente a todas las normas sociales, a todas las hipocresías que según ellos constituían la moral, el sentimiento, la justicia y la piedad. En este sentido, Charles Manson no era ni mucho menos una desviación monstruosa de la experiencia hippie, sino su desenlace lógico; y David di Meola no había hecho otra cosa que prolongar y poner en práctica los valores de liberación individual que predicaba su padre. Macmillan pertenecía al partido conservador, y algunas de sus diatribas contra la libertad individual hicieron rechinar dientes en el seno de su propio partido; pero su libro causó un impacto considerable. Enriquecido gracias a los derechos de autor, Macmillan se dedicó en cuerpo y alma a la política; al año siguiente fue elegido en la Cámara de Representantes.

Bruno se calló. Se había bebido el café hacía mucho tiempo, eran las cuatro de la mañana y no había ningún activista vienes en la sala.

De hecho, Hermann Nitsch se pudría en ese momento en una prisión austríaca por violar a una menor. El hombre tenía más de sesenta años y podía esperarse que muriera pronto; así habría una fuente de mal menos en el mundo. No tenía motivos para ponerse tan nervioso.

Todo estaba tranquilo; un camarero aislado andaba entre las mesas.

De momento eran los únicos clientes, pero la cervecería estaba abierta las veinticuatro horas, estaba escrito en la entrada y en los menús, era prácticamente una obligación contractual. «Estos maricones no nos van a joder», dijo Bruno de forma maquinal. En nuestras sociedades contemporáneas, una vida humana pasa necesariamente por uno o varios períodos de crisis, de intensa revisión personal. Así que es normal que en el centro de la ciudad de una gran capital europea uno tenga acceso al menos a un establecimiento abierto toda la noche. Bruno pidió un pastel de frambuesas y dos vasos de kirsch. Christiane había escuchado su relato con atención; en su silencio había algo doloroso. Había que volver a los placeres sencillos.

16

PARA UNA ESTÉTICA DE LA BUENA VOLUNTAD

En cuanto llega la aurora, las muchachas van a cortar rosas. Una corriente de inteligencia recorre los valles, las capitales, sacude la inteligencia de los poetas más entusiastas, deja caer protectores para las cunas, coronas para la juventud, fe en la inmortalidad para los viejos.
LAUTRÉAMONT, Poesías II

A la mayoría de los individuos que Bruno tuvo ocasión de frecuentar en el curso de su vida los motivaba exclusivamente la búsqueda del placer, si incluimos en la noción de placer las gratificaciones narcisistas, tan ligadas al aprecio o la admiración del prójimo. Así se desplegaban distintas estrategias, calificadas de vidas humanas.

Sin embargo, en el caso de su hermanastro había que hacer una excepción a esta regla; resultaba difícil relacionar con él hasta la palabra placer; y a decir verdad, ¿había algo que motivase a Michel? Un movimiento rectilíneo uniforme persiste durante un tiempo indefinido en ausencia de rozamiento o de aplicación de una fuerza externa. La vida de su hermanastro, organizada, racional, sociológicamente situada en la media de las categorías superiores, parecía desarrollarse, hasta el momento, sin rozamiento. Tal vez se libraban oscuras y

terribles luchas de poder en el ámbito cerrado de los investigadores de biofísica molecular; sin embargo, Bruno lo dudaba.

—Tienes una visión muy negra de la vida... —dijo Christiane, poniendo fin a un silencio que empezaba a pesar. —Nietzscheana —precisó Bruno—. Más bien nietzscheana barata —añadió—. Voy a leerte un poema. Sacó un cuaderno del bolsillo y recitó los siguientes versos:

Siempre la misma chorrada
del eterno retorno y todo ese bla bla.
Mientras yo bebo leche merengada
en la terraza del Zarathoustra.

—Ya sé lo que hay que hacer —dijo ella después de otro silencio—.

Vamos al sector naturista de Cap d'Agde a acostarnos con todo el mundo. Hay enfermeras holandesas, funcionarios alemanes, todos muy correctos, burgueses, tipo países nórdicos o Benelux. ¿Por qué no nos acostamos con policías luxemburgueses?

—Ya no me quedan vacaciones.

—A mí tampoco, tengo que volver el martes; pero todavía necesito vacaciones. Estoy harta de enseñar, los niños son idiotas. Tú también necesitas vacaciones, y te hace falta disfrutar con montones de mujeres distintas. Y eso es posible. Ya sé que no te lo crees, pero te digo que es posible. Tengo un amigo médico que nos puede dar la baja a los dos.

Llegaron a la estación de Adge el lunes por la mañana, y fueron en taxi al sector naturista. Christiane llevaba poquísimo equipaje, no había tenido tiempo de volver a Noyon. «Voy a tener que mandarle dinero a mi hijo», dijo. «Me desprecia, pero voy a tener que mantenerlo algunos años. Sólo temo que se vuelva violento. Va con gente muy rara, musulmanes, nazis..., si se matara con la moto lo pasaría mal, pero creo que me sentiría más libre.»

Ya estaban en septiembre y encontraron alojamiento con facilidad.

El complejo naturista de Cap d'Adge, dividido en cinco residencias construidas en los años setenta y principios de los ochenta, tiene una capacidad hotelera de diez mil plazas, un récord mundial. Su apartamento, con 22 m2 de superficie, tenía un salón–dormitorio con un sofá cama, cocina americana, dos literas individuales, baño, váter separado y terraza. La capacidad máxima era de cuatro personas, normalmente una pareja con dos hijos. Enseguida se sintieron a gusto. Orientada al oeste, la terraza daba al puerto de recreo y permitía tomar el aperitivo aprovechando los últimos rayos del sol poniente.

Aunque dispone de tres centros comerciales, un mini–golf y alquiler de bicicletas, el principal atractivo para los veraneantes de la estación naturista de Cap d'Agde son los placeres, más elementales, de la playa y el sexo. En definitiva, constituye el lugar de una proposición sociológica especial, tanto más sorprendente cuanto que sus referencias no provienen de un código preestablecido, sino que se basan simplemente en iniciativas individuales convergentes. Al menos eso era lo que Bruno decía al comienzo de un artículo en el que resumía sus dos semanas de veraneo, titulado «LAS DUNAS DE LA PLAYA DE MARSEILLAN: PARA UNA ESTÉTICA DE LA BUENA VOLUNTAD». La revista *Esprit* rechazó, con razón, el artículo.

«Lo que sorprende nada más llegar a Cap d'Agde», escribió Bruno, «es la coexistencia de lugares de consumo banales, en todo semejantes a los que se encuentran en el conjunto de las estaciones balnearias europeas, y otros comercios específicamente dedicados al libertinaje y el sexo. Por ejemplo, es sorprendente ver reunidos una panadería, un pequeño supermercado y una tienda de ropa que sólo vende microfaldas transparentes, lencería de látex y vestidos que dejan al descubierto los senos y las nalgas. También sorprende ver a las mujeres y a las parejas, con o sin niños, husmeando entre las secciones, moverse con toda naturalidad entre los diferentes productos. Así mismo resulta asombroso que los quioscos de prensa de la estación vendan, además de los periódicos y revistas habituales, una selección particularmente

amplia de revistas de contacto y pornográficas, así como diversos artilugios eróticos, sin que nada de todo esto suscite la menor reacción entre los consumidores.

»Por lo general, los centros de vacaciones institucionales están repartidos a lo largo de un eje que va del estilo "familiar" (Mini Club, Kid's Club, calienta–biberones, mesas para cambiar pañales) al estilo "joven" (deportes de ruedas y deslizamiento, veladas animadas para los trasnochadores, no recomendado a menores de doce años). Por su clientela en gran parte familiar, por la importancia que da al ocio sexual sin encajarlo en el contexto corriente del "ligue", el centro naturista de Cap d'Agde escapa a esa dicotomía. Y tampoco se parece, cosa que también sorprende al visitante, a los centros naturistas tradicionales. Éstos hacen hincapié en una concepción "sana" de la desnudez, excluyendo cualquier interpretación sexual directa; impera la alimentación biológica, el tabaco está prácticamente prohibido. Los participantes, que suelen tener una sensibilidad ecologista, se reúnen para practicar actividades como el yoga, la pintura sobre seda, las gimnasias orientales; se adaptan de buena gana a un hábitat rudimentario en un emplazamiento salvaje. Por el contrario, los apartamentos del Cap cumplen sobradamente las normas estándar de comodidad en las estaciones de vacaciones; la naturaleza está presente, sobre todo en forma de césped y arriates de flores. Y la restauración, clásica, reúne pizzerias, marisquerías, freidurías y heladerías. Me atrevo a decir que hasta la desnudez parece tener un carácter distinto. En un centro naturista tradicional, es obligatoria cada vez que las condiciones atmosféricas lo permiten; esta obligación es objeto de una rigurosa vigilancia, y va acompañada por una viva reprobación de cualquier comportamiento que pueda calificarse de mirón. Por el contrario, en Cap d'Agde, uno asiste a la coexistencia pacífica, tanto en supermercados como en bares, de gran variedad de atuendos, que van desde la desnudez integral a la vestimenta tradicional, pasando por la ropa de vocación abiertamente erótica (minifaldas de rejilla, lencería, ligueros). Los mirones están tácitamente permitidos: es corriente ver en la playa a los hombres pararse delante de los sexos femeninos que se ofrecen a su mirada; muchas mujeres dan a esta contemplación un carácter aún más íntimo mediante la depilación, que facilita el examen del clítoris y de los labios mayores. Todo esto crea, incluso si uno no toma parte en las actividades específicas del centro, un clima muy especial, tan alejado del ambiente erótico y narcisista de las discotecas italianas como de la atmósfera "equívoca" propia de los barrios calientes de las grandes ciudades. En resumen, se trata de una estación balnearia clásica, más bien educada, con la salvedad de que los placeres del sexo ocupan un lugar importante y admitido. Es tentador hablar de ambiente sexual "socialdemócrata", sobre todo porque el turismo extranjero, muy numeroso, es sobre todo alemán, con un fuerte contingente holandés y escandinavo.»

Al segundo día, Bruno y Christiane conocieron en la playa a una pareja, Rudi y Hannelore, que les ayudó a entender mejor el funcionamiento sociológico del lugar. Rudi era técnico en un centro de seguimiento de satélites, que controlaba sobre todo el posicionamiento geoestacionario del satélite de telecomunicaciones Astra; Hannelore trabajaba en una importante librería de Hamburgo. Eran habituales del Cap d'Agde desde hacía diez años; tenían dos hijos pequeños, pero ese año habían decidido dejarlos con los padres de Hannelore para escaparse una semana los dos solos. Esa misma noche cenaron los cuatro en un restaurante de pescados que ofrecía una excelente bullabesa. Bruno y Rudi penetraron sucesivamente a Hannelore, mientras ésta lamía el sexo de Christiane; luego las dos mujeres intercambiaron posiciones. Después Hannelore le hizo una felación a Bruno. Tenía un cuerpo muy hermoso, metido en carnes pero firme, obviamente cuidado a base de practicar deporte. Además, chupaba con mucha sensibilidad; desgraciadamente, Bruno se sentía tan excitado por la situación que se corrió un poco pronto. Rudi, más experimentado, consiguió retener la eyaculación veinte minutos mientras Hannelore y Christiane se la mamaban a la vez, entrecruzando amistosamente las lenguas sobre el glande. Hannelore propuso un vaso de kirsch para concluir la velada.

Las dos discotecas para parejas que había en el centro contaban bastante poco en la vida libertina de la pareja alemana. El *Cléopâtre* y el *Absolu* sufrían la dura competencia del *Extasia*, que estaba fuera del perímetro naturista, en el término municipal de Marseillan:

dotado de un equipamiento espectacular (*black room, peep room*, piscina climatizada, jacuzzi y, desde hacía poco, la *mirror room* más bella de Languedoc–Roussillon), el *Extasia*, lejos de dormirse en los laureles que consiguió a principios de los años setenta, situado además en un marco encantador, supo conservar su estatus de «discoteca mítica». No obstante, Hannelore y Rudi propusieron ir al *Cléopâtre* la noche siguiente. Más pequeño, caracterizado por un ambiente cálido y simpático, el *Cléopâtre* era, según ellos, un excelente punto de partida para una pareja novel, y además estaba justo en mitad de la estación: la ocasión de tomar una copa relajada entre amigos después de cenar; la ocasión para las mujeres de probarse en un ambiente simpático la ropa erótica que acababan de comprar.

Rudi pasó de nuevo la botella de kirsch. Ninguno de los cuatro se había vestido. Bruno se dio cuenta, maravillado, de que volvía a tener una erección, menos de una hora después de correrse entre los labios de Hannelore; lo comentó con palabras impregnadas de ingenuo entusiasmo. Muy conmovida, Christiane empezó a hacerle una paja ante la mirada enternecida de sus nuevos amigos. Al final, Hannelore se acuclilló entre sus muslos y se la chupó mientras Christiane seguía acariciándola. Un poco achispado, Rudi repetía maquinalmente: «*Gut..., gut...*» Se separaron medio borrachos, pero de excelente humor. Bruno le habló a Christiane del Club de los Cinco, la semejanza entre ella y la imagen que desde siempre había tenido de Anne; ya sólo faltaba, según él, el valiente perro Tim.

Al día siguiente, por la tarde, fueron juntos a la playa. El cielo estaba azul y hacía mucho calor para ser septiembre. Bruno se dijo que era agradable pasear, desnudos los cuatro, a lo largo de la orilla; era agradable saber que cada cual se esforzaría, en la medida de sus posibilidades, por darle placer a los demás.

Con más de tres kilómetros de largo, la playa naturista de Cap d'Agde tiene una pendiente suave, lo que permite incluso a los niños pequeños bañarse sin peligro. Por otro lado, la mayor parte está reservada al baño en familia y a los juegos deportivos (windsurf, badminton, cometas). Rudi explicó que todo el mundo admite tácitamente que las parejas en busca de una experiencia libertina se van a la parte oriental de la playa, un poco más allá del quiosco de Marseillan. Las dunas, contenidas con empalizadas, forman allí un ligero desnivel. Desde la cima se ve a un lado la playa, que baja suavemente hacia el mar, y al otro una zona más accidentada compuesta de dunas y terreno liso, con algunos bosquecillos de encinas. Se instalaron en el lado de la playa, justo debajo del desnivel formado por las dunas. Allí, en un espacio restringido, se concentraban por lo menos doscientas parejas; en medio había algunos hombres solos; otros paseaban por la línea de dunas, vigilando alternativamente los dos lados.

«Durante las dos semanas de nuestra estancia, fuimos a esa playa todas las tardes», seguía Bruno en su artículo. «Desde luego, es posible morir, pensar en la muerte, y mirar con severidad los placeres humanos. Si rechazamos esta posición extremista, las dunas de la playa de Marseillan son —y eso es lo que me propongo demostrar— el lugar adecuado para una proposición humanista, que intenta aumentar al máximo el placer de cada uno sin crear un sufrimiento moral insoportable a nadie. El placer sexual (el más intenso que conoce el ser humano) se apoya sobre todo en las sensaciones táctiles, especialmente en la excitación racional de zonas epidérmicas concretas cubiertas de corpúsculos de Krause, a su vez vinculados a neuronas capaces de desencadenar en el hipotálamo una fuerte descarga de endorfinas. Gracias a la sucesión de las generaciones culturales, a este sistema simple se le superpone en el neocórtex una construcción mental más compleja que recurre a los *fantasmas* y (sobre todo en las mujeres) al *amor*. Las dunas de la playa de Marseillan, al menos ésta es mi hipótesis, no deben considerarse como el lugar de una exacerbación irracional de las fantasías sino, al contrario, como un dispositivo que reequilibra los juegos sexuales, el soporte geográfico de una tentativa de retorno a la normalidad, principalmente sobre la base de un principio de *buena voluntad*. Concretamente, cada una de las parejas reunidas en el espacio que separa la línea de dunas de la orilla del agua puede tomar la iniciativa de contactos sexuales públicos; a menudo la mujer le hace una paja o se la mama a su compañero, que suele devolverle el favor. Las parejas vecinas observan esas caricias con especial atención, se acercan para ver mejor, poco a poco imitan su ejemplo. Así, a partir de la pareja inicial se

propaga rápidamente por la playa una ola de caricias y lujuria increíblemente excitante. Conforme aumenta el frenesí sexual, muchas parejas se acercan para entregarse a contactos de grupo; pero es importante observar que cada contacto requiere un consentimiento previo, la mayoría de las veces explícito. Cuando una mujer desea sustraerse a una caricia no deseada lo indica con mucha sencillez, con un simple movimiento de la cabeza, provocando de inmediato en el hombre disculpas ceremoniosas y casi cómicas.

»La extrema corrección de los participantes masculinos sorprende aún más cuando uno se aventura hacia el interior, más allá de la línea de dunas. Esta zona está tradicionalmente reservada a los aficionados al *gang bang* y a la pluralidad masculina. También allí el germen inicial lo constituye una pareja que se entrega a una caricia íntima, normalmente una felación. Enseguida se ven rodeados por diez o veinte hombres solos. Sentados, de pie o en cuclillas, asisten a la escena y se masturban. A veces las cosas no van más lejos, la pareja vuelve a su abrazo inicial y los espectadores se dispersan poco a poco. A veces, con un gesto de la mano, la mujer indica que desea masturbar, mamar o ser penetrada por otros hombres. Ellos se suceden entonces, sin ninguna precipitación especial. Cuando quiere dejarlo, ella lo indica también con un simple gesto. Nadie dice una palabra; se oye claramente el viento que silba entre las dunas, doblando los macizos de hierba. A veces no sopla el viento; entonces hay un silencio total, roto únicamente por los jadeos del placer.

»No trato de pintar la estación naturista de Cap d'Agde bajo el aspecto idílico de no sé qué falansterio fourierista. En Cap d'Agde, como en cualquier otra parte, una mujer con un cuerpo joven y armonioso o un hombre seductor y viril se ven rodeados de proposiciones halagadoras. Y en Cap d'Agde, como en todas partes, un individuo obeso, viejo o poco agraciado está condenado a la masturbación, salvo que esta actividad, por lo general proscrita en los lugares públicos, aquí se mira con amable condescendencia. Lo que sorprende, a pesar de todo, es que actividades sexuales tan diversas, mucho más excitantes que cualquier película pornográfica, puedan tener lugar sin engendrar la menor violencia ni faltar en lo más mínimo a la cortesía. Por mi parte, introduciría de nuevo la noción de "sexualidad socialdemócrata" y tendería a ver en ese hecho una aplicación insólita de esas mismas cualidades de disciplina y respeto a cualquier contrato que han permitido a los alemanes librar dos guerras mundiales con una generación de intervalo, para luego reconstruir, en mitad de un país en ruinas, una economía fuerte y exportadora. A este respecto, sería interesante confrontar a los nativos de países en que se han honrado desde siempre esos mismos valores culturales (Japón, Corea) con las proposiciones sociológicas puestas en práctica en Cap d'Agde. En cualquier caso, esta actitud respetuosa y legalista que asegura a cada cual, siempre que cumpla los términos del contrato, múltiples momentos de tranquilo placer, parece tener un gran poder de convicción, porque se impone sin dificultad ni códigos explícitos a los elementos minoritarios presentes en la estación (horteras languedocianos del Frente Nacional, delincuentes árabes, italianos de Rimini).»

Bruno interrumpió aquí el artículo, tras una semana de estancia. Lo que le quedaba por decir era más tierno, más delicado, más incierto. Se habían acostumbrado, después de pasar la tarde en la playa, a tomar un aperitivo a las siete. El bebía Campari; Christiane solía tomar un Martini blanco. Bruno miraba los reflejos del sol sobre las paredes (blancas en el interior, ligeramente rosadas en el exterior). Le gustaba ver a Christiane andar desnuda por el apartamento mientras iba a por el hielo o las aceitunas. Lo que sentía era extraño, muy extraño: respiraba con más facilidad, a veces se quedaba minutos enteros sin pensar, ya no tenía tanto miedo. Una tarde, ocho días después de su llegada, le dijo a Christiane: «Creo que soy feliz.» Ella se detuvo en seco, con la mano crispada en la bandeja del hielo, y dejó escapar el aire lentamente. Él continuó:

—Quiero vivir contigo. Tengo la impresión de que ya está bien, que ya hemos sido lo bastante desgraciados durante demasiado tiempo. Luego vendrán la enfermedad, la invalidez y la muerte. Pero creo que podemos ser felices juntos hasta el final. En cualquier caso, tengo ganas de intentarlo. Creo que te quiero.

Christiane se echó a llorar. Más tarde, delante de un plato de mariscos en el *Neptune*, intentaron considerar el lado práctico del asunto.

Ella podía ir a París todos los fines de semana, eso era fácil; pero seguro que le resultaría muy difícil conseguir un traslado. Teniendo en cuenta la pensión alimenticia, el sueldo de Bruno no daba para los dos. Y además estaba el hijo de Christiane; también por eso habría que esperar. Pero de todos modos era posible; por primera vez después de tantos años, algo parecía posible.

Al día siguiente, Bruno le escribió a Michel una carta breve y emocionada. Decía que era feliz, lamentaba que nunca hubieran conseguido entenderse del todo. Deseaba que, en la medida de lo posible, él también encontrase alguna forma de felicidad. Firmaba: « *Tu hermano, Bruno*.»

17

La carta le llegó a Michel en plena crisis de desaliento teórico. Según la hipótesis de Margenau, la conciencia individual se podía comparar a un campo de probabilidades en un espacio de Fock, definido como suma directa de espacios de Hilbert. En principio, este espacio podía construirse a partir de los acontecimientos electrónicos elementales que tienen lugar en las micrositas sinápticas. Por lo tanto, el comportamiento normal era como una deformación elástica del campo, el acto libre como un desgarramiento: pero ¿en qué topología? No era en absoluto evidente que la topología natural de los espacios hilbertianos permitiera dar cuenta de la aparición del acto libre; ni siquiera estaba seguro de que fuera posible plantear el problema actualmente, salvo en términos exageradamente metafóricos. Sin embargo, Michel estaba convencido de que era indispensable un nuevo marco conceptual. Todas las noches, antes de apagar su ordenador, hacía una búsqueda en Internet para ver los resultados experimentales publicados en la jornada. Los leía a la mañana siguiente, comprobaba que los centros de investigación de todo el mundo parecían avanzar cada vez más a ciegas, con un empirismo carente de sentido. Ningún resultado permitía llegar a la menor conclusión, ni siquiera formular una mínima hipótesis teórica. La conciencia individual aparecía bruscamente, sin motivo aparente, en mitad de las razas animales; no cabía duda de que precedía ampliamente al lenguaje. Con su finalismo inconsciente, los darwinianos hacían hincapié, como de costumbre, en las hipotéticas ventajas selectivas relacionadas con su aparición, y como de costumbre eso no explicaba nada, era sólo una amable reconstrucción mítica; pero el principio antrópico no era más convincente. El mundo se había regalado un ojo capaz de contemplarlo, un cerebro capaz de comprenderlo; sí, ¿y qué? Eso no aportaba nada a la comprensión del fenómeno. En lagartos poco especializados como el *Lacerta agilis* se había podido detectar una conciencia de sí, ausente en los nematodos; seguramente implicaba la presencia de un sistema nervioso central y algo más. Ese algo seguía siendo absolutamente misterioso; no parecía que la aparición de la conciencia pudiera relacionarse con ningún antecedente anatómico, bioquímico o celular; era desalentador.

¿Qué habría hecho Heisenberg? ¿Qué habría hecho Niels Bohr? Distanciarse, reflexionar; pasear por el campo, escuchar música. Lo nuevo nunca surgía por simple interpolación de lo antiguo; las informaciones se sumaban a las informaciones como puñados de arena, definidas de antemano en su naturaleza por el marco conceptual que delimita el campo experimental; ahora, más que nunca, necesitaban un nuevo punto de vista.

Los días eran cálidos y breves, y pasaban tristemente. La noche del 15 de septiembre, Michel tuvo un sueño inusitadamente agradable. Estaba con una niña que cabalgaba por el bosque, rodeada de flores y mariposas (al despertar se dio cuenta de que esta imagen, que había resurgido al cabo de treinta años, era la de los títulos del Príncipe Zafiro, un culebrón que veía los domingos por la tarde en casa de su abuela, y que llegaba con tanta precisión al corazón). Un momento después caminaba solo en mitad de un valle inmenso, sembrado de altas hierbas. No veía el horizonte, las colinas verdes parecían extenderse hasta el infinito bajo un cielo luminoso, de un hermoso gris claro. Pero seguía andando, sin vacilación ni prisa; sabía que a

algunos metros bajo sus pies fluía una corriente subterránea, y que sus pasos le conducirían inevitablemente, por instinto, a lo largo del río. A su alrededor, el viento hacía ondular las hierbas.

Cuando despertó se sentía contento y activo como nunca lo había estado desde que dejó de trabajar, más de dos meses antes. Salió, torció por la avenida Émile Zola, caminó entre los tilos. Estaba solo, pero no sufría por ello. Se detuvo en la esquina de la rue des Entrepreneurs. Estaban abriendo la tienda *Zolacolor*, las dependientas asiáticas se instalaban en las cajas; iban a dar las nueve. El cielo estaba extrañamente claro entre las torres de Beaugrenelle; nada de todo aquello tenía salida. A lo mejor debía hablar con su vecina de enfrente, la chica de *20 Ans*. Al trabajar en una revista de información general y estar al tanto de los hechos de sociedad, lo más probable es que conociera los mecanismos de adhesión al mundo; tampoco le resultarían desconocidos los factores psicológicos; seguramente esa chica tenía mucho que enseñarle. Regresó a grandes zancadas, casi a la carrera, subió de un tirón los pisos hasta el apartamento de su vecina. Dio tres timbrazos muy largos. Nadie contestó. Desamparado, volvió a su propio edificio; delante del ascensor se interrogó sobre sí mismo. ¿Era depresivo, y tenía sentido preguntárselo? Desde hacía unos años el barrio estaba lleno de carteles llamando a la vigilancia y la lucha contra el Frente Nacional. La extrema indiferencia que él manifestaba por este asunto, tanto en uno como en otro sentido, era en sí misma un síntoma inquietante. La tradicional *lucidez de los depresivos*, descrita a menudo como un desinterés radical por las preocupaciones humanas, se manifiesta ante todo como una falta de implicación en los asuntos que realmente son poco interesantes. De hecho, es posible imaginar a un depresivo enamorado, pero un depresivo patriota resulta inconcebible.

Al entrar en la cocina pensó que la creencia en una determinación libre y racional de las acciones humanas, y especialmente en una determinación libre y racional de las elecciones políticas individuales, fundamento natural de la democracia, era seguramente el resultado de una confusión entre libertad e imprevisibilidad. Las turbulencias de la marea junto al pilar de un puente son estructuralmente imprevisibles; pero a nadie se le ocurriría calificarlas de *libres* por esa razón. Se sirvió un vaso de vino blanco, corrió las cortinas y se tumbó para reflexionar. Las ecuaciones de la teoría del caos no hacían ninguna referencia al entorno físico en que tenían lugar sus manifestaciones; esta ubicuidad les permitía encontrar aplicaciones tanto en hidrodinámica como en genética de poblaciones, en metereología y en sociología de grupos. El poder de modelización morfológica era bueno, pero la capacidad de predicción era casi nula. Por el contrario, las ecuaciones de la mecánica cuántica permitían prever el comportamiento de los sistemas microfísicos con una precisión maravillosa; incluso total, si uno renunciaba a cualquier esperanza de retorno a una ontología material. Era cuando menos prematuro, y quizá imposible, establecer un puente matemático entre ambas teorías. Sin embargo, Michel estaba convencido de que la formación de atractores en la red evolutiva de las neuronas y las sinapsis era la clave para explicar las opiniones y las acciones humanas.

Mientras buscaba una fotocopia de publicaciones recientes, se dio cuenta de que llevaba más de una semana sin acordarse de abrir el correo. Había más publicidad que otra cosa, claro. La firma TMR quería crear, con la inauguración del *Costa Romántica*, una nueva norma institucional en el ámbito de los cruceros de lujo. Describían el barco como un *auténtico paraíso flotante*. Así podían ser —sólo dependía de él— los primeros momentos de su crucero: «Para empezar entrará en el gran vestíbulo inundado de sol, bajo la inmensa cúpula de vidrio. Podrá subir a la cubierta superior en los ascensores panorámicos. Allí, desde la inmensa cristalera de proa, podrá contemplar el mar *como en una pantalla gigante*.» Apartó la documentación, prometiéndose estudiarla más a fondo. Pasear por la cubierta superior, contemplar el mar a través de una pared transparente, navegar durante semanas bajo un cielo inmutable... ¿Por qué no? Durante ese tiempo, Europa occidental bien podría desaparecer bajo un bombardeo. Él desembarcaría, fresco y moreno, en un nuevo continente.

Mientras tanto había que vivir, y eso podía hacerse de un modo alegre, inteligente y responsable. En su última entrega, el *boletín de noticias del Monoprix* hacía más hincapié que nunca en la acción ciudadana. Una vez más, el editorialista luchaba con la idea preconcebida

de que la gastronomía y la forma física fueran incompatibles. A través de sus líneas de productos, sus marcas, la escrupulosa elección de cada una de sus referencias, todas las iniciativas del Monoprix desde el momento de su creación testimoniaban la convicción exactamente opuesta. «El equilibrio es posible para todos, y enseguida», afirmaba el redactor sin la menor vacilación. Tras esta primera página tan belicosa, incluso comprometida, el resto de la publicación se dedicaba alegremente a los consejos astutos, a los juegos educativos, a los «¿sabía que...?». Gracias a ellos, Michel pudo calcular su consumo diario de calorías. En las últimas semanas no había barrido, ni planchado, ni nadado, ni jugado al tenis, ni hecho el amor; las tres únicas actividades que podía señalar con una cruz eran estar sentado, estar acostado y dormir. Terminados los cálculos, sus necesidades se elevaban a 1.750 kilocalorías/día. Bruno, según su carta, había nadado y hecho el amor muy a menudo. Volvió a hacer el cálculo con esos nuevos datos: las necesidades energéticas aumentaban a 2.700 kilocalorías/día.

Había otra carta que venía de la alcaldía de Crécy-en-Brie. A causa de las obras de ampliación de una estación de autobuses, había que reorganizar el cementerio municipal y trasladar algunas tumbas, entre ellas la de su abuela. Según el reglamento, un miembro de la familia debía asistir al traslado de los restos. Podía pedir cita en el servicio de concesiones funerarias entre las diez y media y las doce de la mañana.

18

REENCUENTROS

Habían sustituido el ferrobús de Crecy-la-Chapelle por un tren de cercanías. El pueblo mismo había cambiado mucho. Se detuvo en la place de la Gare y miró con sorpresa a su alrededor. Un hipermercado Casino se había instalado en la avenida del General Leclerc, a la salida de Crécy. Veía por todas partes chalets y edificios nuevos.

El teniente de alcalde le explicó que la cosa empezó con la inauguración de Eurodisney, y sobre todo con la prolongación del RER hasta Marne-la-Vallée. Muchos parisinos habían decidido irse a vivir allí; el precio de los terrenos casi se había triplicado, los últimos agricultores habían vendido sus granjas. Ahora tenían un gimnasio, un polideportivo, dos piscinas. Algunos problemas de delincuencia, pero no más que en cualquier otro sitio.

Sin embargo, mientras se dirigía al cementerio bordeando las casas antiguas y los canales intactos, Michel experimentó ese sentimiento ambiguo y triste que aparece cuando uno vuelve a pisar los lugares de su infancia. Atravesó el camino de ronda y se encontró frente al molino. El banco en que a Annabelle y a él les gustaba sentarse al salir de clase seguía allí. Grandes peces nadaban a contracorriente en las aguas oscuras. El sol apareció fugazmente entre dos nubes.

El hombre esperaba a Michel junto a la entrada del cementerio. —Usted es el... —Sí. ¿Cuál era la palabra moderna para «sepulturero»? Llevaba en las manos una pala y una bolsa grande de plástico negro. Michel le siguió. —No tiene por qué mirar... —gruñó el hombre, acercándose a la tumba abierta.

La muerte es difícil de entender; el ser humano se resigna siempre de mala gana a hacerse una idea exacta de ella. Michel había visto el cadáver de su abuela veinte años antes, la había besado por última vez. Sin embargo, desde la primera ojeada le sorprendió lo que descubrió en la excavación. Habían enterrado a su abuela en un ataúd; no obstante, en la tierra recién removida sólo quedaban astillas, alguna plancha podrida, cosas blancas más indistintas. Cuando fue consciente de lo que tenía ante los ojos volvió rápidamente la cabeza, obligándose a mirar en la dirección opuesta; pero era demasiado tarde. Había visto el cráneo sucio de tierra, con las órbitas vacías, del que colgaba una melena blanca. Había visto las vértebras desparramadas, mezcladas con la tierra. Había comprendido.

Mientras seguía metiendo los restos en la bolsa de plástico, el hombre le echó una mirada a Michel, postrado a su lado. —Siempre igual... —gruñó—. No pueden evitarlo, tienen que

mirar. ¡Un ataúd no dura veinte años! —Había una especie de cólera en su voz. Michel se quedó a unos pasos de distancia mientras el hombre trasladaba el contenido de la bolsa al nuevo emplazamiento. Cuando éste acabó, se enderezó y se acercó. —¿Se encuentra bien? —preguntó. Michel asintió—. La lápida la trasladarán mañana. Tiene que firmarme el registro.

De modo que era así. Al cabo de veinte años era así. Huesos mezclados con tierra; y la masa de cabellos blancos, increíblemente *numerosos* y vivientes. Volvió a ver a su abuela bordando delante del televisor, andando hacia la cocina. Era así. Al pasar delante del Bar des Sports, se dio cuenta de que estaba temblando. Entró y pidió un pastis. Al sentarse, tomó conciencia de que la decoración era muy diferente de la que recordaba. Había un billar americano, máquinas de videojuegos, una televisión con el canal MTV, que estaba emitiendo vídeos musicales. Había una portada de *Newlook* en la pared, a modo de cartel publicitario; los titulares hablaban de las fantasías de Zara Whites y el gran tiburón blanco de Australia. Poco a poco se quedó ligeramente adormilado.

Fue Annabelle la que le reconoció primero. Acababa de pagar un paquete de tabaco y se dirigía a la salida cuando le vio hundido en la banqueta. Dudó dos o tres segundos y luego se acercó. El alzó los ojos. «Qué sorpresa...», dijo ella en voz baja; después se sentó frente a él. Apenas había cambiado. Seguía teniendo la cara increíblemente lisa y pura, el pelo seguía siendo de un rubio luminoso; parecía imposible que tuviera cuarenta años, aparentaba como máximo veintisiete o veintiocho.

Estaba en Crécy por motivos semejantes a los suyos. —Mi padre murió hace una semana —dijo—. Un cáncer de intestino. Fue largo, penoso y terriblemente doloroso. Me quedé un poco para ayudar a mamá. Pero vivo en París..., como tú.

Michel bajó los ojos, hubo un momento de silencio. En la mesa de al lado dos jóvenes hablaban de karate.

—Vi a Bruno por casualidad hace tres años en un aeropuerto. Me dijo que eras investigador, un hombre importante y conocido en tu medio. También me dijo que no te habías casado. Lo mío es menos brillante, soy bibliotecaria en una biblioteca municipal. Tampoco me he casado. He pensado en ti muchas veces. Te odié cuando no contestaste a mis cartas. Hace veintitrés años, pero a veces todavía me acuerdo.

Ella le acompañó a la estación. Caía la noche, eran casi las seis. Se detuvieron en el puente que cruzaba el Grand Morin. Había plantas acuáticas, castaños y sauces; el agua era verde y tranquila. A Corot le gustaba ese paisaje, lo había pintado muchas veces. Un viejo inmóvil en su jardín parecía un espantapájaros. —Ahora estamos en el mismo punto —dijo Annabelle—. A la misma distancia de la muerte.

Se subió al estribo para besar a Michel en las mejillas justo antes de que arrancara el tren. «Volveremos a vernos», dijo él. Ella contestó: «Sí.»

Annabelle le invitó a cenar el sábado siguiente. Vivía en un pequeño estudio en la rue Legendre. El espacio estaba escrupulosamente calculado, pero reinaba una atmósfera cálida; el techo y las paredes estaban revestidos de madera oscura, como en la cabina de un barco. —Vivo aquí desde hace ocho años —dijo ella—. Me mudé cuando aprobé las oposiciones a la biblioteca. Antes trabajaba en la primera cadena de televisión, en el servicio de coproducciones. Estaba harta, no me gustaba el medio. Al cambiar de trabajo me quedé con la tercera parte de sueldo, pero es mejor. Estoy en la biblioteca municipal del distrito XVII, en la sección infantil.

Había hecho curry de cordero y lentejas indias. Michel habló poco durante la cena. Le preguntó a Annabelle cosas sobre su familia. Su hermano mayor se había hecho cargo de la empresa paterna. Se había casado, había tenido tres hijos; un niño y dos niñas. Por desgracia, la empresa tenía problemas, la competencia en el campo de la óptica de precisión se había vuelto muy dura, había tenido que declararse en quiebra varias veces; se consolaba bebiendo pastis y votando a Le Pen. Su hermano pequeño había entrado en la sección de marketing de L'Oreal; hacía poco que le habían destinado a Estados Unidos como jefe de la sección de

marketing en Norteamérica; le veían bastante poco. Estaba divorciado y no tenía hijos. Dos destinos diferentes, pero casi igualmente sintomáticos.

—No he tenido una vida feliz —dijo Annabelle—. Creo que le concedía demasiada importancia al amor. Me entregaba con demasiada facilidad, los hombres me dejaban tirada en cuanto conseguían lo que querían, y yo lo pasaba mal. Los hombres no hacen el amor porque estén enamorados, sino porque están excitados; me hicieron falta años para comprender un hecho tan obvio y tan simple. Toda la gente que me rodeaba vivía así, me movía en un medio liberado; pero no sentía el menor placer provocando o seduciendo. Hasta la sexualidad terminó asqueándome; ya no soportaba sus sonrisas de triunfo cuando me quitaba el vestido, sus caras de idiota cuando se corrían, y menos aún sus groserías una vez acabado el acto. Eran despreciables, pusilánimes y pretenciosos. Al final resulta penoso que te consideren ganado intercambiable, aunque a mí me considerasen una buena pieza por ser estéticamente irreprochable y se sintieran orgullosos de llevarme a un restaurante. Sólo una vez creí que la cosa iba en serio y me fui a vivir con un tipo. Era actor, tenía un físico muy interesante, pero no conseguía abrirse camino; y era sobre todo yo la que pagaba las facturas del apartamento. Vivimos dos años juntos, me quedé embarazada. Él me pidió que abortara. Lo hice, pero al volver del hospital supe que se había acabado todo. Me separé de él esa misma noche y me instalé durante cierto tiempo en un hotel. Tenía treinta años, era mi segundo aborto y estaba completamente harta. Era en 1988, todo el mundo empezaba a ser consciente de los peligros del sida; yo lo viví como una liberación. Me había acostado con docenas de hombres y ninguno merecía que lo recordase. Hoy pensamos que hay una época de la vida en la que uno sale y se divierte; después aparece la imagen de la muerte. Todos los hombres que he conocido tenían terror a envejecer, no paraban de pensar en su edad. Esa obsesión por la edad empieza muy pronto, la he visto en gente de veinticinco años, y luego no hace más que empeorar. Decidí parar, dejar el juego. Llevo una vida tranquila, sin alegría. Por las noches leo, me hago infusiones, bebidas calientes.

Todos los fines de semana voy a casa de mis padres, paso mucho tiempo con mi sobrino y mis sobrinas. Cierto que necesito un hombre, que a veces tengo miedo de noche y que me cuesta trabajo dormirme. Están los tranquilizantes, los somníferos; pero eso no basta del todo. En realidad, me gustaría que la vida pasara muy deprisa. Michel guardó silencio; no estaba sorprendido. La mayoría de las mujeres tienen una adolescencia exaltada, se interesan mucho por los chicos y el sexo; poco a poco se cansan, tienen cada vez menos ganas de abrir las piernas, de curvar la espalda y presentar el culo; buscan una relación tierna que no encuentran, una pasión que ya no son realmente capaces de sentir; entonces empiezan para ellas los años difíciles.

Una vez abierto, el sofá cama ocupaba casi todo el espacio disponible. —Es la primera vez que lo utilizo —dijo ella. Se acostaron uno junto al otro, y se abrazaron.

—Hace mucho tiempo que no tomo anticonceptivos, y no tengo preservativos en casa. ¿Tienes tú?

—No... —La idea le hizo sonreír.

—¿Quieres que te lo haga con la boca?

Él lo pensó un momento y al final dijo que sí. Era agradable, pero el placer no era muy intenso (en el fondo nunca lo había sido; el placer sexual, tan agudo para algunos, para otros es moderado y casi insignificante; ¿es una cuestión de educación, de conexiones neuronales o de qué?). Esta felación era, sobre todo, conmovedora: era el símbolo del reencuentro y de su destino interrumpido. Pero luego fue maravilloso abrazar a Annabelle cuando se dio la vuelta para dormir. Tenía un cuerpo flexible y suave, tibio e indefinidamente liso; una cintura muy fina, caderas anchas, senos pequeños y firmes. El deslizó una pierna entre las de ella, puso las manos en su vientre y en sus senos; en aquella dulzura, aquella calidez, se sentía al principio del mundo. Se durmió casi inmediatamente.

Lo primero que vio fue a un hombre, una zona vestida del espacio; sólo su cara estaba al descubierto. En el centro de la cara brillaban los ojos; la expresión era difícil de descifrar. Frente a él había un espejo. Al mirar por primera vez en el espejo, el hombre había tenido la impresión de caer al vacío. Pero se había sentado y había considerado su imagen en sí misma,

como una forma mental independiente, comunicable a los demás; al cabo de un minuto, sintió una indiferencia relativa. Pero si volvía la cabeza unos segundos, tenía que empezar de cero; tenía que destruir otra vez, penosamente, ese sentimiento de identificación con su propia imagen, como si adaptara la vista a un objeto cercano. El yo es una neurosis intermitente, y al hombre le faltaba mucho para estar curado.

Después, vio una pared blanca en cuyo interior se formaban letras.

Poco a poco las letras cobraron densidad, componiendo en la pared un bajorrelieve en movimiento que latía con una pulsación repugnante. Primero se formó la palabra «PAZ», luego la palabra «GUERRA»; luego otra vez la palabra «PAZ». Después el fenómeno cesó de repente; la superficie de la pared volvió a ser lisa. El aire se convirtió en líquido y lo atravesó una ola; el sol era enorme y amarillo. Vio el lugar donde se formaba la raíz del tiempo. Esta raíz extendía sus prolongaciones por todo el universo: zarcillos nudosos cerca del centro, pegajosos y frescos en los extremos. Esos zarcillos encerraban, aprisionaban y aglutinaban las zonas del espacio.

Vio el cerebro del hombre muerto, zona del espacio, conteniendo el espacio.

Por último vio el conglomerado mental del espacio, y su contrario. Vio el conflicto mental que estructuraba el espacio, y su desaparición. Vio el espacio como una línea muy fina que separaba dos esferas. En la primera esfera estaba el ser y la separación; en la segunda esfera estaba el no ser y la desaparición individual. Tranquilamente, sin dudarlo, se dio la vuelta y se dirigió hacia la segunda esfera.

Soltó a Annabelle y se sentó en la cama. Ella respiraba con regularidad a su lado. Tenía un despertador Sony en forma de cubo que marcaba las 03.37. ¿Podría volver a dormirse? Tenía que hacerlo. Y había cogido los Xanax.

A la mañana siguiente, ella le preparó un café; para ella hizo té y tostadas. Era un hermoso día, aunque ya empezaba a hacer frío. Ella miró el cuerpo desnudo de Michel, extrañamente adolescente en su persistente delgadez. Tenían cuarenta años y era difícil creerlo. Sin embargo, ella ya no podía tener hijos sin correr serios riesgos de que nacieran con malformaciones genéticas; la potencia viril de él había disminuido mucho. Para los intereses de la especie eran dos individuos que envejecían, de mediocre valor genético. Ella había vivido: había tomado coca, había participado en orgías, había dormido en hoteles de lujo. Situada, por su belleza, en el epicentro de aquel movimiento de liberación de las costumbres que había caracterizado su juventud, lo había sufrido especialmente; y en definitiva casi se había dejado la vida en ello. Él, situado por indiferencia en la periferia de ese movimiento, de la vida humana, de todo, sólo había sido rozado superficialmente; se había conformado con ser un fiel cliente del Monoprix de su barrio y coordinar investigaciones en biología molecular. Estas existencias tan distintas habían dejado pocas huellas en sus cuerpos separados; pero la propia vida había llevado a cabo su obra de destrucción, había endeudado lentamente la capacidad reproductiva de sus células. Mamíferos inteligentes, que podrían haberse amado, se contemplaban en la gran luminosidad de aquella mañana de otoño. —Sé que es muy tarde —dijo ella—. Pero quiero intentarlo. Todavía tengo el bonotrén del año escolar setenta y cuatro–setenta y cinco, el último año que fuimos juntos al liceo. Cada vez que lo miro me dan ganas de llorar. No entiendo cómo las cosas se han jodido hasta este punto. No consigo aceptarlo.

19

En mitad del suicidio occidental, estaba claro que no tenían ninguna oportunidad. Sin embargo, siguieron viéndose una o dos veces por semana. Annabelle fue al ginecólogo y volvió a tomar la píldora. Él conseguía penetrarla, pero lo que más le gustaba era dormir a su lado, sentir su carne viva. Una noche soñó con un parque de atracciones en Rouen, en la orilla derecha del Sena. Una gran noria casi vacía giraba en un cielo lívido, dominando las siluetas de cargueros varados, con la estructura metálica roída por el óxido. El caminaba entre barracones de colores chillones y apagados a la vez; un viento glacial, cargado de lluvia, le

azotaba el rostro. En el momento en que llegaba a la salida del parque lo atacaban unos jóvenes con ropa de cuero, armados con navajas de afeitar. Después de encarnizarse con él unos minutos, le dejaban irse. Le sangraban los ojos, sabía que iba a quedarse ciego para siempre, y tenía la mano derecha casi seccionada; sin embargo también sabía, a pesar de la sangre y el dolor, que Annabelle seguiría a su lado y lo rodearía eternamente de su amor.

El fin de semana de Todos los Santos se fueron juntos a Soulac, a la casa de vacaciones del hermano de Annabelle. A la mañana siguiente de su llegada, fueron juntos a la playa. El estaba cansado, y se sentó en un banco mientras ella continuaba andando. El mar gruñía a lo lejos, se curvaba en un movimiento indistinto, gris, plateado. El romper de las olas sobre los bancos de arena formaba en el horizonte, bajo el sol, una bruma centelleante y maravillosa. La silueta de Annabelle, casi imperceptible en su chaquetón claro, se movía a lo largo de la orilla. Un pastor alemán ya viejo circulaba entre el mobiliario de plástico blanco del Café de la Plage; él también era difícil de ver, medio borroso a través de la bruma de aire, agua y sol.
Para cenar, ella hizo lubina a la plancha; la sociedad en la que vivían les concedía un pequeño extra sobre la estricta satisfacción de sus necesidades alimenticias; podían, por lo tanto, intentar vivir; pero lo cierto es que no les quedaban muchas ganas. Él sentía compasión por ella, por las inmensas reservas de amor que sentía estremecerse en ella, y que la vida había desperdiciado; sentía compasión, y quizá era el único sentimiento humano que todavía podía experimentar. En cuanto al resto, una reserva glacial había invadido su cuerpo; realmente ya no podía amar.

De regreso en París vivieron momentos felices, semejantes a los anuncios de perfume (bajar juntos a la carrera las escaleras de Montmartre; o quedarse quietos y abrazados en el Pont des Arts, súbitamente iluminados por los proyectores de los bateaux–mouches que daban media vuelta). También vivieron esas medio peleas de domingo por la tarde, esos momentos de silencio en los que el cuerpo se encoge entre las sábanas, esas zonas de silencio y aburrimiento en las que se deshace la vida. El estudio de Annabelle era oscuro, había que encender las luces a las cuatro de la tarde. A veces estaban tristes, pero sobre todo estaban serios. Tanto el uno como el otro sabían que estaban viviendo su última relación humana de verdad, y esta sensación hacía que cada uno de sus minutos fuera, en cierto modo, desgarrador. Sentían el uno por el otro un gran respeto y una inmensa piedad. No obstante, algunos días, atrapados por una magia imprevista, tenían momentos de aire fresco, de sol tonificante; pero lo más normal es que sintieran que una sombra gris se extendía en ambos, sobre la tierra que los sostenía, y en todas las cosas veían el final.

20

Bruno y Christiane también habían vuelto a París; lo contrario habría sido inconcebible. La mañana que volvió al trabajo, Bruno pensó en el médico desconocido que les había hecho ese regalo inaudito: dos semanas de baja injustificada; luego se encaminó a la rue de Grenelle. Al llegar se dio cuenta de que estaba moreno, en plena forma, y que la situación era ridícula; también se dio cuenta de que le daba exactamente igual. Sus colegas, sus seminarios de reflexión, la formación humana de los adolescentes, la apertura a otras culturas..., para él todo eso ya no tenía la menor importancia. Christiane le chupaba la polla y le cuidaba cuando estaba enfermo; Christiane era importante. En ese mismo momento supo que nunca volvería a ver a su hijo.
Patrice, el hijo de Christiane, había dejado el apartamento hecho una verdadera mierda; estaba sembrado de trozos de pizza aplastados, latas de Coca–Cola, colillas que habían quemado el suelo. Ella dudó un momento, estuvo a punto de irse a un hotel; luego decidió ponerse manos a la obra y limpiar. Noyon era una ciudad sucia, poco interesante y peligrosa; Christiane se acostumbró a ir a París todos los fines de semana. Casi cada sábado iban a una discoteca para parejas: el 2+2, *Chris y Manu*, las *Chandelles*. La primera noche en *Chris y Manu* le dejó a Bruno un recuerdo tremendamente vivo. Junto a la pista de baile había varias

salas, bañadas en una extraña luz malva, con camas colocadas una al lado de otra. Por todas partes a su alrededor había parejas follando, acariciándose o lamiéndose. La mayoría de las mujeres estaban desnudas; algunas no se habían quitado la blusa o la camiseta, o sólo se habían subido el vestido. En la sala más grande había unas veinte parejas. Casi nadie hablaba; sólo se oía el zumbido del aire acondicionado y el jadeo de las mujeres que se acercaban al orgasmo. Bruno se sentó en una cama justo al lado de una morena alta de pechos grandes; un tipo de unos cincuenta años, que no se había quitado ni la camisa ni la corbata, la estaba lamiendo. Christiane le desabrochó el pantalón y empezó a hacerle una paja, mirando a su alrededor. Un hombre se acercó y le metió la mano bajo la falda. Ella la desabotonó y la falda resbaló hasta la moqueta; no llevaba nada debajo. El hombre se arrodilló y empezó a acariciarla mientras ella masturbaba a Bruno. Cerca de él, en la cama, la morena gemía cada vez más fuerte; él le cogió los pechos. Tenía una erección de caballo. Christiane acercó la boca, empezó a cosquillearle el surco y el frenillo del glande con la punta de la lengua. Otra pareja se sentó a su lado; la mujer, una pequeña pelirroja de unos veinte años, llevaba una minifalda de plástico negro. Miró a Christiane, que le seguía lamiendo; ella le sonrió, se levantó la camiseta para enseñarle los pechos. La otra se subió la falda revelando un coño muy poblado, también pelirrojo. Christiane le cogió la mano y la guió hasta el sexo de Bruno. La mujer empezó a masturbarle mientras Christiane acercaba otra vez la lengua. En unos pocos segundos, sorprendido por un espasmo de placer incontrolable, Bruno eyaculó en su cara. Se enderezó de inmediato, la cogió en sus brazos. «Lo siento», dijo. «Muchísimo.» Ella le besó, se apretó contra él; él sintió su esperma en las mejillas. «No pasa nada», dijo con dulzura, «nada en absoluto.» «¿Quieres que nos vayamos?», propuso ella un poco más tarde. Él asintió con tristeza; su excitación había desaparecido por completo. Se vistieron deprisa y se marcharon enseguida.

Durante las semanas siguientes consiguió controlarse un poco mejor y ése fue et comienzo de una buena época, una época feliz. Ahora su vida tenía un sentido, limitado a los fines de semana con Christiane. Descubrió un libro en la sección de salud de la FNAC escrito por una sexóloga norteamericana, que intentaba enseñar a los hombres a controlar la eyaculación con una serie de ejercicios progresivos. Se trataba, en esencia, de tonificar un pequeño músculo en forma de arco situado justo encima de los testículos, el músculo pubococcígeo. En principio, con una contracción violenta de ese músculo justo antes del orgasmo, acompañada de una inspiración profunda, se podía evitar la eyaculación. Bruno empezó a hacer los ejercicios; era una meta que merecía un poco de paciencia. Cada vez que salían se quedaba estupefacto al ver hombres, a veces mayores que él, que penetraban a varias mujeres por turno, que se dejaban masturbar y mamar durante horas sin perder la erección. También le intimidaba comprobar que la mayoría tenía el rabo mucho más grande que él. Christiane le repetía que daba igual, que a ella no le importaba en absoluto. Él la creía, ella estaba obviamente enamorada; pero también le parecía que la mayor parte de las mujeres que encontraba en las discotecas se quedaban un poco decepcionadas cuando sacaba el pene. Nunca le dijeron nada, la cortesía de todo el mundo era ejemplar, el ambiente amistoso y educado; pero había miradas que no engañaban, y poco a poco se daba cuenta de que tampoco estaba del todo a la altura en el aspecto sexual. Sin embargo, tenía momentos de placer inauditos, fulgurantes, al borde del desvanecimiento, que le arrancaban verdaderos alaridos; pero eso no tenía nada que ver con la potencia viril, estaba relacionado más bien con la delicadeza, la sensibilidad de los órganos. Por otra parte, acariciaba muy bien; Christiane se lo decía y él sabía que era verdad; era raro que no consiguiera llevar a una mujer al orgasmo. A mediados de diciembre se dio cuenta de que Christiane había adelgazado un poco, que la cara se le había cubierto de manchas rojas. Ella le dijo que la enfermedad de su espalda no mejoraba, que se había visto obligada a aumentar la dosis de medicamentos; la delgadez y las manchas eran sólo los efectos secundarios de la medicación. Cambió de tema muy deprisa; él vio que se sentía incómoda y se quedó con una sensación de malestar. Desde luego, ella era capaz de mentir para no preocuparle; era demasiado dulce, demasiado cariñosa. Por lo general, el sábado por la noche cocinaba ella, y cenaban muy bien; después iban a una discoteca. Ella llevaba faldas

abiertas, blusitas transparentes, ligueros, a veces un body abierto en la entrepierna. Tenía el coño suave, excitante, y se humedecía enseguida. Pasaban noches maravillosas, como él nunca había soñado vivir. A veces, cuando la penetraban en cadena, el corazón de Christiane se volvía loco, latía demasiado deprisa; de golpe empezaba a sudar muchísimo, y Bruno se asustaba. Entonces lo dejaban; ella se acurrucaba en sus brazos, le besaba, le acariciaba el pelo y el cuello.

21

Naturalmente, allí tampoco, había salida. Los hombres y las mujeres que van a las discotecas para parejas renuncian rápidamente a la búsqueda del placer (que pide delicadeza, sensibilidad, lentitud) en beneficio de una actividad sexual fantasmagórica, bastante poco sincera en el fondo, de hecho directamente calcada de las escenas de *gang bang* del porno «de moda» que emitía Canal +. En homenaje a Karl Marx, que colocó en el centro de su sistema, cual mortífera entelequia, el enigmático concepto de «baja tendencial del porcentaje de beneficio», sería tentador postular, en el corazón del sistema libertino en el que Bruno y Christiane acababan de entrar, la existencia de un principio de baja tendencial del porcentaje de placer; pero sería somero e incorrecto a la vez. El deseo y el placer, que son fenómenos culturales, antropológicos, secundarios, no explican a fin de cuentas la sexualidad; lejos de ser factores determinantes, están sociológicamente determinados. En un sistema monógamo, romántico y amoroso, sólo pueden alcanzarse a través del ser amado, que en principio es único. En la sociedad liberal en la que vivían Bruno y Christiane, el modelo sexual propuesto por la cultura oficial (publicidad, revistas, organismos sociales y de salud pública) era el de *la aventura*. Dentro de un sistema así, el deseo y el placer aparecen como desenlace de un proceso de *seducción*, haciendo hincapié en la novedad, la pasión y la creatividad individual (cualidades por otra parte requeridas a los empleados en el marco de la vida profesional). La desaparición de los criterios de seducción intelectuales y morales en provecho de unos criterios puramente físicos empujaba poco a poco a los aficionados a las discotecas para parejas a un sistema ligeramente distinto, que se podía considerar el fantasma de la cultura oficial: el sistema *sadiano*. Dentro de este sistema todas las pollas están tiesas y son desmesuradas, los senos son de silicona, los coños siempre van depilados y rezumantes. Las clientes habituales de las discotecas por parejas, a menudo lectoras de *Connexion* o *Hot Video*, tenían un objetivo muy simple cada noche: que las empalaran muchas pollas enormes. Lo normal era que su siguiente etapa fuesen los clubs sadomasoquistas. El placer es cosa de costumbre, como seguramente habría dicho Pascal si le hubieran interesado este tipo de asuntos.

En el fondo, con su polla de trece centímetros y sus espaciadas erecciones (nunca había tenido erecciones muy largas, salvo en la más temprana adolescencia, y el tiempo de latencia entre dos eyaculaciones había aumentado sobremanera desde entonces: cierto que ya no era tan joven), Bruno estaba fuera de lugar en ese tipo de sitios. Sin embargo, estaba muy contento de tener a su disposición más coños y bocas de los que había soñado en toda su vida; eso se lo debía a Christiane. Los momentos más dulces seguían siendo aquellos en que ella acariciaba a otras mujeres; sus compañeras siempre se quedaban encantadas con la agilidad de su lengua, la habilidad de sus dedos para descubrir y excitar el clítoris; por desgracia, cuando querían devolverles el favor, solía llegar la decepción. Desmesuradamente dilatadas por las penetraciones en cadena y el uso brutal de los dedos en la vagina (a menudo muchos dedos, a veces la mano entera), tenían el coño casi tan sensible como un bloque de manteca de cerdo. Obsesionadas por el ritmo frenético de las actrices del porno institucional, le masturbaban con brutalidad, como si su polla fuera un insensible pedazo de carne, con un ridículo movimiento de pistón (la omnipresencia de la música tecno, en detrimento de ritmos de una sensualidad más sutil, también desempeñaba un papel en el carácter excesivamente mecánico de sus servicios). Bruno eyaculaba deprisa y sin placer real; para él, entonces, la noche se había acabado. Todavía se quedaban allí media hora o una hora; Christiane se dejaba follar en cadena intentando, por lo general en vano, reanimar su virilidad. Al despertarse, volvían a

hacer el amor; las imágenes de la noche volvían, suavizadas, a la mente medio dormida de Bruno; entonces vivían momentos de una ternura extraordinaria.

Lo ideal habría sido en el fondo invitar a algunas parejas escogidas, pasar la velada en casa, charlar amistosamente e intercambiar caricias mientras tanto. Bruno tenía la íntima certeza de que terminarían por ese camino; tenía que volver a hacer los ejercicios de tonificación muscular recomendados por esa sexóloga norteamericana; su relación con Christiane, que le había dado más alegría que cualquier otro acontecimiento de su vida, era una relación importante y seria. Al menos era lo que pensaba a veces, cuando la miraba vestirse o ajetrearse en la cocina. Pero la mayor parte del tiempo, mientras estaba lejos de él durante la semana, sentía que estaba metido en una farsa barata, que la vida le estaba gastando una última y sórdida broma. La desgracia sólo alcanza su punto más alto cuando hemos visto, lo bastante cerca, la posibilidad práctica de la felicidad.

El accidente ocurrió una noche de febrero, mientras estaban en *Chris y Manu*. Bruno estaba tendido en un colchón en la sala central, con unos cojines bajo la cabeza, mientras Christiane se la chupaba; él le había cogido la mano. Ella estaba arrodillada encima de él, con las piernas muy abiertas, ofreciendo la grupa a los hombres que se colocaban detrás de ella, se ponían un preservativo y la penetraban por turno. Ya se habían sucedido cinco hombres sin que ella les dedicase una mirada; con los ojos entrecerrados, como en un sueño, pasaba la lengua por el sexo de Bruno, exploraba centímetro tras centímetro. De repente lanzó un breve y único grito. El tipo que tenía detrás, un cachas de pelo rizado, siguió penetrándola concienzudamente, con fuertes caderazos; tenía la mirada vacía y un poco distraída. «¡Pare! ¡Pare!», gritó Bruno; o creyó que había gritado, porque la voz no le salía y sólo había emitido un débil chillido. Se levantó y empujó con brusquedad al tipo, que se quedó pasmado, con el sexo erecto y los brazos colgando. Christiane se había caído de lado, y tenía la cara retorcida de dolor. «¿Puedes moverte?», le preguntó él. Ella negó con la cabeza; él se precipitó al bar, pidió el teléfono. La ambulancia llegó diez minutos después. Todos los participantes se habían vestido; en un silencio total, observaron a los enfermeros levantar a Christiane y depositarla en una camilla. Bruno subió a la ambulancia y se sentó a su lado; estaban muy cerca del Hotel–Dieu. Esperó varias horas en el pasillo con suelo de linóleo, luego llegó el enfermero de guardia: Christiane dormía, su vida no corría peligro.

El domingo le tomaron una muestra de médula ósea; Bruno regresó a las seis. Ya era de noche, una lluvia fina y fría caía sobre el Sena.

Christiane estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en un montón de almohadas. Sonrió al verle. El diagnóstico era simple: la necrosis de sus vértebras coccígeas había alcanzado un punto irremediable. Ella lo esperaba desde hacía varios meses, podía ocurrir de un momento a otro; los medicamentos habían frenado la evolución, sin detenerla. La situación ya no iba a cambiar, no había que temer ninguna complicación; pero sus piernas se quedarían definitivamente paralizadas.

Salió del hospital diez días después; Bruno estaba allí. Ahora la situación era diferente; la vida se caracteriza por grandes zonas de confuso aburrimiento, la mayor parte del tiempo es especialmente triste; y de pronto aparece una bifurcación, y resulta que es definitiva. En adelante, Christiane recibiría una pensión de invalidez, no tendría que volver a trabajar; incluso tenía derecho a disponer de servicio doméstico gratuito. Ella hizo rodar su silla hacia Bruno; todavía era torpe, había que hacer fuerza al arrancar, y ella no tenía fuerza en los antebrazos. Él la besó en las mejillas, y luego en los labios. «Ahora», dijo él, «puedes venirte a vivir a mi casa. A París.» Ella alzó la cara hacia él, le miró a los ojos; él no consiguió sostenerle la mirada. «¿Estás seguro?», preguntó con dulzura. «¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?» El no contestó; al menos, tardó en contestar. Después de treinta segundos de silencio, ella añadió: «No te sientas obligado. Te queda un poco de tiempo para vivir; no estás obligado a pasártelo cuidando a una inválida.» Los elementos de la conciencia contemporánea ya no están adaptados a nuestra condición mortal. Nunca, en ninguna época y en ninguna otra civilización, se ha pensado tanto y tan constantemente en la edad; la gente tiene en la cabeza

una idea muy simple del futuro: llegará un momento en que la suma de los placeres físicos que uno puede esperar de la vida sea inferior a la suma de los dolores (uno siente, en el fondo de sí mismo, el giro del contador; y el contador siempre gira en el mismo sentido). Este examen racional de placeres y dolores, que cada cual se ve empujado a hacer tarde o temprano, conduce inexorablemente a partir de cierta edad al suicidio. Es divertido observar que Deleuze y Debord, dos respetados intelectuales de fin de siglo, se suicidaron sin motivos concretos, sólo porque no soportaban la perspectiva de su propia decadencia física. Estos suicidios no despertaron ningún asombro, no provocaron ningún comentario; en general, los suicidios de la gente mayor, que son los más frecuentes, nos parecen hoy en día perfectamente lógicos. Como rasgo sintomático, también podemos señalar la reacción del público frente a la perspectiva de un atentado terrorista: en la casi totalidad de los casos la gente preferiría morir en el acto antes que verse mutilada, o incluso desfigurada. En parte, claro, porque todos están un poco hartos de la vida; pero sobre todo porque nada, ni siquiera la muerte, les parece tan terrible como vivir en un cuerpo menoscabado.

Se desvió a la altura de La Chapelle-en-Serval. Lo más fácil habría sido estamparse contra un árbol al atravesar el bosque de Compiègne. Había dudado unos segundos de más; pobre Christiane. También había dudado unos días de más antes de llamarla; sabía que estaba sola en el apartamento con su hijo; la imaginaba en la silla de ruedas, cerca del teléfono. Nada le obligaba a cuidar a una inválida, eso había dicho ella, y él sabía que había muerto sin odio. Habían encontrado la silla de ruedas, desarticulada, junto a los buzones, al final del último tramo de escaleras. Christiane tenía la cara tumefacta y el cuello roto. Bruno era la persona a la que había que «avisar en caso de accidente»; había muerto mientras la trasladaban al hospital.

El complejo funerario estaba en las afueras de Noyon, en la carretera de Chauny; había que girar justo después de Baboeuf. Dos empleados en mono de trabajo le esperaban en una construcción prefabricada de color blanco, demasiado caliente, con muchos radiadores, un poco parecida al aula de un liceo técnico. Las ventanas daban a los edificios bajos y modernos de una zona semirresidencial. El féretro, todavía abierto, estaba sobre una mesa de caballete. Bruno se acercó, vio el cuerpo de Christiane y sintió que se desplomaba; su cabeza golpeó con violencia el suelo. Los empleados le ayudaron a levantarse con cuidado. «¡Llore! ¡Hay que llorar!...», le conminó el mayor con voz urgente. Él sacudió la cabeza; sabía que no lo lograría. El cuerpo de Christiane ya no podría amar, ya no había ningún destino posible para ese cuerpo y toda la culpa era suya. Esta vez todas las cartas estaban sobre la mesa, ya no había otro reparto, y la mano acababa en un fracaso definitivo. No había sido más capaz de amar que sus padres antes que él. En un estado de extraño desapego sensorial, como si flotara a varios centímetros sobre el suelo, vio a los empleados asegurar la tapa del féretro con ayuda de una taladradora atornilladora. Los siguió hasta el «muro de silencio», una pared de cemento gris, de tres metros de altura, donde se superponían los nichos funerarios; más o menos la mitad estaban vacíos. El empleado de más edad consultó su hoja de instrucciones, se dirigió al nicho 632; su colega empujaba el féretro sobre una carretilla. El aire era húmedo y frío, incluso había empezado a llover. El nicho 632 estaba a media altura, aproximadamente a un metro y medio del suelo. Con un movimiento fácil y eficaz que sólo duró unos segundos, los empleados levantaron el féretro y lo deslizaron en el nicho. Con una pistola neumática infiltraron un poco de cemento de secado ultrarrápido en el intersticio; luego el empleado de más edad le pidió a Bruno que firmara el registro. Al irse le dijo que podía quedarse allí un rato, si lo deseaba.

Bruno regresó por la autopista A1 y llegó al periférico a las once. Había pedido un día libre, no sospechaba que la ceremonia pudiera ser tan breve. Salió por la Porte de Châtillon y encontró aparcamiento en la rue Albert Sorel, justo delante del apartamento de su ex mujer. No tuvo que esperar mucho tiempo; diez minutos después apareció su hijo desde la avenida Ernest Reyer con una cartera a la espalda. Parecía preocupado, y hablaba solo mientras andaba. ¿En qué estaría pensando? Anne le había dicho que era un chico bastante solitario; en lugar de comer en el colegio con los demás, prefería volver a casa, calentar el plato que ella le dejaba al irse por la mañana. ¿Habría sufrido por su ausencia? Probablemente, pero no había

dicho nada. Los niños soportan el mundo que los adultos han construido para ellos, intentan adaptarse a él lo mejor que pueden; lo más normal es que al final lo reproduzcan. Victor llegó a la puerta, marcó el código; estaba a unos metros del coche, pero no lo veía. Bruno puso la mano en la manilla de la portezuela, se enderezó. La puerta del edificio se cerró tras el niño; Bruno se quedó quieto unos segundos, y luego se hundió pesadamente en el asiento. ¿Qué podía decirle a su hijo?, ¿qué mensaje podía transmitirle? Nada. No había nada. Sabía que su vida había acabado, pero no entendía el final. Todo era sombrío, doloroso y confuso.

Arrancó y se metió en la autopista del Sur. Tras la salida de Antony, se desvió hacia Vauhallan. La clínica psiquiátrica del Ministerio de Educación estaba un poco más allá de Verrières–le–Buisson, justo al lado del bosque de Verrières; se acordaba muy bien del parque. Aparcó en la rue Victor Considérant, recorrió a pie los pocos metros que le separaban de la verja. Reconoció al enfermero de guardia. Dijo: «He vuelto.»

22

SAORGE TÉRMINO

La comunicación publicitaria, demasiado centrada en la seducción del mercado joven, se ha extraviado a menudo en estrategias en las que la condescendencia rivaliza con la caricatura y la ridiculez. Para paliar el déficit de escucha inherente a nuestro tipo de sociedad, hay que conseguir que cada uno de nuestros colaboradores de ventas sea un «embajador» para los mayores.
CORINNE MÉGY, *La verdadera cara de los mayores*

Quizá todo tenía que acabar así; puede que no hubiera ningún otro método, ninguna otra salida. Quizá había que desentrañar la maraña, cumplir lo que estaba esbozado. Así pues, Djerzinski tenía que ir a ese lugar llamado Saorge, a 44° de latitud norte y 7° 30’ de longitud este; a ese lugar de una altitud ligeramente superior a 500 metros. En Niza se alojó en el hotel Windsor, un hotel de semilujo con un ambiente bastante insoportable y una habitación decorada por el mediocre artista Philippe Perrin. Al día siguiente cogió el tren Niza-Tende, famoso por la belleza del recorrido. El tren atravesó la periferia norte de Niza, con sus viviendas de protección oficial para árabes, sus carteles publicitarios del Minitel rosa y su 60% de votos al Frente Nacional. Tras la estación de Peillon-Saint-Thècle, entró en un túnel; al salir, bajo una luz deslumbrante, Michel vio a su derecha la alucinante silueta de la ciudad colgante de Peillon. Estaban atravesando lo que se daba en llamar la Niza de tierra adentro; había gente que viajaba desde Chicago o Denver para contemplar la belleza de la Niza de tierra adentro. Después se metieron en las gargantas del Roya. Djerzinski se bajó en la estación de Fanton-Saorge; no llevaba equipaje; estaban a finales de mayo. Se bajó en la estación de Fanton–Saorge y caminó cerca de una hora. A medio camino tuvo que atravesar un túnel; no había el menor tráfico.

Según la *Guía del trotamundos* que había comprado en el aeropuerto de Orly, el pueblo de Saorge, con sus altas casas escalonadas en gradas que dominaban el valle desde una vertiginosa caída a pico, tenía «algo de tibetano»; era muy posible. En cualquier caso, allí era donde Janine, su madre, que se había cambiado el nombre por Jane, había decidido morir después de haber pasado cinco años en Goa, en la parte occidental de la península india.
—Bueno, decidió venir aquí, no morirse —corrigió Bruno—. Parece que la vieja puta se convirtió al islam a través de la mística suri o una chorrada por el estilo. Se instaló con una pandilla de enrollados que viven en una casa abandonada en las afueras del pueblo. Con eso de que los periódicos ya no hablan de ellos, la gente se cree que los enrollados y los *hippies* han desaparecido. Pero no, cada vez abundan más, con el paro han aumentado muchísimo, puede decirse que pululan. He hecho una pequeña investigación por mi cuenta... —Bajó la voz—. El truco es que se hacen llamar neorrurales, pero en realidad no dan golpe, se

conforman con el subsidio mínimo y una falsa subvención para la agricultura de montaña. Meneó la cabeza con aire astuto, vació su vaso de un trago y pidió otro. Había quedado con Michel en *Chez Gilou*, el único café del pueblo. Con sus postales guarras, sus fotos de truchas enmarcadas y su cartel de «Petanca en Saorge» (cuyo comité organizador tenía catorce miembros), el sitio evocaba de maravilla el ambiente *Caza–Pesca–Naturaleza–Tradición*, en las antípodas del movimiento neo Woodstock que vituperaba Bruno. Con mucho cuidado, éste sacó de su cartera una octavilla titulada «¡SOLIDARIDAD CON LAS OVEJAS DE LA BRIGUE!». —Lo he escrito esta noche... —dijo en voz baja—. Hablé con los ganaderos ayer por la tarde. Ya no saben cómo arreglárselas, están furiosos, les han diezmado literalmente las ovejas. La culpa la tienen los ecologistas y el Parque Nacional de Mercantour. Han vuelto a introducir lobos, hordas de lobos. ¡Y se comen a las ovejas! Su voz subió de repente y estalló en sollozos. En su mensaje a Michel, Bruno decía que vivía otra vez en la clínica psiquiátrica de Verrières–le–Buisson, de forma «seguramente definitiva». Parecía que le habían dejado salir para la ocasión.

—Así que nuestra madre se está muriendo... —interrumpió Michel, que quería volver a los hechos.

—¡Absolutamente! Pasa lo mismo en Cap d'Agde, parece que han prohibido al público la zona de dunas. Tomaron la decisión presionados por la Sociedad de Protección del Litoral, que está completamente en manos de los ecologistas. La gente no le hacía daño a nadie, follaban de lo más tranquilos; pero parece que eso les molesta a las golondrinas de mar, que son una variedad de pajarito. ¡A la mierda los pajaritos! —se animó Bruno—. No quieren que follemos ni que comamos queso de oveja, son unos nazis. Y los socialistas son sus cómplices. Están contra las ovejas porque las ovejas son de derechas, y los lobos son de izquierdas; pero los lobos se parecen a los pastores alemanes, que son de extrema derecha. ¿De quién nos vamos a fiar? Sacudió la cabeza, lúgubre, y luego preguntó de repente:

—¿En qué hotel te quedaste en Niza?

—En el Windsor.

—¿Y por qué el Windsor? —Bruno empezó a irritarse otra vez—. ¿Ahora te gusta el lujo? Pero ¿qué te ha dado? —Recalcaba las frases con creciente energía—. ¡Yo soy fiel a los hoteles Mercure! ¿Te has tomado por lo menos la molestia de informarte? ¿Sabías que el hotel Mercure «Bahía de los Ángeles» tiene un sistema de tarifas decrecientes según la estación? ¡En período azul la habitación está a 330 francos! ¡El precio de un dos estrellas! ¡Con comodidades de tres estrellas, vistas al Paseo de los Ingleses y *room service* las veinticuatro horas! Bruno estaba casi gritando. A pesar de la conducta un tanto extravagante de su cliente, el patrón de *Chez Gilou* (¿se llamaría Gilou? Podía ser) escuchaba con atención. Las historias de dinero y de relación calidad-precio siempre interesan mucho a los hombres, es un rasgo característico en ellos.

—¡Ah, ahí está Ducon! —dijo Bruno con un tono de lo más alegre, completamente cambiado, señalando a un joven que acababa de entrar en el café. Podía tener unos veintidós años. Llevaba un mono militar y una camiseta de *Greenpeace*, tenía la piel mate y el pelo trenzado, en resumen, seguía la moda *rasta*. —Hola, Ducon —dijo Bruno con entusiasmo—. Te presento a mi hermano. ¿Vamos a ver a la vieja? El otro asintió sin decir palabra; por uno u otro motivo, parecía haber decidido no responder a las provocaciones.

El camino salía del pueblo y subía una cuesta suave, siguiendo el flanco de la montaña, en dirección a Italia. Tras una colina alta llegaron a un valle muy ancho, de lindes boscosas; la frontera sólo estaba a una decena de kilómetros. Hacia el este se veían algunas cimas nevadas. El paisaje, completamente deshabitado, daba una impresión de amplitud y serenidad.

—Ha pasado el médico otra vez —dijo el Hippie Negro—. No pueden moverla, y de todos modos ya no hay nada que hacer. Es la ley de la naturaleza... —añadió muy serio.

—¿Oyes eso? —se burló Bruno—. ¿Has oído a este payaso? La «naturaleza»; no tienen otra palabra en la boca. Ahora que está enferma les corre prisa que se muera, como un animal en su agujero. ¡Es mi madre, Ducon! —dijo con grandilocuencia—. ¿Y has visto el *look*? —continuó—. Los otros son por el estilo, incluso peores. Todos una puta mierda.

—El paisaje es muy bonito por aquí... —contestó distraídamente Michel.

La casa era grande y baja, de piedra tosca, cubierta con un techo de pizarra; estaba al lado de un manantial. Antes de entrar, Michel sacó del bolsillo una cámara de fotos *Canon Prima Mini* (zoom de 38– 105 mm, 1.290 francos en la FNAC). Dio una vuelta completa sobre sí mismo, miró mucho rato por el objetivo antes de apretar el botón; luego se reunió con los demás.

Dejando aparte al Hippie Negro, la habitación principal la ocupaba una criatura confusa y rubia, seguramente holandesa, que tricotaba un poncho junto a la chimenea, y un hippie más mayor, de largo pelo gris y una cara delgada de cabra inteligente. —Está aquí —dijo el Hippie Negro; apartó una tela clavada a la pared y los hizo pasar a la habitación contigua.

Sí, Michel observó con interés a la criatura morena, hundida en la cama, que les siguió con la mirada mientras entraban en el cuarto. Al fin y al cabo era la segunda vez que veía a su madre, y todo indicaba que sería la última. Lo que le impresionó nada más verla fue su extrema delgadez, los pómulos salientes, los brazos dislocados. Tenía la piel terrosa, muy oscura, respiraba con dificultad, era obvio que estaba en las últimas; pero por encima de la nariz, que parecía ganchuda, los ojos brillaban en la penumbra, inmensos y blancos. Se acercó con precaución a la figura acostada. —No te preocupes —dijo Bruno—, ya no puede hablar. Tal vez ya no pudiera hablar, pero era evidente que estaba consciente. ¿Le reconocía? Seguro que no. A lo mejor le confundía con su padre; eso era posible; Michel sabía que se parecía muchísimo a su padre cuando éste tenía su edad. Y a pesar de todo ciertos seres, digan lo que digan, tienen un papel fundamental en la vida de uno, le dan un nuevo giro; la cortan limpiamente en dos. Y para Janine, que se había cambiado el nombre por Jane, había un antes y un después del padre de Michel. Antes de conocerlo, ella no era en el fondo más que una burguesa libertina y adinerada; después del encuentro se convirtió en otra cosa, mucho más catastrófica. «Encuentro» sólo es una manera de hablar, de todos modos; porque encuentro no había habido. Se habían cruzado, habían procreado, y eso era todo. Ella no había conseguido entender el misterio de Marc Djerzinski; ni siquiera había conseguido empezar a entenderlo. ¿Pensaría en eso ahora que su calamitosa vida estaba a punto de terminar? No sería de extrañar. Bruno se dejó caer pesadamente en una silla, junto a la cama. —No eres más que una vieja puta —dijo con tono didáctico—. Mereces palmarla. Michel se sentó frente a él, a la cabecera de la cama, y encendió un cigarrillo. —¿No querías que te incinerasen? —continuó Bruno, inspirado—. Vale, te vamos a incinerar. Voy a meter lo que quede de ti en un tarro y todas las mañanas, al despertarme, voy a mear en tus cenizas.

Sacudió la cabeza con satisfacción; Jane dejó escapar un gorgoteo ronco. En ese momento reapareció el Hippie Negro. —¿Queréis beber algo? —preguntó con voz glacial. —¡Claro que sí, hombre! —gritó Bruno—. ¿Es que hay que preguntar una cosa así? ¡Venga, Ducon, descorcha! El joven salió y regresó con una botella de whisky y dos vasos. Bruno llenó uno y bebió un buen trago. —Discúlpelo, está alterado... —dijo Michel con una voz casi inaudible. —Eso es —confirmó su hermanastro—. Déjanos solos con nuestra pena, Ducon. —Vació el vaso haciendo chascar la lengua y se sirvió otro—. A estos maricones les conviene andar con cuidado... Les ha legado todo lo que tenía, saben muy bien que los hijos tienen derechos inalienables sobre la herencia. Si quisiéramos impugnar el testamento, ganábamos seguro. Michel no dijo nada, no tenía ganas de discutir sobre el asunto. Hubo un momento de silencio. En la habitación de al lado tampoco hablaba nadie; se oía la respiración débil y ronca de la agonizante.

—Quiso seguir siendo joven, eso es todo... —dijo Michel con voz cansada y tolerante—. Tenía ganas de ir con jóvenes, y sobre todo de no ver a sus hijos, que le recordaban que era de otra generación. No es difícil de explicar, ni de entender. Quiero irme ya. ¿Crees que se morirá pronto?

Bruno se encogió de hombros en señal de ignorancia. Michel se levantó y pasó a la otra habitación; el Hippie Gris estaba solo, pelando zanahorias biológicas. Intentó preguntarle, saber qué había dicho exactamente el médico; pero el viejo marginal sólo le daba

informaciones vagas y ajenas al tema. —Era una mujer luminosa... —afirmó, zanahoria en mano—. Creemos que está preparada para morir, porque ha alcanzado un nivel lo bastante alto de realización espiritual. ¿Qué quería decir con eso? Inútil entrar en detalles. Era obvio que el viejo pánfilo no decía palabras de verdad, se conformaba haciendo ruido con la boca. Michel se volvió con impaciencia y se reunió con Bruno. —Estos imbéciles de los *hippies*... —dijo mientras se sentaba de nuevo—. Siguen convencidos de que la religión es una iniciativa individual basada en la meditación, la búsqueda espiritual, etc. Son incapaces de darse cuenta de que es todo lo contrario, una actividad puramente social, basada en el establecimiento de ritos, reglas y ceremonias. Según Auguste Comte, el único objetivo de la religión es llevar a la humanidad a un estado de unidad perfecta.

—¡Al imbécil de Comte te lo guardas para ti! —intervino Bruno, rabioso—. Si uno ya no cree en la vida eterna, ya no hay religión posible. Y si la sociedad es imposible sin religión, como pareces pensar tú, entonces tampoco hay sociedad posible. Me recuerdas a esos sociólogos que creen que el culto a la juventud es una moda pasajera nacida en los años cincuenta, que tuvo su apogeo en los años ochenta, etc. La verdad es que el hombre siempre le ha tenido pánico a la muerte, nunca ha podido enfrentarse sin terror a la perspectiva de su propia desaparición, ni siquiera de su propio declive. Es obvio que de todos los bienes terrenales, el más preciado es la juventud; y ahora ya sólo creemos en los bienes terrenales. «Si Cristo no ha resucitado», dice San Pablo con franqueza, «es vana nuestra fe.» Cristo no resucitó; perdió la batalla contra la muerte. He escrito el guión de una película paradisíaca sobre el tema de la nueva Jerusalén. Pasa en una isla habitada sólo por mujeres desnudas y perros pequeños. Los hombres y casi todas las especies animales han desaparecido por culpa de una catástrofe biológica. El tiempo se ha detenido, el clima es suave y constante; los árboles dan fruto todo el año. Las mujeres son eternamente núbiles y frescas, los perritos eternamente vivarachos y alegres. Las mujeres se bañan y se acarician, los perritos juegan y retozan a su alrededor. Son de todos los colores y de todas las razas: caniches, fox–terriers, grifones de Bruselas, Shi–Tzu, Cavalier King Charles, yorkshires, perros de lanas de pelo rizado, westies, harrier beagles. El único perro grande es un labrador, sabio y cariñoso, que hace de consejero para los demás. La única huella de la existencia masculina es un vídeo con una selección de apariciones televisivas de Edouard Balladur; este vídeo ejerce un efecto calmante en ciertas mujeres, y también en la mayoría de los perros. También hay un vídeo de *La vida de los animales*, presentado por Claude Darget; nadie lo mira nunca, pero sirve de recuerdo y testimonio de la barbarie de épocas anteriores.

—Así que te dejan escribir... —dijo Michel en voz baja. No le sorprendía. La mayoría de los psiquiatras ven con buenos ojos los garabatos de sus pacientes. No porque les atribuyan el menor valor terapéutico; pero piensan que no deja de ser un entretenimiento, y que más vale eso que herirse los antebrazos a golpe de cuchilla de afeitar.

—Aun así, en la isla hay pequeños dramas —continuó Bruno, emocionado—. Por ejemplo, un día uno de los perritos se aventura demasiado lejos mientras nada en el mar. Por suerte, su dueña se da cuenta de que está en un aprieto, salta a una barca, rema a toda velocidad y consigue salvarlo justo a tiempo. El pobre perrito ha tragado demasiada agua, está inconsciente y parece que va a morir; pero su dueña consigue reanimarlo haciéndole la respiración artificial y todo acaba bien, el perrito vuelve a estar contento. Se calló bruscamente. Ahora tenía un aire sereno y casi extático. Michel miró su reloj y luego miró a su alrededor. Su madre ya no hacía ningún ruido. Era casi mediodía; el ambiente estaba excesivamente tranquilo. Se levantó y volvió al cuarto principal. El Hippie Gris había desaparecido, dejando las zanahorias abandonadas. Cogió una cerveza y se acercó a la ventana. Había una vista de kilómetros sobre las colinas cubiertas de abetos. A lo lejos, entre las cimas nevadas, se veía el centelleo azulado de un lago. El aire era suave y cargado de olores; era una mañana de primavera muy hermosa.

Era difícil decir cuánto tiempo llevaba allí; su atención, despreocupándose del cuerpo, flotaba apaciblemente entre las cimas cuando lo que al principio creyó que era un grito le hizo volver a la realidad. Le hicieron falta varios segundos para reorganizar sus percepciones auditivas;

luego se dirigió a toda prisa a la habitación contigua. Sentado todavía a los pies de la cama, Bruno cantaba a pleno pulmón:

Todos acuden, ya están aquí
en cuanto oyen este grito
se está muriendo laaaa maamaaaaaaá...

Inconsecuentes; inconsecuentes, superficiales y ridículos: así son los hombres. Bruno se levantó para cantar todavía más fuerte la siguiente estrofa:

Todos acuden, ya están aquí
incluso los del sur de Italia
hasta Giorgio, la oveja negra
con los brazos llenos de regaaaaaalos...

En el silencio que siguió a esta demostración vocal, se oyó claramente una mosca que cruzó la habitación antes de posarse en la cara de Jane. Los dípteros se caracterizan por la presencia de un solo par de alas membranosas implantadas sobre el segundo anillo del tórax, de un par de balancines (que sirven para mantener el equilibrio en vuelo) implantados sobre el tercer anillo del tórax, y piezas bucales chupadoras. Cuando la mosca se aventuró sobre la superficie del ojo, Michel sospechó algo. Se acercó a Jane, sin llegar a tocarla. —Creo que ha muerto —dijo después de examinarla un rato.

El médico confirmó el diagnóstico sin dificultad. Lo acompañaba un empleado municipal, y los problemas empezaron con él. ¿Adónde deseaban trasladar el cuerpo? ¿A un panteón familiar, quizá? Michel no tenía la menor idea, estaba agotado y confuso. Si hubieran sabido crear unas relaciones familiares cálidas y afectuosas, no estarían allí, poniéndose en ridículo delante del empleado municipal, que por lo demás era muy correcto. Bruno se había desinteresado por completo de la situación; se había sentado un poco apartado y jugaba una partida de Tetris en su ordenador portátil. —Bueno... —continuó el empleado—. Podemos ofrecerles una concesión en el cementerio de Saorge. Está un poco lejos para ustedes, sobre todo si no son de la región; pero desde el punto de vista del transporte es lo más práctico. Podemos enterrarla esta tarde, en este momento no tenemos demasiado trabajo. Supongo que no habrá problemas con el permiso de inhumación... —¡Ningún problema! —interrumpió el médico con un ardor un poco excesivo—. He traído los formularios... —Blandió un paquetito de hojas con una sonrisa vivaracha. —Mierda, me han matado... —dijo Bruno a media voz. En efecto, de su ordenador salía una alegre musiquilla. —Entonces, ¿de acuerdo con la inhumación, señor Clément? —dijo el empleado, forzando la voz. —¡Ni hablar! —Bruno se levantó de un salto—. ¡Mi madre quería que la incinerasen, para ella era fundamental! Al empleado se le ensombreció la cara. El municipio de Saorge no tenía crematorio; hacía falta un equipo muy específico, que no se justificaba en vista del número de demandas. No, la verdad, era muy difícil... —Es la última voluntad de mi madre... —dijo Bruno con aires de importancia. Hubo un silencio. El empleado municipal pensaba a toda prisa. —Hay un crematorio en Niza... —dijo con timidez—. Podríamos encargarnos del viaje de ida y vuelta, si les parece bien que la inhumación sea aquí. Pero los gastos correrían a su cargo... —Nadie contestó—. Voy a llamar por teléfono, hay que preguntar ya los horarios de incineración. —Consultó su agenda, sacó un portátil y empezaba a marcar el número cuando Bruno intervino otra vez. —Vamos a dejarlo... —dijo con un amplio gesto—. La enterramos aquí. Nos importa un pito su última voluntad. ¡Pagas tú! —le dijo a Michel con autoridad. Sin discutir, éste sacó su talonario y preguntó el precio de una concesión durante treinta años. —Es una buena elección —confirmó el empleado municipal—. Con una concesión de treinta años, da tiempo a decidir lo que sea.

El cementerio estaba a un centenar de metros por encima del pueblo. Dos hombres en traje de faena llevaban el ataúd. Habían elegido el modelo básico, de pino blanco, que tenían

almacenado en una sala municipal; los servicios funerarios parecían notablemente bien organizados en Saorge. Caía la tarde, pero el sol seguía calentando. Bruno y Michel andaban juntos, a dos pasos por detrás de los hombres; el Hippie Gris iba con ellos, quería acompañar a Jane a su última morada. El camino era pedregoso, árido, y todo aquello debía de tener algún sentido. Un ave rapaz —seguramente un cernícalo— planeaba despacio en el aire, a media altura. —Esto debe de ser un hervidero de serpientes... —concluyó Bruno. Cogió una piedra blanca muy afilada. Justo antes de entrar en el recinto funerario, como para confirmar sus palabras, apareció una víbora entre dos matorrales que crecían contra el muro del recinto; Bruno apuntó y tiró con todas sus fuerzas. La piedra se estrelló contra el muro, fallando por poco la cabeza del reptil.

—Las serpientes tienen su lugar en la naturaleza... —observó el Hippie Gris con cierta severidad.

—¡Me meo en la naturaleza, hombre! ¡Me cago en ella! —Bruno estaba otra vez fuera de sí—. Naturaleza de mierda..., ¡que le den por culo! —Siguió farfullando con violencia durante unos minutos. Sin embargo se portó correctamente mientras bajaban el cuerpo a la fosa, conformándose con menear la cabeza y contener algunas risitas, como si el acontecimiento le sugiriese ideas inesperadas, pero todavía demasiado vagas como para expresarlas de forma explícita. Tras la ceremonia, Michel les dio a los hombres una buena propina; suponía que era la costumbre. Le quedaba un cuarto de hora para llegar a tiempo a la estación; Bruno decidió irse con él.

Se separaron en el andén de la estación de Niza. Todavía no lo sabían, pero no iban a volver a verse.

—¿Te va bien en la clínica? —preguntó Michel.

—Sí, sí, tranquilo, tengo el litio. —Bruno sonrió con astucia—. No voy a volver ahora mismo a la clínica, tengo una noche de plazo. Voy a ir a un bar de putas, Niza está lleno. —Frunció el ceño y se ensombreció—. Con el litio ya no se me pone dura, pero no importa, me gusta igual.

Michel asintió distraído y subió al vagón: había reservado una litera.

Tercera parte

Infinito emocional

1

Al volver a París, encontró una carta de Desplechin. Según el artículo 66 del reglamento interno del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, tenía que solicitar la reintegración o la ampliación de la excedencia dos meses antes de que expirase el plazo. La carta era educada y llena de humor, Desplechin ironizaba sobre las normas administrativas; aun así, el plazo había cumplido hacía tres semanas. Dejó la carta en su mesa de trabajo, en un estado de profunda incertidumbre. Hacía un año que tenía toda la libertad del mundo para definir su campo de investigación, ¿y qué había conseguido? Casi nada, en realidad. Al encender el ordenador, vio con disgusto que tenía veinticuatro páginas nuevas de correo electrónico; y sin embargo sólo había estado fuera dos días. Uno de los mensajes venía del Instituto de Biología Molecular de Palaiseau. El colega que le sustituía había puesto en marcha un programa de investigación sobre el ADN de las mitocondrias; al contrario que el ADN del núcleo, parecía desprovisto de mecanismos para reparar el código dañado por los ataques radicales; la verdad es que no era una sorpresa. La Universidad de Ohio enviaba un mensaje más interesante: mientras estudiaban las *Saccharomyces*, habían comprobado que las variedades que se reproducían por vía sexual evolucionaban más despacio que las variedades que se reproducían por clonación; por lo tanto, las mutaciones aleatorias parecían ser, en ese caso, más eficaces que la selección natural. El aparato experimental era interesante, y contradecía claramente la hipótesis clásica de la reproducción sexual como motor de la evolución; pero de todos modos aquello sólo tenía un interés anecdótico. Cuando se descifrara del todo el código genético (y eso sólo era cuestión de meses), la humanidad estaría en condiciones de controlar su propia evolución biológica; la sexualidad aparecería entonces como lo que realmente es: una función inútil, peligrosa y regresiva. Pero incluso si se conseguía detectar la aparición de las mutaciones y calcular su posible efecto mortal, no había nada por el momento que aportase la menor luz sobre su posible determinismo; por lo tanto, nada permitía otorgarles un sentido definido y eficaz: estaba claro que había que encauzar las investigaciones en esa dirección.

Sin los informes y los libros que atestaban las estanterías, el despacho de Desplechin parecía enorme. «Sí...», dijo con una discreta sonrisa. «Me jubilo a finales de mes.» Djerzinski se quedó con la boca abierta. Uno ve a la gente durante años, a veces décadas, y poco a poco se acostumbra a evitar las cuestiones personales y los temas realmente importantes; pero tiene la esperanza de que en algún momento, en circunstancias más favorables, tendrá ocasión de abordar esos temas, esas cuestiones; nunca desaparece la perspectiva, aplazada una y otra vez, de un modo de relación más humano y más completo, porque ninguna relación humana encaja bien en un marco preestablecido y definitivamente estrecho. Así pues, sobrevive la idea de una relación «auténtica y profunda»; sobrevive durante años, a veces décadas, hasta que un acontecimiento brutal y definitivo (normalmente la muerte) le dice a uno que es demasiado tarde, que esa relación «auténtica y profunda» con la que había soñado nunca se hará realidad, igual que todas las demás. En quince años de vida profesional, Desplechin era la única persona con la que había deseado establecer un contacto que fuera más allá de la simple relación casual, puramente utilitaria, indefinidamente aburrida, que constituye el clima natural de la vida laboral. Pues bien, se había acabado. Miró anonadado las cajas de libros que se amontonaban en el suelo del despacho. —Creo que sería mejor que tomáramos algo por ahí... —propuso Desplechin, resumiendo acertadamente el ambiente.

Caminaron a lo largo del museo de Orsay y se sentaron en la terraza del *XIXe siècle*. En la mesa de al lado, media docena de turistas italianos parloteaban con vivacidad, como inocentes volátiles. Djerzinski pidió una cerveza, Desplechin un whisky seco.
—¿Qué va a hacer ahora?

—No lo sé... —Desplechin tenía todo el aspecto de no saberlo—. Viajar... Un poco de turismo sexual, a lo mejor... —Sonrió; cuando sonreía, su cara seguía teniendo mucho encanto; un encanto desencantado, estaba claro que era un hombre acabado; pero un verdadero encanto a pesar de todo—. No, es broma... La verdad es que eso ya no me interesa en absoluto. El conocimiento sí... Queda un deseo de conocimiento. El deseo de conocimiento es curioso... Muy poca gente lo siente, ¿sabe?, incluso entre los investigadores; la mayoría se conforman con hacer carrera, se desvían rápidamente hacia la administración; sin embargo, en la historia de la humanidad tiene una tremenda importancia. Podríamos imaginar una fábula en la que un pequeño grupo de hombres (como máximo unos centenares de personas en todo el planeta) trabaja encarnizadamente en algo muy difícil, muy abstracto, absolutamente incomprensible para los no iniciados. Estos hombres siempre serán unos desconocidos para el resto de la población; no tienen poder, fortuna u honores; ni siquiera hay alguien que entienda el placer que les procura su pequeña actividad. Sin embargo son la potencia más importante del mundo, y lo son por un motivo muy simple, un motivo muy pequeño: detentan las claves de la certeza racional. Todo lo que declaran verdadero, el resto de la población lo reconoce tarde o temprano como tal. Ningún poder económico, político, social o religioso es capaz de enfrentarse a la evidencia de la certeza racional. Podemos decir que Occidente se ha interesado más allá de toda medida por la filosofía y la política, que ha luchado del modo más irracional por asuntos filosóficos o políticos; también podemos decir que Occidente ha amado apasionadamente la literatura y las artes; pero en realidad nada va a pesar tanto en su historia como la necesidad de certeza racional. A fin de cuentas, Occidente ha terminado sacrificándolo todo (su religión, su felicidad, sus esperanzas y, en definitiva, su vida) a esa necesidad de certeza racional. Es algo que habrá que recordar a la hora de juzgar al conjunto de la civilización occidental. Se calló, pensativo. Su mirada flotó un instante entre las mesas y luego volvió a su vaso.

—Recuerdo a un chico que conocí en primero, cuando tenía dieciséis años. Muy complejo, muy atormentado. Venía de una familia rica, más bien tradicionalista, y además compartía los valores de su medio. Un día, en mitad de una discusión, me dijo: «Lo que decide el valor de una religión es la calidad de la moral que permite fundar.» Me quedé mudo de sorpresa y de admiración. Nunca supe si llegó a esa conclusión personalmente o si encontró la tesis en un libro; en cualquier caso, la frase me impresionó muchísimo. Hace cuarenta años que pienso en ella; ahora creo que se equivocaba. En materia de religión, me parece imposible hablar desde un punto de vista exclusivamente moral; sin embargo, Kant tiene razón cuando afirma que hay que juzgar al propio Salvador de la humanidad según los criterios universales de la ética. Pero he llegado a pensar que las religiones son, ante todo, tentativas de explicar el mundo; y ninguna tentativa de explicar el mundo se sostiene si choca con nuestra necesidad de certeza racional. La prueba matemática y el modo experimental son experiencias definitivas de la conciencia humana. Sé muy bien que los hechos parecen contradecirme, sé que el islam (la más estúpida, la más falsa y la más oscurantista de todas las religiones) parece estar ganando terreno; pero sólo se trata de un fenómeno superficial y transitorio: a largo plazo el islam está condenado, más aún que el cristianismo.

Djerzinski levantó la cabeza; había escuchado con mucha atención. Nunca habría sospechado que Desplechin fuera sensible a esos temas; éste vaciló y luego continuó hablando.

—Perdí de vista a Philippe después del bachillerato, pero me enteré de que se suicidó unos años más tarde. No creo que se pueda ser a la vez homosexual, católico integrista y monárquico, no es una mezcla sencilla.

Djerzinski se dio cuenta en ese momento de que en el fondo nunca había tenido dudas religiosas. Sin embargo, sabía desde mucho tiempo atrás que la metafísica materialista, después de acabar con las creencias religiosas de los siglos precedentes, había sido destruida por los últimos descubrimientos de la física. Era curioso que ni él ni ninguno de los físicos que conocía hubiera tenido al menos una duda, una inquietud espiritual.

—Supongo que, personalmente —dijo a la vez que se le ocurría—, me he guiado por ese positivismo pragmático, de base, que suele ser propio de los investigadores. Los hechos

existen, las leyes los encadenan, la noción de causa no es científica. El mundo es igual a la suma de conocimientos que tenemos sobre él.

—Yo ya no soy un investigador... —contestó Desplechin con una desarmante sencillez—. Seguro que por eso me dejo arrastrar a última hora por las cuestiones metafísicas. Pero está claro que usted tiene razón.

Hay que seguir buscando, experimentando, descubriendo nuevas leyes, y el resto no tiene ninguna importancia. Acuérdese de Pascal: *«Hay que decir: esto se hace por figura y movimiento, pues es verdad. Pero decir cuáles y componer la máquina es ridículo; pues resulta inútil, incierto y penoso.»* Una vez más, claro, es él quien tiene razón, y no Descartes. Por cierto... ¿Ha decidido lo que va a hacer? Es por —se disculpó con un gesto—... el asunto de los plazos.

—Sí. Me gustaría que me destinaran al Centro de Investigaciones Genéticas de Galway, en Irlanda. Necesito organizar rápidamente experimentos simples, en condiciones de presión y temperatura lo bastante precisas, con una buena gama de contadores de radiactividad. Sobre todo necesito una gran potencia de cálculo; creo recordar que allí tienen dos Cray en paralelo.

—¿Está pensando en una nueva dirección de investigaciones? —La voz de Desplechin traicionaba cierta excitación; él se dio cuenta y volvió a enarbolar su discreta sonrisa, que parecía burlarse de sí mismo—. El deseo de conocimiento... —dijo en voz baja.

—En mi opinión, el error es querer trabajar sólo a partir del ADN natural. El ADN es una molécula compleja, que ha evolucionado un poco al azar: hay redundancias injustificadas, largas secuencias sin relación con el código; bueno, hay de todo. Si queremos comprobar las condiciones generales de mutación, tenemos que partir de moléculas autorreproductoras más simples, con un máximo de algunos centenares de enlaces.

Desplechin sacudía la cabeza con los ojos brillantes; ya no intentaba disimular su excitación. Los turistas italianos se habían ido; aparte de ellos, el café estaba desierto.

—Llevará mucho tiempo, claro —siguió Michel—. A priori no hay nada que distinga las configuraciones mutables. Pero tiene que haber condiciones de estabilidad estructural a nivel subatómico. Si conseguimos calcular una configuración estable, incluso con unos centenares de átomos, ya sólo será una cuestión de potencia de tratamiento... En fin, creo que voy demasiado deprisa.

—No estoy seguro... —Desplechin hablaba ahora con la voz lenta y soñadora del hombre que entrevé perspectivas infinitamente lejanas, configuraciones mentales fantasmagóricas y desconocidas.

—Necesito trabajar con total independencia, fuera de la jerarquía del centro. Hay cosas que pertenecen al ámbito de la pura hipótesis:

explicarlas sería demasiado largo y difícil.

—Desde luego. Voy a escribirle a Walcott, que dirige el centro. Es un buen tipo, le dejará en paz. Pero ya trabajó con ellos una vez, ¿no? Algo sobre vacas...

—Una cosilla, sí.

—No se preocupe. Estoy a punto de jubilarme —esta vez había un poco de amargura en su sonrisa—, pero todavía puedo hacer eso. A nivel administrativo, será un destino provisional, que podrá confirmar cada año durante el tiempo que usted desee. Sea quien sea mi sucesor, no hay la menor posibilidad de que revoque la medida.

Se separaron poco después, a la altura del Pont Royal. Desplechin le tendió la mano. No había tenido hijos; sus preferencias sexuales se lo habían impedido, la idea de un matrimonio de conveniencia siempre le había parecido ridícula. Durante unos segundos, mientras se estrechaban la mano, se dijo que estaba viviendo un momento importante; luego se dijo que estaba terriblemente cansado; y al final se dio la vuelta y empezó a andar a lo largo del muelle, junto a las casetas de los bouquinistes. Djerzinski se quedó mirando durante uno o dos minutos a aquel hombre que se alejaba bajo una luz cada vez más débil.

2

La noche siguiente cenó en casa de Annabelle y le explicó con mucha claridad, de una manera sintética y precisa, por qué tenía que irse a Irlanda. Para él estaba escrito el camino a seguir, todo se encadenaba con nitidez. Lo esencial era no pensar sólo en el ADN, considerar en conjunto al ser vivo como sistema autorreproducible.

Al principio Annabelle no dijo nada, aunque no pudo evitar una ligera mueca. Luego volvió a servir vino; esa noche había preparado pescado, y el pequeño estudio recordaba más que nunca a una cabina de barco.

—No vas a llevarme... —Sus palabras resonaron en el silencio, y el silencio se prolongó—. Ni siquiera se te ha ocurrido... —dijo con una mezcla de despecho infantil y de sorpresa; luego se echó a llorar. Él no hizo ningún gesto; de haberlo hecho, seguro que ella lo habría rechazado; la gente necesita llorar, no puede hacer otra cosa—. Sin embargo, a los doce años nos entendíamos bien... —exclamó ella en mitad de sus lágrimas.

Luego alzó los ojos y le miró. Había pureza en su rostro, tan bello. Habló sin pensarlo:

—Quiero tener un hijo tuyo. Necesito a alguien a mi lado. No tendrás que educarlo, ni cuidarlo, ni tampoco tendrás que reconocerlo. Ni siquiera te pido que le quieras, ni que me quieras; pero déjame tener un hijo tuyo. Sé que tengo cuarenta años: peor para mí, voy a correr el riesgo. Es mi última oportunidad. A veces me arrepiento de haber abortado. Pero el primer hombre que me dejó embarazada era una basura, y el segundo un irresponsable; a los diecisiete años no podía imaginar que la vida fuera tan limitada, que hubiera tan pocas posibilidades.

Michel encendió un cigarrillo para reflexionar. —Es una idea rara... —dijo entre dientes—. Reproducirse cuando uno no ama la vida. Annabelle se levantó y se quitó la ropa. —De todos modos, vamos a hacer el amor... —dijo—. Hace por lo menos un mes que no hemos hecho el amor. Hace dos semanas que dejé de tomar la píldora; hoy estoy en un período de fecundidad. Se puso las manos sobre el vientre, las hizo subir hasta los senos, abrió ligeramente las piernas. Era hermosa, deseable y cariñosa; ¿por qué él no sentía nada? Era inexplicable. Encendió otro cigarrillo y de pronto se dio cuenta de que pensar no iba a servirle de nada. Un hijo se tiene o no se tiene; no es una decisión racional, no forma parte de las decisiones que un ser humano puede tomar racionalmente. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y murmuró: —Acepto.

Annabelle le ayudó a quitarse la ropa y lo masturbó con suavidad para que pudiera correrse dentro de ella. Él no sentía gran cosa, salvo la suavidad y la calidez de su vagina. Dejó de moverse enseguida, sorprendido por la evidencia geométrica del acoplamiento, maravillado también por la flexibilidad y la riqueza de las mucosas. Annabelle acercó su boca a la de él y le abrazó. El cerró los ojos, sintió más claramente la existencia de su propio sexo, empezó a moverse otra vez. Poco antes de eyacular tuvo una visión —increíblemente nítida— de la fusión de los gametos, e inmediatamente después de las primeras divisiones celulares. Era como una huida hacia adelante, un pequeño suicidio. Una oleada de consciencia subió a lo largo de su sexo, sintió el esperma surgir de su cuerpo. Annabelle también lo sintió y dejó escapar un largo suspiro; luego ambos se quedaron quietos.

—Tenía que haber pedido cita para un frotis hace un mes... —dijo el ginecólogo con voz cansada—. Y en lugar de eso deja de tomar la píldora sin decírmelo y se queda embarazada. ¡Ya no es usted una chiquilla!... —En la consulta hacía frío y había un ambiente un poco pegajoso; cuando salió, a Annabelle le sorprendió el sol de junio.

Llamó por teléfono al día siguiente. El examen celular revelaba anomalías «bastante serias»; había que hacer una biopsia y un raspado de la mucosa uterina. «En cuanto al embarazo, es evidente que más vale renunciar por el momento. Mejor hacer las cosas sobre una buena base, ¿no?...» No parecía preocupado, sólo un poco molesto.

Annabelle conoció entonces su tercer aborto —el feto sólo tenía dos semanas, bastó una rápida aspiración. El equipo había mejorado mucho desde su última intervención, y para su sorpresa todo terminó en menos de diez minutos. Los resultados del análisis llegaron tres días después. El médico parecía tremendamente viejo, competente y triste. «Bueno..., por

desgracia creo que no hay ninguna duda: tiene un cáncer de útero en estado de preinvasión.» Se sujetó las gafas sobre la nariz, examinó otra vez las hojas; la impresión general de competencia aumentó bastante. No estaba sorprendido: el cáncer de útero se manifiesta con frecuencia en las mujeres en los años que preceden la menopausia, y el hecho de no haber tenido hijos constituye un factor que agrava el riesgo. Las modalidades de tratamiento eran más que conocidas, sobre eso no tenía ninguna duda. «Hay que practicar una histerectomía abdominal y una salpingo–ovariectomía bilateral. Es una operación frecuente, los riesgos de complicación son casi nulos.» Miró a Annabelle; era molesto que no reaccionara, seguía con la boca abierta; probablemente era el preludio de una crisis. Por lo general se recomendaba a los médicos que le aconsejaran a la paciente una psicoterapia de apoyo —había preparado una breve lista de direcciones— y, sobre todo, que insistieran en una idea fuerte, el final de la fertilidad no significaba en absoluto el final de la vida sexual; al contrario, algunas pacientes notaban que su deseo aumentaba.

—Entonces me van a quitar el útero... —dijo ella con incredulidad.

—El útero, los ovarios y las trompas de Falopio; es mejor evitar cualquier riesgo de proliferación. Le voy a recetar un tratamiento hormonal de sustitución; de todos modos cada vez lo recetamos más, incluso en los casos de simple menopausia.

Ella volvió a casa de sus padres en Crécy-en-Brie; la operación estaba fijada para el 17 de julio. Michel y su madre la acompañaron al hospital de Meaux. Ella no tenía miedo. La intervención duró un poco más de dos horas; Annabelle se despertó al día siguiente. Por la ventana veía el cielo azul, el leve movimiento de los árboles mecidos por el viento. No sentía casi nada. Tenía ganas de ver la cicatriz de su bajo vientre, pero no se atrevió a pedírselo a la enfermera. Era extraño pensar que era la misma mujer, pero que le habían quitado los órganos de reproducción. La palabra «ablación» flotó un rato en su cabeza antes de que la sustituyera una imagen más brutal. «Me han vaciado», se dijo. «Me han vaciado como a un pollo.»

Ella salió del hospital una semana más tarde. Michel le había escrito a Walcott para avisarle de que retrasaba su llegada; después de algunas dudas accedió a instalarse en casa de los padres de Annabelle, en la antigua habitación de su hermano. Annabelle se dio cuenta de que había simpatizado con su madre durante el período de hospitalización. También su hermano mayor iba a verlos más a gusto desde que Michel estaba allí. En el fondo no tenían mucho que decirse: Michel no sabía nada de los problemas de la pequeña empresa, y Jean–Pierre era absolutamente ajeno a las cuestiones que planteaba el desarrollo de la investigación en biología molecular; sin embargo, terminó creándose una complicidad masculina completamente falsa en torno al aperitivo de la tarde. Ella tenía que descansar, y sobre todo no debía levantar objetos pesados; pero ya podía lavarse sola y comer con normalidad. Por las tardes se sentaba en el jardín; Michel y su madre recogían fresas o mirabeles. Era como un curioso período de vacaciones, o de regreso a la infancia. Ella sentía la caricia del sol en la cara y los brazos. Lo más normal es que se quedara allí sin hacer nada; a veces bordaba, o hacía juguetes de peluche para sus sobrinos. Un psiquiatra de Meaux le había recetado somníferos, y dosis bastante fuertes de tranquilizantes. De todos modos dormía mucho, y siempre tenía sueños felices y tranquilos; el poder del espíritu es enorme dentro de su propio reino. Michel se acostaba a su lado; le ponía una mano en la cintura y sentía cómo las costillas subían y bajaban con regularidad. El psiquiatra iba a verla con frecuencia, se preocupaba, murmuraba, hablaba de «pérdida de apego a la realidad». Annabelle se había vuelto muy dulce, un poco rara, y a menudo se reía sin motivo; a veces, también de repente, se le llenaban los ojos de lágrimas. Entonces se tomaba una pastilla más.

A partir de la tercera semana pudo salir y dar breves paseos por la orilla del río o por los bosques cercanos. Era un mes de agosto excepcionalmente hermoso; los días se sucedían idénticos, radiantes, sin la menor amenaza de tormenta, sin que nada hiciera presagiar ningún final. Michel la cogía de la mano; solían sentarse en un banco al borde del Grand Morin. La hierba de la ribera estaba calcinada, casi blanca; bajo la sombra de las hayas, el río desplegaba indefinidamente sus líquidas ondulaciones, de un verde oscuro. El mundo exterior tenía sus propias leyes, y esas leyes no eran humanas.

3

El 25 de agosto, un examen de control reveló metástasis en la región abdominal; lo normal era que siguiera extendiéndose y que el cáncer se generalizara. Se podía intentar la radioterapia, de hecho no se podía hacer ninguna otra cosa; pero no había que ocultarle que era un tratamiento pesado, y el porcentaje de curación no sobrepasaba el 50%.

La cena fue muy silenciosa. «Vamos a curarte, pequeña mía...» dijo la madre de Annabelle con voz un poco temblorosa. Ella cogió a su madre del cuello y apretó la frente contra la suya; se quedaron así cerca de un minuto. Cuando su madre fue a acostarse ella se quedó en el salón, hojeó algunos libros. Sentado en un sillón, Michel la seguía con la mirada. «Podríamos consultar a alguien más...», dijo al cabo de un largo silencio. «Sí, podríamos», contestó ella con ligereza.

No podía hacer el amor, la cicatriz era demasiado reciente y le dolía demasiado; pero estrechó a Michel con fuerza entre sus brazos. Oyó rechinar sus dientes en aquel silencio. En un momento dado, al pasarle a Michel la mano por la cara, se dio cuenta de que la tenía mojada de lágrimas. Le acarició dulcemente el sexo; era excitante y calmante a la vez. Él se tomó dos sedantes y al final consiguió dormirse.

A eso de las tres de la madrugada Annabelle se levantó, se puso una bata y bajó a la cocina. Buscó en los armarios y encontró un tazón que llevaba su nombre, un regalo de su madrina cuando cumplió diez años. Echó con cuidado en el tazón el contenido de su frasco de somníferos, añadió un poco de agua y azúcar. Lo único que sentía era una tristeza muy general, casi metafísica. La vida era así, pensaba. Se había producido un cortocircuito imprevisible e injustificado en su cuerpo; y ahora su cuerpo ya no podía ser una fuente de felicidad y alegría. Al contrario, poco a poco pero con bastante rapidez iba a convertirse para sí misma y para los demás en una fuente de molestias y aflicción. Así que había que destruirlo. Un reloj de pared de madera maciza desgranaba ruidosamente los segundos; su madre lo había heredado de su abuela, ya lo tenía cuando se casó, era el mueble más antiguo de la casa. Añadió más azúcar al tazón. Su actitud estaba muy lejos de la aceptación, la vida le parecía una broma pesada, una broma inadmisible; pero así eran las cosas. En unas pocas semanas de enfermedad, con una rapidez sorprendente, había llegado a esa conclusión tan frecuente en los viejos: no quería seguir siendo una carga para los demás. Al final de la adolescencia, su vida había empezado a ir muy deprisa; luego hubo una larga época de aburrimiento; ahora todo empezaba a ir deprisa otra vez.

Poco antes de amanecer, al darse la vuelta en la cama, Michel se dio cuenta de la ausencia de Annabelle. Se vistió y bajó: su cuerpo inanimado yacía en el sofá del salón. Cerca, sobre la mesa, había dejado una carta. La primera frase decía: «Prefiero morir entre los seres que amo.»

El jefe del servicio de urgencias del hospital de Meaux era un hombre de unos treinta años, con el pelo negro y rizado y una expresión abierta; enseguida les causó una excelente impresión. Había pocas posibilidades de que despertara, dijo; podían quedarse a su lado; él no veía ningún inconveniente. El coma era un estado extraño y poco conocido. Estaba casi seguro de que Annabelle no se daba cuenta de su presencia; sin embargo, en el cerebro persistía una débil actividad eléctrica; debía corresponder a alguna actividad mental cuya naturaleza seguía siendo absolutamente misteriosa. Ni siquiera el pronóstico médico podía asegurar nada: se habían visto casos de enfermos en coma profundo durante semanas, incluso meses, que volvían de repente a la vida; lo más normal, por desgracia, era que el coma desembocara en la muerte del mismo modo repentino. Sólo tenía cuarenta años, así que podían estar seguros de que el corazón aguantaría; y por el momento eso era todo lo que podía decirles.

Amanecía sobre la ciudad. Sentado junto a Michel, el hermano de Annabelle sacudía la cabeza y murmuraba. «No es posible..., no es posible...», repetía sin parar, como si esas

palabras tuvieran algún poder. Pero sí que era posible. Todo es posible. Una enfermera pasó delante de ellos empujando un carrito metálico sobre el que entrechocaban las botellas de suero.

Un poco más tarde el sol desgarró las nubes y el cielo se tornó azul.

El día iba a ser muy hermoso, tanto como los anteriores. La madre de Annabelle se levantó con esfuerzo. «Mejor descansar un poco...», dijo, controlando el temblor de la voz. Su hijo también se levantó y la siguió como un autómata. Michel hizo un signo con la cabeza para indicar que él se quedaba. No sentía ningún cansancio. En los minutos siguientes, sintió sobre todo la extraña presencia del mundo observable. Estaba sentado, solo, en un soleado pasillo, en una silla de plástico trenzado. Esta ala del hospital era demasiado tranquila. De vez en cuando se abría una puerta a lo lejos, salía una enfermera que se dirigía a otro pasillo. Los ruidos de la ciudad, unos pisos más abajo, llegaban muy amortiguados. En un estado de absoluto desapego mental, pasó revista al encadenamiento de circunstancias, las etapas del mecanismo que había destrozado sus vidas. Todo era definitivo, límpido e irrecusable. Todo aparecía en la evidencia inmóvil de un pasado limitado. En la actualidad resultaba poco verosímil que una chica de diecisiete años pudiera ser tan ingenua; pero sobre todo que le diera tanta importancia al amor. Habían pasado veinticinco años desde la adolescencia de Annabelle, y si había que creer las encuestas y las revistas, las cosas habían cambiado mucho. Actualmente, las chicas eran más espabiladas y más racionales. Se preocupaban, ante todo, de terminar sus estudios, para asegurarse un futuro profesional decente. Para ellas, salir con chicos sólo era una actividad de tiempo libre, un entretenimiento en el que intervenían a partes iguales el placer sexual y la satisfacción narcisista. Más tarde su objetivo era un matrimonio bien calculado, en el que ambas situaciones socioprofesionales se adecuaran y hubiera una cierta comunidad de gustos. Claro que así se negaban cualquier posibilidad de ser felices —la felicidad era indisociable de estados fusionales y regresivos incompatibles con la práctica de la razón—, pero de esa manera esperaban no tener que sufrir los tormentos sentimentales y morales que habían torturado a sus predecesoras. Esta esperanza se desvanecía con rapidez; la desaparición de los tormentos pasionales dejaba el campo libre al aburrimiento, la sensación de vacío, la angustiada espera de la vejez y de la muerte. De hecho, la segunda mitad de la vida de Annabelle había sido mucho más triste y sombría que la primera; y al final de su vida no guardaba de ella ningún recuerdo.

A mediodía, Michel abrió la puerta de su habitación. Su respiración era extremadamente débil, la sábana que cubría el pecho casi no se movía; según el médico, sin embargo, era suficiente para permitir la oxigenación de los tejidos; si disminuía, podían instalar un dispositivo de respiración asistida. De momento, la aguja de la sonda entraba en su brazo, un poco por encima del codo; tenía un electrodo sujeto a la sien; y eso era todo. Un rayo de sol cruzaba la sábana inmaculada e iluminaba una mecha de su maravilloso pelo rubio. Con los ojos cerrados, un poco más pálido que de costumbre, su rostro parecía infinitamente sereno. Todos los temores parecían haber desaparecido; a Michel nunca le había parecido tan feliz. Cierto que él siempre había tenido tendencia a confundir el coma y la felicidad; pero ella parecía infinitamente feliz. Le pasó la mano por el pelo, le besó la frente y los labios tibios. Desde luego, era demasiado tarde; pero de todos modos estaba bien. Se quedó en la habitación hasta la caída de la noche. De vuelta al pasillo, abrió un libro de meditaciones búdicas recogidas por el doctor EvansWentz (llevaba el libro en el bolsillo desde hacía varias semanas; era un libro muy pequeño, con la cubierta rojo oscuro).

Que todos los seres en el Este,
que todos los seres en el Oeste,
que todos los seres en el Norte,
que todos los seres en el Sur
sean felices, conserven su dicha;
y puedan vivir sin enemistad.

La culpa no era del todo suya, pensaba; habían vivido en un mundo terrible, un mundo de competición y de lucha, de vanidad y de violencia; no habían vivido en un mundo armonioso. Por otra parte, tampoco habían hecho nada para modificar ese mundo ni habían contribuido a mejorarlo en lo más mínimo. Pensó que tendría que haberle dado un hijo a Annabelle; luego, de golpe, se acordó de que lo había hecho, o más bien de que había empezado a hacerlo, de que por lo menos había aceptado la idea; y este pensamiento le llenó de alegría. Entonces entendió la paz y la dulzura que había sentido durante las últimas semanas. Ya no podía hacer nada, nadie podía hacer nada contra el dominio de la enfermedad y de la muerte; pero al menos durante unas semanas ella se había sentido amada.

Si uno practica la idea del amor
y no se abandona a las prácticas licenciosas;
si corta los lazos de las pasiones
y vuelve la mirada hacia el Camino,

por haber sido capaz de practicar ese amor,
renacerá en el cielo de Brahma,
conseguirá sin tardanza la Liberación
y entrará para siempre en el Reino de lo Incondicionado.

Si no mata ni trata de hacer daño,
si no intenta hacerse valer humillando al prójimo,
si practica el amor universal,
no sentirá odio en la hora de su muerte.

Por la tarde llegó la madre de Annabelle; quería saber si había alguna novedad. No, la situación no había cambiado; los estados de coma profundo podían ser muy estables, les recordó la enfermera con paciencia, a veces pasaban tres semanas antes de que se pudiera establecer un pronóstico. Ella entró a ver a su hija y salió al cabo de un minuto, sollozando. «No lo entiendo...», dijo sacudiendo la cabeza. «No entiendo la vida. Era una niña encantadora, ¿sabe? Siempre fue cariñosa, nunca dio problemas. No se quejaba, pero yo sabía que no era feliz. No ha tenido la vida que se merecía.»

Se marchó poco después, visiblemente desanimada. Era raro, pero él no tenía ni hambre ni sueño. Recorrió el pasillo, bajó hasta el vestíbulo de entrada. Un antillano sentado en recepción resolvía un crucigrama; le saludó con la cabeza. Se sirvió un chocolate caliente en una máquina, se acercó a las ventanas. La luna flotaba entre los edificios; algunos coches circulaban por la avenida de Châlons. Tenía conocimientos médicos suficientes para saber que la vida de Annabelle pendía de un hilo. Su madre tenía razón al negarse a entenderlo; el hombre no está hecho para aceptar la muerte: ni la suya ni la de los demás. Se acercó al guarda y le pidió una hoja de papel; un poco sorprendido, éste le tendió un paquete de hojas con el membrete del hospital (fue el membrete lo que permitió a Hubczejak, mucho después, identificar el texto entre la masa de notas que se encontraron en Clifden). Algunos seres humanos se aferran con ferocidad a la vida, la abandonan, como decía Rousseau, de mala gana; él presentía que ése no era el caso de Annabelle.

Ella era esa niña hecha para la felicidad,
ofrecía a quien lo quisiera el tesoro de su corazón.
Podría haber dado su vida por otras vidas,
entre los nacidos de su propio lecho.

Por el grito de los niños,
por la sangre de la raza,
su sueño siempre presente
dejaría una huella

grabada en el tiempo,
grabada en el espacio.

Grabada en la carne
santificada para siempre
en las montañas, en el aire,
en el agua de los ríos
y en el cielo transformado.

Ahora estás ahí,
en tu lecho de muerte,
tranquila en el coma
y para siempre llena de ternura.

Nuestros cuerpos se enfriarán y sólo estarán presentes
en la hierba, Annabelle mía.
Será la nada
del ser individual.

Habremos amado poco
bajo nuestras formas humanas,
tal vez el sol, la lluvia sobre nuestras tumbas, el viento y la escarcha pongan fin a nuestro dolor.

4

Annabelle murió al cabo de dos días, y seguramente fue mejor para la familia. Cuando alguien muere la gente siempre tiende a decir una estupidez así; pero es verdad que su madre y su hermano no habrían podido soportar una larga incertidumbre.

En el edificio de acero y cemento blanco, el mismo en el que había muerto su abuela, Djerzinski fue consciente, por segunda vez, del poder del vacío. Cruzó la habitación y se acercó al cuerpo de Annabelle. Ese cuerpo era idéntico al que él había conocido, salvo que la tibieza lo abandonaba poco a poco. La carne ya estaba casi fría.

Algunos seres viven hasta los setenta o incluso los ochenta años pensando que siempre hay algo nuevo, que la aventura está, como suele decirse, a la vuelta de la esquina; prácticamente hay que matarlos o por lo menos reducirlos a un estado de invalidez muy avanzado para que entren en razón. No era el caso de Michel Djerzinski. Había vivido su vida humana solo, en un vacío sideral. Había contribuido al progreso del conocimiento; era su vocación, era la manera que había encontrado para expresar sus dones naturales; pero no había conocido el amor. A pesar de su belleza, Annabelle tampoco había conocido el amor; y ahora estaba muerta. Su cuerpo descansaba a media altura, para siempre inútil, semejante a un peso puro, bajo la luz. Cerraron la tapa del féretro.

En su carta de despedida, pedía que la incinerasen. Antes de la ceremonia tomaron un café en la Cafetería H del vestíbulo de entrada; en la mesa de al lado, un gitano sondado hablaba de coches con dos amigos que habían ido a visitarlo. Había poca iluminación; unos apliques en el techo en medio de un soporte desagradable que recordaba unos enormes tapones de corcho.

Salieron bajo el sol. Los edificios del crematorio formaban parte del mismo complejo y no estaban lejos del hospital. La cámara de incineración era un gran cubo de cemento blanco en mitad de una plaza igualmente blanca; la reverberación era deslumbrante. El aire caliente ondulaba a su alrededor como una miríada de serpientes pequeñas.

Sujetaron el féretro a una plataforma móvil que llevaba al interior del horno. Hubo treinta segundos de recogimiento colectivo, y luego un empleado puso en marcha el mecanismo. Las ruedas dentadas que activaban la plataforma chirriaron un poco; la puerta se cerró. Una

portilla de Pyrex permitía observar la combustión. Cuando las llamas surgieron de los enormes quemadores, Michel apartó la mirada. Un resplandor rojo persistió durante unos treinta segundos en la periferia de su campo visual; y eso fue todo. Un empleado guardó las cenizas en una pequeña urna, un paralelepípedo de abeto blanco, y se lo entregó al hermano mayor de Annabelle.

Volvieron a Crécy conduciendo despacio. A lo largo de la avenida del Hôtel de Ville, el sol brillaba entre las hojas de los castaños. Annabelle y él se habían paseado por esa misma avenida veinticinco años antes, al salir de clase. Había unas quince personas reunidas en el jardín de su madre. Su hermano pequeño había viajado desde Estados Unidos; estaba delgado, nervioso, visiblemente tenso, vestido con una elegancia un poco excesiva.
Annabelle había pedido que dispersaran sus cenizas en el jardín de la casa de sus padres; cumplieron su deseo. El sol empezaba a descender. Era polvo, un polvo casi blanco. Se posó suavemente, como un velo, sobre la tierra que había entre los rosales. En ese momento se oyó a lo lejos la campana del paso a nivel. Michel se acordó de las tardes de sus quince años, cuando Annabelle iba a esperarlo a la estación y se abrazaba a él. Miró la tierra, el sol, las rosas; la superficie elástica de la hierba. Era incomprensible. Los asistentes estaban silenciosos; la madre de Annabelle había servido un vino de honor. Le tendió un vaso y le miró a los ojos. «Puede quedarse aquí unos días si quiere, Michel», dijo en voz baja. No, tenía que irse; tenía que trabajar. No sabía hacer otra cosa. Le pareció que unos rayos cruzaban el cielo; se dio cuenta de que estaba llorando.

5

Cuando el avión se acercó al techo de nubes que se extendía hasta el infinito bajo el cielo intangible, tuvo la impresión de que su vida entera había estado encaminada a ese momento. Durante unos segundos sólo existió la inmensa cúpula del azur y un enorme plano ondulado donde se alternaban un blanco resplandeciente y un blanco mate; luego entraron en una zona intermedia, movediza y gris, donde las percepciones eran confusas. Abajo, en el mundo de los hombres, había praderas, animales y árboles; todo era verde, húmedo e infinitamente detallado.

Walcott le esperaba en el aeropuerto de Shannon. Era un hombre rechoncho, de gestos animados; una corona de pelo rubio rojizo rodeaba su pronunciada calvicie. Conducía muy deprisa su Toyota Starlet entre los pastos brumosos y las colinas. El centro estaba un poco al norte de Galway, en el término municipal de Rosscahill. Walcott le enseñó las instalaciones y le presentó a los técnicos; estarían a su disposición para llevar a cabo los experimentos, para programar el cálculo de las configuraciones moleculares. Todos los equipos eran ultramodernos, las salas estaban inmaculadamente limpias; todo el conjunto se había financiado con una subvención de la CEE. En una sala refrigerada, Djerzinski echó una ojeada a los dos grandes Cray, en forma de torre, cuyos paneles de control resplandecían en la penumbra. Sus millones de procesadores construidos en paralelo estaban listos para integrar las variables de Lagrange, las funciones de onda, los análisis espectrales, las operaciones de Hermite; en adelante, iba a vivir en ese universo. Sin embargo, ni cruzando los brazos sobre el pecho ni apretándolos contra su cuerpo conseguía librarse de una sensación de tristeza, de frío interior. Walcott le ofreció un café de la máquina automática. Por los ventanales se veían las verdes pendientes que se hundían en las aguas oscuras del Lough Corrib.

Bajaron por la carretera que llevaba a Rosscahill a lo largo de un prado en suave pendiente donde pacía un rebaño de vacas más pequeñas que la media, de un bonito color castaño claro. «¿Las reconoce?», preguntó Walcott con una sonrisa. «Sí..., son las descendientes de las primeras vacas que se crearon a partir de sus trabajos, hace ya diez años. En aquella época teníamos un centro muy pequeño, no demasiado bien equipado; usted nos dio un buen empujón. Son robustas, se reproducen sin problemas y dan una leche excelente. ¿Quiere

verlas?» Aparcó en un camino hundido. Djerzinski se acercó al murete de piedra que delimitaba el prado. Las vacas pacían tranquilamente, frotaban la cabeza contra el flanco de sus compañeras; dos o tres estaban tumbadas. Él era quien había creado, o al menos perfeccionado, el código genético que gobernaba la reproducción de sus células. Para ellas, él tendría que haber sido una especie de Dios; sin embargo, parecían indiferentes a su presencia. Un banco de niebla bajaba desde la cima de la colina, ocultándolas poco a poco a su vista. Regresó al coche.

Sentado al volante, Walcott fumaba un Craven; la lluvia había mojado el parabrisas. Con su voz suave, discreta (pero cuya discreción no parecía en absoluto un signo de indiferencia), le preguntó: «¿Ha perdido a alguien?» Él le contó entonces la historia de Annabelle y de su final. Walcott escuchaba; de vez en cuando sacudía la cabeza o lanzaba un suspiro. Tras el relato se quedó callado, encendió y luego apagó otro cigarrillo, y al fin dijo: «Yo no soy irlandés. Nací en Cambridge, y creo que sigo siendo muy inglés. La gente suele decir que los ingleses han desarrollado sus cualidades de sangre fría y de reserva, y también una manera de enfrentarse con humor a los acontecimientos de la vida, incluidos los más trágicos. Es bastante cierto, y una completa estupidez por su parte. El humor no nos salva; no sirve prácticamente para nada. Uno puede enfrentarse a los acontecimientos de la vida con humor durante años, a veces muchos años, y en algunos casos puede mantener una actitud humorística casi hasta el final; pero la vida siempre nos rompe el corazón. Por mucho valor, sangre fría y humor que uno acumule a lo largo de su vida, siempre acaba con el corazón destrozado. Y entonces uno deja de reírse. A fin de cuentas ya sólo quedan la soledad, el frío y el silencio. A fin de cuentas, sólo queda la muerte.»

Puso en marcha los limpiaparabrisas y arrancó. «Aquí hay mucha gente católica», continuó. «Bueno, las cosas están cambiando, Irlanda se moderniza. Muchas empresas de alta tecnología se han instalado aquí aprovechando las reducciones de los gravámenes sociales y de los impuestos; en esta región están Roche y Lilly. Y Microsoft, claro: todos los jóvenes de este país sueñan con trabajar en Microsoft. La gente va menos a misa, hay más libertad sexual que hace unos años, cada vez hay más discotecas y antidepresivos. En fin, el escenario clásico...»

Pasaban junto al lago. El sol surgió en medio de un banco de niebla, dibujando irisaciones resplandecientes en la superficie del agua. «Aun así», añadió Walcott, «el catolicismo sigue siendo muy fuerte. Por ejemplo, la mayoría de los técnicos del centro son católicos. Eso no me hace más fácil la relación con ellos. Son correctos, corteses, pero me consideran como alguien un poco aparte, con quien no se puede hablar de verdad.»

El sol apareció del todo, formando un círculo de un blanco perfecto; también apareció todo el lago, bañado en luz. En el horizonte, los picos de las *Twelve Bens Mountains* se superponían en una gama decreciente de grises, como las películas de un sueño. Guardaron silencio. Al llegar a Galway, Walcott habló de nuevo: «Yo soy ateo, pero entiendo que aquí se pueda ser católico. Este país tiene algo muy especial. Todo vibra constantemente, tanto la hierba de los prados como la superficie de los lagos; todo parece indicar una presencia. Hay una luz inestable y suave, como una materia cambiante. Ya verá. Hasta el cielo parece vivo.»

6

Michel alquiló un apartamento cerca de Clifden, en la *Sky Road*, en una antigua casa de guardacostas que habían reformado para alquilarla a los turistas. Las habitaciones estaban decoradas con ruecas, lámparas de petróleo y toda clase de objetos antiguos que podían encantarles a los turistas; eso no le molestaba. Sabía que a partir de entonces se sentiría como en un hotel, tanto en la casa como en la vida en general.

No tenía la menor intención de volver a Francia, pero durante las primeras semanas tuvo que viajar a París varias veces para ocuparse de la venta de su apartamento y el traslado de las cuentas. Cogía el vuelo de las 11.50 en Shannon. El avión sobrevolaba el mar, el sol hacía hervir la superficie de las aguas; las olas parecían gusanos que se entrelazaban y se retorcían a enorme distancia. Sabía que bajo aquella gigantesca capa de gusanos, los moluscos

engendraban su propia prole; peces de finos dientes devoraban a los moluscos antes de ser devorados por otros peces más grandes. A menudo se dormía y tenía pesadillas. Cuando despertaba, el avión sobrevolaba el campo. Medio dormido, se sorprendía ante su color uniforme. Los campos eran pardos, a veces verdes, pero siempre de tonos apagados. Las afueras de París eran grises. El avión perdía altitud; se hundía despacio, irresistiblemente atraído por esa vida, esa palpitación de millones de vidas.

A partir de mediados de octubre, una niebla espesa que venía directamente del Atlántico cubrió la península de Clifden. Ya se habían ido los últimos turistas. No hacía frío, pero todo estaba bañado en un gris profundo y suave. Djerzinski salía poco. Había llevado consigo tres DVD con más de 40 gigaoctetos de datos. De vez en cuando encendía su ordenador, examinaba una configuración molecular y luego se estiraba sobre la enorme cama, con el paquete de cigarrillos al alcance de la mano. Todavía no había vuelto al centro. Al otro lado de la ventana, las masas de niebla se movían con lentitud.

En torno al 20 de noviembre aclaró el cielo, el tiempo se volvió más frío y más seco. Adoptó la costumbre de dar largos paseos a pie por la carretera de la costa. Pasaba Gortrumnagh y Knockavally y solía llegar hasta Claddaghduff, a veces hasta Aughrus Point. Allí estaba en el punto más occidental de Europa, el extremo del mundo occidental. Ante él se extendía el océano Atlántico; cuatro mil kilómetros de océano le separaban de América.

Según Hubczejak, hay que considerar esos dos o tres meses de reflexión solitaria durante los cuales Djerzinski no hizo nada, no preparó ningún experimento, ni programó ningún cálculo, como un período clave en el que estableció los principales elementos de su reflexión ulterior. De todas formas, para el conjunto de la humanidad occidental, los últimos meses de 1999 fueron una época extraña, marcada por una singular espera; una época de sorda rumia.

El 31 de diciembre de 1999 cayó en viernes. En la clínica de Verrières–le–Buisson, donde Bruno iba a pasar el resto de sus días, hubo una pequeña fiesta que reunió a los enfermos y al personal a su cargo. Bebieron champán y comieron patatas fritas con paprika. Más tarde, Bruno bailó con una enfermera. No era desgraciado; los medicamentos hacían efecto, y el deseo había muerto en él. Le gustaban las meriendas, los deportes televisados que veía con los demás antes de sentarse a cenar. Ya no esperaba nada del transcurso de los días, y pasó bien la última velada del segundo milenio.

En los cementerios del mundo entero, los seres humanos recientemente fallecidos seguían pudriéndose en sus tumbas, transformándose poco a poco en esqueletos.

Michel pasó la noche en casa. Estaba demasiado lejos del pueblo como para oír los ecos de la fiesta. Evocó varias veces imágenes de Annabelle, dulces y serenas; y también recordó a su abuela.

Recordó que a los trece o catorce años compraba linternas, pequeños objetos mecánicos que desmontaba y montaba sin parar. También recordó un avión a motor que le había regalado su abuela y que nunca consiguió hacer despegar. Era un bonito avión, con camuflaje de color caqui; al final se quedó en la caja. Atravesada por corrientes de conciencia, su vida tenía, sin embargo, algunos rasgos individuales. Hay seres, hay pensamientos. Los pensamientos no ocupan espacio. Los seres ocupan una porción de espacio; podemos verlos. Su imagen se forma en el cristalino, atraviesa el humor coroides, choca con la retina. Solo en la casa desierta, Michel asistió a un modesto desfile de recuerdos. Una sola certeza le invadió poco a poco a lo largo de la noche: pronto se sentiría capaz de empezar a trabajar.

En toda la superficie del planeta una humanidad cansada, agotada, llena de dudas sobre sí misma y sobre su propia historia, se disponía, mal que bien, a entrar en un nuevo milenio.

7

Algunos dicen:

«La civilización que hemos construido todavía es frágil,
acabamos de salir de la noche.
Todavía vemos la imagen hostil de esos siglos de infortunio;
¿no sería mejor olvidarlos para siempre?»

El narrador se levanta y recuerda
con ecuanimidad, pero con firmeza,
que ha tenido lugar una revolución metafísica.

Igual que los cristianos podían imaginarse las civilizaciones antiguas, podían hacerse una idea completa de las civilizaciones antiguas sin que los atormentara la duda, o la necesidad de revisión,

porque habían superado una fase,
habían subido un tramo de escalera,
habían atravesado un punto de ruptura;

igual que los hombres de la época materialista podían asistir a la repetición de las ceremonias rituales cristianas,
sin entenderlas ni verlas realmente, igual que no podían leer ni releer las obras de su antigua cultura cristiana sin apartarse de una perspectiva casi antropológica,
Incapaces de comprender esas discusiones sobre los grados del pecado y de la gracia que habían agitado a sus antepasados;

Nosotros podemos, de la misma manera, escuchar esta historia de la época materialista
como un viejo cuento humano.
Es una historia triste, y sin embargo no nos sentiremos realmente tristes
porque nos parecemos demasiado a esos hombres.
Nacidos de su carne y de sus deseos, hemos rechazado
sus categorías y sus adhesiones;
no experimentamos sus alegrías, tampoco sus penas,
hemos apartado
con indiferencia
y sin ningún esfuerzo
su universo de muerte.

Ahora podemos rescatar del olvido
esos siglos de dolor que son nuestra herencia,
ha habido una especie de segundo reparto
y tenemos derecho a vivir nuestra vida.

Entre 1905 y 1915, trabajando prácticamente solo, con unos conocimientos matemáticos limitados, Albert Einstein consiguió elaborar, a partir de la primera hipótesis que constituyó la teoría restringida de la relatividad, una teoría general de la gravitación, el espacio y el tiempo que ejerció una influencia decisiva en la evolución posterior de la astrofísica. Este esfuerzo arriesgado, solitario, que se llevó a cabo, como dijo Hilbert, «por el honor del espíritu humano», en unos campos sin utilidad práctica aparente e inaccesibles en su época para la comunidad científica, se puede comparar a los trabajos de Cantor para establecer una tipología del infinito en acción, o a los esfuerzos de Gottlob Frege por redefinir los fundamentos de la lógica. También puede compararse, señala Hubczejak en su introducción a las *Clifden Notes*, a la solitaria actividad intelectual de Djerzinski en Clifden, entre el 2000 y el 2009, más aún porque Djerzinski, como Einstein, no tenía conocimientos matemáticos suficientes para desarrollar sus hipótesis sobre una base realmente rigurosa.

Topología de la meiosis, su primera publicación, apareció en el 2002 y tuvo una repercusión considerable. Establecía, basándose por primera vez en argumentos termodinámicos irrefutables, que la separación cromosómica que tenía lugar en la meiosis para dar lugar a los gametos haploides era, en sí misma, una fuente de inestabilidad estructural; en otras palabras, que cualquier especie sexuada era necesariamente mortal.

Tres conjeturas de topología en los espacios de Hilbert, que apareció en el 2004, causó sorpresa. Se ha visto como reacción contra la dinámica del continuo, como un intento —con resonancias curiosamente platónicas— de redefinir un álgebra de las formas. Sin dejar de reconocer el interés de las conjeturas planteadas, a los matemáticos profesionales les resultó fácil señalar la carencia de rigor en las proposiciones, el carácter un poco anacrónico del enfoque. De hecho, Hubczejak está de acuerdo en que en aquella época Djerzinski no tenía acceso a las últimas publicaciones matemáticas, e incluso daba la impresión de que no le interesaban demasiado. En realidad, disponemos de muy pocos testimonios de su actividad entre los años 2004 y 2007. Iba regularmente al centro de Galway, pero sus relaciones con los experimentadores eran puramente técnicas, funcionales. Había estudiado los rudimentos del ensamblador Cray, con lo que solía ahorrarse tener que recurrir a los programadores. Sólo Walcott parece haber mantenido con él una relación un poco más personal. El también vivía cerca de Clifden, y a veces iba a visitar a Djerzinski por las tardes. Según cuenta, Djerzinski citaba a menudo a Auguste Comte, sobre todo las cartas a Clotilde de Vaux y la *Síntesis subjetiva*, la última obra, inacabada, del filósofo. Podíamos considerar a Comte el verdadero fundador del positivismo, incluso en lo que respecta al método científico. Para él, ninguna metafísica u ontología concebible en su época lograba sostenerse. Es muy posible, señalaba Djerzinski, que si Comte hubiera estado en la misma situación intelectual que Niels Bohr entre 1924 y 1927, hubiera mantenido su actitud de positivista intransigente y se hubiera unido a la escuela de Copenhague. No obstante, la insistencia del filósofo francés en la realidad de los estados sociales frente a la ficción de las existencias individuales, su interés constantemente renovado por los procesos históricos y las corrientes de pensamiento, y sobre todo su sentimentalismo exacerbado, hacían pensar que tal vez no se habría mostrado hostil a un proyecto de reforma ontológica más reciente que había cobrado consistencia gracias a los trabajos de Zurek, Zeh y Hardcastle: la sustitución de una ontología de los objetos por una ontología de los estados. En efecto, sólo una ontología de los estados era capaz de restaurar la posibilidad práctica de las relaciones humanas. En una ontología de los estados las partículas eran indiscernibles, y uno debía limitarse a calificarlas mediante un *número* observable. Las únicas entidades susceptibles de volver a ser identificadas y nombradas en una ontología semejante eran las funciones de onda, y a través de ellas los vectores de estado; de ahí la posibilidad analógica de dar un nuevo sentido a la fraternidad, la simpatía y el amor.

Iban por la carretera de Ballyconneely; el océano resplandecía a sus pies. A lo lejos, en el horizonte, el sol se ponía sobre el Atlántico. Walcott tenía cada vez más a menudo la impresión de que las ideas de Djerzinski se extraviaban por caminos inciertos, incluso místicos. Él seguía siendo partidario de un instrumentalismo radical; educado en una tradición pragmática anglosajona, influido también por los trabajos del círculo de Viena, sospechaba ligeramente de la obra de Comte, demasiado romántica para él. Subrayaba que, al contrario que el materialismo, al que había sustituido, el positivismo podía fundar un nuevo humanismo, cosa que no había ocurrido antes (porque en el fondo el materialismo era incompatible con el humanismo, y acabaría destruyéndolo). Sin embargo, el materialismo había tenido su importancia histórica; había que salvar un primer obstáculo, que era Dios; algunos hombres lo habían hecho, sumiéndose en la angustia y la duda. Pero también se había salvado un segundo obstáculo, y eso había ocurrido en Copenhague. Ya no necesitaban a Dios, ni la idea de una realidad subyacente. «Hay percepciones humanas», decía Walcott, «testimonios humanos, experiencias humanas; existe la razón que relaciona esas percepciones, y la emoción que les da vida. Esto se desarrolla en ausencia de cualquier metafísica u ontología. Ya no necesitamos la idea de Dios, la de naturaleza o la de realidad. En la comunidad de los observadores puede establecerse un acuerdo sobre el resultado de los

experimentos gracias a una intersubjetividad racional; los experimentos se relacionan mediante teorías que deben satisfacer tanto como sea posible el principio de economía y que deben ser necesariamente refutables. Hay un mundo percibido, un mundo sentido, un mundo humano.»

Djerzinski era consciente de que su posición era inatacable: ¿era la necesidad de ontología una enfermedad infantil del espíritu humano? A finales del 2005, con ocasión de un viaje a Dublin, descubrió el *Book of Kells*. Hubczéjak no duda en afirmar que el encuentro con este manuscrito iluminado, de una complejidad formal inaudita, probablemente obra de monjes irlandeses del siglo VII de nuestra era, fue un momento decisivo en la evolución de su pensamiento, y que fue probablemente la prolongada contemplación de esta obra lo que le permitió, con ayuda de una serie de intuiciones que en retrospectiva nos parecen milagrosas, superar la complejidad de los cálculos de estabilidad energética en el seno de las macromoléculas con las que se enfrentaba en biología. Sin suscribir forzosamente todas las afirmaciones de Hubczejak, hay que reconocer que el *Book of Kells* ha suscitado a lo largo de los siglos la admiración casi extática de sus comentadores. Por ejemplo, podemos citar la descripción que Giraldus Cambrensis da de él en 1185:

«Este libro contiene la concordada de los cuatro Evangelios según el texto de San Jerónimo, y casi tantos dibujos como páginas, todas adornadas con cobres maravillosos. En una podemos contemplar el rostro de la majestad divina, milagrosamente dibujado; en otra las rep esentaciones místicas r de los evangelistas, uno con seis alas, otro con cuatro, otro con dos. Vemos el águila o el toro, el rostro de un hombre o la cara de un león, y otros dibujos casi innumerables. Si uno los mira con negligencia, podría pensar que no son más que garabatos, y no cuidadas composiciones. No verá en ellos ninguna sutileza, cuando todo en ellos es sutil. Pero si se toma el trabajo de observarlos con atención, de penetrar con la mirada los secretos del arte, descubrirá tales complejidades, tan delicadas y sutiles, tan estrechamente apre adas, ent elazadas y anudadas junta , y de colores tan frescos y luminosos, que tendrá que declarar sin ambages que todas estas cosas no son obra de hombres, sino de ángeles.»

También podemos estar de acuerdo con Hubczejak cuando afirma que cualquier filosofía nueva, incluso cuando decide expresarse en la forma de una axiomática que parece absolutamente lógica, es en realidad solidaria de una nueva concepción visual del universo. Al aportar a la humanidad la inmortalidad física, Djerzinski modificó profundamente nuestra concepción del tiempo; pero su mayor mérito, según Hubczejak, es haber establecido los elementos de una nueva filosofía del espacio. Al igual que la imagen del mundo del budismo tibetano es inseparable de una larga contemplación de las figuras infinitas y circulares de los *mandalas*, al igual que podemos hacernos una idea fiel de lo que pensó Demócrito al observar el resplandor del sol sobre unas piedras blancas en una isla griega una tarde de agosto, resulta más fácil comprender el pensamiento de Djerzinski al contemplar esa arquitectura infinita de cruces y espirales que constituye el fondo ornamental del *Book of Kells*, o volviendo a leer la magnífica *Meditación sobre el entrelazamiento* publicada aparte de las *Clifden Notes*, que le inspiró esa obra.

«Las formas de la naturaleza», escribe Djerzinski, *«son formas humanas. Es en nuestro cerebro donde aparecen los triángulos, los entrelaza mientos y los ramajes. Los reconocemos, los apreciamos; vivimos en medio de ellos. En medio de nue tras creaciones, creaciones humanas, comunica- s bles a los hombres, nos perfeccionamos y morimos. En medio del espacio, el espacio humano, tomamos medidas; con estas medidas creamos el espacio, el espacio entre nuestros instrumentos.»*

«El hombre poco instruido», continúa Djerzinski, *«siente terror ante la idea del espacio; lo imagina inmenso, noc urno y vacío. Imagina a los t seres en la forma elemental de una bola, aislada en el espacio, encogida en el espacio, aplastada por la eterna presencia de las tres dimensiones. Aterrorizados por la idea del espacio, los seres humanos se encogen; tienen f ío, r tienen miedo. En el mejor de los casos a raviesan el espacio, se saludan con t tristeza en mitad del espacio. Y sin embargo ese espacio está en su interior, se trata de su propia creación mental.»*

«En ese espacio al que tanto temen», sigue Djerzinski, *«los seres humanos aprenden a vivir y a morir; en medio de su espacio mental surgen la separación, el alejamiento y el sufrimiento. Sobre esto hay muy poco que decir: el amante oye la llamada de su amada a través de océanos y montañas; a través de océanos y montañas, la madre oye la llamada de su hijo. El amor une, y une para siempre. La práctica del bien es una unión, la práctica del mal una desunión. El otro nombre del mal es separación; y aún hay otro más, mentira. Sólo existe un entrelazamiento magnífico, recíproco e inmenso.»*

Hubczejak observa justamente que el mayor mérito de Djerzinski no es haber sabido superar el concepto de libertad individual (porque ese concepto ya estaba en su época muy devaluado, y todo el mundo reconocía, al menos de manera tácita, que no podía servir de base a ningún progreso humano), sino haber sido capaz de restaurar, gracias a interpretaciones sin duda un poco aventuradas de los postulados de la mecánica cuántica, las condiciones de posibilidad del amor. En este punto hay que recordar una vez más la figura de Annabelle: aunque Djerzinski no experimentó el amor personalmente, gracias a Annabelle pudo hacerse una idea de lo que era; pudo darse cuenta de que el amor, en cierto modo y adoptando formas todavía desconocidas, era posible. Es muy probable que esta noción le guiara en el curso de sus últimos meses de elaboración teórica, sobre los que tenemos tan pocos detalles.

Según el testimonio de las escasas personas que vieron a Djerzinski en Irlanda durante las últimas semanas, parecía sentir una especie de aceptación. Su rostro ansioso e inestable se había serenado. Andaba durante mucho tiempo y sin meta precisa por la Sky Road, daba largos paseos de soñador; caminaba en presencia del cielo. La carretera del oeste serpenteaba a lo largo de las colinas, alternativamente abrupta y suave. El mar resplandecía, refractaba una luz cambiante sobre los últimos islotes rocosos. En rápida deriva sobre el horizonte, las nubes formaban una masa luminosa y confusa, como una extraña presencia material. Caminaba durante mucho tiempo, sin esfuerzo, con el rostro bañado en una bruma acuática y ligera. Sabía que sus trabajos estaban terminados. En la habitación que había transformado en despacho, cuya ventana daba a la punta de Errislannan, había puesto en orden sus notas; varios centenares de páginas que trataban de los temas más variados. El resultado de sus trabajos científicos propiamente dichos cabía en ochenta páginas mecanografiadas; no había juzgado necesario detallar los cálculos.

El 27 de marzo del 2009, al caer la tarde, fue a la oficina de correos de Galway. Envió un ejemplar de sus trabajos a la Academia de Ciencias de París y otro a la revista *Nature*, en Gran Bretaña. Sobre lo que ocurrió después, no hay ninguna certeza. El hecho de que encontraran su coche junto a Aughrus Point reforzó la hipótesis del suicidio, sobre todo porque ni Walcott ni ningún técnico del centro se mostraron realmente sorprendidos por este desenlace. «Había en él algo espantosamente triste», declaró Walcott; «creo que era el ser más triste que he conocido en mi vida, y aun así la palabra tristeza me parece demasiado suave; más bien debería decir que había en él algo destruido, completamente arrasado. Siempre tuve la impresión de que la vida era una carga para él, que ya no sentía el menor vínculo con ninguna cosa viva. Creo que resistió justo el tiempo necesario para acabar sus trabajos, y que ninguno de nosotros puede siquiera imaginar el esfuerzo que eso le costó.»

Sin embargo, el misterio siguió rodeando la desaparición de Djerzinski, y el hecho de que nunca encontrasen su cuerpo dio pie a una leyenda tenaz según la cual se habría marchado a Asia, en concreto al Tibet, para contrastar sus trabajos con ciertas enseñanzas de la tradición budista. Esta hipótesis se ha visto unánimemente rechazada en la actualidad. Por una parte, no se ha podido descubrir la menor huella de un pasaje aéreo fuera de Irlanda; por otra parte, los dibujos trazados en las últimas páginas de su cuaderno de notas, que durante cierto tiempo se tomaron por mándalas, fueron finalmente identificados como combinaciones de símbolos celtas semejantes a los que se encuentran en el *Book of Kells*.

Ahora creemos que Michel Djerzinski encontró la muerte en Irlanda, en el mismo lugar que eligió para vivir sus últimos años. Creemos también que cuando terminó sus trabajos,

sintiéndose desprovisto de cualquier lazo humano, decidió morir. Numerosos testimonios dan fe de su fascinación por ese último extremo del mundo occidental, constantemente bañado en una luz cambiante y suave, por el que tanto le gustaba pasear; donde, como escribió en una de sus últimas notas, «el cielo, la luz y el agua se confunden». Actualmente creemos que Michel Djerzinski se adentró en el mar.

EPÍLOGO

Conocemos multitud de detalles sobre la vida, la apariencia física y el carácter de los personajes que han atravesado este relato; a pesar de todo, este libro debe considerarse como una ficción, una reconstrucción verosímil a través de recuerdos parciales, más que como el reflejo de una verdad unívoca y certificable. A pesar de que la publicación de las *Clifden Notes*, una compleja mezcla de recuerdos, impresiones personales y reflexiones teóricas que Djerzinski escribió entre los años 2000 y 2009 mientras trabajaba en su gran teoría, nos enseña mucho sobre las circunstancias de su vida, las encrucijadas, las confrontaciones y los dramas que condicionaron su particular visión de la existencia, tanto en su biografía como en su personalidad sigue habiendo muchos puntos oscuros. Lo que viene a continuación, por el contrario, pertenece a la Historia, y los acontecimientos que se derivan de la publicación de los trabajos de Djerzinski se han reconstruido, comentado y analizado tantas veces que podemos limitarnos a hacer un breve resumen.

La publicación en junio del 2009, en una separata de la revista *Nature*, de las ochenta páginas que sintetizaban los últimos trabajos de Djerzinski, con el título *Prolegómenos a la duplicación perfecta*, provocó de inmediato una gran onda de choque en la comunidad científica. Docenas de investigadores en biología molecular de todo el mundo intentaron reproducir los experimentos propuestos, verificar los cálculos en detalle. Al cabo de unos meses aparecieron los primeros resultados, y a partir de entonces se acumularon semana tras semana, confirmando con perfecta precisión la validez de las hipótesis de partida. A finales del 2009, ya no cabía la menor duda; los resultados de Djerzinski eran válidos, se los podía considerar científicamente demostrados. Las consecuencias prácticas, por supuesto, eran vertiginosas: cualquier código genético, no importa su complejidad, podía reescribirse en forma estándar, estructuralmente estable, inaccesible a las perturbaciones y a las mutaciones. Cualquier célula podía estar dotada de una capacidad infinita de duplicaciones sucesivas. Cualquier especie animal, por evolucionada que estuviese, podía transformarse en una especie emparentada, reproducible mediante clonación, e inmortal.

Cuando descubrió los trabajos de Djerzinski, a la vez que centenares de investigadores en todo el planeta, Frédéric Hubczejak tenía veintisiete años y estaba terminando su doctorado de química en la Universidad de Cambridge. Espíritu inquieto, desordenado, inestable, llevaba años recorriendo Europa —se matriculó sucesivamente en las universidades de Praga, Göttingen, Montpellier y Viena— en busca, según sus propias palabras, «de un nuevo paradigma, pero también de otra cosa: no solamente de otra manera de ver el mundo, sino de otra manera de situarme con respecto a él». En todo caso fue el primero, y durante años el único, que defendió esta propuesta radical derivada de los trabajos de Djerzinski: la humanidad debía dar nacimiento a una nueva especie, asexuada e inmortal, que habría superado la individualidad, la separación y el devenir. Resulta superfluo hablar de la hostilidad que semejante proyecto desencadenó entre los partidarios de las religiones reveladas; judaísmo, cristianismo e islam, de acuerdo por una vez, lanzaron el anatema sobre esos trabajos «que atentaban gravemente contra la dignidad humana, constituida en la singularidad de su relación con el Creador»; sólo los budistas observaron que al fin y al cabo las reflexiones del Buda se basaron al principio en la toma de conciencia de esos tres impedimentos que eran la vejez, la enfermedad y la muerte, y que el Venerado por el mundo, si bien se había dedicado más bien a la meditación, no habría rechazado a priori, necesariamente, una solución de orden técnico. Fuera como fuese, era evidente que Hubczejak podía esperar poco apoyo de las religiones establecidas. Por el contrario, sorprende más comprobar que los partidarios tradicionales del humanismo reaccionaron con un rechazo radical. Incluso si en la actualidad esas nociones nos resultan difíciles de comprender, hay que recordar el lugar central que, para los humanos de la época materialista (es decir, los pocos siglos que separaron la desaparición del cristianismo medieval y la publicación de los trabajos de Djerzinski) ocupaban los conceptos de *libertad individual, dignidad humana y progreso*. El

carácter confuso y arbitrario de esas nociones les impedía tener la menor eficacia real, por supuesto; por eso la historia humana, desde el siglo XV al siglo XX de nuestra era, se caracteriza esencialmente por la disolución y disgregación progresivas; no obstante, las capas cultas o semicultas que habían contribuido, mal que bien, al establecimiento de esas nociones, se aferraban a ellas con especial vigor, y es comprensible que Frédéric Hubczejak tuviera durante los primeros años tantas dificultades para hacerse oír.

La historia de esos años que permitieron a Hubczejak ver cómo una parte creciente de la opinión pública mundial aceptaba un proyecto que al principio fue acogido con reprobación y disgusto unánimes, hasta que finalmente consiguió la financiación de la Unesco, traza el retrato de un ser extraordinariamente brillante, combativo, de mentalidad pragmática y flexible a la vez; el retrato, en definitiva, de un extraordinario agitador de ideas. Cierto que no tenía madera de gran investigador; pero supo aprovechar el respeto unánime que inspiraban el nombre y los trabajos de Michel Djerzinski en la comunidad científica internacional. Tampoco tenía nada de filósofo original y profundo; pero con sus prefacios y comentarios a las ediciones de *Meditación sobre el entrelazamiento* y *Clifden Notes* supo presentar las reflexiones de Djerzinski de un modo contundente y preciso, accesible a un amplio público. El primer artículo de Hubczejak, *Michel Djerzinski y la escuela de Copenhague*, está estructurado, a pesar de su título, a modo de larga meditación sobre esta frase de Parménides: «La acción de pensar y el objeto del pensamiento se confunden.» En su siguiente obra, *Tratado de la limitación concreta*, al igual que en la titulada, más sobriamente, *La realidad*, intenta una curiosa síntesis entre el positivismo lógico del círculo de Viena y el positivismo religioso de Comte, sin dejar de permitirse a veces ciertos impulsos líricos, como puede comprobarse en este párrafo frecuentemente citado: «No hay un *silencio eterno de los espacios infinitos*, pues en realidad no hay ni silencio, ni espacio, ni vacío. El mundo que conocemos, el mundo que creamos, el mundo humano, es redondo, liso, homogéneo y cálido como un seno femenino.» Fuera como fuese, supo instalar en un público cada vez mayor la idea de que la humanidad, en la fase a la que había llegado, podía y debía controlar la evolución general del mundo, y sobre todo podía y debía controlar su propia evolución biológica. En este combate tuvo el valioso apoyo de cierto número de neokantianos que, aprovechando el reflujo generalizado de las ideas de inspiración nietzscheana, habían tomado el control de varios e importantes puestos de mando en el mundo intelectual, universitario y editorial.

Sin embargo, la opinión general es que el verdadero talento de Hubczejak fue sopesar con una increíble precisión lo que estaba en juego y darle la vuelta, en beneficio de sus tesis, a esa ideología bastarda y confusa que apareció a finales del siglo XX con el nombre de *New Age*. Fue el primero en ver que más allá de la multitud de supersticiones pasadas de moda, contradictorias y ridículas que en principio encerraba, la *New Age* respondía a un sufrimiento real provocado por una dislocación psicológica, ontológica y social. Más allá de la repugnante mezcla de ecología fundamental, atracción por las ideas tradicionales y lo «sagrado» que había heredado de su filiación con el movimiento hippie y las ideas de Esalen, la *New Age* manifestaba una voluntad real de ruptura con el siglo XX, con su inmoralidad, su individualismo, sus aspectos libertarios y antisociales; expresaba con una conciencia angustiada que ninguna sociedad es viable sin el eje federador de una religión cualquiera; constituía, en realidad, una poderosa llamada a cambiar de paradigma.

Consciente como nadie de que hay compromisos necesarios, Hubczejak no vaciló en recoger para su propio beneficio, en el seno del Movimiento del Potencial Humano que fundó a finales del año 2011, ciertos temas abiertamente *New Age*, desde la «formación del córtex de Gaia» a la célebre comparación «Mil millones de individuos en la superficie del planeta / Mil millones de neuronas en el cerebro humano»; desde la llamada a un gobierno mundial basado en una «nueva alianza» al lema casi publicitario «EL FUTURO SERÁ FEMENINO». Lo hizo con una habilidad que despertó, por lo general, la admiración de los comentaristas, evitando con cuidado cualquier desviación irracional o sectaria; sabiendo ganarse, por el contrario, poderosos apoyos en el seno de la comunidad científica.

Cierto cinismo tradicional en el estudio de la historia humana tiende a presentar la «habilidad» como un factor fundamental para el éxito, mientras que en sí misma, sin la ayuda de una fuerte convicción, es incapaz de provocar un cambio realmente decisivo. Todos los que conocieron a Hubczejak, así como los que se enfrentaron con él en un debate, están de acuerdo en subrayar que su poder de convicción, su seducción, su extraordinario carisma venían de su profunda sencillez y de una convicción personal auténtica. En cualquier circunstancia decía más o menos lo que pensaba; y esa sencillez tenía efectos devastadores entre los que le contradecían, empeñados en impedimentos y limitaciones basados en ideologías caducas. Uno de los primeros reproches que le hicieron a su proyecto estaba relacionado con la supresión de las diferencias sexuales, tan constitutivas de la identidad humana. Hubczejak contestaba que no se trataba de reproducir la especie humana hasta en sus menores características, sino de crear una nueva especie racional, y que acabar con la sexualidad como modo de reproducción no significaba en absoluto —muy al contrario— acabar con el placer sexual. Las secuencias del código que provocaban, en el momento de la embriogénesis, la formación de los corpúsculos de Krause, ya se habían identificado; en el estado actual de la especie humana, estos corpúsculos estaban escasamente repartidos por la superficie del clítoris y del glande. No había nada que en un estado futuro impidiera repartirlos por toda la superficie de la piel, ofreciendo así, dentro de la economía de los placeres, sensaciones eróticas nuevas y casi inauditas.

Otras críticas —puede que las más profundas— se concentraron en el hecho de que dentro de la nueva especie creada a partir de los trabajos de Djerzinski, todos los individuos serían portadores del mismo código genético; iba a desaparecer uno de los elementos fundamentales de la personalidad humana. A esto, Hubczejak respondía fogosamente que esa individualidad genética de la que, por culpa de una trágica vuelta a la tortilla, nos sentíamos tan orgullosos, era precisamente el origen de la mayoría de nuestras desgracias. A la idea de que la personalidad humana corría el riesgo de desaparecer oponía el ejemplo concreto y observable de los gemelos, que a pesar de un patrimonio genético rigurosamente idéntico, desarrollan una personalidad propia gracias a su historia individual, a la vez que siguen unidos por una misteriosa fraternidad; una fraternidad que, según Hubczejak, era justamente el elemento más necesario para reconstruir una humanidad reconciliada.

No cabe duda de que Hubczejak era sincero al presentarse como un simple continuador de Djerzinski, como un ejecutante cuya única ambición era poner en práctica las ideas del maestro. Lo atestigua, por ejemplo, su fidelidad a esa extraña idea que encontramos en la página 342 de las *Clifden Notes*: el número de individuos de la nueva especie debía ser siempre igual a un número primo; por lo tanto, había que crear un individuo, luego dos, luego tres, luego cinco...; en resumen, seguir escrupulosamente la serie de los números primos. Estaba claro que el objetivo de mantener un número de individuos únicamente divisible por sí mismo y por la unidad, era llamar la atención de manera simbólica sobre el peligro que representa, en cualquier sociedad, la constitución de reagrupamientos parciales; pero parece que Hubczejak impuso esa condición en el pliego de condiciones sin hacerse la más mínima pregunta sobre su significado. Por lo demás, su lectura estrechamente positivista de los trabajos de Djerzinski le llevó a subestimar una y otra vez la amplitud del cambio metafísico que debía acompañar una mutación biológica tan profunda; una mutación que en realidad no tenía ningún precedente conocido en la historia humana.

Sin embargo, este tosco desconocimiento de los riesgos filosóficos del proyecto, e incluso de la noción de riesgo filosófico *en general*, no obstaculizó ni retrasó su realización. Esto indica hasta qué punto se había extendido la idea, tanto en las sociedades occidentales como en esa fracción más avanzada que representaba el movimiento *New Age*, de que para que la sociedad pudiera sobrevivir era indispensable un cambio fundamental: una mutación que restauraría de una forma creíble el sentido de la colectividad, de la permanencia y de lo sagrado.

Esto indica, también hasta qué punto las cuestiones filosóficas habían perdido cualquier referente bien definido en la mente del público. El ridículo en el que habían caído, tras décadas de insensata sobrestimación, los trabajos de Foucault, Lacan, Derrida y Deleuze no dio paso, por el momento, a ningún nuevo pensamiento filosófico, sino que, por el contrario,

desacreditó al conjunto de los intelectuales de «ciencias humanas»; el prestigio creciente de los científicos en todos los ámbitos del pensamiento era ya ineluctable. El interés ocasional, contradictorio y fluctuante que los simpatizantes de la *New Age* fingían sentir por tal o cual creencia nacida de las «antiguas tradiciones espirituales» sólo demostraba su estado de desgarradora angustia, que bordeaba la esquizofrenia. Como todos los demás miembros de la sociedad, y quizá más que ellos, sólo confiaban en la ciencia; la ciencia era a sus ojos un criterio de verdad única e irrefutable. Como todos los demás miembros de la sociedad, en el fondo pensaban que la solución a cualquier problema —incluidos los problemas psicológicos, sociológicos o humanos en general— sólo podía ser una solución de orden técnico. Así que Hubczejak no corría un gran riesgo de que lo contradijeran cuando lanzó su famoso lema en el 2013, un lema que desencadenó un movimiento de opinión a escala planetaria: «LA MUTACIÓN NO PUEDE SER MENTAL, SINO GENÉTICA.»

La Unesco votó la concesión de los primeros créditos en el 2021; un equipo de investigadores, dirigidos por Hubczejak, se puso de inmediato manos a la obra. A decir verdad, a nivel científico, Hubczejak no dirigía gran cosa; pero en su papel de «relaciones públicas», por decirlo así, tenía una eficacia fulminante. La extraordinaria rapidez con la que se obtuvieron los primeros resultados sorprendió a todo el mundo; sólo mucho más tarde llegó a saberse que muchos investigadores, afiliados o simpatizantes del Movimiento del Potencial Humano, habían empezado a trabajar mucho antes, sin esperar la luz verde de la Unesco, en sus laboratorios de Australia, Brasil, Canadá o Japón.

La creación del primer ser, el primer representante de una nueva especie inteligente creada por el hombre «a su imagen y semejanza», tuvo lugar el 27 de marzo del 2029, justo veinte años después de la desaparición de Michel Djerzinski. En homenaje a él, y aunque no había ningún francés en el equipo, la síntesis se llevó a cabo en el laboratorio del Instituto de Biología Molecular de Palaiseau. La retransmisión televisiva del acontecimiento tuvo, por supuesto, un enorme impacto; un impacto que sobrepasó con mucho el que había tenido, una noche de julio de 1969, casi sesenta años antes, la retransmisión en directo de los primeros pasos del hombre sobre la Luna. Antes del reportaje, Hubczejak pronunció un discurso muy breve en el que, con la franqueza que era habitual en él, declaraba que la humanidad debía sentirse orgullosa de ser «la primera especie animal del universo conocido que había organizado por sí misma las condiciones de su propio relevo».

Hoy, casi cincuenta años después, la realidad ha confirmado ampliamente el tenor profetico de las palabras de Hubczejak; hasta un punto que seguramente él no habría sospechado. Quedan algunos humanos de la antigua raza, sobre todo en las regiones sometidas durante mucho tiempo a la influencia de las doctrinas religiosas tradicionales. Sin embargo su tasa de reproducción disminuye todos los años, y su extinción parece inevitable. En contra de todas las previsiones pesimistas se están extinguiendo con serenidad, a pesar de algunos actos de violencia aislados cuyo número disminuye constantemente. De hecho, asombra ver la dulzura, la resignación y tal vez el secreto alivio con que los humanos aceptan su propia desaparición.

Hemos roto el vínculo filial que nos unía a la humanidad, y estamos vivos. Según los hombres, vivimos felices; cierto que hemos sabido superar los impulsos, para ellos insuperables, del egoísmo, la crueldad y la ira; de todos modos, vivimos una vida distinta. La ciencia y el arte siguen existiendo en nuestra sociedad; pero la búsqueda de la Verdad y de la Belleza, menos estimulada por el aguijón de la vanidad individual, tiene un carácter menos urgente. A los humanos de la antigua raza, nuestro mundo les parece un paraíso. De hecho, a veces nos damos a nosotros mismos —de manera, eso sí, ligeramente humorística— ese nombre de «dioses» que tanto les hizo soñar.

La historia existe; se impone, reina, su dominio es inevitable. Pero más allá del ámbito histórico estricto, la ambición última de esta obra es saludar a esa especie infortunada y valerosa que nos creó. Esa especie dolorosa y mezquina, apenas diferente del mono, que sin embargo tenía tantas aspiraciones nobles. Esa especie torturada, contradictoria, individualista

y belicosa, de un egoísmo ilimitado, capaz a veces de explosiones de violencia inauditas, pero que sin embargo no dejó nunca de creer en la bondad y en el amor. Esa especie que, por primera vez en la historia del mundo, supo enfrentarse a la posibilidad de su propia superación; y que unos años más tarde supo llevarla a la práctica.

Ahora que sus últimos representantes están a punto de desaparecer, nos parece legítimo rendirle este último homenaje a la humanidad; un homenaje que también terminará por borrarse y perderse en las arenas del tiempo; sin embargo, es necesario que este homenaje tenga lugar, al menos una vez. Este libro está dedicado al hombre.